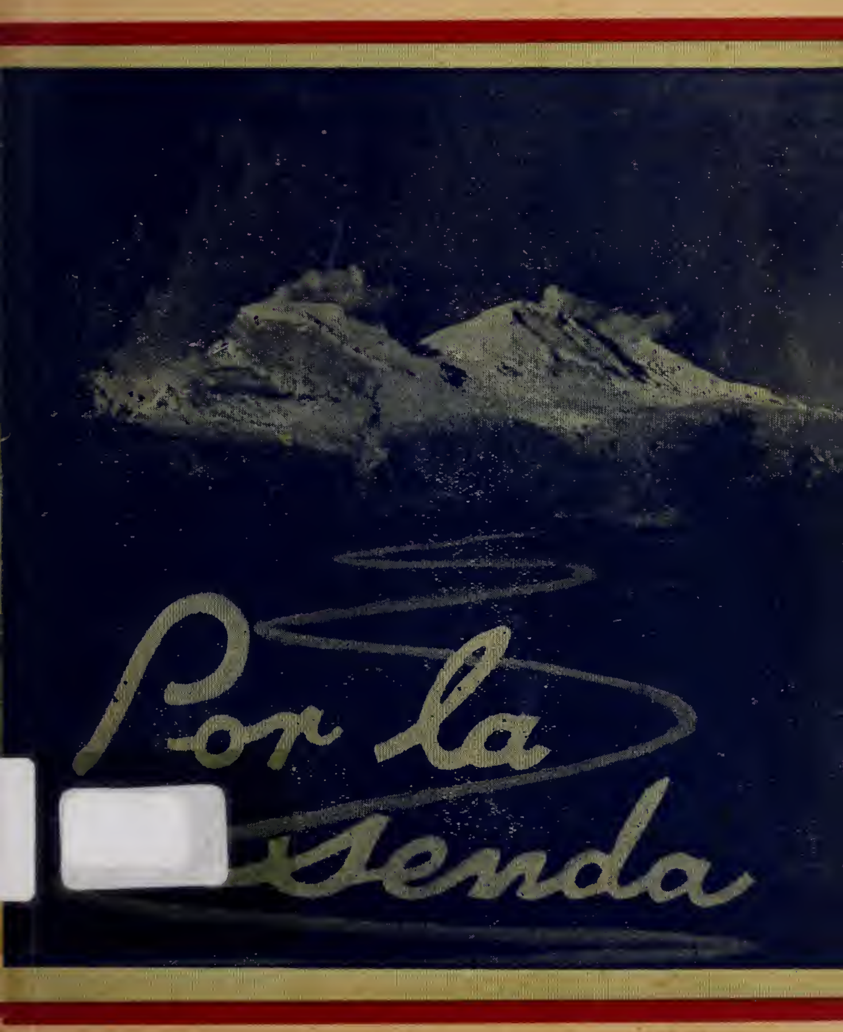
ALFONSO PONTE






POR LA SENDA

ALFONSO PONTE GONZALEZ

POR LA SENDA

BREVE ENSAYO HISTORICO - BIOGRAFICO

LIMA - PERU
1945

Impreso en los talleres de la Imp. Gráfica "Stylo" - Loreto, 125-Rimac.

Censura: 16 de agosto de 1944 - P. Rubén Vargas Ugarte, S. J.
Aprobación: 20 de setiembre de 1944 - Excmo. Arzobispo - Canciller Chiriboga.

Carta del Excmo. Sr. Arzobispo de Lima y Primado de la Iglesia Peruana

Lima, 5 de Octubre de 1944.

Rdo. Sr. Pbro. D. Alfonso Ponte González,
Párroco de S. Lázaro
Pte.

Muy amado hijo:

Con suma complacencia me he informado de que Ud. tiene el nobilísimo empeño de publicar una historia biográfica de Mons. Fidel Olivas Escudero, dignísimo Obispo que fue de Ayacucho.

Aplaudo i bendigo tal propósito por doble motivo. Mons. Olivas Escudero, que sin duda alguna fue figura respetabilísima del episcopado nacional, estuvo ligado a mí por una fraterna i muy cordial amistad desde que la Providencia me llevó a regir los destinos espirituales de la Diócesis de Huaraz, pues amaba mucho aquel Obispado donde había ejercido la mayor parte de su sacerdocio i en el que tenía emprendidas algunas de sus obras de apostolado; i por ser Ud. el que ha concebido i llevado a cabo idea tan plausible - de hacer la biografía de ese ''varón bueno i justo'' - para ejemplo i edificación de muchos y honor del Episcopado i de la tierra que le vió nacer.

Que los nobles ideales que le han guiado a realizar esta obra los vea Ud. ampliamente colmados i que la venerable figura de tan ilus-

tre miembro del Episcopado Nacional destaque nítida, al través de sus páginas, con todos los perfiles de su adusta fisonomía moral.

Lo bendigo de corazón su afmo. en Cristo

+ **Pedro Pascual**
Arz. de Lima

Carta del Dr. Oscar Miró Quesada

Ancón, 25 de enero de 1945.

Reverendo Padre
Alfonso Ponte

Estimado amigo:

He tenido que ir temprano a Lima a donde un médico, por eso no he podido esperarlo. Ya he leído cerca de 100 páginas de su hermoso libro: es usted un verdadero escritor, de estilo bello, de sobria elegancia y de honda emoción. Lo felicito. «El Comercio» se ocupará de su obra.

Lo saluda su amigo que lo aprecia y queda a sus órdenes, como su muy atento y S. S.

(*fdo.*) *Oscar Miró Quesada*

Prologo

Este pequeño fruto de mis observaciones no es una biografía: para serlo, habría tenido su marco dentro de estilo y criterio de uso tradicional. Tampoco es una novela; su contenido no rebasa los límites de la realidad. Puede ser un relato intensamente vivido.

Lo inicié con intención de escribir un artículo periodístico. A las pocas líneas, me vino el antojo de un mensaje espiritual a mis coterráneos. Muchos de ellos piensan que ya no hay nostalgias de la región nativa en los que vivimos envueltos en el tráfago y en el vértigo de mayores centros de progreso. La nostalgia no muere: crece con el tiempo y la distancia.

POR LA SENDA es un título que también ocurrió espontáneamente al recorrer el camino por donde salen, «de allá», espíritu inquietos en pos de un ideal. Olivas Escudero fue el más ilustre de los caminantes por allí. Siguiendo sus pasos y gozando panoramas, sin pensarlo, llegamos a puntos que no sospecháramos al principiar. Así se hizo POR LA SENDA, y no hemos querido cambiar de título por más que la vida y hechos del protagonista impusieran otro carácter. Es, pues, un relato vivido. Lo vi-

mos a través de las obras del propio Sr. Olivas. Se trata de una visión personal; escritores habrá que describan mejor la suya al proyectar la mirada de su espíritu sobre ellas. Entre tanto, siempre quiero que este fruto de las entretelas de mi corazón, vaya como cariñoso mensaje a Ancash, en particular a Pomabamba, y, como expresión de honda simpatía, a la hermana tierra de Huamanga.

Alfonso Ponte González



Fidel Olivas Escudero, frente a la Vida

I

Indiferencia por lo propio y amor excesivo por lo extraño.— Una figura representativa.— Olivas Escudero en Pomabamba.— Alboroto en la «ciudad de los Cedros».— El folklore en acción.— La fiesta típica.— Un caso.— La humanidad no quiere renunciar a ciertas costumbres.— Otra barbarie.— Una intervención de Olivas Escudero.— La voz viril de las razas.— Una anécdota.— Recuerdos de los tiempos idos.— La silueta de los pueblos.— Campos de tornasol.— Huerto cerrado.— Cuentos y fábulas.

FIDEL OLIVAS ESCUDERO: he allí una figura en peligro de ser olvidada. En Ancash, nuestras mejores tradiciones acaban por desaparecer, por el poco caso que se hace a todo lo nuestro. El amor excesivo a lo de fuera va amontonando escombros de otros lugares sobre recuerdos lugareños, escenas y vidas, para ahogarlos a la postre. Es un defecto común en el Perú; pero en este Departamento, no hay iniciativa ni tendencia a combatirlo. En estas circunstancias, el menor esfuerzo que se haga para conservar en la memoria de las generaciones la silueta de los hombres que salieron del camino trillado y buscaron nuevos rumbos en la vida, siguiendo altos ideales y realizando muchos bienes, no será tarea ni obra que se echa en saco roto. El porvenir puede valorizar mejor y estimar con espíritu más justo lo que hoy se hace poco caso de ello.

Fidel Olivas Escudero es uno de los hombres representativos de Ancash. Prelado de primera talla en el clero nacional y ciudadano ilustre en la historia del Perú. Su nombre anda en novelas. Fué combatido en el parlamento. Querido por el pueblo. Admirado por espíritus reflexivos. Tuvo sus horas de endiosamiento y horas de abismos. Como los grandes, fué motivo de contradicciones: también fué calumniado. Sobre la mediocridad nunca hay

disputas. Olivas Escudero, con su presencia en el escenario de la vida, proyectó luz y sombras. En torno a él, combatieron la verdad y el error. Hoy reposa. Sobre su tumba hay una aureola de admiración con vaguedades de sombras que se alejan cada vez más.

Lo conocí por el año de 1907. Era yo niño. Olivas Escudero era entonces un nombre que llenaba todo Ancash. En Pomabamba, su provincia, era, a través de mi imaginación infantil y a través del entusiasmo popular, con motivo de su presencia allá, de testa mitrada, un ser extraordinario. Había nacido en Llama, humilde aldea, y, luego, capital de distrito. Después de mucho tiempo de peregrinaje por el mundo, volvía a su tierra natal. De ella, había salido muy niño, en busca de instrucción y en pos de altos ideales; encanecido en la lucha queriendo realizarlos, y con el alma pletórica de virtudes adquiridas y ejercitadas en favor del bien ajeno, quiso volver a su pueblo, perdido tras de los Andes, entre verdes eminencias; quiso hacer vivir de nuevo, los días idos de su infancia. Próximo a la vejez, que es la segunda infancia, era preciso reconfortarse con la dorada copa de las reminiscencias. A esa edad, vuelve primero lo más lejano a la memoria. Triunfar en la vida, cosechar laureles, ser aclamado por las gentes, sentir lleno el corazón del placer que emana en la altura del triunfo, son otras emociones y era necesario gozarlas recorriendo de nuevo los senderos por donde pasara un día la etapa de la inocencia. Herir las pupilas, cansadas de ver los paisajes extraños a lo suyo, con la luz que bañara el mundo de ayer. No en vano el corazón humano gravita en el otoño de la vida sobre el pedazo del suelo que ocupa el hombre al nacer.

Con tan placentero motivo, la tranquilidad aldeana de Pomabamba habíase convertido en grandes alborotos y en memorables fiestas. Desde lugares más lejanos se dirigían caravanas interminables. Familias distinguidas, nobleza de tradición, ciudadanos modestos, gentes humildes, ricos y pobres, grandes y chicos, todos querían ver al pontífice venido. La historia de prelados y su fisonomía a través de papeles y fotografías, no son lo mismo. Ni es igual el personaje de aquí a otros de allá. Un obispo nacido en Llama y con la prestancia que le acompaña a Olivas Escudero debe ser un hombre nada común. Y la imaginación popular se exaltaba. Peregrinos de Sihuas, Llama, Piscobamba, Parobamba, Piscos, Quinuabamba, Huanchayllo y otros lugares fueron a conocerlo de cerca. Toribio de Mogrovejo había pasado por estos pueblos hace más de tres siglos y el último arzobispo, Juan Domingo Gonzales de la Reguera, los había visitado hace siglo y medio. Hoy llega Olivas Escudero. La capital rebosa de entusiasmo. Misa pontificada por primera vez. Nadie la había oído hasta entonces. Coincide la fiesta del patrón San Juan. Nunca hubo en la «ciudad de los cedros» otra fiesta mejor. Las autoridades fueron de los

primeros en organizarla y fomentarla. Los mayordomos y alfereces echaban la casa por la ventana.

Si Pomabamba tiene un contenido rico y singular en tradiciones y costumbres, cantos populares y danzas peregrinas, *rompes y presentaciones, escaramuzas y pasacalles, huancas y negritos, huaris y campeadores, tuirurus y shashus, chimaichis y jolgorios, milicianos y caballeros hidalgos, pregones y pregoneros, alabados y procesiones, andas cuajadas de porojzo y aguinaldos de coles, doctrineros y el Gapaj, roscas y dulces de higos, zancos de Purísima y zemitas amermeladas, palmas de Ramos y cañas de Cuasimodo, entradas de toros y regalos de compadrazgo, banquetes de santos y jugada de víctimas*.....si Pomabamba, decimos, tiene todo eso que nadie ha analizado ni descrito, en aquella memorable oportunidad, la vida social y fiestera llegó a su máxima expresión, profunda en el sentir y extraordinaria en el entusiasmo. Lo recuerdo todavía y vivamente, a pesar del tiempo. Las grandes fiestas culminan allá con la consabida corrida de toros. Cuando se inauguró la oficina telegráfica, hubo grandes lidias. No tenía que faltar este número del programa. Realizábase, en efecto, en la plaza de armas. Había delirio popular. Presentes estaban en el Cabildo grupos escogidos. Allí estaba el subprefecto, el alcalde, el juez, notables como don Francisco González, don Gumersindo Llanos, don Emilio Montes de Oca, este último personaje lleno de misterio que aparece en la novela «La Loca del Vaticano»; en fin, estaban muchos notables.

¡Corrida de toros! Qué cosa más típica en la serranía y particularmente en Pomabamba donde reviste de inconfundibles matices. El Asín de Pomabamba es Tambillos, propiedad de don Francisco González. En el encierro hay varios hermosos ejemplares que pueden lucirse en la plaza de Acho. Ya las damas preparan enjalmas para obsequiarlas. La pirotecnia está contratada. Los toreros *amateur,* diestros de vocación y carentes de escuela, están solicitados y estimulados. Mucho tiempo ocupó la historia de la fiesta brava el nombre de Tomás Saenz. Lástima que sus años y su fama no alcancen aquella época. Hay otros, sin embargo, nativos y valientes, que harán la delicia de su pueblo. Ya desfilan los caballeros. Es la «Entrada». Cómo brillan las piezas de plata de ricos jaeces, arzones y estribos. Cada cabalgadura es motivo de lujo y ostentación digna de los tiempos caballerescos. Pellones sampedranos, ponchos de *ramboullet;* piafares inquietos, torneos ligeros. Rasgan los aires acordes marciales de una banda popular. Las campanas, pretensas *mariangolas,* llevan el tenor de la orquestación, que no es otra cosa la gran algazara de un pueblo, delirante de sana alegría. De los balaustres y ventanas cuelgan mantones de Manila. Sevilla ha llevado sus aficiones y gustos a todas las comarcas y retiros de América. Todo español reconocerá a su patria cuando asiste a una de estas fiestas. Helo allí a don Emilio Montes de Oca, viejo castellano de amplia cultura. Con su

blanca cabellera y apuesto continente, parece ser el tipo representativo de una España genuina y de una hispania criolla. Todos gallardean, y el conjunto panorámico de la plaza es uno de los espectáculos más bellos de la tarde. Lluvia de flores, guirnaldas y blancas palomas; aplausos, vítores, música *folklórica,* emoción popular, y el alma colectiva intensa y llena de vida: ¿qué más se puede desear para producir la belleza en el vivir? Pasó la «entrada», y de repente oyése una exclamación: «¡el toro!» Es verdad: el primero de la tarde. Negro, como la mala conciencia. Siniestro, como el destino. Maduro, como el tiempo. Torcidas astas, como los *quinuales.* Tiene *huejllá* crecido en la testa. Vivió esa fiera dentro de los montes buscando víctimas. En la imaginación popular hay leyendas que andan de boca en boca entre los hombres del bosque y de las punas. Hombres extraordinarios, que vuelan como pájaros a los árboles más altos cuando se los persigue. Hombres-espumas que desaparecen en las astas del toro y reaparecen en la otra ribera del río. Semejante a los cóndores, que huyen hacia los cerros. «Este toro mató a tal vaquero», dicen unos. «No consiente toreros» reponen otros. Limpia está la plaza, en efecto. El rey de Tambillos reina en el corazón del pueblo por el miedo y la sorpresa. Ha recorrido todos los rincones, y se ha detenido en el medio. Escarba, brama, desafía. No hay temerarios que puedan acercársele.

Sin embargo, aparece en el desierto, un ser humano; es una víctima. Apenas ha dado un silbo, está la fiera sobre él. Remolino de polvo. Nadie puede desenredar la feroz contienda. Cuando la cortina de polvo se haya levantado, veráse quién salió triunfante, mientras tanto es la angustia de un mortal minuto.....Ahora, se ve algo; está agazapado el monstruo; y el torero, hecho un ovillo, es peloteado sin auxilio. Ha cesado la lucha, al fin; el toro huele a la víctima, sin duda está seguro de su muerte; la contempla y se retira vacilante como si le remordiera la conciencia. Y de lo alto del campanario, ha caído una nota de lamento; es el toque de los muertos. La multitud ha dado un suspiro; y los niños habían visto, a través de unos vidrios, rezando, al obispo. No es posible que prosiga la fiesta en tal forma, habría pensado. En nombre de la civilización y del cristianismo hay que intervenir. Muchos años de Evangelio no han podido suavizar costumbres bárbaras.

Un lento trabajo a través del tiempo y del espacio hizo desaparecer la esclavitud en muchas partes, si no, en forma absoluta, por lo menos, relativa, y en el terreno de la doctrina, sobre todo; pero la esclavitud revive como la mala yerba. Ayer, ilota; hoy, proletario. Es igual. La lidia de toros es otra barbarie. El instinto perverso del hombre no se corrige, permanece irreductible en el fondo. Es como la «Montaña», tierra abundosa y feraz, reverdece sobre troncos quemados. La acción de la Cruz no acaba con el sedimento salvaje que trajo la primera culpa. Surge como la indómita fiera y entonces es el dominio absoluto del hombre sobre

el hombre, o sea la esclavitud; o es la fiesta brava, en que un pueblo, aficionado a lo trágico y sangriento, juega como el felino con su víctima. Sin embargo, quien sabe si esto sea un mal menor. Quizá un resquicio para que un volcán respire.

Hay otro salvajismo peor: la guerra. Los que patrocinan la guerra y los que ensalzan la civilización de un hemisferio decadente a todas luces, no tendrían derecho de tachar costumbres que entrañan barbarie de otra índole. La muerte a mano armada de naciones contra naciones en defensa de la justicia y libertad, que para aquéllas es tal y para éstas un crimen, es peor mil veces que cuantos salvajismos encierra la conciencia humana. Pero, punto final, a esta disgresión; y volvamos a lo nuestro.

¿Qué pasó en la alborotada «ciudad de los cedros?». Las autoridades habían oído al ilustre sacerdote, portador autorizado de la palabra cristiana. Suspendióse, en consecuencia, la lidia. Tristeza para la afición y, sobre todo, para los muchachos. No se podrá ahora medir la magnitud de las fiestas por el número de muertos en la «corrida». Mayor fue la pena de los aficionados cuando se supo, horas después, ya desatadas las barreras y arreados los toros, que aquel imprudente torero no había muerto en efecto. Bailando y dando estridentes ¡*huajís*!, lo habían visto; y.... fué objeto de mucha censura. Los borrachos, dicen en Pomabamba, que tienen dos ángeles de la guarda: el que les dió el cielo y el que ellos mismos se dieron: el espíritu metílico.

Y este héroe, vencedor de una grave tragedia, sin más auxilio que su arrojo, se sentía, sin duda, ser símbolo y resto de una gran comarca desaparecida en la noche de la prehistoria. El grito heróico que el indio trasandino repite en sus horas de exaltación y coraje no es otra cosa sino la voz de una raza aguerrida que fue dueña de una geografía, de una civilización y de una soberanía. Un detenido estudio sicoanalítico revelaría un mundo del pasado rico y sorprendente. El *huzza* de los anglosajones, el heil de los germanos, el *viva* de los españoles, el *somatén* de los catalanes... entrañan círculos de civilizaciones y soberanías propias. El *huaji*, fué el grito característico de las naciones que mucho tiempo vivieron bajo el sol de la cultura chavínica. Fue trompeta de asalto y victoria, de vigilancia y amenaza. Realizada la sedimentación de otras conquistas y otras culturas, el indio oculta, como una solfatara, las energías de su alma vibrante y a veces deja escapar la soberbia nota de sus glorias de ayer. Las empresas temerarias, las pasiones violentas como la venganza resuelta o el amor en triunfo, le inspiran y le sacuden las fibras, y lanza el grito soberano: ¡*huaji*! El que esto escribe no ha podido olvidar lo que viera siendo niño.

Era en Parobamba. En la casa de don Adolfo Espejo, tenía lugar una «entrada». El toro cogió a un indio, lo atravesó con el asta y quedó clavado en la pared por un rato. Se retiró la fiera, y el indio echó un ¡*huaji*!, y desplomóse muerto.

La permanencia de Olivas Escudero en Pomabamba fue una sacudida espiritual. Apóstol, conocido por su celo y su cultura, tocó todos los resortes para provocar una nueva vida en las conciencias, y fue también para él mismo motivo de una sugestiva renovación y una vuelta amorosa hacia el pasado. Su memoria recorrió largos caminos a través del tiempo. Su inteligencia interrogó con avidez sobre el misterio que guardan las cosas y pensamientos que acariciaron hombres de otros tiempos. Lástima que su afán de cultura occidental no lo haya obsesionado para el examen de lo nuestro. El, conocedor de nuestra geografía y del alma colectiva regional, pudo habernos dejado bellas observaciones. Con todo, no dejó de repasar los senderos que de niño había recorrido. Allí estaba el gran río-«Mayo»-que cubre de espumas los cantos traídos de montañas inaccesibles. En sus remansos, como todo niño que crece en Pomabamba, había ido a nadar y a pasar horas de sol. Los alisos que en forma espontánea brotan en sus orillas todavía se renuevan dando leña para alimentar los hogares y hojas para prestar caloría a la germinación de la malta que ha de ser libada en las alegres fiestas de sus «santos». Bosques que ocultan ánades perseguidos por los «vaqueros». El encanto del gran río que, como el «Cauca», todavía inspira, cobija y sustenta idilios como el de Jorge Isaacs, no le fue extraño. Sentía la emoción de un pasado con bandadas de pájaros, de niños bullangueros, cantos sonoros de cascadas, diafanía de cielo azul y de agua azul que asocian su armonía y su belleza con el alma diáfana de seres que ignoran el dolor y saborean el néctar de la vida en su primera captación. Recordaba cómo bajaban y subían en su tiempo los escolares por las escarpadas faldas de Llullayacu para traer la tiza y la pizarra. A su vista el horizonte tendía sus inconfundibles líneas para trazar la personalidad y fisonomía de Pomabamba.

Así es la verdad. También los pueblos como los individuos tienen líneas que revelan su silueta y son las que sus cerros dibujan en el cielo que los cubre. Las de Pomabamba parecen empezar por Socsi, y sigue una línea por Quinuales, cae en Uchcugaga y se acerca en Huampucruz para alejarse en el infinito hacia el lado de los Huaris, y luego, volviendo, se asoma por los altos de Yaino y Parara, hace la curva en Jancapampa para quebrarse y planear sobre Socsi. Cada mirada, cada espíritu, cada poeta, cada pensador, cada individuo puede recorrer el horizonte natal y verá una línea constante e inconfundible en medio de su variabilidad, así como el mar en medio de su continuo flujo y reflujo; pero cada individuo, selecto o no, reconocerá el marco de su tierra, como el ave su nido, cuando vuelve de un viaje, largo o breve.

Y el pomabambino verá campos de tornasol, cubiertos de trigales que ofrendan pan cuotidiano al hombre y especies eucarísticas a Dios. Maizales que llamaran la atención del conquistador hispano cuando pasara con Hernando Pizarro y a través del tiempo hacen el fermento de su historia y de sus tradiciones. Contem-

plará cómo el Curayacu sigue filtrando sus aguas y desenredando sus hilos de plata para llenar los frescos cántaros de las familias linajudas. El Mishicocha todavía produce el *ututu* para los niños y mantiene la religiosidad de sus «santos» amenazando a las almas timoratas e ingenuas con la leyenda de toros de plata y oro. Y el famoso *gatu* bajo los cedros seculares, todavía enlaza a las generaciones de ayer con las de hoy alimentando a las multitudes que pasan sin cesar como un río.

Pomabamba tiene un inmenso valle, tan extenso y pintoresco, como el famoso Callejón de Huailas. Allí hay ríos que en estrepitosas cascadas descienden de la cordillera Blanca y tierras ubérrimas con treinta codos de profundidad donde crecen el limonero y el membrillo, el durazno y el naranjo, el manzano y el pero, la tuna y la granada, la morera y la fresa, el chirimoyo y el pacae, el lúcumo y el níspero, el nogal y el almendro, la caña de azúcar y cien especies más. Tiene algo propio: La *góngapa* de sus punas y el *jachapushco* de sus temples; y el *gantu* y la *rima-rima* y el *uritu*.... bellezas que la ciencia no ha clasificado ni el arte ha reproducido.

Sus cuentos peculiares y sus fábulas como el sapo y el zorro, el ratón y el gato, la hormiga y el ratón, el *añas* y el *uchpacunca*, el zorro y el puma, el *mishi* y el *ucush*, la *galga* y sus lechones, el pavo y sus familias, el gallo y la gallina; su tabú como el Ushnu-rumi y el Uchcugaga, las piedras de Chuyas y las de Yaino; en una palabra, todas sus riquezas folklóricas, constituyen la emoción y el encanto del hombre que tuviera la suerte de nacer en aquel rincón privilegiado. Llegará un día en que el ojo del turista estudioso y fino y el genio del arte puedan sorprender, mejor que la lente de Raimondi, los secretos y maravillas que natura guarda avara en los últimos pliegues de la Cordillera andina. Entonces la dinámica de sus torrentes, la feracidad de su suelo, la suave temperatura de su ambiente, el oro y la plata de sus montañas, las termas de su subsuelo, despertarán la codicia y el afán de aventura de nuevos hombres para después, quizá, por virtud de la maquinaria y la vida moderna, convertir aquel «huerto cerrado» en «aldea perdida».

¿Qué pensaría nuestro personaje al abarcar con su imaginación y el calor de su sentimiento todo lo que volvía a ver después de largos años de ausencia? Refrenando el vuelo de su fantasía habíasele oído hablar de hechos históricos.

¿Que era Pomabamba antes de la llegada de los españoles? y qué, después?.

II

Hitos de historia y tradiciones.— Sedimentaciones de cultura.— Yaino no ha tenido la fortuna de un estudio detenido.- Poblaciones arcaicas.— El totem chavínico.— Epoca incaica.— El inca Garcilaso escribió una página.— No por carecer de historiadores, son menos heróicos.— Tradiciones.— Elección de la nueva ciudad.— Normas reales.— Etimología del nombre.— Bellísimo rincón, templo de los dioses tutelares.— La nueva civilización.— Testimonio de Calancha.— Misiones agustinianas.— Fisonomía geográfica según el misionero.— Dos maravillosos secretos.— Los franciscanos tenían un convento.— Los españoles consideraron otras ventajas naturales.- Cobró importancia la nueva fundación.— Hogar de nobleza.- Cultura clásica.— Se impone un estudio sicoanalítico.— Lo grande en lo pequeño como en el microcosmos.— Los pueblos no olvidan su pasado heroico e insurgen de repente.— Una reliquia y un archivo en Sihuas.— Un obispo célebre.— La República no ha minorado el valor histórico de Pomabamba.

Para reconstruir el pasado de Pomabamba y ponerlo en estado de reconocer su personalidad había que llevar el jalón de sus tradiciones e historia más allá del horizonte incásico. El Inca no hizo sino destruir lo que el tiempo y los acontecimientos seculares habían dejado como restos de una civilización mayor. Y el advenimiento de la Colonia fué una rehabilitación y el aporte de elementos de nueva cultura. Los tiempos futuros y el esfuerzo de sus hijos recuperarán su prístina personalidad dentro de la armonía nacional.

En la vida de nuestra región hay cuatro sedimentos totalmente distintos: la Civilización Chavínica, la Dominación Incaica, la Colonia y la República.

No hay duda que antes del apogeo de la cultura chavínica existió en los pueblos de la hoy provincia de Pomabamba una civilización distinta de aquella y que ha dejado honda huella a través de los siglos. Los monumentos inexplorados que los desafían, son testigo perenne de ello. Yaino no ha tenido la fortuna de un estudio detenido.

Raimondi rememora ligeramente de las ruinas de Andaymayo, Acobamba, Quilca, Quiches y otros lugares. Pero las poblaciones arcaicas de Yuraj Padre, Huancapetí, Huayllahurán, Escalón, Huacarumi, Huanchaillu, Changa, Tuctubamba, etc., etc., ningún arqueólogo las ha visitado. Las ruinas sobre Quinuabamba, por ejemplo, ofrecerían al investigador revelaciones notables. Allí hay una ciudad, y en medio de ella, un edificio de piedras megalíticas combinadas con otras pequeñas revelando maestría y arte en su disposición. Es una cuadra techada de piedra en todo el perímetro, y espacioso patio en el centro, con una construcción a manera de estanque. Sobre las crestas del Escalón hay grandes poblaciones en ruina e inaccesibles para los mismos pastores. A poco que se observen estos monumentos, se ven estilos distintos de los de la cultura chavínica.

Referente a las irradiaciones de esta última, existen pruebas. Los símbolos heráldicos del felino han sido grabados en todas partes. Sobreviven recuerdos y tradiciones del clásico totem en torno a *Mishito* de Santa Clara y al legendario *Mishicocha,* que parece dominar el mundo de los espíritus publicando sus advertencias, presagiando las enfermedades, convocando a la temida ordalía y cumpliéndose la ley de las civilizaciones, igual que la de los individuos: nacimiento, desarrollo y decadencia o muerte.

Cuando las huestes de Capac-Yupanqui establecieron la hegemonía imperial, ya la civilización nativa había cesado siglos antes. Moraban entonces, sobre ruinas de otro imperio desaparecido, los hijos «rebeldes y heroicos de Conchucos», y habían tenido su período de dominación sobre los Huaylas. Rivalizaban por su valor y su arrojo como los pueblos de la lejana Hélade. Garcilaso de la Vega, el padre de la Historia, describe en forma admirable cómo supieron comportarse ante el peligro común. Al aproximarse el conquistador, postergaron sus tradicionales querellas con actitud que recuerda a los nobles héroes de Atenas y emulándoles sin conocerlos habían escrito también una página de historia semejante: «Aplacemos nuestras querellas —habían dicho— y muramos por la libertad».

El inca Garcilaso escribió esa página.

Pachacutec y el Inca Yupanqui enviaron emisarios requiriendo a que se sometieran: «a las demás provincias cercanas —es la página en referencia— que entre otras que hay, las principales son: Huaraz, Piscobamba, Conchucos, los cuales, habiendo de seguir el ejemplo de Pincu, hicieron lo contrario, que se amotina-

ron y convocaron unas a otras, deponiendo sus pasiones particulares para acudir a la común defensa; y así se juntaron y respondieron, diciendo, que antes querían morir todos que recibir nuevas leyes y costumbres y adorar nuevos dioses: que no los querían; que muy bien se hallaban con los suyos antiguos que eran de sus antepasados, conocidos de muchos siglos atrás; y que el Inca se contentase con lo que había tiranizado, pues con celo de religión había usurpado el señorío de tantos curacas como había sujetado.- Dada esta respuesta, viendo que no podían resistir la pujanza del Inca en campaña abierta, acordaron retirarse a sus fortalezas, alzar los bastimentos, quebrar los caminos y defender los malos pasos que hubiese; lo que todo apercibieron con gran diligencia y presteza».

«El general Cápac Yupanqui no recibió alteración alguna con la soberbia y desvergonzada respuesta de los enemigos, porque como magnánimo iba apercibido para recibir con un mismo ánimo, las buenas y malas palabras, y también los sucesos; mas no por eso dexó de apercibir su gente, y sabiendo que los contrarios se retiraban a las plazas fuertes, dividió su ejército en cuatro tercios de a diez mil hombres, y a cada tercio encaminó a las fortalezas que más cerca les caían, con apercibimiento que no llegasen a los enemigos a rompimiento, sino que les apretasen con el cerco y con el hambre hasta que se rindiesen y él se quedó a la mira con el príncipe su sobrino para socorrer donde fuese menester. Y por que no faltasen los abastecimientos por haberlos alzado los enemigos, para si durase mucho la guerra, envió a mandar a las provincias comarcas del Inca su hermano le acudiesen con doblada provisión de la ordinaria. Con estas prevenciones esperó el Inca Capac Yupanqui la guerra. La cual se encendió cruelísima con mucha mortandad de ambas partes, porque los enemigos con gran pertinacia defendieron caminos y lugares fuertes, de donde, viendo que los Incas no los acometían, salían a ellos, y peleaban con rabia de desesperados, metiéndose por las armas de sus contrarios; y cada provincia de las tres, en competencia de las otras, hacía cuanto podía por mostrar mayor ánimo y valor que los demás por aventajarse de ellas. Los Incas no hacían más que resistirles y esperar a que la hambre y las demás incomodidades de la guerra los rindiesen; y cuando por los campos y por los pueblos desamparados hallaban las mujeres e hijos de los enemigos, que los habían dexado por no haber podido llevarlos todos consigo, los regalaban, acariciaban y les daban de comer; y recogiendo los más que podían, los encaminaban a que se fuesen con sus padres y con sus maridos, para que viesen que no iban a cautivarlos, sino a mejorarlos de ley y costumbres. También lo hacían con astucia militar, para que tuviesen los enemigos más que mantener, más qué guardar y cuidar, y que no estuviesen tan libres como lo estaban sin mugeres e hijos para hacer la guerra sin estorvos: y también por la hambre y la aflicción de los hijos les afligiese mas que la

propia, y el llanto de las mugeres enterneciese a los varones, y les hiciese perder el ánimo y la ferocidad para que se rindiesen mas aína».

«Los contrarios no dejaban de reconocer los beneficios que se hacían a sus mugeres e hijos, mas la obstinación y pertinacia que tenían era tanta que no daba lugar al agradecimiento, antes parecía que los mismos beneficios los endurecían más».

«Así porfiaron en la guerra unos y otros cinco o seis meses, hasta que se empezó a sentir la hambre y la mortandad de la gente mas flaca, que eran los niños y las mugeres mas delicadas; y creciendo mas y mas estos males, forzaron a los varones a lo que pensaban que no los forzara la propia muerte; y así de común consentimiento de capitanes y soldados, cada cual en las fortalezas donde estaban, elegidos embaxadores que con tanta humildad fuesen a los Incas, les pidiesen perdón de lo pasado, y ofreciesen una obediencia y vasallage en lo por venir».

En la historia de Pomabamba, Pallasca y Huari estas bellas y reconfortantes referencias ocuparán las páginas más preferidas, porque traen a la memoria de las generaciones la culminación de una vida épica anterior que no alcanzaron a conocer los historiadores; pero que relampaguea a través del misterio para iluminar y alentar con su luz a los herederos de tanta fama y valor. «Da tu palabra, y estréllate», decía el autor del Zarathustra. Y los heroicos hijos de Conchucos habían cumplido siglos antes con la fórmula del filósofo para crear héroes. «Aplacemos nuestras querellas y veamos quién sirve mejor a la patria», fué la resolución de los jefes atenienses. Garcilaso de la Vega nos ha narrado la actitud de los héroes trasandinos. Aquellos aparecen gigantes ante los ojos del mundo civilizado; éstos también lo son; pero no tuvieron la fortuna como ellos de tener poetas que canten sus hazañas, ni historiadores que las vulgaricen, las ponderen y las analicen.

LA COLONIA.— Pomabamba en su ubicación actual es obra española a todas luces: amplias plazas, calles anchas y rectas. Tipo clásico de las ciudades de Castilla. Pero la tradición dice que hubo un pueblo en el lugar denominado Pueblo Viejo, a la vera del camino incaico que pasa a Cajamarca. Allí hay, en efecto, ruinas pétreas y una hermosa piedra labrada de regulares dimensiones y que llaman *Incajamanan.* Tiene cuatro cavidades donde se acomodaba el anda real, según el vulgo. Dícese que de allí se trasportaron las piedras elaboradas que existen en los atrios de los templos actuales y en algunas casas particulares. Dichas piedras moldeadas no tienen semejanza en todo el imperio incaico. En Huaraz existen piedras labradas que según los investigadores se sacaron de las canteras de Póngor. Pero las de Pomabamba están a la vista que son elaboradas a modo de argamasa, se notan las desviaciones o desniveles reveladores de obras hechas en mol-

de. Construcciones con esta clase de materiales, debieron ser indudablemente importantes. Nos revelan una civilización muy adelantada. Los españoles en su afán de implantar una nueva cultura, quisieron borrar todo recuerdo pagano; destruyeron la obra de los siglos; pero utilizaron los materiales provenientes de las construcciones destruídas.

Vieron que Pueblo Viejo estaba situado en zona fría y expuesto a la humedad y en mucha altura, y escogieron un lugar más adecuado por su clima y plano. Los españoles no perdían de vista, sin duda, los preceptos y recomendaciones reales acerca de la ubicación y trazo de nuevas ciudades. Carlos V, por ejemplo, les había dado órdenes como éstas:

«No elijan sitios para pueblos, en lugares muy altos, por la molestia de los vientos y dificultades de servicio y acarreo ni en lugares muy bajos, porque pueden ser enfermos; fúndense en los medianamente levantados que gocen descubiertos los vientos del Norte y del mediodía y si hubiesen de tener sierra o cuestas, sean por la parte del levante o poniente; y si no pudieran excusar de estos lugares, funden en partes que no están sujetas a nieblas, haciendo observación de lo que más convenga a la salud y accidentes que se pueden ofrecer»...... Y Felipe II les decía: «que el terreno de la población, sea abundante en pastos y leña...... «Queden anchas y derechas las calles, y con capacidad las plazas».

Estaba, pues, en el espíritu del colonizador hispano, realizar las fundaciones, conforme a las normas dictadas por la corona.

En consecuencia, a los fundadores de Pomabamba, parecióles muy a propósito la planicie de «Pumapampa» donde está la ciudad actual, a la cabecera del valle que se extiende hacia el sur. Se dice que el nombre primitivo es Pumapampa, la pampa de los leones. Es una palabra compuesta de quechua y castellano. El nombre anterior debió haber sido otro. Quizá Puma-huamba, o Puma-huampu: hacia la querencia de los «pumas», o donde crecen los «pumas». En la *Visita Pastoral* de Santo Toribio en 1594 está escrito, al principio, *Pumabanua* y, al último, *Pomabanba.*

Respecto a los orígenes del valle, no cabe duda que fué asiento de árboles seculares como el cedro cuya magnitud y dimensiones hallaron campo propicio a semejanza de los que hoy se ven en la plaza principal. Un río bullicioso y de aguas clarísimas fertilizaba el valle. Había bellísimos rincones donde levantaba su copa, matizada de flores encarnadas, el corpulento *Jachapushcu* y donde los *quinuales* retorcían sus tallos como columnas salomónicas de un palacio real. Y dioses tutelares poblaban el misterioso bosque y sustentaban contiendas ramayánicas. En las riberas del gran río, bebían sedientos *luitsos, vicuñas* y *huanacos* que en las horas del véspero bajaban de las verdes lomadas mientras el Tabú se recogía en su alcázar de *Pumacucho.* A los primeros habitantes les pareció profanación penetrar en el bosque y se mantuvieron a respetuosa distancia de él. Era el templo de sus dioses. Pero los

hijos del león de Iberia, penetraron armados de sendos arcabuces y machetes. Derribaron árboles seculares, quemaron recios troncos, se abrieron paso, sembraron el maíz, ahuyentaron al puma y lo redujeron al rincón que diera su nombre.

Y en la claridad de la planicie, trazaron anchas calles y bien delineadas, desde Yanapampa hasta Cañarí, como eje de la ciudad. Ubicaron dos iglesias con sus respectivas plazas, levantaron el cabildo, la casa parroquial y acrecentaron la población con el advenimiento de nuevos metecos y pronto llegó a ser Pomabamba una población importante de manera que, después de algunos lustros desde su fundación, en la visita que practicara Santo Toribio a la parroquia de Piscobamba, en 1594, era ya anexo principal y el único, pues los demás grupos no llevaban, entonces, sino la denominación de estancias con un personal muy reducido. Según el libro de bautismos de 1636 era ya, no sólo parroquia, sino Vicaría, desplazando en importancia a las antiguas ciudades, Sihuas y Piscobamba.

Las iglesias son el índice de la magnitud de las poblaciones en todas partes. La de Pomabamba estaba también calculada para una población o feligresía que había de crecer muy pronto. Es una iglesia amplia, todavía quedan restos y fragmentos reveladores de su importancia y del buen gusto arquitectónico. Las imágenes que aún conserva son de estilo contemporáneo a la venida de los españoles. La Dolorosa, por ejemplo, además de su belleza, tiene tradiciones riquísimas. San Pedro es una obra tallada en cedro; rodilla hincada en el suelo, portando las llaves simbólicas, compungido de penitencia, con lágrimas que resbalan por la mejilla tostada por el mar y con la pátina de varios siglos, es una escultura verdaderamente artística. Quien la ve, entendido o no, siente la sensación de algo extraordinario que lo transporta a los países y tiempos en que vivió el inmortal apóstol.

El P. Calancha dice que «no se oyó en el Perú la Ley de Dios ni cosa de la Doctrina Cristiana» hasta la venida de los agustinos. Esta temeraria afirmación naturalmente que levantó polvareda de acaloradas discusiones.

Según él, en 1561, entraron los agustinos para convertir a los «rebeldes indios» de Conchucos. Los primeros religiosos que penetraron en los pueblos de Pallasca, Pomabamba y Huari fueron los padres Hernando García y Alonso Espinosa.

La fisonomía que traza de nuestra provincia es curiosa. Dice el citado historiador: «Los altos en los montes son rígidos, insufribles y destemplados. El aire ambiente pasa los cuerpos y hace desabrida la habitación. Entre laderas, ancones y tierra baja hay guertas, sembrados legumbres y florestas. Lo alto aflige y lo inferior recrea; atraviesan esta provincia grandes ríos y muchos montes, crían fina plata, unos en más seguidas vetas».

Calancha habla después de dos cosas notables que hay en la provincia de Conchucos a las que indica como *maravilloso secreto*

de la naturaleza. Dice que hay dos plantas en unos peñascos. Una de ellas es medicinal y crece. La otra, venenosa y no crece. Luego exclama: «dulce providencia»..... Raimondi había averiguado sobre la existencia de dichas plantas; no le dieron razón los naturales. Con todo dió algún crédito a lo dicho por el historiador agustino. «Algo de positvo» hay, dice. Había aplicado su lente de sabio y había visto aluminio y sulfato de plomo. Elementos: uno medicinal y otro venenoso.

La otra cosa maravillosa era la aparición de ciertos peces por la cuaresma en el Marañón, frente a Llamelín. Y el naturalista mencionado también le da crédito; pues, en efecto, ciertos bagres se crían en ciertas épocas.

No hay duda que los primeros españoles, sin embargo de su valor y arrojo proverbiales, penetraron por primera vez en las tierras de América con sobrecogimiento de algo desconocido y pocos mantuvieron el espíritu crítico para elaborar las fuentes de historia.

Por otra parte, los franciscanos poseen un hecho histórico. Tuvieron ellos un convento de avanzada en Pomabamba antes que los agustinos pasaran misionando desde Pallasca hasta Llamellín; pero se despreocuparon de guardar nombres para la historia. Su método era fundar parroquias, servir en ellas algún tiempo, y cuando veían segura su estabilidad, entregaban a la jerarquía, quien proveía nombrando clérigos seculares. Ya en 1594 estaba en Pomabamba el servicio religioso a cargo de los clérigos de Piscobamba. Los franciscanos dejaron una iglesia y una casa, las cuales existen actualmente. La primera sirve aún para el culto; pero la segunda está apropiada para cárcel. El archivo parroquial da testimonio de la actuación edificante de los franciscanos en Pomabamba. Pero los padres, por el hecho de entregar la parroquia, a la jerarquía, no abandonaron las misiones en esta zona; por el contrario, desembarazados del deber parroquial, cumplieron en mejor forma su específica misión. De manera que su influencia fue siempre creciente a medida dèl desarrollo de la feligresía. Existe en la parroquia datos curiosos sobre el litigio que sostuvieron con los párrocos por haber pasado linderos señalados para las procesiones que organizaban los religiosos. Estas querellas, tan pintorescas y tan frecuentes en la ciudad virreynal, no habían de faltar, claro está, en las demás poblaciones del católico y cristianísimo Virreynato.

Pomabamba, de temperamento a gusto de los españoles, les ofrecía muchas otras comodidades para llevar una vida plácida en estas remotas tierras. Las termas ubicadas a un kilómetro de distancia, habían de ser como lo fueron siempre, la piscina probática para todas las dolencias. Ojos de agua, de diversa temperatura, desde Yuraj-yacu, de aguas refrigerantes como un baño de rosas, hasta las de Achaj-yacu, hirvientes y surgentes a borbollones, satisfacen a las más complejas necesidades tanto del hombre sano co-

mo del enfermo. Y el Cura-yacu cuyo valor es imponderable para propios y extraños, y la nieve próxima y los campos fértiles y los cerros preñados de codiciado metal y el templo con su floresta y tantas otras cosas que sirven para una morada feliz, con miliunanochescas leyendas que flotan en el ambiente...

Y el tiempo les dió razón a los fundadores, pues las antiguas e históricas poblaciones fueron desplazadas de su importancia y resurgió Pomabamba, pronta a reconquistar su pretérito puesto, en el concierto de los pueblos, a impulso de la nueva civilización. Vivió la época colonial como un trasplante de cualquier ciudad andaluza.

Tenía casas señoriales y costumbres de nobleza. Pajes, cuando las familias linajudas salían en cabalgaduras aderezadas de plata y seda; recepciones pomposas; veladas en las que se derrochaba la etiqueta más refinada. Todavía existen hasta ahora como venerandas reliquias, candelabros que sustentaron velas de sebo y despabiladores de plata, estilo plateresco. Mesas embutidas y lustrosas en que se jugaba el tresillo. Cajas de conchaperla para guardar joyas de familia. Y no faltaban en las mansiones de campo, tipo feudal, retratos al óleo y algún pergamino con que acreditaban su abolengo restos de linaje y que todavía, antojadizos republicanos de hoy, quieren descifrar y acomodar las ramas de su árbol genealógico. Había mantillas de hilo, crinolinas pomposas y mantones de Manila. Se hablaba con cierta facilidad de los versos de Lope de Vega, Calderón de la Barca, místicos como Santa Teresa y San Juan de la Cruz, de filósofos como Luis Vives, Averroes, Avicena....

Hombres de elevación moral y de altos pensamientos, vivieron vida digna de la atención de cualquier novelista e historiador.

Muchos se imaginan que para ser objeto de historia hay que asistir a combates, morir violentamente o tejer tragedias que lleguen a noticia de todo el mundo. Quién sabe si una vida bien vivida y no publicada es la mejor historia; así como la mejor poesía es la que se siente y no se dice. Pueblos que se sienten sin historia, no llevan consigo el *élan* de la vida ni tiene maestros que los iluminen, porque la historia es fuerza evolutiva y maestra de la vida.

Si los investigadores sagaces y agudos interpretaran por medio del sicoanálisis lo que dicen restos de cosas de ayer y costumbres, cuentoss y leyendas que sobreviven, nos revelarían un mundo bellísimo, lleno de luces, poblado de armonías, de parleras voces, de emociones infinitas. Acostumbrado el vulgo a ver las cosas desde su infancia como la luz del día, no le es dado admirar el encanto de los calores de ésta ni el lenguaje mudo pero elocuente de aquellas. Los poetas, eternos sicoanalistas, sólo ellos presienten con espontánea facilidad lo que llaman *Sunt lacrymae rerum*....... Son las lágrimas de las cosas.

La cultura cristiana aportada por España es un mundo más grande que el que descubriera Colón. Ni es necesario de hechos resonantes para volver al pasado. Hay un hilo de luz que conduce, a través del tiempo, al talento que quiera realizar un viaje de ensueño.

Los detalles de la vida cuotidiana, la alegría que irradia con el amanecer de cada día, las dulzuras del hogar, lo intenso del amor, el pensamiento y el deseo traducidos en palabras y obras, tejen, como las células de un organismo, la historia de un pueblo. Sus tradiciones la hermosean y sus leyendas la exaltan. Pomabamba, ciudad de ensueño y de encanto en sus orígenes, sigue siendo lo que fué para los españoles: «rincón hermoso», propio para hacer la felicidad del alma más delicada si sabe gustar de sabiduría y sabe descubrir la belleza creada por la Providencia.

Pero si quieren hechos de clamor y de armas, había que tornar los ojos hacia la gesta varonil de los hijos de Conchucos. Y entonces veráse por ejemplo, la invasión de Trujillo de parte de los «rebeldes indios» de estos pueblos, trascendental hecho guerrero, reacción justa y razonable contra la tiranía, y el canto de cisne de una raza...... Como resultado, quedaron desiertos los pueblos y exterminados los habitantes por el poder y el abuso del enviado de Pizarro, el Capitán Fco. de Chávez. Carlos V quiso reparar, sin embargo, tanta injusticia; la condenó en efecto, y quiso dar satisfacción al severo fallo de la historia: ordenó al Virrey Don Hurtado de Mendoza incautar los bienes del Capitán, con los que mandó fundar escuelas y crear cien becas para los hijos de los caudillos que fueron víctimas en los pueblos de Conchucos. En esta rebelión hubo episodios variados y sugerentes para constituir el fondo de una novela o de un poema heroico.

No faltan campos inexplorados. Hay también un asunto histórico de relieve.

En Sihuas, célebre por sus escuelas y pedagogos, asiento de una notable cultura, ciudad cuyos orígenes se remontan a la época preincaica y cuya prestancia se confunde con la fama y el valor de dicha provincia, alojamiento obligado de los emperadores del Cuzco, rodeado de legendarias ruinas, que en abril de 1533, cuando Hernando Pizarro pasara llevando consigo al general Calcuchima y sus 50,000 hombres conservaba todavía su antigua importancia y en la época republicana se diera la batalla por el triunfo de la revolución de 1895, en Sihuas, decimos, hay una reliquia de mucha importancia. Se conserva entre las alhajas de la Virgen de las Nieves un pectoral y un anillo prelaticios. El pectoral es de oro y piedra morada, tiene una cadena con 32 piedras finas, también color morado. Pesa cuatro onzas y una cuarta. Según antiguos inventarios, dichas alhajas fueron obsequio del obispo D. Nicolás Urbano de la Mata. Fué cura en Sihuas y obispo en Bolivia. Fué un santo y perseguido. Llamado por el Rey, se vindicó en España. Su memoria es venerada por todas las generaciones en

Sihuas y tiénese una devoción particular y emotiva como si fuera un santo canonizado.

El archivo parroquial de Sihuas, tiene singular importancia. El primer libro es de 1630 y fué cura párroco en esa fecha D. Francisco Suñiga Morales. En 1594, Sto Toribio ya había encontrado a Sihuas constituída en parroquia y hace en su visita una estadística completa. Encontró una reducción de 868 almas y el cura era el P. Diego Tapia. Pertenecían a esa parroquia: Santa Catalina de Andaymayo, San Antonio de Chinchobamba, San Marcos de Umbe, San Juan Bautista de Quiches, Nuestra Señora del Rosario de Xocos y San Jerónimo de Quilca.

Después del cura interino Diego Mexía de Maldonado, el licenciado D. Nicolás Urbano de la Mata y Haro se hizo cargo de la parroquia, en propiedad, en 26 de octubre de 1670 y estuvo hasta 1692. Sucediéndole Esteban Santander y Muxica. Urbano de la Mata fué nombrado obispo. Su vida enriquecida con la práctica de las virtudes cristianas, las luchas que sostuvo en su apostolado y su actitud noble y levantada en el infortunio, constituyen asunto digno de un estudio biográfico especial.

El paso del Arzobispo Fernando Arias de Ugarte y de Juan Domingo Gonzales de la Reguera aportará nuevos datos para el conocimiento de Sihuas.

LA EPOCA REPUBLICANA.— Es una época de transformación. Cambios de política territorial, desmembramiento de la histórica provincia de Conchucos, paso del ejército de la Breña, sublevación de los pueblos en 1895, el combate de Sihuas dos días antes de la entrada de don Nicolás de Piérola en Lima por la portada de Cocharcas, la muerte de los caudillos don Alberto Rivera y de Piérola y don Víctor Ponte en dicho combate, la aparición de hombres como Pedro Ignacio Cisneros, Olivas Escudero, Arturo Vidal y otros. La vida virgiliana del Gran Mariscal don Ramón Castilla en Llumpa bajo el encanto de una india nativa etc. etc., episodios que no caben en este libro, cuyo objetivo es seguir la senda de Fidel Olivas Escudero, a lo largo de su brillante vida.

III

En torno a la mesa de tresillo.— En alas de la fantasía.- Fenómenos biológicos de un pueblo.— La interpretación histórica necesita vocación.— La misión de un elegido.— Elogio del patrón Bautista.— Era un modelo digno de imitarlo.— Don Virgilio en la escuela de don Jesús.— Algunos personajes.— Piscobamba y su pasado glorioso.— Llama: cuna de un cruzado ferviente.

En las breves horas de reunión sostenida con motivo de la presencia de este personaje, habíanse acalorado los cerebros y se habían desempolvado añejas culturas regionales. En torno a la mesa de tresillo, después de un día recargado de actos misionales, para proporcionar momentos de solaz y descanso a los obreros evangélicos, estaba Montes de Oca, clásico representante del colonizador de ayer, arrogante y fino, desgranando su verbo parlero y elegante en exaltar la obra cumplida de la Madre España. Ahí estaba Ramón Roca, confirmando con su gallarda presencia y su amplia cultura la afirmación cada vez más audaz del español, el cual hablaba de todo, menos de su participación en la aventura imperial de Maximiliano I, en la república mejicana. También estaban allí los Mesa, los Porturas, los Villegas, los Egúsquiza, los Navarro, los Escudero, los González y otros vecinos representativos de la provincia, y alternaban con el prelado, entre juego y juego, cuestiones confortantes y de alta cultura. Y los cabos de la historia trasandina iban saltando de los cerebros como pedazos de leño al corte seguro del leñador. Rondaba la leyenda, y las mujeres y los niños soñaban sueños fantásticos después de los razonamientos que oyeran en las memorables veladas de entonces.

Y cuando Olivas Escudero se veía solo en su habitación, paseaba de largo a largo, y no conciliaba el sueño, por el exceso del trabajo y por las emociones vivas que sentían su espíritu delicado

y su corazón sensible. Por su imaginación, seguían desfilando leyendas de *Mishicocha*. De niño había oído hablar del Totem que resguarda el Este de la ciudad: era el *Mishi*; estaba alojado en lo alto de *Uchcugaga,* altura inaccesible adonde sólo llegaba el cóndor llevando la presa con que se alimentaba aquel dios, y a cuyos pies una bruja quemaba el *gueshgue* para asar la carne viva del sacrificio. La divinidad que dominaba desde el Sur, era el *Huampu,* señor de los aires y de los campos fértiles, dueño de las *tsacuas* que se crían en las pampas del Sur. Por el Norte era el *Puma,* vigilante, severo y siempre generoso, modelo de las tribus valientes que, con el símbolo heráldico de su figura, realizaron hazañas que el gran cosmos guarda en sus archivos, esperando la revelación de mañana en la hora propicia de la transmigración y metemsicosis de las criaturas. Por el Oeste, *Chuyas*, la diafanidad, blancura de nieve, claridad de luz donde vivía la Tríade pagana, a quien le llevaban, cada año, su ofrenda floral las *ñustas* o las *jipash,* venidas desde remotas comarcas. Multitudes incalculables celebraban la fiesta del *yachacuí*: la virginidad ofrecida en el altar de aquella Tríade, como el mejor fruto de la creación. Los tres monolitos siguen curando, a pesar de la presencia del cristianismo, las dolencias que ignora la medicina.

Amenazas del Mishicocha, cóleras de volcán en el seno del *Achajyacu,* vuelos de Huampu, rugidos del Puma, almas que transmigran y todo el sistema panteísta, oculto en el hermoso y riquísimo folklore pomabambino, que de niño puebla los cerebros de ilusiones e imágenes, ora terroríficas, ora placenteras y deseables, fué objeto cálido de reminiscencias para el talento que, por otro lado, había divagado, como todo hombre culto, por los campos de la mitología griega y latina. También hay hermosas é interesantes mitologías en la morada del hombre andino. Solazábase el prelado recordándolas; pero su carácter de apóstol cristiano, lo sacaba de su estado de ensoñación y le recordaba su deber de cristianizar cosas y personas.

Bien examinado, Pomabamba, así como los demás pueblos de América y del mundo entero, seguía viviendo su vida de ayer. El proceso biológico de un pueblo es como la corriente de un río. Sucesión de días, años y siglos, cambio total de sus aguas, ahondamiento de su cauce, a veces, variación; sobre él cambia incesantemente la decoración celeste; en sus orillas, mueren unos vegetales y nacen otros; en el *écran* de sus aguas, pasan escenas sin fin, sin que una se parezca a la otra; constante *devenir*; pero, después de todo, es el mismo río; hay algo permanente, por el cual el río de ayer es el de hoy, el de siglos pasados igual al de los venideros. O es como el umbroso boscaje en perpetua variación; pero generando la misma armonía, el mismo canto, el mismo amor, escondiendo los mismos nidos, llorando la misma muerte y exaltando la misma resurrección. O es, todavía, como la vida del ser

ma, primero; y, contra el gran Tovar, luego, campañas que lo hicieron célebre a lo Fouché.

El Doctor Ramón Roca, hombre de prestigio y gallarda actitud, era figura central de la sociedad pomabambina, sentaba en torno a su mesa de *rocambor* a lo más contado de ella y al pie de su púlpito, a todo el pueblo. Su memoria vive aún.

Andaba también por ahí el cura de Piscobamba doctor Pedro Justo Salas. Decir cura Salas, era extender a la vista un mapa de jurisdicción parroquial que comprendía pueblos diseminados desde el río Sihuas por el lado de Santa Clara hasta el río Yanamayo por el lado de Chacas: una extensión en que podrían caber varios obispados europeos. Hombre engreído, buscado como el pan, era Salas una personalidad cargada de méritos y poseedora de muchas anécdotas.

No les iban en zaga a dichos presbíteros, otros dos, oriundos de Umbe: don Pío V. Ganvini y don Agustín Ganvini, ambos hermanos y gemelos. También ellos merodeaban en traje de gala; y aportarían su espíritu de colaboración a la obra de bien social que Olivas Escudero quería dejar en Pomabamba como recuerdo de su paso por esa ciudad. Manejarían, sin duda, su proverbial agudeza y quizá amenizarían el ambiente con su decir jocundo y contagioso, intencionado y certero, allí donde, una grave y luenga filosofía, no hacía sino enturbiar.

Pero, Olivas Escudero era espíritu con quien no cuadraba la lentitud. Habría querido transformar a breve plazo las costumbres más inveteradas, separar las franjas del arco iris; el cristianismo aquí y el paganismo allá. «Ser o no ser». No era jansenista, es cierto. Le gustaban las flores, los campos, la vida virgiliana, el folklore; pero le obsesionaba la advertencia del Maestro: «El que no está conmigo, está contra mí». Y llevó a la primera comunión a muchos veteranos. Los hijos pródigos volvieron a la casa paterna. Los enemigos se reconciliaron. Consolidáronse amistades al calor del evangelio. Los refractarios refrenaron su ímpetu. Callaron los murmuradores, y una paz, como el aliento de la fresca brisa, pasó por el mundo de las almas.

Mas, el tiempo marcha. Don Fidel ha llegado a Piscobamba. Y qué entusiasmo hay allí. En 1594, hubo un gran alborozo semejante. Santo Toribio celebraba su sínodo con la concurrencia de muchos sacerdotes venidos de Pallasca, Huari y Tayabamba. Hoy parece este pueblo un hormiguero revuelto por la torpe mano del tiempo. Casonas ruinosas, acá y allá. La gran iglesia que cobijara a tantas generaciones antes de ahora, está con las paredes resquebrajadas y el techo a medio caer. Ave envejecida, que añora gallardos polluelos de ayer....

Los piscobambinos pululan, esta vez, en actitud fiestera, con motivo de la llegada de un gran prelado, cuyas vinculaciones los enaltecen. Hay muchos forasteros, arcos de flores y música vernacular que hermosean y animan la inmensa plaza cubierta de césped

y donde pacen y revuelcan corceles recién desensillados. Piscobamba parece una gran ciudad resucitada recordando su pasado brillante.

Fue, en efecto, grande pueblo. Sobresalió entre los que formaron las naciones desaparecidas allende la Cordillera Blanca. Cuando el secretario de Hernando Pizarro hizo breve, pero revelador elogio; y, cuando Garcilaso Inca, enalteció el valor de sus hijos en la patriótica demanda contra el poder imperial en el avance de Pachacutec; estuvieron estos historiadores muy lejos de su remota y gloriosa prestancia. Ellos ni lo sospecharon; sólo vieron el presente, ya medrado y cerca de la ruina. Pero en el siglo XVI, todavía conservaba restos de nobleza y primacía. Por eso, Santo Toribio dióle el honor de una sede: celebró un memorable sínodo cuyos acuerdos fueron los primeros sillares para fundamentar un sólido cristianismo en los pueblos que bordea el río Marañón. Y el informe presentado en dicha oportunidad por el corregidor Nicolás de Ortigosa, a petición del Arzobispo, es un documento valioso. Allí se hace la estadística de aquel tiempo y se anota la presencia de españoles cuya raza había de hallar ambiente para su prosperidad a medida que pasara el tiempo. Santo Toribio, siglos antes que Franklin descubriera el pararrayos, había colocado, entonces, una cruz de acero en la torre de Piscobamba para evitar rayos, frecuentes en ese lugar.

Y ahora le queda una riquísima tradición esperando quien la haga conocer y una historia quien la descifre. Le queda sobre todo la perspectiva de un cielo abierto frente al Huascarán, como invitando a los siglos venideros a repetir la historia de los valerosos hombres de ayer.

El obispo Olivas recorrió rápidamente toda ella en una amplia visión. Pasó a Llama, lugar de su nacimiento. Una casa señorial y solariega, envejecida: nido de antaño. Reconoció piedras, paredes, muebles. Contempló los cuadros, fijó la mirada en algún rincón, pensó hondo y llenóse de inefable ternura. Estaban ausentes para siempre los seres queridos: padre y madre; pero las cosas le eran familiares y le hablaban con muda elocuencia que él sólo podía comprender y responder murmurando una plegaria. El recuerdo de los suyos, le había confortado. El hogar, la primera escuela donde recibiera la primera lección para el bien vivir según el Evangelio, fuele, esta vez, como el frondoso y secular olivo que le sirviera de testigo y templo en que viera el cáliz simbólico de sus futuras luchas y excepcionales dolores. Estuvo breve tiempo en el lugar de su nacimiento. Cruzado ferviente del ideal cristiano, sentía la inquietud del vuelo gigante; y fuése, en efecto, para no volver más, allí donde reposan sus antepasados.

IV

Mañanas escolares de antaño.— Las turbas siguen a un rabí.— Por el horizonte de Huayllán desapareció un gran corazón.- La inquietud y la brillante pléyade de muchachos.- La trajinada y polvorosa senda.— Llama-corral y el «antibus».— Quishuar y las tímidas «Demetrias».— Yanagaga y la mangada.— Lecho sobre tumbas.— Asalto de cornúpetas.— «El árbol de la noche triste».— Chinguel y la visión de mundos muertos.— La columna de humo.— Tincu y el rincón de Morfeo.— Machay-pampa y Morococha, penas y leyendas.— Policromía en nieve.— Portachuelo: lindero del Pacífico y el Atlántico.- El indio de sombrero rojo.— Llanganuco y la barbacoa.— El Jatun-runa: cuento espeluznante.— María Josefa. Sugestiva tradición.— La sensación de lo extraordinario.— Olivas Escudero frente a ello.— Unico paisaje en el mundo.- La intuición y el cálculo.— El poder de la Llojlla.— María Josefa, otro Monserrat hispano.

Era una refulgente mañana, como lo son siempre las estaciones del año en Pomabamba. Las hebras de oro que Febo desmadejaba del copo de sus entrañas, iban cayendo sobre la blanca nieve y sobre las verdes eminencias. Como una inmensa inundación de oro líquido avanzaba hacia el llano. Los escolares estábamos en la escuela de Ushno, en apretada fila, sobre desiguales poyos y de frente hacia la salida del sol esperando sus benéficos rayos para alegrar nuestro espíritu y calentar nuestros cuerpos. Viendo estábamos cómo la luz iba despertando a toda la creación a su paso, hiriendo las pupilas de los pastores y desperezando a sus ovejas, haciendo trinar a las aves en los árboles y saltando de quebrada en quebrada. Era nuestra costumbre cuotidiana, entonces; pues, íbamos a la escuela antes que el sol saliera y estábamos hasta las diez de la mañana sin probar los yantares que ahora se

nas que reciben sus aguas. Todo hermoso. La cabalgadura empieza a bajar, sus cascos se hunden, como en el fango, en la blanca sábana de nieve y los estribos pasan rozando por uno y otro lado sobre ella. Luego se camina bordeando despeñaderos que van a parar en la profunda quebrada. El panorama embriaga, puede perderse el gobierno de la brida y desviarse. Desde la altura se ven los espejos de las lagunas en marco verde de llanura y relieves de vegetación como tallados platerescos. A medida que uno se acerca, se distingue una casa, la de la hacienda que llaman los vaqueros. Dormir allí es otra sensación. La generosidad de las gentes del campo, nos ha convencido la comunidad de muchas cosas. Y así entramos de hecho a la solitaria casa. No había una alma ni animales domésticos. Tiene un salón de respetables dimensiones, vigas rotas y podridas por la gotera, techos perforados que dejan ver libremente el cielo. Después de breve yantar, es obligación tomar la horizontal sobre pajas amontonadas.

A la media noche me estremecí de repente, y al abrir los ojos sorprendidos, ví a un indio de sombrero rojo y de estatura gigante. Estaba contemplándome en actitud indecisa con un brazo en alto portando una antorcha de paja. Me vió y dijo entre sí: «Un muchacho». Pasó donde mi acompañante y dialogaron algún rato. Luego se apagó la luz, acomodóse en un ángulo de la pieza y comenzó a *chacchar.* Tuve miedo; pero el cansancio era mayor; me dormí. Cada vez que despertaba, seguía *chacchando* él. Pero mi compañero había resuelto no dormir y le dirigía de cuando en cuando la palabra. El indio hablaba del poderío del patrón a quien servía, del ganado que cuidaba y de sus correrías. Otro día, al despuntar el alba estábamos en pie. Nos parecía ver palacios encantados. De los cerros colgaban ondulantes cortinas, pliegues románicos, estilos helénicos en blancos mármoles. Aquella visión se complicaba y se hacía suntuosa y fantástica con el reflejo del cristal de las lagunas. Con el agua en movimiento, parecían también tomar vida los palacios encantados. Cuando el sol derramaba sus rayos de oro en polvo, la transformación era maravillosa. ¿Qué era aquello? Cuando la temperatura está normal, caen de las cimas chorros de agua como velos de novia y cerca del suelo no se ve sino polvo blanco. Por la noche, esos chorros se hielan en su caída y forman la fantástica decoración en torno a las lagunas y la imaginación, ante tan extraordinario espectáculo, no se cansa de combinar paisajes y bellezas de ensueño. Una parvada de *huachuas* y especies de ñandú, completan la pincelada.

Dichas lagunas están entre dos cerros paralelos, cortados a pico y en su contacto con el agua, crecen árboles de grandes dimensiones como el *quinual,* el *quisuar,* la *huarauya,* etc.; toman dirección horizontal y se recuestan en la superficie de las lagunas. Las olas los acarician y las ramas juegan con la espuma. Antes que los yungaínos perforaran uno de los cerros para hacer un camino de medio túnel, no se concibe cómo podían pasar los viaje-

ros sobre las lagunas, sin balsas ni botes. Dicen que pasaban por las *barbacoas.*

Las barbacoas consistían en una especie de puentes adosados al cerro a modo de repisa. Aprovechóse de los árboles crecidos en sentido horizontal con las raíces hundidas en las quiebras y se hizo un pasadizo tortuoso, accidentado, lleno de peligros. Sólo los conocedores de la consistencia de ciertos puntos y diestros para guardar el equilibrio sobre tales aparatos en perpetuo movimiento por el viento y las olas, sólo ellos podían guiar a los pasajeros. Con todo, pasaban caballos, reses y otros animales; desde luego con frecuencia había accidentes fatales. Y las heladas aguas de Llanganuco guardan muchos restos humanos y sobre ellas rondan recuerdos y leyendas. Las lagunas desaguan en torrentoso río, el cual se cruza por medio de un puente. De allí ha trazado el camino una breve curva, y estamos frente a *María Josefa.*

¿Quién es María Josefa?

María Josefa ha enriquecido la tradición y el *folklore* cien leguas a la redonda. Y cuanto más lejano se hace el círculo tanto más crece la leyenda y el misterio.

De niño, había oído hablar a las «mamaconas» en las plateadas noches de luna; y cuando alguien llegaba de un viaje por Llanganuco, los muchachos íbamos a contemplarlo como a seres extraordinarios.

Un hombre caminaba un día por la cuesta de Tanganacu hacia el portachuelo —decía uno de los fantásticos cuentos de las mamaconas— Ese día había caminado mucho y resolvió dormir en el campo. Ya el sol había desaparecido de la vista, la oscuridad venía a todo correr desde las quebradas profundas. El, valeroso y autor de muchas hazañas, no tenía miedo a nadie y a nada. Podía medirse con los poderes infernales. Cuántas veces había peleado con el diablo; y al diablo, hay que darle con la zurda. Conocía ese secreto. De niño, había tomado dosis de dinamita. En su tierra le llamaban Jatun-runa, por su estatura gigante y su gran valor y audacia. Este hombre, pues, acampó solo y cubriéndose con su poncho se dispuso a dormir. No pasarían muchos minutos cuando empezó a inquietarse sin motivo. Por más que lo procuraba, no podía conciliar el sueño. Los nervios le hormigueaban, un escozor extraño y espeluznante le subía de pies a cabeza y le bajaba de la cabeza a los pies. ¿Serán hormigas?, se preguntaba entre sí. ¿Pulgas? A esta altura y en este escampado no puede haber esos bichos, se respondía. Miraba a uno y otro lado en la oscuridad y daba profundos suspiros. Y dando vueltas y más vueltas sobre su improvisado lecho, había acabado por desbaratarlo. Quiso recoger la poca paja que había y escarbó. Y en eso, sintió una mano fría... Allí nadie podía auxiliarlo, porque es un campo, una soledad, no hay pastores, y los viajeros procuran llegar a sitios conocidos donde pueden encontrar algún recurso. Allí, no hay ni lobos. Los



LLANGANUCO, LUGAR DE LA «BARBACOA»

cóndores divagan sólo a ciertas horas del día ¿A quién podía acudir? ¿A Dios? No sabía rezar. ¿A las almas? A las almas no se les puede llamar: podrían presentarse las *almas grises o negras*, y estas destrozan a los mortales; y, *las blancas,* no vienen porque ellas no buscan sus huellas; ya gozan del ansiado bien. Acordóse que era Jatun-runa y tomó aliento. Sacó del bolsillo el eslabón y lo chispeó. Nada. Una y otra vez: tampoco. Entonces, hizo como una chocita de paja y golpeó. La chispa prendió al fin en la paja y se hizo llama. Vino el viento silbando y avivó fuertemente el fuego, y, a los resplandores de la llama, brilló ¿que cosa?... una prenda de oro. Abalanzóse el hombre y la arrancó de una mano: era una sortija puesta en un dedo, el dedo era de una mano, y, la mano, de un difunto.....

El fuego ya era un incendio, chisporroteaba y el viento seguía soplando. De pronto, levantóse del suelo, donde quisiera dormir, una sombra y empezó a batir un manto para apagar el fuego. El fuego se encendía más.... La sombra volvió la cara hacia el hombre que lo había prendido y sus ojos brillaron como un relámpago en siniestra noche. Entonces, el hombre sin miedo, no hizo sino poner pies en polvorosa. Camino abajo, con los brazos, en cruz, con los pelos erizados, la boca y los ojos abiertos, corría como una alma condenada. Y cuando pensó haberse alejado lo bastante, quiso ver la escena. La sombra seguía dando golpes al fuego, ora a la derecha, ora a la izquierda, para defender su lecho de descanso eterno, y al no poder dominarlo, emprendió la carrera en pos del imprudente mortal. Y éste, en medio de su asombro y vacilación, pudo contemplar por un momento cómo bajaba la sombra alada y fatídica, y cómo con su paso dibujaba el zig-zag del camino. Dice que iba dando vueltas y vueltas como una serpiente de fuego; llevaba un manojo de paja encendida a manera de antorcha levantada en la diestra. La distancia iba desapareciendo, estaba cerca; pero ¡oh suerte! la detuvo un riachuelo.

Las almas, no pueden pasar los ríos ni las acequias siquiera; esto es sabido. Vuelan como el viento, suben por los cerros, corren por los campos, traspasan paredes, pasan sin estorbo los bósques; pero, en cuanto tocan con esos otros accidentes, no los atraviesan fácilmente. Suben y bajan en la orilla, corren allá y vuelan acá, hasta dar con un paso favorable.

Y aquella sombra, ya había pasado el riachuelo. Entonces, el hombre sin miedo dió la espalda y empezó, otra vez, a correr. Corría y corría......

¡«Barbacoa! ¡barbacoa!», comenzó la sombra a gritar.

Y los cerros con su formidable eco coreaban aquel grito terrible:

¡«Barbacoa.... barbacoa»......!

¡«Barbacoa.... barbacoa»!, repetía la sombra cada vez más próxima.

«Ataja a ese monstruo»,..... atájalo»....

¿Qué cosa era la *barbacoa*?

¿Eran las olas de las lagunas?

Quién sabe. *Barbacoa* ¿era el viento enfurecido? Quién sabe. Barbacoa era el puente peligroso, hecho sobre ramas y movido por el viento y por las olas de *Tanganacu*. Y las olas y el viento y los árboles y el puente se conjuraban a veces cuando algún hombre indigno pasaba sobre ellos. Lo hacían caer, igual que los nidos, cuando los muchachos sacuden los árboles que los esconden. Eso era la Barbacoa y todavía más: era el genio de esos elementos, la personificación de la justicia, el guardián de los seres que viven en ese paraíso particular.

¡«Barbacoa», barbacoa»! seguía repercutiendo el grito espeluznante. Y el hombre sin miedo ya estaba sobre el puente; pasaba más ligero que una flecha; más veloz que el moscardón cuando le persigue el picaflor; iba saltando de rama en rama.

Barbacoa había empezado a agitarse. Las olas azotaban y chispeaban sobre las ramas y los peñascos; y los árboles se estremecían como movidos por una mano omnipotente; el puente subía y bajaba, crujían los palos. Llegó un momento en que desfalleció el hombre y sus pies pisaron el vacío; pero, aprovechándose de una oleada, pudo asirse de un árbol y saltar sobre tierra firme. La misma sombra quedó atónita, al otro lado, al ver la audacia y ventura de su enemigo. El hombre había tocado los dominios de *María Josefa*. Ella lo había salvado. ¿Y la sombra? La sombra volvióse llorando su destino. Llegó al lugar del siniestro. El fuego lo había consumido todo; sólo restos de huesos humanos, como fugaces fosforescencias, brillaban cuando el viento soplaba. Nunca el lecho de un muerto había sido profanado de semejante manera. De hoy en adelante, la desdichada sombra no tendrá un lugar de reposo. Andará errante buscando al autor de sus males. Lo peor de su desgracia era haber perdido el anillo que conservaba como recuerdo de un ser querido con quien había vivido vida feliz, y ese ser lo esperaba y lo esperaría siempre, pues había jurado esperarlo hasta más allá de la tumba.

Algunos viajeros, dice que la ven. De día, permanece sentada; tiene forma de piedra; se ve siempre a lo lejos como un cóndor con las alas caídas y en actitud pensativa. Cuando se acercan, se desliza una sombra más allá, como si una nube pasara por el firmamento. Los curiosos no encuentran nada, sino peñas informes, cubiertas de musgo. A veces, espera de noche, en los recodos de los caminos, y atisba la cara de los viajeros; y, otras veces, se coloca en el punto más estratégico de la barbacoa, inclinada la cabeza, extendidos los brazos y como haciendo un puente entre árbol y árbol; permanece en esta actitud, pensando que ha de pasar su enemigo para poder atraparlo y recuperar el anillo.

En estas y otras actitudes espera, triste e impaciente, el fin del mundo, aquella sombra extraña.

MARIA JOSEFA

Desde muy lejas tierras había venido una mujer. Dicen algunos del país de los Chuquis. Otros, de los Huajra-stucus; otros, de Huanucus; y otros, de allí donde corren los ríos más caudalosos del mundo.

Era bella; mezcla de raza nativa y española; era una síntesis de hermosura de ambas razas. Robusta como la *chonta*, tenía un corazón blando como el *aguacate* henchido de crema. Su álma era ánfora de virtudes cristianas. Nacida en el campo, sin más escuela que las luces del cielo y las armonías de la creación e incontaminada de vicios ciudadanos, quería vivir como la encendida *rima-rima* en su propio tallo. Pero los hombres se disputaban y sus padres la querían obligar a que se casara con el que ellos lo señalaban. Ella había oído hablar de la inocencia. Había leído en el Evangelio sobre las generaciones castas y todas sus glorias, y la Epístola de los Corintos le ponía ante los ojos esta revelación del Apóstol: «El que da su hija en matrimonio, obra bien; mas el que no la da, obra mejor». Si esto es mejor, decía, hay que seguir lo mejor. A base de la inocencia quiso construir su castillo interior en el que brillarían todas las virtudes, inclusive el martirio. Las almas privilegiadas, siempre dirigen la mirada hacia el martirio como a la meta de todos sus deseos. Con estas disposiciones había formado una conciencia como la de los santos. Si hubiera nacido en Francia se habría llamado Teresita de Lisieux. Si en Roma, Bibiana o Inés. Si en Lima, Isabel Flores. Nació ella en remoto lugar, allí donde son testigos sólo las flores y los árboles; y las flores y los árboles no se cultivan: crecen espontáneamente. Pero quizá esta espontaneidad y la exhuberancia natural de los vegetales, fueron su mejor inspiración.

¿Y qué pasó?

Varones escogidos de su tierra habían jurado poseerla. Uno de ellos, el indicado novio de parte de sus padres, tenía locas esperanzas; la palabra empeñada del fuero paterno, le daba seguridad en sus pretensiones. Corrieron meses y años; ella, invariable, como ayer: no quería casarse. Enfurecido el novio oficial, en momentos de desesperación, había jurado por un extremo de este dilema: o mía o de la muerte. Y ella para no serlo de uno ni otra, abandonó el dulce hogar y se fué rumbo a países remotos, sin norte ni guía. Mucho tiempo había caminado huyendo de los hombres. Atravesó ríos, montes, llanuras, pueblos, países; y llegó a la Cordillera Blanca, subió sus faldas, trasmontóla y bajó hacia Tanganacu o Llanganuco. Bajo sus plantas la barbacoa sintióse maciza; las ondas se movían mansamente y las acariciaban; los árboles se meneaban levemente como facilitando el paso de la bella doncella; y las aves y las sirenas y el céfiro parecían decirle: ¡Abur, hija del cielo! Ya había cruzado el torrente donde

desaguan las lagunas; había elegido ya el lugar para pasar la noche entre dos peñascos, a la vera del río y bajo un dosel de árboles. Sólo un ser vivo la acompañaba, fiel hasta la muerte, copartícipe de su desgracia, única criatura, regalo del cielo compasivo y único testigo para testimoniarle que, bajo el Sol, no todo es malo. Era su perro. Hermoso, engreído y de lustroso pelo; así, había salido de su tierra; pero en el camino, adelgazó y cambió de color; estaba embarrado y cansado; pensativo, cariñoso, siempre humilde y leal.

En la alta cima brillaban los últimos rayos del sol; sobre la doncella, pasaba de un cerro a otro, un cendal de luz; al principio, se proyectaba frente a los grandes macizos y luego iba subiendo por un lado como un índice de misteriosa y gigantesca mano para señalar el camino del cielo a las pocas almas que suben allá. No había aún desaparecido aquel cendal, cuando oyó de súbito tropel de caballo. Ella sintió una corazonada. Saltó el perro dando ladrido de alerta. Era él. Calló el noble can y el jinete púsose, veloz como el rayo, a la puerta del improvisado albergue.

—¡Vive Dios! exclamó. Ahora estás en mis manos. Eres mía. Acá, nadie puede defenderte, nos rodea la soledad por todas partes.

—Es cierto, dijo ella; pero hay un Dios y una libertad.

—Respeto a Dios y esa libertad. Pero, tú no puedes dejar de pertenecerme. Dios bendice nuestra unión, y la libertad depende de un simple acto de tu voluntad.

—Precisamente, eso es lo que no depende de mí.

—Entonces ¿sigues en tu soberbia terquedad?

—No es terquedad. Es elección de mejor vida.

Y aquel hombre, rudo y selvático, rey bárbaro de la creación, que jamás había preparado su espíritu para que la doctrina evangélica suavizara su carácter bravío, irreflexivo y juguete de sus pasiones, impulsado por la ira, desairado en su amor, no quiso oír mayor explicación de las últimas palabras de la noble doncella; sacó del cinto una daga y se la hundió en pleno corazón. Lanzóse el perro para defenderla: era tarde. Perro y criminal siguieron luchando sobre el cadáver de la mujer más hidalga y bella de su país. Al fin, venció el hombre y tomando al pobre animal de la piel, lo arrojó al torrentoso y vecino río. Quedó solo. Contempló a su víctima por un momento; parecióle una santa. Cruzó entonces, por su alborotado cerebro la noble acción del perro, y considerόse inferior a él. Sus nervios se relajaron, cayó desplomado, y, con la frente en tierra, lloró amargamente. A poco rato, levantóse pálido y con los ojos desvencijados; subió sobre su caballo y empezó a correr como el huracán; mas no hacia su país, sino a otras tierras, sin saber a dónde iba: estaba loco.

Unos samaritanos habíanle dado sepultura al cadáver. Trazaron como pudieron una cruz en un peñón envuelto en musgo. En

seguida, se alejaron. Después de algun tiempo, los transeuntes habían visto al perro de nuevo, triste y demacrado; no quería moverse del lugar donde muriera su ama. Cuando oía tropel de gente, dicen que daba un salto y desaparecía. Luego volvía. Se sustentó por algún tiempo de yerbas y animales muertos. De noche, aullaba sin cesar. Murió al fin, como es destino de todo ser viviente. Los viajeros que lo vieron hecho ya montaraz, tejieron muchas leyendas. Dicen que sigue aullando y las campanas que ven ellos y oyen sonar desde lo alto, hacen concierto lúgubre sobre la tumba de *María Josefa.*

Esta tradición tiene diferentes versiones según los lugares donde se conserva. Todas ellas coinciden, sin embargo, en el fondo y la más sugestiva es la que acabamos de narrar.

En el lugar de María Josefa, encuentra actualmente el viajero una mesita de piedra rústica, puesta en el suelo a modo de batán y la cercan peñas de regulares dimensiones sin que haya obra del hombre en su acondicionamiento. Ocupa un recodo del camino a poca distancia del torrente por donde desaguan las lagunas de Llanganuco. Para depositar las ofrendas, no hay necesidad de entrar en aquella especie de covacha sin techo; basta que los viajeros alarguen la mano por el vacío entre dos peñones. Las ofrendas son según la calidad de los oferentes. Los indios depositan, sobre la mesa, centavos, velas, coca, *cancha,* etc. y, sobre todo los arrieros hacen exvoto de la crin de sus acémilas para que no se les mueran en el viaje. El lugar es a propósito para el recogimiento espiritual y meditar un rato ante el misterio. Para el creyente, la presencia de una cruz rústica es motivo de una reserva momentánea. Los recalcitrantes y los más despreocupados de las cosas ultraterrenas, son los primeros en demostrar sensaciones exñas. La estrategia del lugar influye, seguramente, en ello.

Cuando llegué yo la primera vez, camino al colegio, lo vi a mi compañero prender su vela, cortar la crin de su bestia y hacer un manojito. Había un rosario de exvotos de esta especie, que colgaban de las peñas. De mi parte, no tenía idea clara de las cosas, sólo a través de las leyendas, me parecía estar en presencia de un sitio extraordinario y me sentía temeroso. Pero, cuando, en otra ocasión, volví a pasar por allí, ya con algunos años de estudio y alguna dosis de instrucción religiosa, quise pasar sin dar importancia a lo que había allí. Sin embargo, la conciencia me inclinaba a hacer algo, rezar por lo menos; pero la reacción consciente me obligó a seguir adelante sin evitar, con todo, un pequeño remordimiento. Una vez en la travesía de las lagunas pasó algo inesperado: desatóse una violentísima tempestad a pleno sol: cayó granizo como pedrizco y al chocar en las piedras se deshacía en polvo; las aguas se agitaron al mismo tiempo; las olas azotaban hacia el camino, dos o tres truenos repercutieron en la quebrada profunda y estrecha y hacían tal estruendo que parecía ser el juicio final. Entonces, murmuré una oración al Todopoderoso y cru-

zó, impertinente, por mi memoria, el recuerdo de María Josefa. ¿Será santa de verdad? ¡Quién lo sabe! Después; cada vez que he viajado por allí, lo he hecho con respetuoso pensamiento en Dios

Seguro estoy que así lo hacen también otros viajeros, ocurran circunstancias casuales o no. Las almas ingenuas no tienen problemas. Oran y depositan su ofrenda, y adelante. Las almas complicadas por la civilización, tienen sus perplejidades; cada cual quiere resolverlas y disponerlas, a su modo, según los estados síquicos de su conciencia. Pero nadie deja de sentir algo extraordinario.

También pasó delante de ese Tabú, o lo que sea, don Fidel Olivas Escudero. De niño, contempló con natural curiosidad el escenario de tantas leyendas; rezó ante la cruz y siguió su camino. De mozo, lleno de inquietud espiritual y romántico a la vez, tuvo sus alternativas; vió el ambiente color de rosa. Mas tarde; de prelado, su complejo síquico era mayor. Su imaginación recordó los cuentos y las leyendas, los episodios de los viajeros, la honda devoción de los pueblos, las cofradías incipientes para mandar celebrar misas y fomentar su fiesta. Esto por un lado; y, por otro, su alta disciplina eclesiástica. ¿Quién ha autorizado esta devoción? se preguntaba ¿quién es al fin y al cabo, María Josefa? ¿Qué ha hecho para que merezca tal devoción? ¿Una mentira? ¿Una mujer vulgar? ¿Una alma providencial? Pero mientras no autorice la Iglesia, no es posible acreditarla con ningún acto de religión. Sería mejor colocar una imagen de la Virgen; pero allí está una cruz, aunque sea sin estética. Sin embargo, la Iglesia habla por la voz de los pueblos creyentes, primero; luego, por sus prelados; y por fin, habla ella misma. Y seguía preguntándose el ilustre viajero ¿Esto será la gestación de un gran peregrinaje para futuras generaciones? No lo sabemos. Y el misterio, a la postre, se impuso también ante aquel espíritu recto y bien disciplinado por la escuela católica. Su señoría acabó por encomendarse a Dios y dejarlo a su santa voluntad.

Hemos dicho que las condiciones del lugar convidan espontáneamente al recogimiento. En efecto, si hay en el mundo un lugar de especial belleza y de placer sugestivo, es indudablemente aquel. Dicen los clásicos viajeros que las aguas del Niágara, la soledad de los desiertos africanos, la inmensidad de los mares y el espacio infinito dejan a la mente absorta y recogida de asombro. Pero la grandeza peculiar del cosmos, vista desde María Josefa, pone al espíritu más indeciso en plena actuación. La inteligencia ve ensancharse ante su poderoso vuelo, los horizontes infinitos del espacio; la voluntad es fuente de inusitado dinamismo y el corazón, de inefables emociones.

No es posible describirlo. Es una especie de cráter lunar que contiene luz, calor, nieve, vegetación, cascadas, seres vivientes, y todo en perpetuo movimiento y reproducción. Cuando se sale del



ENTRADA A MARIA JOSEFA

callejón de Llanganuco, esta hondonada es como un pórtico, el círculo que lo limita va muy lejos y termina en ribetes de nieve cambiantes de color y fisonomía. Descienden estrepitosos ríos de plata y se deslizan sonoros por el boscaje; sus saltos de agua se ven en chorros que dibujan el arco iris; a veces, es difícil distinguir si son nieve, nube o alud que revienta. Por las mañanas las hojas son mar argentina que riela sin cesar y de noche es un gran remanso donde se miran las estrellas. La fauna y la flora que viven como en la Montaña, son prodigiosas y nadie puede clasificarlas. Si algún hombre de estudio viviera cien años estudiándolas, tejería con bellas flores la corona de su inmortalidad; pero no habría empezado su estudio. Diminutas aves vuelan y juegan en aquellos chorros que saltan sobre la copa de los árboles. Toros salvajes, pumas, osos, tarugos, venados, etc. caben en dicha hondonada.

Entre este pórtico que hemos venido en llamarlo así y las lagunas de Llanganuco, apenas miden unos cuantos metros de tierra firme, entretejida por recias raíces de árboles seculares y peñascales que la consolidan. Los científicos dicen que aquello es sólido y no hay peligro para la ciudad de Yungay de un posible derrumbe; pero los indios, agoreros, piensan que eso es nada; sólo María Josefa, lo contiene. Quién sabe si la intuición o el cálculo sea más acertado, es decir, el cálculo hecho a ojo de buen cubero; pues, entendemos que aun no se ha hecho un estudio verdaderamente científico sobre el particular. Pero es de saber aún por los profanos, que las lagunas en el sistema andino aparecen y desaparecen a través de los siglos. Los elementos trabajan incesantemente y llega un momento en que rompen su dique y entonces es la catástrofe geológica: las aguas salen de su lecho, arrastran piedras; taladran bosques, se aglomeran los elementos de destrucción, se precipitan por la pendiente, tiembla la tierra, huyen los seres vivientes, otros perecen, son víctimas las ciudades, se arrasan los campos de cultivo, quedan de trecho en trecho, como jalones de una fatídica ruta, los cantos rodados; los pueblos que desaparecen no vuelven a poblarse, el pedazo de tierra que los anidaba está resentido para siempre, sólo la contínuidad histórica y tradicional trae a la memoria de posteriores generaciones el recuerdo de su existencia. Tal fué la suerte de Ancash, al pie de aquellos cerros. Tal sería en épocas pretéritas la de los barrios de Yungay, en cuyos arrabales se destacan pedrones, que sugieren graníticos pedestales para la imaginación de los poetas o soñadores. La catástrofe de Huaraz es una demostración trágica y viviente de dichos cambios hidrográficos.

En este siglo de carreteras, se ha pensado de inmediato en la construcción de una vía hacia Llanganuco. En efecto, se está haciendo a pasos contados. Dícese que será el mejor sitio de excursión. Justo: he allí el motivo de la lentitud. Nuestra hora actual eminentemente práctica da primacía a obras de mayor trascen-

dencia económica, por ejemplo, las de Chimbote. En la zona de Llanganuco no faltan, sin embargo, motivos geográficos, económicos y estéticos que sugestionan, y por eso la técnica hace su ruido incipiente. Pero, sin postergar la importancia de esos postulados, hay que asociarse con el espíritu de los hombres sencillos que se preocupan del misterio y del infinito. Antes que albergues, barcos de paseos, etc. una pequeña ermita para recoger la tradición, sería mejor motivo de atracción o de peregrinaje. Si aquello es asiento de una santidad, crecerá, bajo la aprobación del cielo, como un árbol frondoso; si no lo es, tiene la religión recursos para santificar lugares como en Monserrat de Cataluña y hacer de desiertos, santuarios donde hormigueen gentes enamoradas de inmateralidad.

———

V

La entrada a Huaraz antes de la catástrofe de 1941.— Breve pincelada.— Llegada del que un día debía ser Primado del Perú.— De nuevo sobre la senda de Olivas Escudero.

En 1908 se llegaba a Huaraz, en tres buenas jornadas, desde Pomabamba. El tortuoso camino del Callejón, bordeando el Santa, coronaba con una entrada pueblerina por la calle de Quilcay, empedrada más de dos kilómetros. Hoy día, no existe ese barrio antiguo; desapareció en la catástrofe de 1941, junto con la moderna urbanización.

Dicha calle de Quilcay era sinuosa y de piso desigual; su larga hilera de casas, con sus banderines de *chicha* y pan, con sus árboles y jardines y el césped crecido entre el empedrado, ofrecía un aspecto típico y sugestivo. El bosque de capulíes que la rodeaba, estaba lleno de pájaros y muchachos. Tambos aquí y allí eran el hospedaje obligado. En Huaraz apenas había uno que otro restaurante o fonda y quizá algún hotel de precaria existencia. La moderna urbanización estaba hecha a base de un verdadero gusto artístico y acusaba el nuevo espíritu de progreso de sus ejecutores. Una amplia avenida se extendía paralela al río Quilcay y ostentaba el nombre del sabio Raymondi. Otra avenida, la del Centenario cruzaba la anterior y se dirigía hacia Monterrey. Un óvalo estaba situado a la entrada del puente de cal y canto y en el óvalo se destacaba una estatua de don Cristóbal Villón, iniciador y propulsor de la nueva urbanización. Este nuevo sector de la ciudad era indudablemente lo mejor de Huaraz. El estado mismo había ubicado allí un gran hotel para turistas. Habíanse construído regias mansiones, caprichosas y pintorescas casitas, reveladoras de la proximidad de una mejor época de progreso en el orden material y espiritual. La referida catástrofe lo suprimió todo retrotrayendo la fisonomía de Huaraz cuarenta años de espacio.

Sus iglesias eran las mismas de hoy con excepción de la de los Descalzos. Para la sede de la Catedral estaba designado obispo el actual primado de la Iglesia peruana, Mons. Pedro Pascual Farfán. Los hombres más destacados eran Octavio Santa Gadea, Glicerio Fernández, J. J. Sotelo, José Santos Morán, los Robles, los Salazar, los Tafur, los Infante, los Morales, los Haro, los Estremadoyro, los Pagaza, etc., etc. Un semanario, «El Departamento de Ancash», era su gaceta de información. Sus fiestas religiosas, igual que hoy. Predominaba el folklore indígena. El 28 de Julio se celebraba con la corrida de toros en la plaza de armas y a veces, había concurso de caballos de paso en la alameda Raimondi. Desfilaban hermosos ejemplares portando medallas y otras insignias. Era una de las cosas más típicas y atrayentes de entonces. En el colegio de La Libertad estaba como director un alemán. El Seminario estaba a cargo de los Padres de la Recoleta de Lima.

Acababa yo de ingresar al Seminario, cuando un acontecimiento extraordinario vino a agitar a toda la ciudad de Huaraz y a toda la Diócesis: llegaba el nuevo obispo. Salieron a su recepción más de doscientas personas a caballo. El prefecto Alvarez no quiso salir a su encuentro: alegaba ser de la misma categoría en la línea de jerarquías aunque de distinto estado. El alcalde Moisés Haro declaró ser liberal, y, como tal, no era posible estar en el homenaje a un jefe eclesiástico. El mentor de los liberales era el Dr. Dámaso Antúnez, ministro revolucionario de Durand. El pueblo salió en masa. Los notables estaban presentes. Muchos fueron hasta Callán. La entrada a Huaraz fué ciertamente caso único por el entusiasmo popular. El pueblo tenía intuición, y cuando el prelado habló en la Catedral creció el entusiasmo y una gran multitud lo acompañó hasta el palacio, y dispersóse repitiendo unanimemente: «Tenemos un gran Obispo». Así fué: el tiempo lo confirmó después. La magnífica actuación y sobresaliente personalidad de este gran Prelado, no las podríamos nosotros enmarcar sino dentro de otro libro.

En el Seminario había un alumnado numeroso y selecto. Los padres de familia mostrábanse celosos de sus prerrogativas. Cuando un niño de raza negra, vestido de blanco y corbata roja, zapatos de charol, elegante y bien hablado, fué recibido y se sentó en los bancos de aquellas aulas, levantóse polvareda y media, y hubieron de retirarlo al inocente hijo de Cam.

Sin embargo, el local no era para asiento de una aristocracia. Unas cuantas bancas y carpetas sin pintar y otras bancas sin carpetas constituían su mueblaje. De las paredes colgaban mapas raídos y en el Gabinete y Laboratorio existían aparatos averiados y elementos sin acondicionar para un estudio metódico. A poco tiempo, supe que dichos útiles pertenecían, inclusive las carpetas, al extinguido colegio de San Agustín. Dos seminaristas, que llevaban bajo el brazo la filosofía de Ginebra, nos hablaban de

grandezas de este colegio. También ellos eran restos, y pregonaban la gloria de serlo. Entonces, surgió en mí la curiosidad. ¿Quién era el fundador de ese colegio? Era don Fidel Olivas Escudero. De pronto estamos, de nuevo, en la senda de este ilustre personaje.

En efecto, en el Seminario, lo único nuevo era el personal traído de Picpus por el primer obispo; pero el material de enseñanza y el espíritu tradicional pertenecían a un gran pasado cuya historia estaba vinculada fuertemente a la acción y vida del obispo de Ayacucho.

VI

Fundación del colegio de San Agustín.— El mundo espiritual.— El paso por una escuela normal.— La pedagogía del fundador.— La pedagogía rusoniana en Huaraz.— La pedagogía tradicional.— La actualización o sea el devenir.— Repartición de premios y el pensamiento de Olivas Escudero.— Este pedagogo estaba «connaturalizado» con la misión que se había impuesto: un modelo para las generaciones docentes.

Fidel Olivas Escudero había arribado a Huaraz en 1877. Recién ordenado, lleno de bríos y dorados proyectos, trazó inmediatamente el plan de un colegio particular para educar a la juventud conforme al espíritu cristiano. Pudo congregar, de elementos dispersos, un cuerpo de profesores correspondiente a la altura de las exigencias de su época; obtuvo necesarias licencias y, rápido, llamó a los estudiantes, e instaló su colegio en una casa ubicada en la plaza de Belén. Allí funcionó este centro de enseñanza hasta principios del siglo presente.

Describir el mundo exterior es tarea relativamente fácil por bizoño que sea el escritor; pero introducirse en el mundo interior o espiritual, lejos del alcance del gran público, es cosa difícil. Sin embargo, aquilatar el esfuerzo y medir la dinámica del espíritu es obra prevalente y necesaria para valorizar a nuestros hombres. Cuando se echa la piedra a un terso lago, se ven las ondas moverse concéntricamente y desaparecer en la orilla o en el infinito. Cuando se siembra una idea en el cerebro de un niño, futuro ciudadano que ha de actuar como dirigente u obrero, en el agregado social, mundo solidario de ideas y sentimientos, de virtudes y vicios, no es posible ver sus vibraciones ni sus insospechados alcances; y, con todo, una idea o pensamiento bueno o malo tiene efectos más sorprendentes y decisivos que la piedra lanzada en el agua. De la primera idea depositada en el corazón

del futuro ciudadano, surge la armonía social, la paz del hogar placentero o la discordia que trasciende y se agiganta en guerras fratricidas.

Si pudiéramos ver el volumen de ideas y buenos sentimientos elaborados como en una colmena, en el colegio de San Agustín, cuán consolador sería para las generaciones que creen en el bien espiritual. Por las aulas de ese colegio, en las dos décadas de su existencia, pletórica de vida y entusiasmo, desfilaron jóvenes de todas las clases sociales llevando en la mente cultivada, la luz de sanos principios y en la voluntad disciplinada, el imperativo categórico del deber, y fueron a ocupar el puesto que les señalaba la vida social cumpliendo su nobilísima misión en bien de la Patria y de la Humanidad.

Olivas Escudero, cuando fundó su colegio, no se propuso un interés económico. El perseguía un fin muy alto: por una parte, quería dar alas a su espíritu naturalmente dispuesto para una intensa actividad y para el placer inmaterial; y, por otra parte, anhelaba la formación de hombres capaces de comprender sus destinos eternos. Nunca habría obra perdurable si no se hiciera con la mente puesta en la eternidad. Y la eternidad era la sugestión suprema de este gran maestro de la juventud, llamado Olivas Escudero. Por eso, hizo labor perdurable. En el vulgo prevalece la sensación; pero en el espíritu superior, la intelección. Es necesario pertenecer a esta categoría para saber encadenar los eslabones de la continuidad histórica en la vertiginosa marcha del tiempo y de las generaciones. Y cuando decimos que el acervo cultural de Ancash le debe una gran parte a Olivas Escudero y a sus ilustres colaboradores, no estamos lejos de la verdad; estamos señalando el magnífico anillo que eslabona nuestra historia así como nuestra tradición con sus antecedentes.

Pero ¿qué pedagogía pudo haber manejado este hombre que no había pasado por ninguna escuela pedagógica? Muchos piensan que basta pasar por una escuela normal para ser maestro y técnico, como suelen decirlo. La vocación es indispensable, aun cuando se platica mucho sobre ella. Sin embargo, a los creadores de la pedagogía hay que buscarlos entre los pensadores y a los genuinos técnicos para la enseñanza, entre los que nacieron con naturales disposiciones, cultivadas cuidadosamente.

El fundador del colegio de San Agustín, nació con indiscutibles disposiciones, y su amplia cultura, le daba credenciales de verdadero maestro. Con todo, no faltarían objeciones a su situación legal, cuando se apresuró a optar grado de doctor en la facultad de Teología en el año 1889. Pero, a pesar de esta medida, nuestra intención va más allá, cuando hablamos de pedagogía. Olivas no se hizo maestro por haberse graduado, sino porque tenía vocación, aptitud, cultura y espíritu de sacrificio. El tiempo y la experiencia lo confirmaron ampliamente en su pupitre de gran pedagogo y las generaciones que aquilataron sus enseñanzas

le consagraron sentimientos de admiración y gratitud. Era confesional, porque tenía ideal definido y pertenecía al credo católico. Pero no desdeñaba las conquistas de la ciencia donde quiera que estuviesen ni las opiniones respetables. Complacíase, por eso, en repetir las máximas de los pedagogos y filósofos aun heterodoxos.

En la época en que actuó como pedagogo, estaba en boga la pedagogía rusoniana. El liberalismo predominante en todas las actividades del bando contrario, tenía como al catón de los maestros al célebre autor de «Emilio». Decir Rousseau, era pensar que toda la pedagogía tradicional de la Iglesia se había derrumbado como un edificio arcaico con la Revolución francesa y que para ser hombre nuevo había que ser discípulo o *causeur* sobre Rousseau. Y era natural, porque los elogios de los escritores y comentaristas, hasta poetas, se habían divulgado pronto con el entusiasmo revolucionario y llegaban tardíamente a la lejanía donde mueren las ideas importadas. Madama Stäel había dicho por «Emilio»: «una obra admirable, que confunde la envidia después de haberla excitado». Goethe la llamaba: «Evangelio de los institutores»; Kant: «Un libro que ha revolucionado profundamente». Pestalozzi y Froebel se encargaron de popularizarlo definitivamente después.

Fúndase la pedagogía de Rousseau en el proceso de la propia naturaleza. Hay que dejar obrar a las fuentes y fuerzas naturales. Turgot decía antes que el filósofo de Ginebra: «Nuestra educación no es sino pedantería;. se nos enseña al margen de la naturaleza. Es preciso estudiarla, consultarla, para ayudarla, y librarse de los inconvenientes de contradecirla». «La naturaleza ha puesto en el corazón del hombre la semilla de todas las virtudes; y no hay más que dejarla germinar. «En Turgot está el fundamento de la pedagogía rusoniana; pero es «Emilio» el que marca la nueva era y enrumba la moderna pedagogía heterodoxa. No importan las paradojas que su filosofía encierra. El mismo filósofo se anticipó a sus críticos: «Perdonad mis paradojas, —decía— lectores vulgares».

Su Contrato Social descansa en esta piedra angular: «El hombre nace libre y por todas partes está encadenado».

«El hombre nace bueno y en todas partes se hace malo, tal el sentido de «Emilio».

Rousseau gusta de las fórmulas imperativas y breves y de las afirmaciones rotundas.

«La voluntad general del pueblo es siempre recta».

«La naturaleza es fundamentalmente buena».

Pesimista para juzgar a la sociedad real, se muestra indulgente para enjuiciar a la naturaleza.

«La naturaleza es buena y bienhechora. La civilización la corrompe y la altera».

Tales puntos de partida, llevan, necesariamente, a una revolución, no sólo pedagógica, sino social.

Hay que buscar al hombre «original» y dejarlo actuar en forma espontánea a la naturaleza. Se debe suprimir, por consiguiente, la disciplina y la enseñanza didáctica, nada de preceptos ni castigos. La educación debe ser negativa hasta los doce años; se suprime la autoridad de los padres y maestros; la educación es sólo de espera; no importa la paradoja de que pronto se muestre como apóstol de la educación doméstica y patrocine la educación sucesiva, la educación moral retardada y al final la educación religiosa. La profesión de fé acerca de la enseñanza religiosa ha sido considerada, sin embargo, como una de sus mejores páginas.

La pedagogía rusoniana contenía indudablemente muchas verdades y por eso su sistema ha perdurado en parte a través del tiempo, por ejemplo, sus conclusiones acerca de la educación física, sus preceptos de higiene, ejercicios corporales al aire libre, su utilitarismo, la adaptación a la vida, estudio de la naturaleza, geografía sin mapas, educación en la libertad y en la felicidad.

Tales son a grandes rasgos los principios pedagógicos que informaban a los modernos maestros en la época en que fundó Olivas Escudero un centro de enseñanza secundaria en la ciudad de Huaraz. Si hemos de ser francos y si hemos de acercarnos cuanto podamos a la realidad de aquel tiempo, habríamos de decir también que toda la devoción manifestada y todo el entusiasmo predicado, no fueron sino ficticios. Muchos oyeron campanadas; pero no sabían dónde. Conocían a Rousseau a través de comentaristas que hablaban de una nueva pedagogía o combatían en nombre de ella a todo lo antiguo. En la práctica, aun hoy día, a pesar de que ya han pasado de moda varios sistemas y novedades, el arcaísmo de la enseñanza «libresca», de que se quejaba ya el arcaico Montaigne, sigue en todo su apogeo. Aun no han penetrado en el mundo escolar la necesidad y la ejecución de una enseñanza dinámica. El mecanismo, el peso económico de los libros y el dictado de copias constituyen la rémora para la renovación metódica de las generaciones estudiantiles. El alarde, pues, de liberalismo en pedagogía, era puramente teórico; en la práctica, era distinto.

Frente a esta pedagogía en moda, se ejercitaba la pedagogía tradicional, aportada por el espíritu español. Fidel Olivas Escudero, fiel intérprete de ella, y, aun más, rotundo defensor de la mentalidad hispánica, en todo su volumen, no podía salirse del cauce abierto por muchísimos siglos.

Dicha tradición, remóntase, en efecto, sobre la existencia del mismo mundo español y de los pueblos más antiguos, y llega a tocar el origen de la humanidad. Asume al hombre en el paraíso. Lo interroga; estudia su naturaleza y la analiza. No la condena, la considera tal como la encuentra y la conduce. Tampoco desoye lo que dicen los sabios; al contrario, enriquece la experiencia humana y acepta las conclusiones científicas. El primer libro de la humanidad da testimonio que hubo al principio una catástrofe. La mentalidad pagana, también la vislumbra. Dice Platón: «La natu-

raleza y las facultades del hombre fueron cambiadas y corrompidas en su cabeza desde su origen». Eurípides pone en boca de Fedro estas palabras: «Vemos el bien y hacemos el mal, conocemos la virtud y nos entregamos al vicio. La vida está sembrada de numerosos escollos, a los cuales nos arrastra peligrosa inclinación». Ovidio es más breve en este mismo pensamiento. Pero San Pablo lo hace más dramático: «Trabajo —dice— por comprenderme a mí mismo, y no lo consigo. Hago el mal que odio. ¡Qué desgraciado soy! ¿Quién me librará de este cuerpo mortal y de la miserable sangre viciada que corre por mis venas?». Y siguen por este camino los sabios hasta Le Play y después de Le Play, el cual particulariza y ahonda el estudio y dice: «La más grosera de las nodrizas como la más perspicaz de las madres, puede ver a cada instante que la propensión al mal es predominante en el niño».

A los ojos de la Iglesia católica el niño, en efecto, es lo que la observación y la experiencia lo demuestran. «Cuando nace el niño, trae la alegría a su madre, ilumina la frente paternal, llena de rayos de sol el hogar doméstico; nada ha traicionado todavía, nada ha deshonrado, es un trasunto del cielo».... Sin embargo, quiere la religión que sea purificado. «Cuando un veneno está en las venas y no se le combate sino débilmente, se difunde, se insinúa en todas partes, roe los órganos, y muy pronto no hay remedio contra él. «Si un niño no nace en una familia que vierta gota a gota en él las enseñanzas del bien; si la ternura vigilante de una madre, si la severidad protectora de un padre no le preservan del lado del mal, no tardará en cometer las más vergonsozas faltas». «Es necesario enseñar con la palabra y el ejemplo, desde sus primeros años». «El niño torna sus ojos sin cesar hacia la elevada región en que habitan sus padres y su espíritu está ávido de la buena simiente y es necesario que descienda el poder de la verdad y de la virtud, que se impone a las facultades libres, al espíritu y al corazón». Dejadle al niño crecer como ha nacido, sin enseñanza, sin ejemplo, sin corrección, sin leyes, pronto se convertirá en un ser salvaje; libre de toda traba, es una fierecilla que anuncia lo que será después.

Toca a los padres de familia y a los maestros, representantes de aquellos, conducirlos, educarlos e instruírlos.

De esta manera, el magisterio de la doctrina católica orienta e imprime carácter en las escuelas que se fundan en su nombre.

Hemos dicho que Olivas Escudero era fiel intérprete de esta doctrina. Por consiguiente, su colegio no estaba informado de la educación de espera. Si el niño nacía esclavo, había que libertarlo por medio de la gracia; si tenía pasiones, había que dominarlas y encauzarlas. La disciplina era racional y estaba apuntalada por el castigo y la persuación. Había que formar al hombre integralmente. Proveer a su inteligencia de verdades conquistadas por la ciencia y adquiridas por la razón natural. Tanto la inteligencia

como la memoria son facultades de orden superior; y, aun cuando la memoria no es más que el ejercicio de la facultad intelectiva, había que poner especial atención en recordar lo estudiado, de acuerdo con el proverbio *Tatum scimus quantum memoria retinemus.* Pero ante todo, hay que formar la voluntad. Si para la inteligencia son las Matemáticas y las demás Ciencias, que necesitan penetrar con el espíritu, sentar principios y sacar conclusiones, en una palabra filosofar, para la memoria son la Historia, los preceptos de la Gramática, etc. Mas para la voluntad están la acción diaria de un maestro vigilante, el esfuerzo del discípulo, la ayuda de la gracia divina, el ambiente moral y serio,los preceptos de la Religión y de la Moral. El bien humano y la felicidad del hombre como individuo y como miembro de la sociedad, como servidor de la patria y súbdito leal y consciente de la Iglesia, necesitan una educación cuidadosa de la voluntad. El Ethos frente a Logos. Pero el hombre inclinado al mal debe afirmar la acción volitiva. Sobre este fundamento descansa el edificio integral o sea la formación del hombre. He allí el espíritu que animaba al colegio agustiniano bajo la dirección de Olivas Escudero.

Guiado por este espíritu y este convencimiento, su afán cuotidiano era vigilar y mantener la disciplina tanto del profesorado como del alumnado. A veces, la intransigencia en este sentido le reportaba serios disgustos; pero él era espíritu que no conocía lo imposible, y sacaba fuerzas de flaqueza. Otras veces, mostrábase sufrido, humilde, complaciente. Era enemigo de la mediocridad. Sabía conciliar, y era señor de ambos extremos. Cuando el misticismo dominaba su actitud diaria, gozaba el alumnado. «Está sonriente el director», solían decir los alumnos y se entregaban al esparcimiento mas franco; el bullicio crecía de punto y se proyectaban excursiones a Paria o Challhua.

Quien analiza la vida escolar de tiempos idos bajo la dirección de maestros inteligentes y dinámicos, como este pedagogo y saca a relucir conclusiones de la nueva escuela de nuestros tiempos, está tentado a decir con el Sabio: «No hay nada nuevo bajo el sol». El mundo de ayer, en efecto, va rodando hoy y rodará mañana, con su contenido igual, semejante a la efervescencia solar que lanza luces y sombras a la mirada del astrónomo curioso y estupefacto. Es el *devenir* de todo orden, la actualización; pero que no es el perfeccionamiento indefinido.

Olivas Escudero, consecuente con sus principios de educar, al mismo tiempo de instruir, proporcionaba medios de superación para los jóvenes de todas las esferas sociales; pero que demostraban intención e interés por el estudio. Tenía establecidas becas permanentes. La pensión que pagaban los alumnos no cubría el presupuesto de gastos, el cual llegaba cerca de un millar de soles al año. Sus estipendios de misa eran la reserva que debía equilibrar dicho presupuesto, así como llenar el renglón de becarios.

En su memoria de 1894, dice textualmente: «Sabéis por

una triste experiencia que ningún colegio particular, al menos en la sierra, puede sostenerse con sus ingresos naturales, los que, además de ser tan exiguos, son muy irregulares en su pago. La causa impulsiva que nos hace arrostrar las punzantes espinas del magisterio, está más allá de un miserable lucro o de otras conveniencias transitorias».

«Muévenos a mantenernos en la arena de estos cuotidianos combates la suma nobleza de nuestra santa misión y su absoluta necesidad en bien de esta numerosa juventud».

En la distribución de premios reunía cuidadosamente a los padres de familia, a las autoridades y amigos del colegio. Pensaba que era el acto más trascendental del proceso educacionista. El sembrador debe alegrarse con los que cosechan. La cosecha es para los educandos, para los padres de familia, para la sociedad, para la patria, para la religión. De allí, la trascendencia de una repartición de premios. Horas de emoción para los días presentes que preparan un futuro halagüeño. Insistía en la exhortación a los padres de familia y con la franqueza de un apóstol de la religión y de un maestro de verdad, les decía: «El mayor mal de la tierra es la ignorancia.»

«Es criminal indolencia de los padres de familia que creen haber cumplido su deber con hacer matricular a sus hijos en cualquier escuela o colegio sin acordarse después si concurren o no».

«Tienen padres; pero son unos padres crueles, como dice Jeremías, que cuidan tanto de ellos como el avestruz de sus huevos, que los abandona en el desierto para que los tome quien quiera».

O como dice Sn. Juan Crisóstomo: «En este mundo más cuidado se tiene de las bestias que de los hijos propios».

«Es indispensable llevar este consejo del Sabio: «Dóblale la cerviz en la juventud y golpéale los costados mientras que es un niño; no sea que endurezca y no te crea y cause dolor a tu alma».

De esta suerte, pedía la colaboración de los padres de familia en la difícil tarea de la educación. El niño, para él, necesitaba vigilancia y dirección en la casa, en la calle, en el colegio, en la sociedad, en todas partes. Reclamaba una alianza de paz y amor, de severidad y constancia en bien de la juventud, esperanza de los pueblos. Horas de emoción, era la fiesta de la clausura escolar. Los padres de familia felicitaban al director por la obra cumplida y por sus fervorosas palabras. Amenizaba el acto una banda de músicos. Las puertas estaban adornadas de guirnaldas. Un cuadro de Sn. Agustín colgaba sobre el estrado y un gran crucifijo se destacaba de la mesa. El secretario llamaba la larga lista de los premiados quienes desfilaban uno tras otro con paso lento, continente respetuoso; mozos fornidos, vestidos de *casinete*, corbata horizontal, estudiantes de Ortología, lectores de Mosaico, calígrafos de primer orden, recibían *sendos* premios de cartulina, libros, medallas y bandas. El público estaba compuesto de lo mejor; caballeros vestidos de *leva, tarro de unto* y pechera blanca;

damas distinguidas con mantas y *categoría.* No faltaba el gran público que se divertía con los muchachos aplaudiendo a los tipos de su gracia. Se cantaba el himno nacional y se invocaba el nombre de Dios. Luego, se repartían ramilletes, galletas, caramelos y el tradicional helado.

Tenían, ciertamente, derecho a la alegría y al refocilamiento quienes asistían a la trilla y llevaban doradas gavillas, como son maestros, discípulos y el público. No cabe duda, que la distribución de premios era también una función social en la que se vigorizaban los vínculos entre los miembros de la sociedad; se hacía memoria de tiempos y costumbres anteriores y se vislumbraban inquietudes del porvenir.

En 1899, leyó su 22ª y última memoria. La finaliza con estas palabras: «Privado hasta de los goces más legales de mi familia, he consagrado exclusivamente mi sacerdocio durante 22 años a la educación de la juventud de mi Departamento, siendo en todos ellos, el internado mi verdadera y única familia, el objeto de mis constantes desvelos y de grande consuelo en los momentos amargos de la vida».

«Quizá me retire de entre vosotros, si, a pesar de haber hecho presente mi insuficiencia, se me obligue a ello».

«Este acto será para mí el más doloroso, os lo confieso, con el corazón en la mano; me he connaturalizado de pedagogo; a impulsos de esa vocación he rehusado ejercer otros cargos; mi mayor satisfacción ha sido hacer desfilar en mi mente el número de mis discípulos, hijos adoptivos de mi corazón, unos laureados en las universidades, otros ungidos con el sacerdocio y los más dignos padres de familia, dispersos en todos los pueblos del Departamento».

VII

La prepotencia de tres figuras y el cambio de frente.— El problema del Seminario.— La Congregación de Picpus en Huaraz.— El P. Víctor.— Enjambre de muchachos hacia el río.— Luis Pardo y el panorama andino.— En la casa de un futuro teólogo.— El maquiavelismo infantil.— Paseos con el P. Víctor.— Anécdotas del Seminario.— El célebre Padre y don Eliseo y don Jerónimo.— El señor Obispo Farfán reorganiza el Seminario con elemento nacional.— El modo de pensar en el colegio Seminario en 1926.— Ideales del Seminario y sus Medios Educativos».— «El Maestro».— «Disciplina».— «Derecho a la Alegría».— Inauguración del salón de actos.

Olivas ya era obispo. Regentaba el colegio el gran amigo y compañero de éste: Pedro Cristóbal Villón. El primer obispo de Huaraz, el doctor Ezequiel Salas Soto, tenía muchos problemas que resolver. A su llegada a Huaraz, esta ciudad no era más que una parroquia, bajo la regencia de don Amadeo Figueroa. Olivas Escudero, Figueroa y Villón eran los directores espirituales en el terreno eclesiástico. Su preponderancia trascendió a otras esferas. Olivas era todo; Villón, político; y don Amadeo, cura párroco con amplios poderes. La presencia del primer obispo fué un cambio de frente para Huaraz. Figueroa pasó a la Soledad; Villón, a Yungay y Olivas Escudero, como dijimos ya era obispo, y de este lado empezó el cambio.

La honda raíz que el colegio de San Agustín echara en la conciencia pública, se resistía a la segur aplicada por la mano del tiempo; ni el prestigio sostenido por una sociedad que en gran parte le debía su contenido espiritual, podía resignarse fácilmente a su desaparición. En Huaraz no podían caber, tampoco, dos colegios católicos. La necesidad de la creación de un seminario era la

sentencia de muerte para aquél. Por otro lado, no podía haber obispo sin seminario, piedra angular de un obispado.

La lucha, fue dura, sostenida y desigual, aun cuando fuera, como lo fué en efecto, dentro de la cultura y del respeto a la jerarquía.

Entre tanto, los seminaristas y el elemento que debía constituir el nuevo plantel, fueron admitidos en el colegio de San Agustín. Cerca de dos años vivió el Seminario en el seno de este colegio y sólo después, cobró personalidad como institución, ostentando el nuevo nombre bajo la dirección del primer Rector, padre Domingo La Torre, a quien le acompañaban varios religiosos de la Congregación de Picpus. De esta manera, se estableció el punto de continuidad entre el único colegio católico que Olivas Escudero y su sucesor Villón habían sostenido en Huaraz dos decenios y el Seminario de San Francisco de Sales que asumió la misión cultural de aquél. El obispo Soto echó los cimientos para un nuevo local en Rosaspampa, donde, más tarde, se levantó la cárcel actual; pero en el transcurso de breves meses, se cambió de criterio y se compró el local donde funciona hoy día el Seminario, a cambio de unos terrenos en Virgen Pampa. Este local ha sufrido muchas transformaciones, según las necesidades y conforme diremos todavía algo más, adelante.

La presencia de los religiosos en Huaraz, fué una novedad. Los escolares de sangre azul acudieron de inmediato. No podríamos dar cuenta al por menor de la labor de los primeros años del Seminario. Hay un hombre, sin embargo, y es Víctor F. Suárez que nos dice desde Yungay en una carta: «Hay que decir siempre la verdad cuando se ofrece la ocasión». Y agrega: «que en siete años que permaneció en el Seminario, se olvidó lo que había aprendido en San Agustín y otros colegios, por la deficiencia de los directores en sus primeros años».

Mi ingreso al Seminario fué en 1908, como queda dicho. En esa época había siete profesores religiosos. Los seminaristas teólogos ayudaban en la disciplina y enseñanza, tales como Eduardo Lazarte, Mauro Vega, Alberto León, Víctor Suárez y otros. Víctor Suárez dictaba clases de latín y castellano en primer año de Media. Estudiaban las asignaturas de este año unos doce alumnos, entre ellos: Carlos Antúnez, Mariano Alvarez La Torre, Tomás Dextre, Alberto Peñaranda, Silvio Pérez, Edmundo Vizcarra, el que escribe esto y otros. En otros años había alumnos distinguidos como José Manuel García Bedoya, actual Director de la Escuela de Odontología; Santiago Hermoza, Arzobispo del Cuzco; Hernando Vega Centeno, Chantre del Coro Metropolitano, etc. Entre los profesores, la figura central era el P. Víctor, de nacionalidad belga; hombre apuesto, profesor, además, de educación física y militar, tenía muchos conocimientos prácticos. Fue enviado de Bélgica directamente a Huaraz. Cuando en el tránsito, le hablaban en castellano, lo único que sabía decir era:

«no sabo». Pero al mes de estar en Huaraz, ya estaba en condiciones de predicar, y en efecto, predicó una de las noches de Mayo, en pleno castellano. Era el alma del Seminario y la disciplina estaba en sus manos íntegramente; su voluntad era el reglamento. Los alumnos estaban convencidos de que mandaba desde la rectoría hasta el último sujeto del colegio. Expulsaba a alumnos seglares como le venía en gana y reprendía a los eclesiásticos delante del alumno seglar. Solamente cada primer miércoles del mes había salida para los internos a la calle, de 8 de la mañana hasta las 5 de la tarde. Nadie podía quedarse fuera del colegio. Tal era el rigor de esta disciplina que los alumnos éramos capaces de todo para librarnos del castigo cuando creíamos cometer alguna falta.

Acuérdome de mi primera salida. Primer miércoles: libres por todo el día ¡qué felicidad! Un pájaro enjaulado, sintiéndose de nuevo al contacto con el espacio infinito, no habría gustado igual placer de vivir. Un enjambre de muchachos, sueltos como bandada de gorriones. Apenas traspasamos el dintel de la puerta: «Por acá», dijo Marcial. Hinostroza -síganme». Y le seguimos, con Elías Sevillano y otros. El programa individual elaborado durante treinta días, fracasó de súbito allí. Solo imperaba la inquietud de verse libre y andar en grupo. A poco de caminar, nos vimos en el río Santa. El río es siempre amigo y la perenne atracción de los pilluelos, y nosotros aunque estudiantes de media, lo éramos todavía en aquellos venturosos tiempos. La malicia es obra del gas y del vértigo civilizador de los tiempos modernos. Estábamos sobre el puente de cal y canto de S. Jerónimo; el sol sonreía ante nosotros, el remanso, hondo y azul, dibujaba nuestra silueta, íbamos soltando piedra sobre piedra para ver cómo caían en el agua; nos gustaba el ruido de la gran concavidad del río y estallaba nuestra risa a compás. Entre las piedras que soltábamos, estaban seguramente algunas partidas de propósito y aún labradas para ensanchar el puente. De repente, oímos la cavernosa voz del gringo a quien lo viéramos minutos antes en la cantera rompiendo piedras. Lanzó un escoplo sobre el grupo de muchachos; supimos evitar el golpe como cuando se desbandan pájaros a la caída de una piedra. Huimos hacia la banda y el gringo acomodóse en el puente para trabajar. Estábamos bloqueados. Pero, apareció, como por vía de encantamiento, el joven Vásquez, de Shansha. Era un torrente de elocuencia juvenil. Empezó a raja tabla a contar las hazañas de Luis Pardo. Era la novedad del día. Jamás hubo libros tan fantásticos comó lo que decía ese mozo. Don Roldán, Oliveros y todos los doce pares de Francia eran figurines de tablado. Pendientes de su cálida y torrentosa palabra, contemplábamos a nuestros pies al río testigo de tan extraodinarias hazañas, paseábamos la mirada por las innúmeras crestas de la cordillera blanca, veíamos las brumas de Mayo, el relente y la nieve, rincones estratégicos, quebradas, desfiladeros, cascadas, aludes, bosques, lagunas, en aquella inmensa cordillera que toca

el cielo azul y guarda en sus arrugas nidos de cóndor, cuevas de lobo, yerbas para el toro bravío y su hembra salvaje y adônde llegan sólo los hombres como Luis Pardo. Las horas se deslizaron sin sentirlo nosotros ante tan bello espectáculo y oyendo cuentos de corte oriental. Cuando recuperamos la noción del tiempo no estaba ya el gringo, habíase ido, hacía rato, a almorzar y también nosotros emprendimos la marcha hacia la ciudad, a carreras, por si se apareciera aquel rubio picapedrero que exaltaba nuestra fantasía, excitada ya por la viva y entusiasta narración de la aventura del célebre y generoso bandido. Quebrando esquinas y cuidadosos de no separarnos, llegamos al centro de la ciudad, entramos a una modesta fonda y comimos menú de a 20 céntimos. Habíase esfumado el miedo. Paseamos algunas calles; pero podía alguien del Seminario vernos pasear. Fuimos al campo por la alameda Raimondi, subimos hacia el colegio nacional, caminamos por estrecha senda, saltamos el riachuelo, y entramos a una casita campestre cubierta de teja al pie de eucaliptus y capulíes, entre cantos de zorzales y gorriones, aromas de flores y frescas mazorcas de maíz. La casita era de un colega de los míos, Roberto Broncano, hoy doctor en Teología. Allí, metidos en bello rincón, empezó de nuevo la charla sobre Luis Pardo y esta vez llevaba el contralto el futuro teólogo. Cansados de Pardo, pasamos a las ocurrencias lugareñas; las de Méndez de Carhuaz eran inagotables; las de los maestros de los pueblos, que nos tiranizaban, eran otro tanto. Aquello era una academia de *Causeurs* de lo más fino, espontáneo y agudo. Nos levantamos del suelo, hambrientos y como en la edad de oro cervantina alargamos las manos y nos encontramos con sabrosos granos de capulí; y para la fiebre que la producía, corría agua torrentosa a nuestros pies golpeándose de peñasco en peñasco. El genio de Diógenes andaba con nosotros y echóse también a beber en el hueco de la mano, rotas en mil pedazos su consabida concha. «Señores es hora de volver al colegio». Qué pronto pasó el día. Nuestros apoderados aun no nos han visto y cómo nos podrán proporcionar el necesario documento para decir al P. Víctor que estuvimos todo el día en casa de ellos. Fuése cada cual a tomar las providencias del caso para conjurar el peligro. Mi apoderado el Dr. Meza, hombre serio a carta cabal, condiscípulo del Rector del Seminario, P. La Torre, negóse rotundamente a darme ningún papelito. Entonces, acudió, en forma natural y espontánea, a mi angustiada mente, la teoría de Machiavello: «el fin justifica los medios». Manuel Vidal y yo, fuimos a la imprenta de Villanueva y mandamos imprimir unas cuantas tarjetas con el nombre de una tía; y luego, caligrafía fingida, y, allá. La entregué una al P. Víctor; hubo estupefacción y temor en la muchachada que ya sabía de la estratagema; la leyó, la rompió pausadamente, y, no dijo nada. Resollé y todos soltaron también el resuello. Hermosa solidaridad. Pero el P. Víctor tenía mejor estrategia, empezó a organizar paseos a caballo para

todos los primeros miércoles. Algunos siempre salían a la calle y yo, después de la primera aventura, preferí quedarme y agregarme al paseo del P. Víctor. Ibamos con él a una chacra en Paria y allí cazábamos palomas y almorzábamos carne asada y la clásica *pachamanca.* El Seminario tenía media docena de buenos caballos, se criaban en el mismo local que tenía dos patios; el primer patio estaba destinado para el personal del colegio y el 2º para caballos, conejos y cocina. Hoy día está transformado y no es más que un solo patio, cuyo perímetro se ha cerrado con la construcción de nuevos salones.

A pesar de la severidad del P. Víctor, no faltaban anécdotas picarescas. También los seminaristas de sotana eran autores originales en este sentido. Un día le vimos a Eduardo Lazarte arrodillado al pie del pino holandés. El P. Domingo lo estaba haciendo rezar para que retoñara el pino; pues otro seminarista, el venerable Agüero, había echado su esclavina a sus ramas y él al querer sacarla, lo había sacudido y se quebró la punta como una vela. El colegio tuvo un minuto de silencio en señal de duelo y de sorpresa. Otro día, vieron unos internos subir a la cocinera al terrado por una escalera de palo y luego que subió sacó la escalera Abel Rosemberg. A la hora de yantar, no había el almuerzo, la cocinera estaba en el terrado o sea «*colca*».

En el jardín, el P. Víctor nos enseñó a cultivar, por primera vez en Huaraz, rabanitos, alcachofas y espárragos. Había variedad de plantas. Criaban pejerreyes, traídos de Challua, en un estanque y crecían.

El amigo más íntimo del P. Víctor era don Eliseo Larragán; se alojaba en el Seminario y el buen Padre nos decía: «Si hubiera en todo el Perú sólo diez buenos católicos como Larragán, otra fuera la suerte del Perú».

Don Gerónimo Lanfranco es portero hace más de un cuarto de siglo y no sé si se han acordado de celebrarlo; pero, lo quieren todos. Tiene ocurrencias a lo Diógenes. El P. Víctor estaba en su cuarto, en el segundo piso, hacia el lado del Santa. Le dijo a don Gerónimo: «Trae en seguida el caballo, aquí, de Dn. Eliseo». A poco rato «patatán», «patatán», «patatán»..... ¡Un temblor! se mueve toda la casa y tanto ruido. Era el caballo *ad portas*. «Pero, bárbaro ¿cómo lo has traído aquí el caballo?», le interrogó el padre colérico y sorprendido. -Ud. dijo, Rdo. padre,: «tráelo *aquí*». «Aquí está». Los apuros fueron para bajarlo al noble animal; tuvieron que inventar como los egipcios el plano inclinado. Cuando se le pregunta a don Gerónimo quién es el Rector del Seminario, nunca dice fulano de tal. Dice sencillamente: «ya es otro». En efecto, han pasado tantos por esas aulas que el único que permanece es el local y el portero, según testimonio también de él mismo.

Cuando en 1912, se retiraron los religiosos de Picpus, el Sr. obispo Farfán organizó de otro modo el colegio Seminario con

elemento nacional. Solo el Rector Reverter fué español. Después de éste se sucedieron los siguientes rectores: Romualdo Miranda, Tomás Mejía, Mauro Vega, Gerónimo Robles, Jordán Rodríguez, Victoriano Pineda, Alfonso Ponte, Augusto Soriano y Vicente Aguilar, de todos los cuales el que más permaneció fué Alfonso Ponte, pues estuvo al frente del Seminario durante ocho años. En su tiempo hubo cambio en todo orden de cosas. Se construyó la rectoría y otros departamentos, asimismo se construyó el «Salón de Actos», se compró terrenos para el ensanche del local, se levantó la casa de Baños y se compró el Diccionario Espasa.

Son pormenores a los que hemos descendido; pero que sirven para interpretar el espíritu evolutivo de este plantel desde el momento que sucediera al colegio de San Agustín en su noble misión de elaborar la cultura de Ancash en su gran parte. Pues bien; hemos de penetrar en ese espíritu siguiendo el sendero, oculto a los ojos del vulgo y comparando los estados pedagógicos de un tiempo con los de otro, para encontrar motivos de sana alegría o desconsuelos que sirven de lección.

Veamos el modo de pensar en el Colegio Seminario en 1926.

Mas, para evitar confusiones en la interpretación de lo que vamos diciendo aquí, hacemos constar que nuestras apreciaciones y referencias, se reducen exclusivamente a la sección seglar del Seminario, pues, es sabido que la eclesiástica tiene distintas normas canónicas y diocesanas, concretas y definidas. El Rector ha trabajado con elemento nacional y a base del clero secular. En su memoria final leemos lo siguiente:

IDEALES DEL SEMINARIO Y SUS MEDIOS EDUCATIVOS

«Toda institución educacionista y todo sistema de enseñanza tienen un pensamiento dominante y esencial: es el ideal que se proponen. El ideal es el principio qúe informa y caracteriza a una institución; es la norma que regula su actividad, es la directriz de sus aspiraciones; en suma, es la causa de su desarrollo y de su grandeza. Si ese ideal es perfecto, la institución que pretende realizarlo marchará por la senda de la perfección».

«El ideal del Seminario tiene contornos claros y definidos, porque es cristiana la educación que se da en él, y como tal persigue la perfección tanto del espíritu como del cuerpo. La educación cristiana no descuida de todo lo que importa para el desarrollo físico. Se preocupa de la higiene y de los ejercicios militares. Considera las letras y las ciencias como necesarias para perfeccionar las facultades más esenciales del espíritu. Se interesa por la filosofía y la historia, gusta de los modelos de literatura y del arte. Se aprovecha, en una palabra, de todo lo que el progreso y los adelantos sociales pueden suministrar».

«Pero educar un cristiano, no es solamente darle nociones de

ciencia humana para que un día se abra paso en la lucha por la vida, ni solamente darle querer y poder para que aporte sus energías a todos los progresos del genio humano. Educar un cristiano es, además, formar su voluntad y su corazón con los eternos principios de la moral y religión cristianas; es darle también carácter fuerte para las virtudes morales y cívicas. Educar un cristiano es prepararlo para el sacrificio y la abnegación secando las fuentes del egoísmo. Cualquiera que sea la carrera que emprenda, la educación cristiana dará fuerzas intelectuales y morales no solamente para honrar su vida sino también para cumplir los preceptos del bien y de la verdad. Educar cristianamente significa arraigar la convicción de haber nacido para cosas altas; es fomentar los anhelos de llenar la misión que Dios le haya dado; en último término, es preparar su felicidad en este mundo y proyectar sus esperanzas hacia la felicidad eterna cuya plenitud ansía el corazón humano».

«¿Cuáles son los principales medios para realizarlo?»

«El maestro y la disciplina».

«EL MAESTRO»

«Dice Ruiz Amado, uno de los pedagogos más eminentes de los tiempos modernos que «la educación propiamente dicha tiene por objeto transmitir la semejanza moral».

«Yo no sé hasta qué punto llegue la exactitud de esta afirmación; pero es lo cierto que el educador es de algún modo padre espiritual de su discípulo. Todo el caudal de conocimientos y toda la reserva moral del maestro se comunica por la educación al discípulo, y éste recibe las verdades que le enseña; empieza a amar la belleza que le hace amar; distingue y acepta el bien que la cònciencia del maestro le dicta. Todas las fuentes espirituales del uno van corriendo, poco a poco, a la capacidad espiritual del otro. Por eso, el pedagogo citado llega a afirmar que «la educación es una generación moral de los niños».

«Indicar, pues, el papel que desempeña el educador es también señalar su delicada misión y difícil responsabilidad. Con razón, las familias cultas y cristianas se muestran exigentes respecto de aquellos a quienes aceptan como a segundos padres para las almas de sus hijos».

«Ante tanta responsabilidad y nobleza de misión, yo me formo la convicción de que no se deben improvisar maestros».

«Entre los nuevos sacerdotes que han terminado sus estudios en el Seminario de Lima, hay personas aptas y preparadas para desempeñar la nobilísima tarea del verdadero educador. Lo que convendría es que de esos sacerdotes, a los que se sientan con vocación para el magisterio, por su aptitud y su amor al estudio, se dediquen para profesores en el Seminario, dándoles las facilidades convenientes, la estabilidad y consideraciones necesarias, a fin de que el sacrificio que se impongan, tras una vida larga y penosa

de seminaristas, les sea llevadero. De este modo único —con la colaboración de distinguidos intelectuales seglares que se han prestado tan generosamente— se podrá dotar a este Colegio de un personal docente que esté constantemente a la altura de las nuevas exigencias sociales, de los adelantos científicos, de los programas de enseñanza cada vez más complejos y variados».

«DISCIPLINA»

«No hay empresa grande sino a condición de una buena disciplina. Todo progreso individual y social depende de su respeto y dominio. Si la disciplina es necesaria para toda sociedad bien organizada, con mayor razón se hace urgente para un colegio, sociedad formada de personas de tierna edad en que las pasiones, los caprichos, la inquietud, la fantasía, la ignorancia y la inexperiencia despiertan y quieren prevalecer sobre la razón y sus leyes.

«Por disciplina en un colegio, se entiende una dirección armónica, bajo una autoridad, de muchas voluntades y actividades hacia los ideales educativos; de donde resulta la vida, la belleza, el poder, el éxito del colegio».

«Pues bien; todos convienen que así es la disciplina y que en un colegio se necsita mucha disciplina; pero no todos están conformes en escoger los medios. Unos pretenden que se haga todo con la dulzura; otros, que no se emplee sino la severidad. Sonreir siempre al educando o siempre constreñirlo he allí los dos extremos. Montaigne, el amigo de las opiniones medias, opta por esta regla: «On doit conduire par une sévère douceur».

«En efecto, en la educación únicamente la severidad abate y anonada el alma del niño; la dulzura sola, se declara impotente para formarla».

«Una regla uniforme y absoluta no puede convenir a la psicología tan compleja del niño. Con una ley invariable no se rige la variedad, el movimiento, el capricho. Si los sentimientos del hombre adulto son tan variables, comparados magníficamente por el inmortal Balmes con las aguas siempre agitadas de un mar: los sentimientos de la juventud tienen que serlo aún más, porque se trata de la edad de las inquietudes».

«Los maestros no tenemos derecho de extinguir en su fuente el ardor juvenil, necesario para futuras luchas. El niño o el joven que cada día siente crecer sus fuerzas, piensa ingenuamente que nada le es imposible y que todo puede dominarlo..... Si se contienen sus primeros movimientos, más tarde no se presentarán en él generosos impulsos. Nada quiebra tanto, por decirlo así, el alma del niño como la decepción en sus primeros esfuerzos. El quiere que se le anime, que se le ayude; desea una mirada benévola, una ligera sonrisa. Pero, cuando nada responde a su legítima ambición y cuando las amenazas siempre constantes no dejan entrever el anhelado signo de aprobación en la adusta frente del

maestro, entonces el alma tierna del niño se replega y se encierra bajo la corteza del cuerpo. Ya no espera el afecto, ya no cree en el bien; sólo piensa en el castigo si comete la menor falta; se habitúa a no conocer la virtud. Y así, a fuerza de aprisionar a una alma, contrariando a sus naturales impulsos, se le obliga a renunciar a toda ambición de cosas grandes».

«Yo prefiero que en el espíritu y en el cuerpo de mis alumnos corran libremente la abundancia de la vida y la inquietud de la alegría».

«Esto no quiere decir, sin embargo, que hay que consentirlos en sus caprichos para que crezcan como los árboles salvajes. Los malos instintos crecen también en el corazón del niño como la hierba en los bordes de los arroyos. Tienen defectos que combatir, malos deseos que contrariar, caprichosas voluntades que hacer fuerza. En el niño como en el hombre, las pasiones van junto a las virtudes: lo que hace que las cualidades de hoy se conviertan en defectos de mañana. Con los años, los malos hábitos amenazan cada vez más dominantes, y los mismos niños dóciles se revelan y tienden a sacudir el yugo razonable de la disciplina».

«Para impedir tales consecuencias, es también necesaria una autoridad inteligente y fuerte que, según la diversidad de caracteres, sepa mantenerlos en el orden y la disciplina, empleando las medidas aconsejadas por la prudencia y los reglamentos escolares».

«La educación de los jóvenes y niños, pues, reclama una como mezcla de fortaleza y dulzura. La suprema habilidad sería aplicar, cual conviene, estos dos medios en cada caso particular».

«Engáñase uno cuando cree que la autoridad fundada en la violencia es lo más fuerte y más eficaz que la inspirada por el afecto y la abnegación».

«Justo será repetir con Montaigne: «Aun cuando pudiera hacerme temer, gustaría mejor de hacerme querer».

«He allí una idea de la disciplina que cuadra a un Seminario».

En la memoria de 1927, se ve que el termómetro de la conquista espiritual sube en el Seminario. Dice el mismo Rector:

DERECHO A LA ALEGRIA

«En una casa educacional, al decir de pedagogos como Mathieu, lo principal y lo primero es el niño, germinal de las sociedades venideras».

«A su desarrollo y perfeccionamiento se subordinan todos los elementos y condiciones paidológicas. A esto tienden las concepciones modernas, y de allí el interés de los espíritus escogidos para mejorar los sistemas y elementos de educación. Una de las conquistas del siglo que pasamos será realizar el pensamiento del grande hombre Dr. Tolosa La Tour, delicado cantor de la infancia

grácil, quien, en el congreso escolar, celebrado en París sentara este principio: «Si al comenzar el siglo XIX se habían proclamado los derechos del hombre, en los albores del siglo XX debíamos proclamar los derechos del niño». Parece que desde entonces se multiplicaran los consejos de enseñanza, los centros culturales, los congresos, las conferencias, todos tendientes a la redención del niño».

«Y el congreso español que presidiera el eminente médico citado, a propuesta del distinguido pedagogo P. Ruiz Amado, llegó a declarar los derechos individuales del niño: Derecho a la luz del sol.- Derecho al aire puro.- Derecho al agua abundante y a la limpieza.- Derecho al sustento.- Derecho al ejercicio corporal.- Derecho al amor.- Derecho a la alegría.- Derecho a la verdad».

«Nuestro colegio naturalmente tiende a realizar el ideal pedagógico en la forma expuesta. En nada tengo que insistir sobre todos esos derechos. El desarrollo cada vez mayor de este plantel podrá responder en cuanto a nosotros toca, a esos principios salvadores de la niñez y de la juventud».

«Sólo que al llegar a este punto, quisiera llamar la atención de los padres de familia sobre el espíritu que informa nuestros métodos de educación en este plantel. Ya en otras ocasiones tuve el honor de emitir algunos conceptos referentes a la preparación del maestro, a la disciplina, a la cultura física, científica y moral y del método de educación con que he tratado de orientar la marcha de este colegio. Creo sinceramente que tocar ahora el tema de la alegría a que tiene derecho el niño no será andar extraviado, toda vez que no faltan espíritus llenos de prejuicios contra nuestros colegios católicos, en los cuales reina, al decir ordinario de ellos, la rigidez y la lobreguez medioevales».

«¡La alegría del niño! Nada me ha sugestionado como el factor alegría para despertar el espíritu de la niñez y de la juventud. La alegría serena y tranquila, pura como la brisa de la mañana y fresca como el rocío, la alegría fruto espontáneo de la infancia, exhalación de una conciencia límpida, esa alegría es el mejor factor para generar ideas sanas y aspiraciones levantadas. La naturaleza nace y se desarrolla, nos da sus sabrosos frutos, y nos sorprende con su fantástica exhuberancia, bajo las caricias de un sol radiante y al son del himno de las aves. La alegría para la juventud es como el calor para la naturaleza. Dice un escritor que las plantas que no llevaron flores en la primavera, no llevan frutos en el otoño. Así la juventud triste, la que no se hincha de sana alegría no puede llevar sazonados frutos de la idea y de la virtud. Ya Montaigne había dicho: «A la infancia hay que despertarla al son de la música» y el formidable literato Maurice Barrés exigía educar *in himnis et canticis,* en el culto de la libertad y de la belleza. Es natural que así nos aconsejen los maestros de la juventud. Allí donde tiene cabida la melancolía, la duda, la desesperación no hay más que la soledad, el abandono, la esterilidad de los

desiertos. Almas tristes, no son más que tristes almas, sin elevación de ideas, infecundas y deprimidas. «La vida placentera es fuente inagotable de progreso; así como la vida angustiosa es causa de la pobreza espiritual y factor de fracaso. La niñez empobrecida y desmedrada empequeñece al hombre, y un niño triste, aburrido, un niño sin niñez es una desgracia para la civilización».

«Por eso a los niños hay que alimentarles de alegría y de esperanza; decirles que han nacido para progresar espontáneamente y para alcanzar triunfo fácil. La mejor actitud que cuadra a la infancia es la actitud victoriosa. Al decir de Emerson, un rostro sereno, una mirada inteligente, una vida gozosa deben ser la finalidad de toda cultura. Así, pues, el más fecundo y verdadero sistema de educación debe ser aquel que despierta espontáneamente el espíritu, aquel que lo desarrolla y lo eleva, el que hace resplandecer de luz y alegría, el que transfigura y lo hace refulgente; causando su actividad sin ponerle barreras ni prefiriendo la reserva a la acción, la debilidad a la energía ni confundiendo la voluntad con la obediencia y las maneras con el carácter.

«Alegría en la clase, alegría en el juego, alegría en la educación, alegría en la reforma, alegría en el esfuerzo, siempre alegría en todas partes; claro está, sin degenerar en loca disipación, en vano placer; una alegría tal que disipe las tristezas, los odios, los rencores que pudieran agolparse, como siniestros gérmenes de futuras y tremendas rebeldías, en los espíritus juveniles.

«Tales son las modernas concepciones acerca de la alegría a que tiene derecho el niño, y el Seminario para seguir las corrientes del siglo pedagógico debe adaptarse a ellas con ánimo optimista y valeroso pensamiento.

«Y así en este plantel se les ha enseñado a los niños a amar la luz y no temer al aire. Se ha ensayado algunas clases en los corredores y en el jardín, se les da descanso necesario después de cada clase, se les ha ampliado la casa donde se educan, con luz y calor en las habitaciones, se ha cultivado el amor a las flores y a los árboles, se ha estimulado sus juegos, se ha dado la importancia debida a la cultura musical; en una palabra, se hace todo lo que está autorizado por la razón y las buenas costumbres para que rebosen de placer, se acostumbren a ver el lado más bueno y placentero de la vida, a fin de que en sus cerebros broten espontáneamente, así como las plantas de un suelo virgen y abundoso, elevados ideales y generosos sentimientos»...

En 1930 se inauguró el «Salón de Actos». Después de veinte años de echados los cimientos y comenzadas las paredes, se había abandonado la construcción por falta de recursos, hasta que un nuevo espíritu de empresa y optimismo la llevó hasta su coronamiento. Apadrinaron la inauguración el magistrado Dr. Julio Rosas Barrón Olivas y su señora, Dña. Angélica Vidalón. En dicha ceremonia el Rector dijo entre otras cosas lo siguiente: «Ante

todas las cosas, os doy las más expresivas gracias, nacidas de lo más íntimo de mi alma por la bondad y gentileza con que habéis acudido a mi invitación para presenciar los últimos actos de la juventud que se educa en este plantel y a inaugurar este salón tanto tiempo esperado por los que se preocupan de cerca por el progreso material e intelectual del Seminario. Vais a pasar revista a una legión de futuros ciudadanos de la Religión y de la Patria, y ellos, portando en las manos las gavillas de su sudor y de su trabajo, se han de sentir felices bajo las ondas de una honrosa simpatía. Si todos los actos de la niñez y de la juventud se realizaran siempre bajo la mirada y con el aplauso de un público culto y distinguido como el que ahora honra este recinto, indudablemente el paso de la niñez y de la juventud por el escenario de la vida sería un cendal de inmarcesibles coronas».....

«En cuanto a nosotros, es grande nuestra alegría al veros congregados en este salón, cuya construcción ya constituye una historia debido a la falta de recursos; pero cinco años consecutivos de esforzada labor han podido llevar a su término, habiéndose hecho en nuestras manos, así como la obra predilecta del Seminario por las energías y recursos gastados».

«No sin motivo, ocúrreseme llamar obra predilecta. Imagino que este salón ha de ser el taller donde se cincelen las almas y los corazones juveniles a lo largo de la historia. Ha de ser como el lugar de exposición de las obras del maestro; es decir, los discípulos han de salir del crisol de la instrucción y de la educación. Aquí es donde los maestros, al fin de cada año, han de requerir como el inmortal artista en mármoles, Miguel Angel, requerir, repito, a la obra de su talento y de sus manos con la loca exclamación: ¡«Habla»! y ellos, más afortunados que el genio mismo, oirán hablar al hijo de su ingenio, a sus amados discípulos. Y hablarán del Arte, de las Letras, de la Ciencia. Todavía más: hablarán de lo que no sabe la Ciencia ni el Arte ni las Letras: hablarán de las verdades religiosas, únicas que pueden responder vivamente a las ansias del corazón humano».

En nuestras escuelas católicas se estudia mucho y se penetra en el misterioso laboratorio de las plantas, se ausculta las entrañas del animal; se levanta la poderosa lente y uno se aproxima a los astros para sorprenderlos y seguirles en su vertiginosa carrera diéndoles la verdad; se toma el prisma para aprisionar la luz que se desprende del sideral infinito a donde no llega la vista del hombre y en los fantásticos colores del espectroscopio se mide la velocidad, el volumen de los mundos; en nuestros planteles se entra también en las bibliotecas donde las generaciones pensantes han almacenado el fruto de su saber..... en suma, se estudia y se medita lo que enseña la Ciencia sobre las cosas del Universo y sus secretos igual que los profanos. Pero, a más de eso, en los centros católicos, se enseña al estudiante a levantar más arriba la mirada. Por encima de los ríos, de los valles, de los montes, de

las nieves, de los astros; por encima de todo el Universo, se le dirige la mirada del espíritu, y como la cariñosa madre, de quien habla Pestalozzi, le dice el maestro a su discípulo: «Hijo mío: «Hay un Dios de quien necesitas, aun luego que dejes de necesitar de mi...... hay un Dios que procura tu bien y tu alegría».

«Quiere decir que en el concepto católico de la pedagogía, no basta la instrucción para el joven; es preciso educarlo bajo severa norma de abnegación, de amor al ideal, de tendencia a lo grande, de cohesión fraternal, de valor para el sacrificio»......

Durante los ocho años de este rectorado, estuvo rodeado el Rector de un personal selecto, culto y sacrificado, que levantó muy alto la enseñanza en el Seminario, marcando una época de verdadera espiritualidad. Fueron ellos: Vicente Aguilar, Horacio González, Lucas Arca, Santiago Márquez, Manuel Vizarraga, Talio Romero, Agusto Villanueva, Abraham Vergara, Felipe Domínguez y otros; todos ellos del clero nacional.

Hemos llegado hasta aquí, quizá mal, por habernos apartado demasiado de nuestra senda; pero bien, por el deseo de recordar hechos cuyos antecedentes se vinculan con la obra de Olivas Escudero. Pocos ven, sin duda, los nudos de este vínculo; pero hay un cuadro del ilustre maestro y prelado que se conserva con respeto y veneración a veces sin saberlo por qué. Ese cuadro tiene cabida por sobrada razón en el mejor sitio del Seminario de San Francisco de Sales.

Ahora, volvamos a la época en que actuó Olivas Escudero como fundador de una casa religiosa, que es convento y colegio, o sea a la segunda mitad del siglo XIX.

VIII

El feminismo en Huaraz.— Fundación del colegio de Santa Rosa de Viterbo.— El problema de la enseñanza y de la educación.— El prestigio adquirido por este Colegio.— Creación de una sección media.— La apertura de las clases en 1928.— Un discurso.— El Estado entrega la dirección del Colegio Nacional de Mujeres a las religiosas de Santa Rosa de Viterbo.— Un recuerdo para el fundador de esta Congregación.

La cultura del elemento masculino no es suficiente para el bienestar humano: «no está bien que el hombre esté solo», se dijo al principio. La soledad del espíritu es el peor de los males. La mujer debe recibir igual grado de cultura conforme a las necesidades de su sexo. El feminismo en tiempos de Olivas Escudero no era cosa de que podía hablarse libremente. Pero, si Fenelón se adelantó a todos los pedagogos en rehabilitar a la mujer, no lo es extraño para los que conocen la patrística. Clemente de Alejandría es el primero entre los feministas. San Jerónimo recomienda a la mujer el estudio de la Sagrada Escritura. En nuestro medio, Olivas Escudero reaccionó como Luis Vives en España, contra la ignorancia de la mujer como medio de mantener su virtud. Discípulo del autor de «L' éducation de Filles», adoptó cuidadosamente sus normas para trazar el camino que debía de seguir la nueva institución que fundaría.

En efecto, consolidado el colegio de San Agustín sobre fundamentos de verdadero optimismo y preparación oportuna, fundó en 1886 una casa religiosa bajo el título de «Santa Rosa de Viterbo». Recogió allí jóvenes de reconocida vocación y posición social para que se preparasen en la piedad y el estudio con fines de una empresa superior espiritual. En Huaraz, no faltaban, desde luego, instituciones de reconocida competencia y virtud para edu-

car a las juventudes femeninas según las exigencias de la época. María Carmen Silva, por ejemplo; lo que Elvira García y García fue para Lima, eso fue Carmen Silva para Huaraz; pero la fundación de «Santa Rosa de Viterbo», abre una nueva época de más trascendencia para la mujer ancashina. Allí empieza su nueva orientación y aún gran parte de su rehabilitación.

Acciones individuales por esforzadas que sean tienen su límite. Sólo los héroes determinan profundas revoluciones por la acción avasalladora de una nueva idea o por la insistencia de un fuerte apostolado; pero la obra de grupos organizados entraña la perennidad del espíritu. Hoy día, hace muy bien el Estado de dignificar al magisterio y de rodearle de comodidades para que no disperse sus energías en procurárselas frente a la necesidad. Un maestro tiene una misión muy difícil. Aquel que pondera esa dificultad, interpreta mejor los problemas de la enseñanza y educación. Olivas Escudero lo comprendió; por eso, radica allí uno de sus grandes méritos. Pensó él en el gran ideal de una mujer libre, cristiana, consciente. Las jóvenes que engrosaban las filas en «Santa Rosa de Viterbo», dejaban atrás padre, madre, hermanos, amigos, hogar, la libertad de vivir su vida, éxitos, gloria, porvenir, y aptas y dotadas de cualidades naturales, podían alcanzarlos en el mundo; pero hay un ideal superior, es preciso marchar en pos de él. Ingresada la joven que contaba con su vocación, pasaba años de prueba, bajo severa disciplina; estudiaba, practicaba la virtud. Trabajaba. Tenía un reglamento y un horario. Después de dos años de prueba, hacía voto de pobreza, castidad y obediencia. Estaba lista para entregarse de lleno a la misión del magisterio. Preparada de esta manera una maestra, su finalidad era enseñar y educar. El objetivo primordial era la educanda. Rezaba y pedía gracia, valor, inteligencia, voluntad, espíritu de sacrificio y de obediencia para educar y enseñar. Meditaba para educar y enseñar. Cuidaba su salud para educar y enseñar. Todo lo hacía con este fin. De allí que la conciencia colectiva de los pueblos de Ancash encontró un lugar donde hallar el deseado relevo para llevar adelante la tarea de la educación de sus hijas. Entregarlas a «Santa Rosa de Viterbo» era delegarle un deber grave y sentir el alivio que proporciona la seguridad de pensar que los inocentes y castos pedazos de su corazón estaban mejor que en su propia casa. Desde lugares remotos acudían las niñas y jóvenes a recibir una sólida instrucción y educación. Decir alumna de «Santa Rosa», era un título y una recomendación. La obra educativa de ese instituto, hace más de medio siglo que sigue viviendo, y seguirá todavía viviendo en forma indefinida después de nosotros. Así es la obra de los grupos organizados, diferente a la de los individuos de los cuales no continúa sino la idea y el mérito.

Hasta 1927 no funcionaba sino la sección primaria y algunas especializaciones; pero en ese año ya incorporado el personal o sea la comunidad religiosa a la Tercera Orden nacional, se creó

la sección media. Sor Teresa del Espíritu Santo organizóla en debida forma y a la vuelta de cortos años se vió el éxito alcanzado en algunas jóvenes que ingresaron a las Universidades y Escuelas Superiores y crearon centros de cultura como la «Unión Femenina» que cumple dignamente el deber que se ha impuesto.

Un espíritu de optimismo predominaba en el ambiente femenino con el funcionamiento de ese colegio. Los profesionales más distinguidos fueron solicitados para dictar clases. He aquí como se expresaba el Rector del Seminario, invitado a hacer la apertura del año escolar en 1928. «Háseme invitado —dijo— para pronunciar breves frases con motivo de iniciar este colegio el nuevo año escolar, que se abre, ante nosotros, lleno de promesas y esperanzas. Con la más profunda satisfacción de mi parte, correspondo a dicha invitación dando a todas vosotras una expresiva bienvenida... Ayer todavía —me imagino— tuvísteis la acostumbrada reunión de despedida, en el último día del año pasado, para dirigir vuestras oraciones a la Virgen Inmaculada, a quien se os ha propuesto como mejor modelo. Tres meses han pasado y parece una semana, una hora. Tal es la condición del tiempo: nos va empujando apresuradamente y dentro de la ilusión de algunos meses, otra vez estaréis reunidas aquí en señal de una nueva despedida; y, entonces, oiréis repetirse algunos sollozos y caer algunas lágrimas, sin saber por qué».

«Ahora, pues, seáis bienvenidas, vosotras, alumnas de años anteriores. Estáis aquí nuevamente listas a emprender la tarea interrumpida por las vacaciones. Para vosotras, los días pasados aquí responden por los venideros. Esta casa es otro hogar donde halláis religiosas solícitas que hacen las veces de vuestras madres. También vosotras alumnas nuevas, seáis bienvenidas. Con cuánta sorpresa y zozobras habéis flanqueado las puertas de este colegio, dejando lejos la casa paterna, el terruño, al cariñoso padre y a la amorosa madre. Cuántas emociones y cuántas lágrimas. Ahora estáis aquí; bienvenidas..... Estas religiosas van a cumplir en vosotras lo que vuestros padres están obligados por ley natural: proporcionaros esmerada educación e instrucción conforme a vuestras aspiraciones y a vuestras necesidades. La escuela y el colegio no son más que la prolongación del hogar. Vuestros padres, maestros desde vuestra cuna, y obligados, como vuelvo a decir, por ley natural a perfeccionar la obra de vuestra educación e instrucción, no pueden, sin embargo, cumplir con ese sagrado imperativo por los muchos quehaceres que no les dejan tiempo y aun cuando lo tuvieran quizá no lo podrían cumplir; por eso, os mandan a este colegio. Habéisle de tener cariño, por consiguiente, cultivar el respeto y amor a vuestras institutrices, en la misma medida con que amáis y respetáis a vuestros padres; y ellas serán dignas de ello. Habéis de cobrar cariño a estos muros que cercan el santuario por donde pasaron muchas jóvenes como vosotras. Habéis de amar sus jardines, sus aulas, sus rincones, sus tradiciones, su his-

toria, sus anécdotas, sus altares, su espíritu y en tal forma que, mañana, cuando hayan corrido los días, al reconocer, en una nueva visita, todo ello hinche vuestros corazones de una honda, placentera, vaga y saludable nostalgia recordando las horas felices de vuestra infancia, como lo hacen siempre las almas delicadas cuando visitan la casa donde se educaron un día».

«Estáis listas para emprender la ruda tarea. Vosotras, como los hombres, estáis dotadas de una inteligencia que hay que despertarla, inquietarle con altos ideales, enriquecerla con la verdad y perfeccionarla con sus luces. El deseo de saber es innato e insaciable en el hombre y vosotras necesitáis también de saber. La sabiduría hace de la criatura semejanza de Dios. Cuanto más busca la verdad, tanto más se acerca a El. El Universo es un caos para mentes informes; pero es una armonía y sublime orden para el espíritu que medita. Y su conocimiento es hermoso y placentero porque descubre leyes, tendencias y finalidades. Hay claridad de rayo en el misterio. El átomo que se agrega por yuxtaposición en los cristales y que se transforma por intususcepción en las plantas y en el animal, obedece como fiel subalterno, a una ordenación superior. Y todavía más: fraccionarlo, tocar los límites de la nada en el microcosmos, analizar, separar, clasificar, agrupar, concluir y hacer brillar la evidencia, hacen cada vez más sugestivo y bello el estudio, el retiro, la meditación. Y cuando abandona el laboratorio diminuto del organismo viviente y la molécula muerta del mineral y sacude el polvo de la tierra, mira el espacio azul y emprende el vuelo gigante, la belleza y el placer de encontrar la verdad, serán más sorprendentes, más avasalladores. Saltará como la abeja de flor en flor, sobre mundos de peso, volumen, velocidad increíbles. Y cuando deje el vértigo del viaje y torne la mirada sobre el suelo inicial y al no encontrar desde la distancia a la materia que integra su personalidad, verá a su lado una espiritualidad que no es la materia; entonces verá proyectarse, ante él, un mundo más amplio, más atrayente, lleno de colorido no sospechado. Verá cómo el espíritu es mayor y sus leyes más que el mundo y sus leyes. Qué vasto panorama para la inteligencia. Y la vuestra, como la del hombre, tiene esa vastedad para su ejercicio, y cuando hayáis acumulado muchos conocimientos acerca de su contenido, diréis que habéis instruído vuestra mente».

«Pero la instrucción no es una tarea especulativa, que sirve para recrearse, para gozar en un mundo impalpable. No. Tiene trascendentales consecuencias. La industria, la técnica, el comercio, el afán de progreso, llenan al espíritu de otros pueblos y dan aldabadas en nuestras puertas. Para afrontar, pues, la difícil situación próxima, es urgente una preparación concienzuda en el terreno científico; mejor dicho, una instrucción conveniente, la que será una defensa y al mismo tiempo un medio para la conquista de una posición mejor en el escenario de la vida. El mundo marcha a una total evolución en todas partes; y también nuestros

pueblos de la sierra, hoy día plácidos y tranquilos, ostentando por todos lados el rótulo de la edad de oro, en que todo es abundante y asequible, sin luchas ni mezquindades, animados de un verdadero espíritu fraterno, también estos pueblos sufrirán una transformación insospechada. Las carreteras que se construyen afanosamente, los aparatos científicos e industriales que se perfeccionan cada vez más, que llegarán pronto a nuestra disposición y dominio, originarán un gran cambio, una especie de cataclismo social. Entonces, entre las mujeres, como entre los hombres, las más aptas, las más preparadas, las más instruídas triunfarán; pero las débiles, las remisas, las desalentadas, las desnutridas del espíritu, las inactivas, las indisciplinadas, las superfluas, las inclinadas al vicio, serán envueltas en el torbellino y fracasarán en toda la línea. Nuestros tiempos, no son como los antiguos en que para pasar una vida cómoda, era menester poco esfuerzo; ahora hay que ser más serio, más laborioso, para no quedarse abandonado, retrasado. Ved ahí los motivos por qué la hora presente es comienzo de una labor intensa para cultivar la inteligencia y enriquecerla con la verdad que proporcionan las ciencias, las artes y las letras».

«Pero el hombre, así como la mujer, no es sólo inteligencia. Es también corazón, valor, abnegación, sacrificio, heroísmo. Y este es el lado más hermoso de la criatura racional. Tenemos una voluntad que afirmarla, perfeccionarla, ejercitarla y fortalecerla, porque la voluntad en el hombre, es lo que el motor para la máquina. Quitadle el motor a un vehículo, le habréis quitado todo; cae al abismo el gallardo avión que hiende los espacios, se para el incansable automóvil que traga las distancias. Suprimid la voluntad, y lo habréis paralizado al hombre. Hay que enriquecer la voluntad con la práctica de las virtudes, hay que encaminarla en pos de generosos sentimientos y de altos ideales. De una voluntad bien formada, resultan las grandes acciones que embellecen la vida y enaltecen a la humanidad. Los heroísmos y las hazañas, no exitirían sin la voluntad fuerte y disciplinada. Importa, pues, que vosotras preparéis el corazón y la voluntad en el entrenamiento del deber para que más tarde, lejos de estos tutelares y acogedores muros, seáis elementos efectivos para vosotras mismas, para vuestra familia, para la sociedad. El perfeccionamiento del hombre en este sentido se llama educación, vocablo que viene del latín *educere,* que significa sacar, levantar, elevar. Elevad vuestros corazones en alas de la virtud. Arriba los corazones».

«Habéis venido, pues, a este colegio para que en vosotras se elabore una nueva personalidad por medio de la instrucción y de la educación».

«Vuestros padres han tenido acierto en escoger este colegio dirigido por las beneméritas madres franciscanas. Su historia es sugestiva y brillante. Fundada esta casa por uno de los obispos más ilustres de Sudamérica, Mons. Olivas Escudero, en el transcurso de medio siglo que lleva, ha prestado muchos beneficios a

Huaraz, a Ancash y a otros departamentos vecinos. Por sus aulas y por este santuario han desfilado varias generaciones, entre ellas las madres de algunas de vosotras, vuestras parientes, vuestras amigas y conocidas y tantas otras. Todas ellas viven reconocidas de esta casa. Si la virtud brilla en su espíritu, si la ciencia las hace felices, si hay resignación en sus dolores y esfuerzo en sus luchas, sabed que todas se prepararon aquí. Por eso, cuando recuerdan las horas dichosas del colegio, se llenan de intensa ternura. Y por el cariño que le tienen, os han enviado. Hacen bien. Por otra parte, además del lado sugestivo que tiene este plantel, hallaréis muchas ventajas y preeminencias para vuestra formación. Aquí no se descuida lo que se enseña en otras escuelas o colegios. Todo el plan oficial, se desarrolla con exactitud y maestría. La enseñanza está a la altura de cualquier colegio más aventajado. La bella y optimista iniciativa que ha surgido de su seno para implantar la instrucción media para mujeres y su éxito en los primeros años, están demostrando su vigor, su nuevo espíritu, su avance en el camino del progreso. Ello se debe a la selección espiritual de su contenido, a la abnegación, al sacrificio cuotidiano, al renunciamiento del mundo, a la concentración de fuerzas y voluntades bajo un ideal, preñado de luces y de energías, capaces de satisfacer el alma que ansía el infinito. La educación es obra de todos los días, de todas las horas, de todos los momentos. Por eso, quienes se entregan totalmente impulsados de ese ideal, sólo ellos constituyen ejemplo y la noble vanguardia de los obreros de la formación cultural».

«Dichosas vosotras, porque estáis como la blanda cera en manos expertas y maestras bien intencionadas. Vuestra docilidad os llevará a la perfección».

«Y vosotras Madres, tenéis mucho camino recorrido, algunas de las que me escuchan enhebran los hilos de su existencia desde la fundación de esta casa. La tarea que se repite ante sus ojos, es el alimento cuotidiano para su espíritu; ellas viven de un recuerdo hondo de las primeras luchas y de los primeros sacrificios y se consuelan del presente por el triunfo y el crecimiento de la obra en que pusieron hace medio siglo la temblorosa mano sin sospechar los progresos del porvenir. La historia de esta casa está escrita con páginas de oro. Vosotras no os habréis fijado en el bien que hacéis, porque vuestras pupilas están puestas en el cielo; pero quien pondera los días y años recorridos, quien saborea gotas amargas en semejantes labores en el magisterio, está acreditado para contemplar en visión completa, todo el bien que hicieron vuestras discípulas en el seno de la sociedad. Las virtudes que practican, allá abajo, en el mundo, la religión y la fe que se mantienen en los corazones, en las familias, en los grupos, en las instituciones, son en gran parte porque vosotras habéis arrojado la semilla en las almas juveniles. Seguid en vuestra nobilísima misión; la Iglesia y la Patria tienen mucho que agradeceros; y, a

la postre, recibiréis el galardón, ofrecido en la patria celestial»....

En este acto de la apertura del colegio estaban congregados, en torno de la comunidad franciscana, los profesores, las alumnas, los padres de familia, los admiradores y amigos. Allí estaban las religiosas Sor Dolores del Corazón de Jesús, Sor Teresa de la Purísima, Sor Angélica; la primera, fundadora con Olivas Escudero y las otras, los primeros frutos de la fundación. Habíase invocado las luces del Espíritu Santo y se había oído con particular devoción la misa. Un ambiente de religiosidad embargaba los espíritus. Era un nuevo cenáculo que se encendía para realizar la plasmación de nuevos seres.

Mas tarde, el Estado vió la necesidad de responder al deseo de Ancash de tener un colegio nacional. En efecto, lo creó con el título de colegio «Nacional de Mujeres». Le dotó de un personal competente; y el plantel cumplió su misión por varios años; pero la familia ancashina está educada en un ambiente de religiosidad, de disciplina y de orden; el modernismo en las costumbres y el *snobismo* están reñidos con su tradición; y, a pesar de la competencia reconocida de la dirección y muchos profesores, se impuso la urgencia de entregar el colegio nacional al régimen de las religiosas que se adelantaron al Estado con la iniciativa de un colegio para mujeres en la capital ancashina. La pedagoga Sor Rosario, natural de Yungay, ha preparado la época de transición con habilidad y talento.

Cuando vivía Olivas Escudero, desde su sede de Ayacucho, complacíase diciendo que «su obra predilecta en Ancash» era «Santa Rosa de Viterbo». Nunca se olvidó de ella. En los momentos más apremiantes de su vida supo auxiliarla en forma efectiva. Y las religiosas han sabido conservar ese cariño tradicional a su fundador. Aprovechaban de cualquier oportunidad para mostrarse agradecidas. No importa que el personal haya cambiado como tributo necesario al tiempo. El espíritu permanece y la Providencia asiste en forma particular cuando existe la buena fe. Sor Teresa del Espíritu Santo había dado grande impulso a la casa y al colegio con motivo de abrir la sección media. No pudo inaugurar el templo que lo hiciera refaccionar y decorar con amoroso cuidado. Lo hicieron Sor Teresa de la Purísima y sus colaboradoras, especialmente Sor Dolores. La fiesta con este motivo fué pomposa. Apadrinó la bendición el fundador, representado por Horacio González y sirvieron de madrinas todas las ex-alumnas presentes. El Vicario General Ponte hizo la ceremonia y dirigió una fervorosa oración expresando el significado del acto. El padrino había dirigido un expresivo telegrama de congratulación.

Muerto aquel grande hombre, amigo de la instrucción y apóstol de la rehabilitación de la mujer ancashina, su nombre perdura y se repite con cariño. El grano de mostaza que echara en surco de buena tierra, hoy es árbol frondoso que cobija como en la parábola evangélica, aves que llenan el ambiente histórico de An-

cash con las armonías espirituales de almas que se transforman como en un cenáculo y constituyen la garantía de la educación cristiana en el medio social de aquel Departamento. Si el viejo prelado hubiese alcanzado a ver cómo la pequeña comunidad que fundara ha llegado a presidir la evolución del espíritu femenino y cómo ha asumido el régimen de un colegio nacional, cuánta consolación habría sentido en recompensa de sus trabajos, de las incomprensiones de otrora y de su soledad en el desierto de su optimismo. Pero, la gloria de los muertos es para los vivos.

IX

Dos maestros de la palabra en Huaraz: Olivas Escudero y Figueroa.— Semblanza de ambos.

Cuando un hombre como Olivas Escudero aparece en el escenario del mundo y oye el divino mensaje: «Predicad a toda criatura», no hay perplejidades ni cobardías; empieza la predicación en sus labios. No importa que la naturaleza le haya negado las cualidades necesarias: o rehace como el genio de Demóstenes las fallas naturales o se perfecciona en constantes golpes de artista para labrar su propia personalidad. A su oído habla constantemente el espíritu, créase una necesidad en la psiquis, una nueva naturaleza dobla a la primera y una obsesión le impulsa a repetir como respuesta al espíritu: «Vae mihi si non evangelisavero»!

Indudablemente, Olivas Escudero no era orador nato, ni poseía las cualidades de su colega y amigo inseparable el doctor Amadeo Figueroa. Este tenía don especial, la oratoria le nacía sin mucho esfuerzo y podía elevarse a las alturas más serenas del espíritu y de la elocuencia, imponíase y sabía cautivar y avasallar. Escudero tenía condiciones físicas y era poseedor de amplia cultura; pero su vocación había que buscarla en otro terreno. Alto de cuerpo, presencia de asceta, de actitudes enérgicas, a veces gallardas, voz mediocre a cuya virtualidad podían suplir la decisión y la fuerza viva, junto con el acento viril, breve, y mímica sobria a ratos y rectilínea las más de las veces: por el físico y antes que se pusiera a hablar, daba la más feliz impresión de sí para atraer y dominar la opinión de los oyentes. Empezaba, y disminuía el termómetro del favor público. Pero a poco que se le escuchaba, surgía en él otro hombre, el doble, era el espíritu el que emergía de la materia y dejaba a sus pies su servidumbre y sus despojos. Entonces, el auditorio dejaba de ver la corteza que envolvía al orador y se ponía a caminar apresuradamente sin saber por dónde,

ligero, ansioso, presionado, por los senderos de un mundo inmaterial. Ora, era la celestial visión, la que ocupaba su mente; ora, los terroríficos círculos dantescos del infierno; ora, la plácida esperanza de los que se purifican en el fuego del purgatorio. Asistía al lecho del moribundo, próximo a partir, dejando los más caros objetos de su vida: proyectos, deseos, esfuerzos. Presenciaba la lucha gigante que sostienen el mundo y la carne contra las leyes de la castidad y del recogimiento. Contemplaba la silenciosa virtud de los claustros, recordaba a los anacoretas de los desiertos, los combates de los mártires, que la Iglesia cuenta por millares en su martirologio. Se avivaba en la fe, crecía en la esperanza y se abrasaba en la caridad. La acerada palabra del orador, atravesaba los corazones y los movía a la compunción y mejora de vida y costumbres. Se creería que, cuando Olivas Escudero hablaba. no había otro orador de más efectiva y poderosa oratoria. Sin embargo, Huaraz estaba acostumbrada a oír la ágil, vibrante, emotiva y castelariana palabra de Amadeo Figueroa. Si le seguía, en mágica excursión en su combativa y estratégica elocuencia, era porque tenía otra táctica y otra estrategia. El mundo oyente es como el mar, dócil en los movimientos más variables, leves o violentos; o es como el desierto que goza de pedriscos o suspira con la nostalgia de ser pradera. Amadeo Figueroa, estaba vinculado con Olivas Escudero por estrecha y antigua amistad, nunca hubo en ellos instintos de emulación, ambos cabían en el escenario en que actuaban; aun más: parece que la obra del uno, completaba la del otro. Y es la verdad, «a veces lanza la naturaleza-dice Hello-grupos de genios para construir una obra o bribones para destruirla». Estos dos oradores, en tierra ancashina, valen por un grupo de genios que Dios quiso colocar para manifestar su providencia en medio de una sociedad que se debatía en la duda y la negación frente a un liberalismo importado tardíamente como regalo del jacobinismo de Francia y de los carbonarios de Italia. Al lado de ellos podían ocupar lugar secundario otros sacerdotes ilustres, tales como Cristóbal Villón y Sacramento González; pero, los primeros eran los portaestandartes y oradores de profesión.

Figueroa ha recibido con creces el reconocimiento y homenaje de la posteridad; y las generaciones que le oyeron, lo endiosaron y lo consideraron como un oráculo. Eso podía ser su premio. Estoy seguro que por lo demás, su recuerdo y su fama crecerán porque la tradición es viva y honda en Huaraz a favor de Figueroa. No importa que hayan quedado pocos escritos de él y los que hay, quizá no sean la cabal expresión del gran orador admirado por la Lima de Roca y Boloña y de Tovar y por Huaraz, la de Olivas Escudero. Surgió Figueroa a la celebridad con el discurso pronunciado en el Callao con motivo de la traslación al Perú de los restos de los héroes en la guerra con Chile. Ese discurso fue una revelación y una ascención a la altura de la que no ha subido más por haber dejado el escenario limeño para dedicar-

se a las labores de la vida parroquial, tumba de muchos sacerdotes para los ojos de la vida presente. Con el ruidoso triunfo alcanzado en aquella ocasión, sentíase pleno de capacidad para desempeñarse en cualquier medio y no quiso hacer más esfuerzos. La improvisación era su fuerte. Tenía pereza para escribir ni tenía estímulo para la superación personal. Cuando iba a predicar sobre un tema escogido de antemano para el elemento femenino y devoto, en cuanto veía la curiosidad del elemento masculino y advertía su prescencia, cambiaba de tema y de la preparación espiritual que llevara para pasar en un ambiente de mansedumbre y de religiosidad mística y gozar de la placidez estanciera de Betania, bajo la fresca sombra de los olivos, al susurro de las hojas, en la plática amorosa del Maestro; de súbito tomaba otra determinación y pasaba a otra extremidad, entonces levantaba el vuelo como solía hacerlo siempre y empezaba a discurrir majestuoso y perfecto por los círculos de la oratoria más viril, más atrevida, más compleja, más emotiva y más dramática.

Tenía el don de cautivar desde el primer momento. En lo físico, hombre sin defectos; en el espíritu, asumía actitudes de Bourdalou; y no es extraño que lo hiciera, porque era su modelo predilecto, aun cuando su natural lo alejaba tenazmente de la característica del gran orador francés. Tal vez, porque reconocía su temperamento propio, móvil, emotivo y pronto para un vuelo brillante, lleno de colorido y armonía, lenguaje naturalmente florido, quiso hacer el contrapeso de sus disposiciones naturales con el predominio del espíritu y la mesura de movimiento. Pero, nadie puede ocultar por mucho tiempo el volcán de un corazón poderoso. Tenía que manifestarse de inmediato. Toda la fuerza de su discurso estaba en el comienzo, la primera palabra tenía que ser decisiva, era como el anzuelo lanzado al público ansioso de oír y pronto a entregarse a la sugestión y al esperado placer. Cuando el primer obispo Sales Soto hizo su ingreso en Huaraz, lo recibió en el puente de Huarupampa a la cabeza de los feligreses. Era un acontecimiento extraordinario. Llegaba el primer ungido a inaugurar una nueva sede y Huaraz estaba tras de su párroco, don Amadeo, personificación de lo que hay de más alto en «la generosa ciudad». Entonces, pronunció uno de sus mejores discursos, aquel que empieza: «Estaban apagadas las lámparas de Israel»......

Y todavía la sonoridad de este exordio resuena en Huaraz y las gentes lo repiten sin cesar a través de los cincuenta años transcurridos desde entonces.

Otro de sus sermones que recuerda la tradición es la que pronunciara en el descendimiento del Señor de la Soledad en la noche de un viernes santo. Empieza este sermón con este llamado y esta pregunta: «¡Gólgota! ¿por qué tiemblas?».....

Los que le oían quedaban complacidos y ansiosos. Siempre pendientes y hambrientos de la palabra de Figueroa, andaban en busca de ella. «¡Qué corto»! -decían, después de oírle.

Era hombre sencillo en el vestir y en el hablar; pero la facilidad de su verbo y el don natural de su oratoria lo relievaban en seguida por más que procuraba esconderse. Sobre la sotana llevaba el clásico «poncho» de lana. «No hay otra capa mejor que la de cuatro puntas» -decía. Vivía alejado del gran mundo; estaba siempre con los indios a quienes los trataba con dulzura y toda clase de consideraciones. Don Amadeo Figueroa no era obrero. Nadie recuerda de sus obras materiales, ni se preocupan, si las tuvo o no. Era sí, obrero espiritual. Su palabra era el centro donde gravitaba el mundo pensante y sentimental de Huaraz. Sin excepción, grandes y pequeños, sabios e ignorantes, nobles y plebeyos se contagiaban de una popular sugestión; la adhesión del pueblo era total, absoluta e inquebrantable a favor de él. Por eso, cuando murió, contra toda disposición legal, un grupo, fanático de su valer, impidió que sus restos fueran trasladados al cementerio general, y, de hecho, los enterró en la iglesia de la Soledad, al pie del Crucificado en cuya presencia había pronunciado sus sermones más célebres y en cuyas solemnidades había hecho llorar a las muchedumbres. La actitud de ese grupo, dentro del marco que rige a la sicología de las multitudes, fué sin duda el homenaje póstumo, sentido por todo el pueblo; pero no pensado previamente. Así proceden las multitudes; pero su manifestación procede de un sentir hondo e incontenible. Todavía hasta ahora reposan sus restos allí donde la multitud los colocó, bajo tierra, y dentro de unas pobres y antiestéticas verjas; pero a los pies del Señor de la Soledad, tal como lo deseara en vida.

Apto para brillar en el gran mundo y admirado por él, había vivido escondido y entre los humildes. Y los humildes, a su modo lo honraron en la hora postrera. Y el verbo de Figueroa, que vibrara en el alma del pueblo como de los oradores griegos, los había arrastrado a tomar dicha actitud en homenaje al gran orador desaparecido.

Olivas Escudero, también estaba adornado de bellas cualidades; pero prefería actuar en la alta sociedad. El elemento culto y escogido gozaba oírle, así como también los humildes. Ambos, sin envidias ni emulaciones, elaboraban y redondeaban la obra social para lo que estaban puestos como dirigentes, allí donde no había otra dirección que los pudiera suplir. El uno —Figueroa— gustaba producir belleza para imponer la verdad; la cultura helénica le informaba el espíritu: «la belleza es el esplendor de la verdad». Amante de nombrar el Olimpo y el Píndaro, el Areópago y el Partenón, Salamina y las Termópilas, volvía de su majestuoso vuelo sobre la Hélade, a las cumbres de eterna nieve, al infinito cielo azul, a los torrentes que se precipitan de los Andes. El veía Acrópolis glorioso en nuestro suelo, montes donde mora la Poesía y héroes que tienen semejanzas con los de Esparta y Atenas. Siempre en la altura y en pleno vuelo siempre, dejaba caer a plomo la palabra. En cambio, el otro, busca el llano, escoge encrucijadas, el

paso de las Termópilas le sugestiona, corre por el valle como en Maratón, si la espada del lenguaje le resulta corta, avanza. El uno recrea y prepara el convencimiento. El otro, invita al combate y derriba. Eran, pues, dos tendencias al servicio de un ideal: mantener la religiosidad en Ancash.

Olivas Escudero, más diligente, más metódico y más feliz en reunir y conservar sus escritos, nos ha dejado seis volúmenes que contienen discursos, conferencias, pastorales, sermones, etc. Aunque también descuidó en recoger sus escritos periodísticos, en su mayor parte.

De 1878 a 1890, fué una época de intensiva predicación. En ella dió el calor de su juventud al servicio de la buena causa que exponía y defendía. En dichos volúmenes se ve como en un espejo el espíritu de este hombre extraordinario. Escribió mucho en un medio pequeño, hizo grande esfuerzo y se gastó durante 23 años en la predicación. Hay que admirarlo no sólo en vista de sus escritos sino teniendo presente que él dedicaba una gran parte de su apostolado a la evangelización de los pueblos.

No sabríamos decir cuál de sus sermones o cuál de sus conferencias es mejor. Cada uno está concebido en el momento más culminante de la vida humana, cuando el corazón está en plena acumulación de grandes emociones, cuando el alma está en la plenitud de su vigor sin conocer ni experimentar los desequilibrios que suelen producirse en otros momentos con el contrapeso de la amargura, de la decadencia y del dolor insistente. En aquella hora de la vida no hay más que una fuerza: la del ideal. Por eso, la producción literaria de Olivas Escudero, en las dos décadas de su predicación, constituye la síntesis reveladora de su gran espíritu. Los que lo conocieron sólo de viejo, pero llevando siempre en sus venas una juventud sin desmayos, ni cobardías, cuando actuaba como prelado en Ayacucho, los de allá, habrían deseado conocer su fisonomía en los días de su juventud; y los de acá, en Ancash, los que lo vieron sólo de joven, nunca creerían en aquella perpetua virilidad, inagotable fortaleza, indeclinable carácter. Hombre completo, siempre igual, siempre trabajador tanto en la juventud como en la vejez, supo producir los más variados frutos en las diferentes etapas de su vida.

Sigamos todavía por la senda de una pequeña excursión llevando en la mano la lámpara de la verdad y veamos las modalidades de este gran orador. El estilo es el hombre, dijo Buffón. No por ser manoseado este dicho, deja de tener su valor; por el contrario, adquiere mayor fuerza con la observación, la experiencia y la confirmación. El estilo, pues, es el hilo que conduce entre los estados de la conciencia, laberinto más intrincado que el de Dédalo.

Hay hombres fáciles de conocer, desde luego: se presentan con la diafanidad de su espíritu, hablan espontáneamente, y, entonces, están frente a un espejo que los reproduce claramente. Otros, son difíciles, y se necesita una observación, un análisis,

acumular datos, sacar conclusiones para llegar a la verdad de una persona. Otros, así y todo, quedan todavía incógnitos; y descubiertos en una faz, presentan distintos estados, y, no era la verdad lo que aparecía serlo. A través del estilo, hay infinitas variaciones, y se contemplan centellas que se desprenden. Pero, cuando se trata de un hombre apasionado por su ideal, pocas veces, se estaría lejos de la verdad. Olivas Escudero era apasionado: es su característica predominante. Mas la pasión, a la luz de la filosofía aristotélica, no es de suyo buena ni mala; sólo es fuerza; depende del ideal a cuyo servicio se le ha puesto. Si el ideal es noble y elevado, la pasión se ennoblece y se eleva: está a buen servicio; si no lo es, la pasión es fuerza, que denigra, destruye y mata. El ideal que Olivas Escudero se propusiera no era otro que el de Cristo, el del Sermón de la Montaña, el que San Pablo abrazara, el que arrastrara tras de sí a una legión de héroes a lo largo de la historia y que termina con el martirio. Y no había que ponerlo en duda, la misma duda cartesiana es condenable. Cristo habló y lo confirmó con su vida y muerte, entonces hay que predicarlo con toda la mente, con todas las fuerzas, hasta el martirio. He aquí lo que dice en su conferencia sobre errores dominantes del siglo: «A ejemplo de su divino Maestro, el sacerdote debe ser mártir de la verdad y centinela alerta para denunciar el error y combatirlo en sus mismas trincheras»... «luchar hasta sacar triunfante la verdad».

Repetía frecuentemente a imitación de Saulo convertido: «*Vae mihi si non evangelisavero*»!

Por este camino del apasionamiento y del hábito, del placer en la repetición y alegría en el triunfo, estimulado por el fracaso y la persecución, había llegado hasta el estado de una «divina obsesión».

Y obsesionado por su ideal, se apresta en el estudio más concienzudo y en la oración más asidua, consulta las fuentes del saber y para mejorar su estilo lee a los clásicos y los clásicos salen en su ayuda no sólo perfeccionándole la forma literaria sino ofreciéndole el poder de sus dichos, máximas y sentencias. Entonces, cada sermón, cada conferencia se desarrolla con el desfile nutrido de los clásicos sean paganos o convertidos, místicos o herejes, guerreros o escritores, profetas o mártires, con tal que sepan decir la verdad y defenderla para ejemplo de los que enseñan y de los enseñados. Platón, Aristóteles, Sócrates, Licurgo, Pitágoras, Séneca, Cicerón, dijeron algo de su parte para confirmar la verdad que quiere demostrar el orador. Los santos padres no faltan; de él se puede decir con toda verdad: «No hay sermón sin Agustín ni demostración sin Tomás». Si prestamos atención a sus citas, veremos, desde sus primeros sermones hasta el último fruto de su vida de orador, los mismos hombres; además de los mencionados: San Juan Crisóstomo, San Buenaventura, San Ambrosio, Balmes, Ráulica, Donoso, Chateaubriand, Thierry, Lord Byron, Voltaire,

Rousseau, D' Alambert, Diderot, Kant, Hegel, Napoleón, etc. etc. Tenía desde luego, una hermosa biblioteca, la cual iba acrecentando cada vez más con las obras de más nombradía. Y cuando salía, después de una intensa preparación, al buen combate, parecía ser un hidalgo armado de caballero yendo a las justas de un pueblo o un mortal revestido de Arcángel. Pronto en la lucha, ágil en 'el decir, nervioso en la actitud, imponente en la figura, con mímica rectilínea, a veces brusco, a veces ático, vese manejar con destreza la espada de la palabra. Su argumentación es sólida, va como un río avasallador. Tiene puntos estratégicos; sabe ocuparlos para salir fuerte y valeroso en la demanda, justa, leal y oportuna. Parece que persigue a alguien y es lo cierto: persigue al error y combate al mal personificado ora en el liberalismo reinante, ora en el paganismo, ora en el pecado del pobre fiel, ora en la impenitencia del pecador. Se agiganta y se lanza. Si le falla la palabra acerada y no guarda ecuación con el poder de su pensamiento, no importa: toma actitudes dignas y ademanes que resuelven el ímpetu de su ardiente corazón. Pero cuando derriba a su enemigo, cambia de conducta. Ya no es el gladiador que corta la cabeza y la muestra a los sangrientos espectadores. Es caballero que persigue el mal y defiende a la persona, samaritano que va a la posada con su enfermo en la espalda. Fracaso del triunfo dirían los modernos sicoanalistas; no lo es, sino varón fuerte que ha luchado, y cuando ha visto el arrepentimiento del pecador, se empequeñece en la ternura y se compadece en la majestad, como Cristo en la escena de la adúltera ante los fariseos y los orgullosos. Cuántas veces lloró con los compungidos y los pródigos; y, cuando han sucedido estas escenas, esa alma viril, tenía actitudes paternas frente al pródigo arrodillado en el umbral de la puerta.

Pronunció discursos y conferencias sobre materias variadas. En todos ellos se siente el vigor y el entusiasmo de un apóstol de la palabra.

Feliz en las descripciones, dulce en la melancolía, manso y bueno en la invitación, terrorífico y violento en sus amenazas y en el combate, conoció todos los estados de una alma agitada por el entusiasmo en favor de su ideal. No se quejó del cansancio. Si es relativamente poco lo que ha dejado escrito, lo que predicó fué mucho. Los pueblos de Ancash, especialmente Huaraz, Recuay, Carhuaz, Yungay, Caraz, Huaylas, Pomabamba y Huari, fueron el teatro de sus enseñanzas, ora doctrinarias, ora apologéticas. Durante 23 años sostuvo su predicación y su espíritu sobre muchedumbres anhelantes de la verdad. Fué sembrador evangélico a cuyo éxito cayó la gracia prometida. Y en este sentido de misionero, aparece solo como el Bautista en el desierto. Su auditorio no sólo son gentes de estudio, sino los humildes, el gran público. Predicaba en las ciudades, en los villorios, en las calles, en las procesiones, en los hogares. ¿Predicó en desierto? No. El catolicismo de Ancash le debe mucho, porque la palabra echada por un

apóstol, si parte cae en pedregal, parte en el camino, parte en terreno espinoso, cae una parte en tierra y produce ciento por uno, conforme a testimonio divino. Después que muchas generaciones hayan pasado por los pueblos de Ancash y cuando parezca como borrado de la memoria de los hombres el recuerdo de este leal, sincero y ferviente distribuidor de la divina palabra, allá en la penumbra, entre la noche y el día, aparecerán a los ojos del curioso y del historiador los volúmenes, hechos reliquia, de los sermones y apologías de Olivas Escudero, y entonces, más allá de nosotros, sabrán decir los hombres: por aquí pasó un gran misionero y un gran predicador. Será un índice estimulante para los que piensan, aman y luchan por un ideal que no es la materia.

———

X

La revolución de 1932 en Huaraz.— El peligro indígena.- Carlos Philipps y compañeros.— La revolución de 1885.— Fenómeno social digno de estudio.— La redención y la literatura.— La opinión de unos y otros.— El alma colectiva.— La situación del indio en Ancash es diferente de la de otros lugares.— Grupos étnicos.— El modo de vivir.— Zarathustra en persona.— Extremos de opinión.— La causa de la revolución de 1885 *fue de orden moral.— Resentimiento indígena.— La inconciencia histórica.— Aparece Atusparia.— El Atisbo indígena.—* 2 *de marzo de* 1885.— *El primer choque.— La primera noche trágica.— 3 de marzo.— La gran avalancha.— Los héroes que esperan el homenaje a que tienen derecho.— Debacle proyectada.— La emoción popular indígena ante el Señor de la Soledad.— El canto del indio.— Olivas Escudero ante Atusparia.— La desconfianza de la multitud revolucionaria.— Media noche: estrategia de Olivas Escudero.— Estorbó a la realización de la tragedia, o sea, dicho en cristiano: había una Providencia.— La revolución por los pueblos del Callejón de Huaylas.— Se destaca otro caudillo: Pedro Cochachin.— Ataque a Yungay.— Crueldad revolucionaria.— Olivas Escudero pone en práctica la misma estrategia que en Huaraz; pero tarde.— Testimonio ocular.— La dominación indígena en Ancash y comarcas adyacentes.— Atusparia ordena a Cochachin tome posición en la Cordillera Negra.— Métodos de Cochachin.— Sueño de Atusparia.— Atusparia preside las ceremonias de la Semana Santa en Huaraz en calidad de «Delegado».— La religión del indio.— Marzo, Abril y Mayo.— La movilidad combativa de Cochachin.— Atusparia es herido.— La grandeza de una frase.— Olivas organiza la Cruz Roja.— Intervención de la mujer huaracina.— ¡«Ay de los vencidos»!.— La oración fúnebre de Olivas Escudero en Yungay.— Atusparia y el héroe de la Breña.— El canto de cisne de una raza.*

Cuando en Julio de 1932, el departamento de Ancash, se hizo tardíamente eco de la revolución de Trujillo, se destacó, al momento, el peligro indígena para la ciudad de Huaraz. La revolu-

ción pasó a segundo plano. Ella no fue sino un reflejo de la del departamento vecino del norte y una grave imprudencia que tuvo tristes consecuencias.

Una mañana del mes de Julio, díjose que Huaraz era sede de una revolución. En efecto, empezaron a ponerse en movimiento las comisiones a distintos pueblos y a distintas casas de Huaraz mismo en busca de personas y cosas que podían servir para la revolución. Sin oposición de ninguna clase, la plaza era de los revolucionarios. La de Huaraz, gente pacífica, no creyó en ninguna cosa seria excepto en el peligro indígena. Al cabo de breves días, surgió el rumor de una intervención indígena. Entonces Huaraz se puso en profunda zozobra. Fueron llamados los principales a la prefectura para deliberar sobre este rumor. Al colegio Seminario, se presentó un emisario pistola en mano y rifle a la espalda y ordenó que todos los sacerdotes fueran en grupo a hacerse presente ante el jefe revolucionario. Los sacerdotes manifestaron que no era necesario relucir armas para eso: irían. En la esquina de la prefectura había guardias sin uniforme. El local de la prefectura estaba atestado de gente. El natural miedo que se había apoderado de estos sacerdotes, se disipó instantáneamente al ver a la multitud revolucionaria nerviosa de saber lo que pasaba con los indios. Abrióse calle al paso de los profesores del Seminario. No había orden ni concierto. «Se acabó la revolución» dijo uno para su hábito, «aquí no hay cabeza. Pero, puede haber una *debacle*». Salió el jefe, alto, enjuto, nervioso: era el Mayor Mindreau. En torno a él y a los profesores, se apelotonó la muchedumbre compuesta más de muchachos y curiosos. El jefe levantó la voz y dijo: «Yo ya sé. Aquí todos quieren hablar ¡Silencio!» Hecho el silencio, manifestó: «Señores, les he hecho venir aquí a Uds. para que hagan el servicio de ir a contener a los indios porque quieren invadir la ciudad». Alguien opinó que dejaran libre al alcalde de los indios, D. Manuel Rodríguez que se encontraba detenido. Lo dejaron salir del interior de la prefactura. Cuando recibió la orden de ir con la comisión; en actitud altiva y enérgica, pidió un automóvil. No lo había a disposición. Entonces, salió la comisión a pie. Caminó hasta Marián a pleno sol, a la una de la tarde. Llegados a Marián, encontraron allí inmensa multitud de indígenas de toda condición; había entre ellos muchos licenciados del ejército que tenían armas de fuego. También había mujeres de actitud resuelta y alegre que al ver a los guardias, empezaron a reírse profiriendo en lengua nativa y en forma fina y aguda, indirectas, dando a entender el poder del número, frente a la insuficiencia.

A las 3 de la tarde, la ciudad de Huaraz estaba rodeada por todos lados por una inmensa muralla humana que, como una *avalancha,* habíase detenido al cerrar el círculo en torno a Huaraz. Entre tanto en Marián, la comisión destacó a sus oradores. Habló Horacio González, Canciller del Obispado y luego Manuel Rodrí-

guez, quien con una oratoria sorprendente les manifestó que la actitud de los indígenas, por el momento, no era necesaria. El jefe de todos, estaba presente, «libre y con honor». La muchedumbre calmó su enojo al oír hablar a su jefe y empezó a dispersarse Mientras tanto, la ansiedad en Huaraz era intensa. Regresó la comisión e hizo presente el éxito de su cometido.

Indudablemente, la amenaza indígena contrabalanceó los desmanes de la revolución. Habría quizá evolucionado en forma desastrosa. Después de algunos días, entraron las fuerzas del régimen, fusilaron a Núñez en Callán y a otros cabecillas en Huaraz sin muchos trámites. Al jefe Mindreau lo sacaron del Hospital y lo llevaron al cementerio donde esperaban sus compañeros del sacrificio. A las 7 de la mañana cayeron las víctimas. Fueron siete en número. Entre ellas, Carlos Philipps, la de más valer. Dejó hermosos versos escritos en la cárcel. Su valor intelectual no fué apreciado hasta que vinieron desde Argentina revistas con dichos versos. Fue temido e incomprendido en su tierra, creyó que la revolución era un acto de belleza intelectual o un acto de inquietud juvenil, inocente e inofensivo. Había jugado con fuego.

La revolución indígena de 1885, no fue un conato como la que acabamos de referir brevemente. Fue una acción en toda forma. Entonces, como en 1932, la intervención de los sacerdotes fue benéfica para la sociedad. El sacerdote, pues, colocado entre ricos y pobres, entre justos e injustos, entre pacíficos y violentos, entre tiranos y oprimidos, entre los elementos más contrarios, es factor de coordinación y de justicia. Su papel no sólo es de mediador entre Dios y los hombres, sino también entre éstos. Los pueblos, conscientes o inconscientes, así lo han comprendido. A veces, abusan las fuerzas contra él; pero, al fin, reconocen la misión que desempeñan en el seno de las sociedades.

¿Qué fue la revolución del 85?

Parece que hay poco escrito sobre ella. Ni nosotros pretendemos hacer historia ni análisis detenido de los episodios. Muchos han visto a través de una lente novelesca. No es extraño. Es fuente de bellos y heroicos episodios. Otros, le han enfocado en la óptica de conceptos modernos sobre el proletariado. No negamos que hay problemas eternos y semejantes, pues en la antigua Atenas había comunismo. Mas, lo cierto es que se han recopilado pocos datos históricos. Un movimiento de las proporciones de aquél y revelador de un fenómeno sociológico de mucha trascendencia en los pueblos de Ancash, debía ser abordado por los estudiosos con más amor y más abnegación. Lo que pasa es que se piensa siempre en pequeño cuando se trata de lo nuestro y se ve con lentes de aumento cuando es exótico o ajeno. Lo grande en lo pequeño, no es visión que se usa en tierra ancashina. Sin embargo, no sólo lo grande en tamaño es grande también en calidad.

Era una época de crisis económica para todo el Perú. La guerra nacional había traído sus naturales consecuencias. Para rehacer a los pueblos sobre sus ruinas, se necesitaba mucho sacrificio. Los

métodos que se aplicaban, motivaron las discusiones y las guerras civiles.

El indio es una fuerza. Bien encauzada, es fuente de progreso; mal dirigida, es intrumento de devastación. Soldado en la guerra, agricultor en toda época, artesano en el taller, es un elemento eficiente en la vida y economía nacional. Los literatos han creado una literatura gemebunda y los artistas, posturas de tristeza y dolor, con motivos indígenas. Y unos y otros, junto con otros redentores, han soñado una redención. Al final, hase oído decir que no es el indio el que necesita redención sino el blanco, su dirigente.

Hoy día parece que es un anacronismo hablar de esa redención. Las gentes se cansan pronto entre nosotros. La presencia de nuevos problemas causa amnesia. Sacarlo de su estado actual y ponerlo en otro, no sería redimirlo. Hoy día los estados se apoderan del individuo. Se apropian cuando nace, lo educan, lo adiestran y lo dedican al servicio de la máquina y luego lo lanzan a la guerra con infinitas ansias de progreso. ¡Bella redención! Al indio que vive como el pájaro en el campo a cielo raso, despuntando lo que la naturaleza le ofrece en producción espontánea y en su modo de pensar se despoja de toda necesidad que esclaviza, semejante a los antiguos filósofos que mejor entendieron de felicidad; al indio que anda de loma en loma cantando y silbando a pulmón lleno, al indio, decimos, extraerlo de su medio, sepultarlo en los talleres de gas y cercarlo en habitaciones reducidas donde se siente como entre rejas, prisionero, hay alguien que piensa que tal vez sea inhumano. Pero el mundo no dice eso, el mundo es una multitud biológica, una bola de nieve que rueda solidaria en sus partes. Su razón suprema y su filosofía son: «Está bien; pero nadie dice eso, ni hace». El eterno: «Pienso bien; sin embargo, sigo lo peor». Así es la voz de la humanidad. Hablad en medio de las turbas que salen en tropel de los talleres y bebederos de las parábolas del lirio que se cubre de esplendor de sol y de las aves que no guardan en sus graneros: el Evangelio es voz que suena a quejido entre ruidos estridentes de máquinas que muelen carne humana.

La revolución del 85 fue con ocasión de la crisis general; pero fue una revelación de que hay una alma colectiva en el mundo indígena que va paralela al otro mundo que es el mestizaje. Hay tres franjas a lo largo de nuestra historia: una que mantiene una posición privilegiada y cree en la permanencia de las cosas impuestas por la Colonia; otra, que lleva su personalidad más allá de la Conquista y otra, el mestizaje, que hace contacto entre las dos primeras.

Existe una alma colectiva en Ancash que informa el segundo elemento que hemos mencionado y constituye una continuidad histórica. Su vida va más allá del jalón que marca el castillo de Chavín, ruta de infinita longitud para un viaje sugestivo al pasado y para el conocimiento de nuestra realidad.

Para revelar la presencia de esta alma colectiva, fue motivo la infamia cometida por un prefecto en la persona de un representante del mundo indígena. Como es sabido, el indio tiene sus autoridades tradicionales y peculiares y el Estado lo permite y lo reconoce. Los indígenas de Huaraz pedían un mejor trato para los indios, menos llamadas para los trabajos de «república», supresión o exoneración de la contribución personal, alguna retribución etc., dentro de lo justo y razonable.

Indudablemente, les asistía el derecho para entablar una reclamación legal. La condición social del indio en Ancash no es igual a la de otras regiones del País. Participa de mejor vida cívica. Acude a las ánforas electorales, se preocupa de la política e interviene en momento oportuno. En Ancash, el indio es un mestizo con poncho y sandalias. Tiene buen porcentaje de sangre española y portuguesa. En otras regiones de la República, el indio sigue viviendo lo que fue en la Colonia: un ser intocado; vestido en forma característica, ambula por senderos conocidos, considerado como un ser inferior, con rasgos peculiares de su indigenidad, apellido aborigen y costumbres más primitivas. En Ancash, no hay 5% de apellido nativo, ni se puede pensar que adoptaron el apellido impuesto por los españoles. Fue consecuencia del mestizaje. Lo indica la fisonomía de cada individuo.

El indio ancashino posee grupos étnicos dignos de estudio. Hay provincias y distritos donde el indio no entiende el quechua. En el distrito de Sihuas, la lengua general es el castellano; pero hay estancias donde se habla el quechua, en Santa Clara y Gasajpampa, por ejemplo, donde el indio no entiende castellano y si hay quien entienda es por haber salido de su medio. En Pueblo Viejo y Paccha, los indígenas son más cercanos a la raza primitiva; pero hablan bellamente el idioma de Cervantes. Ni en los centros más civilizados,el pueblo habla tan hermosamente como allí, usando giros que sólo se encuentran en los clásicos. A medida que se avanza hacia el norte desaparece el quechua y por el contrario, hacia el sur, va disminuyendo la frecuencia del español. En Pomabamba, se habla tanto el castellano como el quechua. En Huari, habla el indio sólo el quechua; pero el indio no es indio sino por la indumentaria; su fisonomía física es de perfecto español, de barba abundante en cara blanca y de estatura alta. Hay tipos de verdadera belleza varonil. En Pomabamba hay regiones donde todos son blancos, por ejemplo, en Pauca, Huayllán, etc. En Huari el color blanco es más general en todos los pueblos. No faltan, sin embargo, grupos característicos como en Uchusquillo.

El modo de vivir del indio ancashino es peculiar y varía según las regiones. En las regiones trasandinas, se asocia a los pequeños propietarios y éstos lo consideran como una extensión de su familia, de acuerdo con la filosofía cristiana. Se ayudan mutuamente. Para sus siembras, el patrón proporciona la semilla; en la cosecha saca algo para sí de los frutos pertenecientes al patrón; cuando necesita, acude a la «hacienda» o sea la casa del patrón,

en demanda de socorro y este socorro no es más que un regalo. Tiene parcelas de tierra donde siembra aparte. Vive pobremente siguiendo como el pájaro la producción según las estaciones del año. En cambio, hace labranza de tierras para el patrón, cuida las sementeras, el ganado, del cual recibe los diezmos, así como de la lana. Mantienen tradicionales manifestaciones de afecto. En carnavales, el patrón convida el día señalado a sus peones y sus familias; hace bodas de Camacho, fomenta la alegría y brinda con ellos.

En las grandes haciendas hay algo de semejante; pero el volumen de la muchedumbre impone severidad y disciplina y existe el pauperismo, así como también hay indios pudientes que se permiten prestar dinero al propio hacendado.

En los pueblos del Callejón de Huaylas, la repartición de bienes entre los indios y los pequeños propietarios es mejor. La propiedad está muy dividida sobre todo en Huaraz. Las cosechas son a medias; el indio pone su trabajo, y el patrón, semilla y terreno. En las haciendas hay leyendas de abusos que han cantado largamente los poetas y han explotado como una mina los «abogados empíricos».

Frente a este modo de vivir del indio ancashino, han surgido varias opiniones. Para unos, no hay problema indígena; para otros, el problema es grave y de urgente solución.

Para los primeros, la revolución de Atusparia fué un engaño de los blancos; para los segundos, una insurrección justa y poderosa.

Para unos, el indio lleva vida feliz, y sacarlo de su estado, es arrojarlo al tráfago de la vida moderna para pervertirlo y someterlo al servicio de la máquina. En su lugar nativo tiene todo: los primerizos frutos de la siembra, la primera leche, la mejor lana, la mejor carne. Come de las sementeras desde los primeros productos hasta el día de la cosecha que es al partir con el patrón, quien, de facto, ha resultado en segundo plano, un subordinado. Y el modo de pensar del indio es singular y contribuye a su felicidad. No ambiciona. El mejor medio de ser rico es limitar las ambiciones, decía la antigua sabiduría. Y el indio lo practica. También tiene su filosofía. Critica la vida de las ciudades, habla de las costumbres del blanco, las ridiculiza. Los domingos baja de su querencia, entra en la ciudad, ambula, come, bebe, observa, y, por la tarde, junto con el sol, se va; del horizonte, contempla el panorama de la ciudad, escupe y da la espalda, desaparece peñas arriba. Cada indio es un Zarathustra en persona. Quien lo ve vestido distinto al blanco, que duerme distinto, anda distinto, se imagina ser objeto de infinitas dolencias y las siente en sus propias carnes, acostumbradas al catre, al abrigo, a las habitaciones cerradas, a los horarios de ciudad y a la esclavitud de la disciplina. El reivindicacionista dice: «Hay que redimir al indio»; pero el indio dice: «No me gusta la ciudad». En resumen, el indio es feliz a través de cierta filosofía: hay que dejarlo. Su problema no es más

que el de la higiene y cosa parecida. La universalización de sus necesidades es un mal.

En cambio, los reivindicacionistas han visto muchos abusos en las haciendas, encuentran «gamonalismo» en todas partes, acometen arma en ristre contra la tiranía, lamentan del atraso, condenan la esclavitud y gimen ante la impotencia. No hay duda que hay abusos. Si más allá, innumerables; más acá, muchos. El hombre abusa de todo. Tampoco en Huaraz y en otros lugares de Ancash, faltan abusos. Verbigracia, la costumbre de «tapacos» con «fiambre», no ha desaparecido aún. Sin embargo, la división de la propiedad ha traído como consecuencia la mejora de la convivencia social. Apenas existen unas cuantas haciendas en Huaraz que pueden llamarse con tal nombre.

En Ancash, los abusos de los que hay que hablar, es de los emisarios o empleados estatales, desde luego con excepciones.

Malos métodos de leva, de cobro de contribuciones, las faenas, las multas injustas, etc., etc., originan verdaderas persecuciones. Autoridades improvisadas, sujetas a la fortuna de la política, funcionarios sin sueldo, que abandonan sus labores personales, para dedicarse con ahinco y decisión al servicio de la sociedad, etc., naturalmente tienen que dar margen a los abusos. Y el más débil, es decir, el indio es el que los sufre.

Estas y otras cosas se ven en Ancash a través de un resquicio enfocado sobre el mundo indígena.

La revolución de 1885 no fué una revolución económica. Hubo sí crisis y los indios se hicieron presente en ella. Pero la causa fué mayor; de orden moral. La crisis y las reclamaciones no fueron sino ocasión.

La dignidad humana reside en la naturaleza, en las raíces del alma. Y cuando ella se siente herida, reacciona como el volcán. Los pueblos, por primitivos que sean, tienen horas de exaltación bajo el imperio del honor y tienen concepto claro de él. El honor no es privilegio de sólo los pueblos cultos ni sólo de los Franciscos en la actitud de Pavía: es elemento constitutivo de la raza humana. Se subordina a él, la misma vida. Los pueblos piensan así, y sienten su necesidad.

Si las autoridades de 1885, hubieran explicado a los reclamantes, con las debidas consideraciones, la situación del País, y hubieran procedido con prudencia, no habría tenido lugar la revolución. La crisis no hubiera sido tan fatal que los empujara a aquella aventura. Estoicos y sufridos, habrían encogido los hombros hasta que pasara la tormenta. Pero, cometieron una infamia. Acostumbradas a ver al indio irreal a través de una literatura fantástica; raza inferior, inepta para cosas altas, incapaz de sentimientos morales: trataron al indio ancashino como a seres irracionales. Cortáronles en forma despectiva, las «trenzas», símbolo de su preeminencia ancestral, resabio de una realeza y de un poder latentes en el recuerdo y en la esperanza. Aquel acto infame, tocó las fibras del corazón indígena. Cada individuo, grande o pequeño,

hombre o mujer, se sintió herido, infamado. Según su memoria, no hay noticia de caso semejante en su historia y tradiciones. Cuando las huestes de Pachacutec, en su incontenible avance hacia el norte, requirieron vasallaje y manifestaron la inutilidad de la resistencia a un poderoso ejército, los valerosos hijos de *Huaraj* resolvieron morir antes que entregarse al invasor. Sostuvieron «guerra cruelísima», se defendieron «con pertinacia», los mismos beneficios del sitiador, «los enfurecían». Y cuando el número y la fuerza se impusieron al fin, el Inca supo tratarlos con respeto, observando leyes de valentía y caballerosidad. Y los indios de hoy, herederos de ese valor y de ese heroísmo sentidos en las venas, no podían sufrir el deshonor. Cometido el acto infame en la persona de sus jefes, el alma colectiva insurgió, poderosa, hinchó el mar su pecho y tuvo cóleras de volcán. Cada «estancia» constituyó su comité representativo para recibir órdenes. Hubo deliberaciones en las noches de luna. Se hablaba de los más aptos. Y pronto se destacó la personalidad de Atusparia. Primero, en Marián y luego, en las demás estancias. Menudearon las entrevistas con los personeros de todas ellas y todos salieron con la mejor impresión de la persona de Atusparia. ¡«Atusparia»!, era el saludo cuotidiano entre las gentes que meditaban un asalto. Pero la propaganda revolucionaria, se hizo con el mayor sigilo. No era necesario insistir recomendándolo. En la sicología del indio está el secreto cuando toca íntimamente a sus intereses. Sin embargo, hay tantos peligros; todos los días están en contacto con los hombres a quienes quieren combatir. Su objetivo primario es estudiarlos. Cada grupo, cada individuo señalaría a su víctima; como en los combates de la Edad Media, cada hombre escoge a su hombre. Pero aquí la astucia y el secreto juegan su papel decisivo.

Todos los días, descienden de las altas sierras masas de indígenas y como un río que se derrama entre las malezas, se reparten por las calles de Huaraz y desaparecen de vista. Muchos llenan los mercados y las bodegas. Por la mañana, al despuntar el alba, como de costumbre, parvadas de mozas van llevando cántaros de leche. Entre cantos de aves y amanecer de la naturaleza, pasan los bosques y entre cascabeleras risas llegan a la ciudad, antes que sus habitantes abran sus puertas, las golpean y esperan sentadas en el umbral. Entregan la leche, cuentan los centavos y unas cuantas palabras con los domésticos, y otra vez, a la querencia. A la salida del sol, bajaban los mozos y los hombres fuertes al trabajo cuotidiano, las alfalferas, las gentes con artículos para el mercado. Por las noches, se retraían los principales indígenas, los visibles, los más autorizados por su economía; bebían, observaban, comentaban al oído, recogían datos y avivaban la imaginación y clareaban los ojos. Y así un día y otro y otro, pasaron en lenta incubación de una revuelta. Mozas, cocineras, amas, camareras, «tápacos», peones, albañiles, carpinteros, leñadores, etc. etc. todos servían de espía y llevaban noticias y datos a sus estancias y creaban una conciencia colectiva de un porvenir a su antojo. Como un

gigantesco pulpo, de multiformes tentáculos, la masa indígena, enviaba a sus emisarios a la ciudad para abarcarla, para desmenuzarla y trasladar a su dominio por el conocimiento de sus secretos más íntimos. Y cuando el acuerdo se hizo general entre las estancias, estalló la revolución.

Era el 2 de Marzo de 1885. El rumor de la revolución había llegado al conocimiento de las autoridades y pobladores de Huaraz y otras ciudades, los burgueses o los «*garas*», como los llamaban los indígenas; pero pocos dieron alguna importancia. La primera autoridad política estaba ausente. El subprefecto tomó sus providencias; pero fue el gobernador el que salió al frente de las fuerzas del orden. A sus órdenes había dos centenas de soldados y civiles armados. Si los indios hubieran entrado en la ciudad, como suelen hacer los días de fiesta y luego, bajo una consigna, hubiesen tomado de sorpresa los puntos estratégicos, ningún combate habría tenido lugar. No habían dejado de ensayar esta actitud, pero pensaron que no tendría éxito, pues los asesores y otros comprometidos en Huaraz, no reaccionaron en ninguna forma esperando la iniciativa. Entonces no había otro medio de entrar en la ciudad sino como una *avalancha*.

En efecto, el día citado vióse por el lado de Marián inmensas masas indígenas que ensombrecían los cerros. ¡«Los indios»! es el clamor general en la ciudad. Se cierran las puertas, corren de uno y otro lado las gentes y salen muchos de la ciudad. El rayo y el relámpago no sobrecogen de aquella suerte a los seres vivientes de un bosque.

Se produjo el primer choque. Los indios han sido contenidos. El número no es suficiente para pasar por encima de una muralla de fuego, sostenida por soldados de línea. Han caído muchos muertos en un minuto. El alto comando ha mandado detenerse. Los muertos son recogidos y trasladados a las estancias. Atusparia pasa revista a sus huestes, y espera la noche. ¡Qué noche aquélla! Ante la desvastación de un alud, habrían salido en busca de refugio los habitantes por los campos, por los cerros, por las quebradas, por los bosques. Pero ante esta amenaza, no hacen sino agazaparse en la oscuridad como la víctima que ha sentido las garras del felino y ve el centelleo de sus ojos.

Al día siguiente, o sea el 3 de Marzo, se pone en movimiento el ejército indígena. Esta vez, vense bajar indios por los cuatro flancos de Huaraz. En tropel, semejante a un huracán de negras nubes, avanzan las masas. Vienen armadas de palos, fierros, puñales, escopetas, revólveres, hondas, machetes, etc. Inmensa algazara de asalto, se oye, como en las batallas de Gedeón. Los indios de Marián, Koillor, Pariaj, Huanchaj, Parap, Uquia, Gantu, Unchus y todos los que pueblan las riberas de Auqui y Paria presionan por el Este. Los de Póngor, Tinco, moradores de la Cordillera Negra, por el Oeste. Los de Baños y los que pueblan las márgenes del Santa, suben como una nube preñada de tempestades y rayos por el lado Norte; y por el Sur, los de Shansha, San Nico-

lás, Olleros, los vecinos de las anchas lomadas donde se abrazan las dos Cordilleras, Blanca y Negra, vienen como las aguas del Santa en su mayor crecimiento. Los puntos más estratégicos están tomados; y, esta vez, la muralla de fuego, ha sido arrollada. El número pasa por encima. La «Generosa» y «presuntuosa» ciudad, es del vencedor. Han entrado los indios a los cuarteles; desarman a los guardias, los matan a palos y mueren éstos heróicamente. Cada nombre significa un héroe. La historia no los ha consagrado aún con el óleo de su reconocimiento y la claridad de su luz. Entre tanto, la tradición y la conciencia pública los consideran entre sus manes protectores y los ven presentes en la mansión de los que viven eternamente. El capitán Protasio González, jefe de la Guardia que decía a los que rogaban retirarse ante lo imposible: «Dejadme cumplir mi deber». El temido por los indios sargento Vergara, el oficial Lazarte, el capitán Delario del batallón «Artesanos» y una treintena más de valientes, murieron dando lección de heroicidad, cada uno de ellos, suficiente por sí solo, para llenar las páginas de una historia, de un drama o de una novela heroica. Caídos los últimos héroes la ciudad estaba en manos de la suerte. La multitud indígena la ocupaba. Empieza la *debacle*; pero, no; la Providencia vela por los débiles.

Marzo, noches lóbregas y de lluvias torrenciales. Parece que el cielo se interpone entre los planes macabros de los revolucionarios y la inocencia de las víctimas. Nunca en Huaraz ha caído lluvia tan torrencial como esa noche. En Huaraz, las lluvias caen siempre acompañadas de rayos y relámpagos y llueve de tres a cinco de la tarde generalmente. A veces, pasada la tormenta, queda hermoseado y fresco el panorama: sale de nuevo el sol, la naturaleza se regocija, vuelven a volar las aves, en los árboles tiembla el aljófar, acaricia el aire andino, se aleja la nube mensajera de fecundo líquido y el hombre siente en sus entrañas la dicha de vivir. Pero esta vez, la lluvia fué aplazada para la noche. Los tejados son cataratas que inundan las calles, estalla el rayo sobre la ciudad, la lobreguez la cubre, el relámpago incendia breves segundos, espantoso ruido de trueno, chasquido de agua, todo llena de pavor tanto a invasores como a invadidos. Aquéllos han penetrado en las casas, en las bodegas, apenas hay rondas entre la breve tregua de los golpes de la tormenta. Cuéntanse como es usual las tandas: primera, segunda y tercera. Ya es la última, ya cesa la lluvia; ya es la una de la mañana. Pasó la tempestad; pero sigue el aguacero lento y abundante en la descarga.

Al día siguiente, óyense las campanadas de costumbre. Las gentes resuellan, es un consuelo: llaman a misa. Los sacerdotes cumplen con su deber. Allí está don Amadeo, el cura querido por los indios. Vestido de poncho, se dirige al templo. Los indios oyen su misa. Durante ella canta el pueblo, cantan las mujeres, cantan los niños, cantan los ancianos, cantan los fuertes, todos cantan. Y ¿qué cantan?: «Yo te adoro, Santa Cruz y rendido te venero, tú me representas a mi Jesús, por mí muerto»....

Nunca se cantó como en aquella ocasión. Las almas estaban invadidas de una extraña e inexplicable emoción, era la hora de una tragedia, la de un gran drama en plena realización. La escala de la voz popular era a ratos severa y llena como la grandeza heroica, a ratos como quejidos de abismo, a ratos alarido de gigante. Entonces fue que aquel canto tradicional, penetró más hondo en el alma popular. Y a partir de aquel día, quien quisiera apreciar la medida del sentir de Huaraz, tendría que asistir a la misa dominical de la Soledad y oír la voz incallable de las generaciones.

También estaba en Huaraz otro sacerdote: Fidel Olivas Escudero. Los indios lo conocen; pero desconfían de él. Muchas veces le han oído predicar en sus estancias. Hombre severo y esclavo de la disciplina, para los indios es una interrogación. ¿«Quién sabe»? Pero la justicia estará con todos -piensan ellos.

Es el primer día para Huaraz, en poder de los revolucionarios. Urge organizar la administración y el gobierno. Pero ingresan más individuos, la ciudad no puede contenerlos. El desborde sería terrible antes que hubiera alguna organización. Beben los indios. Rómpense las botellas, no hay forma de destaparlas y vaciadas, se arrojan a las calles, así como anclotes, latas de salmón, etc. Todos temen una masacre. Próxima está la noche de San Bartolomé. El peligro es inminente, y entonces, es hora de pensar en los sacerdotes.

En efecto, la figura de Olivas Escudero aparece como un rayo de esperanza en el momento más álgido, cuando venía lo irremediable. Allí va presuroso por la recta que conduce a la Prefectura, envuelto en su manto de lana, nervioso y pálido. Se presenta ante Atusparia. La entrevista ha sido breve y respetuosa de parte del caudillo. Olivas Escudero ha salido sonriente, lleno de optimismo. Puédese encauzar la avalancha, convertida por el momento en remolino, aun cuando tenga que romper nuevos diques después. Atusparia acaba de nombrar un prefecto. Es Mosquera, el célebre. Comienza la organización. Olivas Escudero no teme presentarse entre los indios multitudinarios. Les habla con suavidad, como si nada extraodinario pasara. Ellos lo saludan reverentes; mas, cuando ha dado la espalda para retirarse, le siguen cautelosamente con la vista hasta que desaparezca. Con todo; su presencia de sacerdote prestigioso y sus breves frases de cristianismo, les han suavizado la actitud altanera y soberbia y han puesto en cierto orden, estrambóticos delirios del indio, en plena rebeldía y tal vez obcecación.

Media noche. Algazara de gentes embriagadas, voces desconcertadas en las calles. Para iluminarlas, no hay más que la mortecina lámpara de petróleo en cada dos cuadras o tres. Una centella parpadeante, luego, noche; otra centella, y noche. Es una cadena de luz y noche, la que serpentea por las calles, a la mirada de los que pudieran ver el panorama nocturno de la ciudad.

De pronto, llega a la lejanía sonido leve de unas campanillas. Las gentes se sorprenden y preguntan: ¿traen el Viático de los

moribundos? El sonido broncíneo, se acerca cada vez más. En efecto, pasa un pequeño grupo de muchachos y un sacerdote que lleva el Santísimo. Es Olivas Escudero, el hombre de nervios y de idealismo, el que tuviera su entrevista hace horas con Atusparia. Había sido facultado para auxiliar a los heridos. Pero él recorre todas las calles, no entra a ninguna casa, lleva adelante una rara procesión. Ha imaginado ese medio para conjurar el peligro que se cierne sobre Huaraz y procura traer a la memoria de los revolucionarios la idea de un Ser Supremo y alejar de su mente el fatal pensamiento de un exterminio. Así fue: pasaron las horas de la madrugada, no se llevó a efecto el plan de las masas embriagadas. Sólo hubo saqueos y atropellos aislados durante los días de la revolución; pero no la matanza querida y planeada por el espíritu enconado y vengativo del indio. Los desbordes y actos de salvajismo tuvieron lugar en los pueblos del Callejón a donde no llegara de inmediato la influencia de Atusparia.

La estrategia de Olivas Escudero tuvo su éxito en Huaraz. El apóstol concibe alguna idea y la realiza de cualquier modo; pero Dios hace lo que no puede el hombre. De aquí en adelante, será menos el peligro; la fiera no está domada; pero ha sido contenida; el equilibrio de fuerzas entre la materia y el espíritu ha sido roto en favor de éste. Gustavo Le Bon establece el imperativo de una inconsciencia en los actos multitudinarios. La sicología de la multitud andina informada de un sentir religioso profundo y animada por el imperio de un pensamiento superior, ha determinado un caso excepcional. Víctor Hugo dice que el movimiento de cabeza de un campesino fue motivo para el desastre de Waterloo y para el cambio de los destinos de Europa. No hacemos comparaciones. Pero, hay motivo para una seria y profunda reflexión.

Visto el triunfo de los indios en Huaraz, los del Callejón de Huaylas insurgieron en forma rápida y resuelta. Apareció en Carhuaz el caudillo Pedro Cochachin, entró en la ciudad, y sus fuerzas asaltaron varias casas y se dirigieron para Yungay. Entre tanto, los indígenas de Mancos y Yungay se organizaron para entrar en esta ciudad. En su vertiginosa marcha alcanzaron a algunos ciudadanos calificados por ellos para ser eliminados, y lo hicieron, con ferocidad sin igual. Dice el testigo ocular cuyo documento poseo, que les cortaron miembros y levantados en lanzas prosiguieron la marcha sobre la ciudad. Los yungaínos pudieron formar una guardia urbana y después de algunos episodios en que murió Simón Bambarén, repelieron a los revolucionarios, los cuales se replegaron a su cuartel general que se encontraba en Mancos en cuya plaza enarbolaron los miembros de sus víctimas. Pero, otro día, reforzados con las fuerzas enviadas por Atusparia, reiniciaron el ataque en forma arrolladora. Los de Yungay habían enviado parlamentarios con bandera blanca; pero los indios no entendieron de esas prácticas y entraron en la ciudad bajo el comando de Cochachin. La saquearon a sangre y fuego y establecieron su dominación en nombre de Atusparia.

Cuando se tuvo noticia en Huaraz de las crueldades cometidas por los indios, Fidel Olivas Escudero, sin medir los peligros ni el tiempo para llegar oportunamente adonde pensaba que su apostolado fuera necesario, voló en pos de las multitudinarias huestes indígenas. A Carhuaz llegó tarde. A Yungay, cuando estaba en pleno saqueo. He aquí lo que dice en su lenguaje pleno de ingenuidad el testigo ocular don Fidel Angeles a quien nos referimos arriba y quien a la sazón tenía 16 años de edad: «El cuatro de abril, sábado de Gloria —dice— cuando entró el Prefecto Sr. Mosquera con Atusparia, los indígenas mataron a varias personas y luego comenzaron a romper puertas, y el saqueo: a lo que el sacerdote Sr. Fidel Olivas Escudero sacó la Majestad, y Francisco Osorio, que le sirvió de sacristán con cruzalta, anduvieron por la plaza y calles en manera de ruego a los indígenas para que suspendieran el saqueo; desgraciadamente ya estaba todo consumado, pero esta acción del Sr. Escudero quedó grabada en el corazón de tods los yungaínos».

Después de los actos de violencia y rapidez que demostraron los indígenas tanto en Huaraz como en Carhuaz y Yungay, las demás ciudades y poblaciones se sometieron sin oposición alguna. Entonces la dominación de Atusparia empezó a extenderse en todo el Departamento. Nombráronse emisarios con instrucciones; y en todas partes, encontraron éstos espontáneas adhesiones al movimiento indígena. Ancash estaba sometido y los departamentos circunvecinos comenzaban a sentir su influencia. Huari, Pomabamba, Pallasca, Huamalíes, Cajatambo, habían acudido al llamamiento como en los históricos días de su mejor alianza.

Vuelto Atusparia de su rápida gira por el Callejón a la capital ancashina, dirigió el curso de los acontecimientos con plena autoridad y dominio absoluto. Ordenó la marcha de Pedro Cochachin a la Cordillera Negra a vigilar los caminos y accesos al Callejón de Huaylas. Cochachin fué al punto; y extendió sus fuerzas desde Callán hasta Macate y los jefes subalternos hacían la vigilancia con presteza y disciplina militares. Entonces, Cochachin orgulloso y confiado del poder que tenía en sus manos, obedecido por millares de indígenas, temido por los pueblos por las medidas drásticas que adoptara a su paso, no sin razón mantenía actitudes de orgullo y confianza. Tenía seguridad de responder ante Atusparia de la difícil misión recibida.

También Atusparia complacíase de sus éxitos y de su poder. Las trenzas cortadas de su cabeza, no le podían mermar la virtud de sus músculos como al gigante de los filisteos. La revolución marcha. La dominación se consolida. Organízase la hacienda. Los «garas» están de su parte mal de su grado. Muchos dirigentes le asesoran y le ilustran. Por su imaginación desfilan ilusiones; y sueños, en la inconsciencia milenaria de su raza. Dícenle que el espinazo del Ande sirvió de camino para la marcha de cíclopes desde Chavín hasta Tiahuanaco.....

Y estimulado y acariciado por esas ilusiones y reacciones in-

conscientes, quiso que los días de la Semana Santa fueran solemnes. Que él presidiría como suelen hacer los blancos.

En efecto, en la «presuntuosa» Huaraz, capital de la dominación indígena, repican las campanas el Jueves Santo. Las órdenes están impartidas para la asistencia oficial. La parroquia matriz hace las veces de obispado y oficia a las autoridades invitándolas a la tradicional concurrencia. De su parte, la prefectura hace circular invitaciones manifestando que el «Delegado» Sr. Pedro Pablo Atusparia asistiría a las ceremonias religiosas del Jueves y Viernes Santo.

La iglesia principal está llena de bote en bote. Es cierto que hay menos elegancia en el vestido del gran mundo, menos levitas, menos tarros, menos aires de altivez de otrora. Hay, en cambio, más nivelación; una democracia impertinente se ha infiltrado por las capas sociales; sobresalen más ponchos, nuevos y de vivos colores. La aristocracia indígena está en pleamar. Los curiosos se apretujan en la plaza y calles. Ha de pasar la comitiva oficial y se escogen los sitios más adecuados para verlo a Atusparia. Toca la corneta y las gentes se hacen oídos. Las fuerzas en correcta formación presentan las armas. Se hinchan los acordes marciales de la banda. Es la comitiva. Allí vienen, delante, los notables, los empleados, los gobernadores, los magistrados de pico y uniforme, los alcaldes envarados, de «llanqui» y «poncho», de «huara» y «cushma», llevan varas negras enchapadas de plata y reluciente cruz que las remata; por último, viene, recién, el Prefecto con el «Delegado» a la diestra. Este viene igual; no ha cambiado de vestido: poncho nuevo, bordón nudoso de color natural, su *huara* y su *llautu* que termina en borlas. Cuando pasa el caudillo hay sensación, las multitudes lo saludan; él contesta cortés y cordialmente. Dentro de esa indumentaria despreciada, es un hombre, que infunde respeto y temor. Los sacerdotes le ofrecen el hisopo; se santigua; y luego ingresa a la iglesia; el pueblo se levanta y lo contempla pasar, severo, natural y dominador. Toma el asiento de honor; y comienza la ceremonia. A la hora conveniente, se le lleva la Paz para el ósculo ritual. Se levanta y lo da. Por la tarde, asiste al «Lavatorio». Ofrece pesos de piña y besa los pies de los «apóstoles». El Viernes Santo, hace la adoración y ofrenda también su óbolo.

La Semana Santa ha revestido particular solemnidad. El predominio del elemento indígena y su participación oficial han dado un tinte peculiar y memorable. Las procesiones han sido ríos de masas humanas. Nunca, Huaraz ha sentido igual religiosidad. El indio le ha inyectado inusitado fervor. Ha bajado él de allí donde se cuaja el agua en nieve, amigo de la naturaleza bravía, producto natural de la madre tierra es un corazón y un alma sin taras de falsa civilización. No entiende de la vida convencional. Es que la tierra no engaña; él es fruto espontáneo de la alta sierra. El fanatismo lleva en sus entrañas el ërror, intenciones de sectarismo y sojuzgamiento. La religión del indio es un sentir, una emoción,

nace de las raíces de su alma. Cuando reza, reza como el publicano. Cuando canta, canta como el umbroso bosque lleno de vida y vibración. El semicivilizado que habita urbes tiene sus opiniones, sus aberraciones y sus sofismas; se somete a caudillos intelectuales y se entusiasma, rompe lo que ha adorado y adora lo que debe romper; tiene su babel en el cerebro y se muestra escéptico y altanero. Si ve pasar procesiones, las contempla y contra su conciencia hace esfuerzo de sonreir. Si celebran misa, se queda en el bebedero o en cualquier parte. Es un tipo peculiar en la serranía, profundamente religiosa. Por el contrario, el indio se conmueve y se inquieta ante las enseñas que representan la religión. Si hay lugar en la iglesia, ingresa a ella; si se queda fuera, en el camino, en la plaza, en el mercado, dondequiera, recoge su alma y se descubre al oír la campanada tradicional de la elevación del Cáliz y de la Hostia, en actitud semejante a las generaciones pasadas. Su mente hace esfuerzo de salir de la grosera materia que la aprisiona y hace violencia para acercarse a Dios. Un indio en oración es el espectáculo más impresionante que puede haber en la serranía a la hora del crepúsculo, frente al Ande y a la nieve, color de oro.

Hay que imaginarse cómo serían los días de la Semana en 1885, cuando el indio tenía en sus manos el poder en Ancash. Sobrio y medido en el orden material, contento y lleno con lo que alcanza para el día, despilfarrador de lo que tomó, despreciador de lo que sobra, dentro de su corteza, abrupta y resquebrajada por los castigos inclementes del cielo y retostada por los rayos solares como la pelambre andina, abrigaría un corazón lleno de esplendores de oro y diamante, junto con las emociones que él sólo sintió y él sólo gozó en aquellos días memorables.

Pasó el mes de marzo con sus torrentes; el mes de abril, con sus paradisíacas decoraciones; viene el mes de mayo con sus escarchas y relentes. Vendrá, luego, junio con sus vendavales y hojas amarillas; así pasará, una vez más, la gloria humana. Plebeyo o aristócrata, llega un día en que ve caer el cetro de sus manos.

Atusparia, el caudillo, el de los sueños de un imperio, sostiene una campaña gigante. Las masas urbanas son fáciles de cambiar de rumbo y opinión. El destino de él es aferrarse a su ideal y luchar hasta el fin.

Pedro Cochachin ha tenido ya varios encuentros con las fuerzas del gobierno. Las ha rechazado hasta Casma. Vuelve a la cordillera Negra a ocupar la cima y vigilar el paso. Pero aquellas fuerzas vienen en mayor número y otros jefes, y lo empujan hasta las puertas de Huaraz. Sale Atusparia con bravura nunca vista. Pero no basta el arrojo; es preciso tener armas y saber luchar con técnica. Cae herido. Cochachin rompe las líneas del enemigo y sale otra vez hacia la cumbre y una vez alcanzada, se rehace y asedia la ciudad. Libra varios combates. Mas, la entrada de las fuerzas del gobierno a Huaraz convierte a sus habitantes en fuerzas de colaboración para librarse del poder indígena. Huaraz ya

no responde al heroico indio. Siéntese vencido Cochachin y huye. Llega a Quillo. Los habitantes de este distrito lo reciben y le tienden una celada. Preso, no hace sino exclamar: «De traición, no vale». Es conducido a Casma donde lo fusilan. Dícese que dió la espalda a la voz de mando para ejecutarlo, y luego bajó la cabeza.

Huaraz se ha convertido en hospital y cementerio. El elemento cristiano con Olivas Escudero a la cabeza, ha organizado la cruz roja. Los alumnos de este sacerdote, ejercitados ya cuando el paso del ejército chileno, practican con eficacia actos de humanidad. La mujer huaracina secunda en esta labor. Es una revelación de sus virtudes cristianas. Sus cualidades brillan. Dirigida con talento y propósito cristiano rinde los frutos más generosos, en favor de los necesitados. El hospital está lleno. Hanse habilitado varias casas para alojar heridos. Olivas Escudero y otros sacerdotes se multiplican para asistirlos. Pero el acto más triste ha sido el fusilamiento en masa de los pobres prisioneros. Helos allí, cabe los muros del Cementerio Viejo esperando el turno para ser ejecutados. Mueren resueltos y con ánimo singular. Pero sus familiares y las gentes sencillas dan alaridos en cada descarga. Los victimarios no se abastecen. Faltan municiones. La guerra nacional no ha dejado restos ni las largas campañas de Cáceres. Para ahorrar municiones, los ponen en fila y a lo largo, los disparan; cae el primero, cae el segundo, a veces cae el tercero; pero siempre queda herido y así vanse acabando las filas como cordón incandescente que chispea y se carboniza, y van cayendo a la fosa común que ellos mismos cavaron.

Los sacerdotes y especialmente Olivas Escudero intervinieron para que no sea victimada tanta gente. Pero el sacerdote Bernardo Gamarra ha sido amenazado con el fusilamiento si insiste en pedir que se limite las ordenes de los vencedores. La voz de Breno hase oído, pues, en la noble y generosa ciudad de Huaraz: *Vae victis*!

Así murieron los valientes indígenas que creyeron defender un ideal y creyeron poderlo alcanzar.

Al año siguiente, se celebran funerales en todas partes. Los deudos de los indios piden tímidamente misa para sus muertos. Otra vez, se llena la iglesia de la Soledad y la muchedumbre doliente canta sin cesar: « Yo te adoro Santa Cruz».......

Olivas Escudero ha sido llamado a Yungay para celebrar las honras fúnebres de los caídos. Cede a la invitación y va. El pueblo lo recibe como a uno de sus mejores bienhechores. «Su nombre, ciertamente-como lo dice el testigo mencionado arriba-está grabado en el corazón de todos los yungaínos». También lo está en el corazón de Huaraz; pero Yungay, la bella, se adelantó en el reconocimiento. Y Olivas Escudero ha ocupado la tribuna sagrada para pronunciar la oración fúnebre.

Empieza con las palabras de los Macabeos: «Itaque omnes conmuni consilio.» Mach. L. 11. cxv, 36.

....«Hay casos -dice- en que la magnitud de los hechos y sus funes-

tas consecuencias nos obligan a recordar las verdades más amargas que pueden y deben servir de tremenda lección para el porvenir»...

«Ha llegado el caso de manifestar desde esta Cátedra del Espíritu Santo, que por la impetuosidad amenazante de los acontecimientos, era necesario que esta ciudad tomara una actitud enérgica, al menos defensiva, para contener el desborde de una multitud inconciente que, rechazando los ruegos y hasta las humillaciones de los Ministros del Señor, no respiraban sino sangre y fuego».....

«Pero, Dios mío, mi sentimiento natural se ahoga con vuestro ejemplo, pues desde la Cruz nos enseñas a perdonar a los delincuentes, diciendo: «*Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen*»......

......«¿Qué cuadro más sombrío que el que tenemos a la vista?»

«¿Qué objetos más sensibles, no sólo para mover nuestros corazones sino para arrancar copiosas lágrimas de dolor, como estos restos mortales de los que fueron Rosas Villón, Federico Arias, Félix Díaz y Claudio Navarro? Ayer estuvieron con nosotros; participaban de nuestras alegrías, de nuestras penas; tendían sus manos para estrechar a sus amigos, acariciar a sus deudos; ayer todavía estaban con vosotros, cual más entusiastas, tomando las armas y saliendo a vanguardia de los mayores conflictos para defender el suelo que les vió nacer».....

«Hoy ya no existen, y si hay algo que nos haya quedado de ellos es sólo ese montón de huesos, ese puñado de polvo, que en breves momentos váis a depositar en una urna común».....

«Pero ¿qué digo, católicos? No es sólo esa materia inerte lo que nos ha quedado de ellos: son sus acciones heroicas a favor de este pueblo; es la inmensa gratitud que abrigáis en vuestras almas inmortales: ellos se sacrificaron hasta el último momento, como verdaderos Macabeos a favor de su pueblo y es justo que éste conserve su memoria y exalte sus nombres, consagrándoles un monumento imperecedero».

«¿Y cómo se sacrificaron?».

«Veo al uno arrojándose en las tempestuosas aguas del «Santa» acosado de sus crueles enemigos y perecer en sus hondas victimado por la bala fratricida: veo al otro derribado por una lluvia de piedras y rodeado de una turba que ebria de odio y venganza machaca su cabeza, lo mutila de la manera más vergonzosa y arrastra desnudos sus restos mortales; veo a los otros confundidos en los momentos del combate con los cadáveres de sus enemigos, o mejor dicho, de nuestros desgraciados ilotas a quienes su ignorancia, sus indomables pasiones y, más que todo, la malicia o debilidad de sus caudillos, les arrojó a los abismos del desorden».....

.....«Almas heroicas que animásteis esos restos, esa tribulación fue la de vuestro pueblo amenazado de exterminio: *esa sangre del Cordero* fue aquella gracia eficaz que os inspiró a ofrecer en holo-

causto vuestra vida para defender la justicia, por repeler al injusto agresor, salvar al pueblo inocente que andaba errante y despavorido sin más esperanza que la protección divina y vuestro heroísmo; por esto la iglesia, vuestra madre jamás os olvidará: ella permanecerá arrodillada sobre vuestra tumba, sus plegarias se elevarán constantemente al Cielo y refrigerarán, o darán mayor esplendor a vuestras almas»....

Estas y otras cosas dejó caer desde el púlpito, en graves y aceradas palabras, sobre un pueblo recogido en torno a unos despojos. Estaba constituido ese pueblo de los damnificados o sea de la clase escogida. Sin embargo, las frases del orador no fueron rebuscadas ni tuvieron en cuenta las reacciones que se producirían contra algunas de ellas. Es que cuando se habla por el Espíritu Santo, no hay más verdad que la de El. El orador se ha dolido con los deudos de la trágica desaparición de ciudadanos buenos y útiles para su familia y para la sociedad; pero ha reconfortado al pueblo recordando las heroicas acciones que quedan a su favor. Ha recriminado la malicia o debilidad de los caudillos; pero ha confesado valientemente la condición de los indígenas, a quienes los califica de «desgraciados ilotas»; es decir, siervos. A cuántas reflexiones convidan estas breves palabras, pronunciadas entre oyentes de uno de los pueblos donde existía marcada desigualdad social. Los efectos que producirían en los espíritus, serían como cuando hablaban los profetas de Dios al pueblo de Israel......

Entretanto, Atusparia, en cuanto fueron restañadas sus heridas, fue llevado a Lima con su hijo Zeferino. El Presidente Cáceres los recibió. A Atusparia le hizo muchas preguntas. Las respuestas de éste eran breves como las de los héroes de Laconia. «El honor, señor», decía, «el honor». «Todo fue por el honor». Entonces, el héroe de la Breña sintió henchirse el pecho, y en actitud de pincelada, lo contempló largamente de pies a cabeza. Conocedor él, del valor de la raza, testigo de innumerables y no conocidos heroísmos, quiso medir con su espíritu la magnitud de otro héroe que tenía frente a sí: «¡Lástima!»......«Si supieras leer»....., fueron sus palabras.

Y volvió a Marián el agreste y vencido Cincinato. Su hijo quedóse bajo el amparo del Estado. Pero la anarquía del país, hizo olvidar del joven Atusparia, y también él volvió a su «estancia». Allí viven los descendientes del caudillo como retoños de un árbol secular llevando en sus venas el vigor de heroicidad y dueños de genialidades visibles para los sicólogos.

Así terminó el canto de cisne de una raza. ¿Fue un espisodio inútil? No lo creemos, pues hemos visto la presencia de una alma colectiva sensible al honor y hemos oído sus gritos de inquietud. Si se quieren ver resultados tangibles, hay que comparar la situación del indio ancashino entre la que precedió a la revolución y la que le siguió. Su avance cultural ha sido mayor en pocos años al de los siglos de la colonia. Hoy el indio de Ancash, está in-

corporado, mejor que en ninguna otra parte, en la vida nacional; participa de las preocupaciones políticas, aprecia las ventajas del progreso y se inquieta por una mejor posición social.

XI

El medio geográfico y la formación del carácter.— Testimonio histórico.— Tales de Mileto y Homero.— Raimondi.- La magnificencia de Ancash.

El medio geográfico, indudablemente, es factor decisivo para la formación definitiva del carácter y personalidad del hombre. Influye en su modo de pensar y modifica sus ideales. La historia del género humano es la prueba más concluyente de este acerto. Tenemos, por ejemplo, a los egipcios. Son pacíficos labradores de la tierra fecundada por las aguas del legendario Nilo. El felah, ancho de pecho y hombros y de rodillas débiles, denuncia su ocupación tradicional. Es amante de la madre tierra, se adhiere a ella, y sus virtudes agrícolas lo alejan de las andanzas guerreras. Sus tentativas de predominio sobre los asirios es cosa esporádica. El caldeo, en las noches estrelladas y tibias, se acostumbra a seguir el curso de los astros. Se familiariza con ellos, sistematiza la ciencia del cálculo y de la astronomía. Persia es un país abrupto: manojos de crestas innúmeras se interponen entre la amplitud del cielo y las llanuras de la tierra; quebradas profundas y desfiladeros que estremecen, repujan los bordes de la gran meseta del Irán, inclemente, ora por el frío, ora por el calor. Caldeadas arenas cubren el suelo. Por eso, este país crea hombres de carácter indómito y bravío. Y conscientes de sus cualidades guerreras, escalan cerros, penetran a los barrancos, cruzan llanuras, saltan ríos, corren jadeantes sobre el arenal y sorprenden a los pueblos en sus plácidos hogares y los someten a su valor y fiereza. Ellos son hijos del terrible genio de la guerra y la invasión. Si penetramos en la misteriosa y sombría India, la dorada región del Ofir, donde se esfuman el encanto y la codicia del extranjero, veremos otros paisajes y otros cielos. Cordilleras, altas como el Himalaya, adosadas a la bóveda celeste, cierran todos los flancos e impiden el paso de los conquistadores. Inmensos ríos caen de sus faldas; su caudal se derrama por anchas llanuras haciendo de cada rincón un paraíso. Allí es eterna la edad de oro. El hombre ve por doquiera la abundancia y la vida: palos que destilan miel, raíces que cuajan leche, flores que perfuman, frutos que engendran bellezas y producen sueños. No hay enemigos que com-

batir, por más que los Vedas nos canten desaparecidas épicas. La maldición primitiva parece que no hubiera caído sobre ese suelo de bendición. Todo convida al descanso, al placer. Es justo, pues, que el hombre en estas condiciones se entregue a los brazos de la somnolencia que enerva. Sueña...y del sueño emerge la noble figura de una diosa: la Filosofía. Eterna ensoñación, vida contemplativa, placer barato, espíritu apto para las elucubraciones trascendentes, esencias de hojas que embriagan; todo hace del hombre, un místico y un filósofo. Goza, siente, quiere evaporarse como la nube y desea el nirvana: océano insondable de placer, alma vivificante del mundo, ausencia de dolor y de actividad. Eso es la India.

Tornemos ahora a esta otra parte del mundo: allá está Grecia. Al nombrarla es preciso recoger el espíritu y ponerse de pie. Dicen que Cronos acabó de devorar a sus propios hijos; pero hay una brillante multitud que no quiso morir; ha vencido al tiempo y su memoria está en la conciencia de todas las generaciones. Quiso Dios, al principio, extender sobre el mar un continente, y las hondas, acariciándolo eternamente, acabaron por cincelar una península e infinitas islas como las estrellas del cielo. Aquello fue el teatro de una inconfundible cultura. Allí aprendimos a hablar, a gemir, a sollozar, a cantar, a triunfar. Esparta se reproduce en el genio de los héroes del mundo. Atenas se refleja en los museos y bibliotecas de todos los tiempos. Su luz ilumina sin cesar como una lámpara votiva. Allí fue que Homero agrupó a los dioses en el Olimpo y colocó a los dánaos en campos de batalla que no terminan de reñir. Escribe el Poeta, y la imaginación se exalta. Por virtud y magia de su numen se pone en movimiento de vida toda criatura: los ríos y los mares, la tierra y el aire, el iris y la luz, las cimas y las cavernas.... todo se vivifica y actúa en el escenario de la vida. La voluntad de los dioses es el motor de toda acción, sea grande o pequeña. Mas, el motor de los dioses es el genio del inspirado ciego. Su fantasía ha creado la belleza y ha dado impulso a toda actividad en los cielos, en los mares, en los aires, en las montañas y en los abismos. Homero es un gigante no abatido por el tiempo y el olvido. Pero al lado de él está Tales de Mileto: de su cerebro nace la duda metódica, como diría siglos después Descartes. Dice aquel filósofo que el principio de todo movimiento y de toda vida es el agua. Sube el cristalino líquido por canales y vasos de la organización vegetativa y animal, y los dioses, hijos de la imaginación, se alejan y el Olimpo queda en silencio. Es la Ciencia la que ha nacido. La Poesía quedará vibrando al lado de ella. Tales de Mileto tendrá continuadores y Homero será el padre de los poetas.

La Filosofía de la Historia reconocerá siempre en el medio geográfico la ocasión y el rumbo de las culturas. El claro cielo de la Hélade, la tierra erizada de montañas, la multitud de islas del Egeo, el mar y la rara disposición de estos elementos trazaron la trayectoria de la inconfundible civilización griega.

Pero dejemos eso, que parece lejano y anacrónico. Volvamos

más cerca la mirada, hacia nuestro objetivo. A Ancash, tierra de promisión.

Un día viósele a un extranjero cruzar la cima de Callán y como todo viajero contempló, con ojos atónitos, la inmensidad de la Cordillera coronada de eterna nieve. Cayó de rodillas y dió gracias a Dios por tan magnífica obra de su omnipotencia. Un pagano habría creído que aquel espectáculo era una deidad. Otro día, Raimondi, inmortal geólogo, quiso ser poeta en presencia del Huascarán. Desde la plaza de Yungay, lo saluda en espléndida noche de luna, y en alas del pensamiento, escala sus faldas, pónese de pie sobre la cumbre e interroga el número de siglos que han pasado y los misterios que conoce.

La Cordillera Blanca, en efecto, es algo sorprendente en el departamento de Ancash. Con sus innúmeras flechas apuntan el azul del firmamento como para recordar a los mortales que el camino del ideal va hacia las alturas. Cataratas de plata se precipitan desde las fuentes inagotables y en la hora del crepúsculo se torna en oro y en la noche es sudario que recuerda la eternidad. Increíble sería el cálculo de la dinámica que guarda en sus átomos el agua que cae de la altura: riquezas que la ciencia acumulará en sus almacenes. Vida que anima los campos es ese precioso líquido derramado por la mano de Dios para vestir de esmeralda, en magnífica vegetación, los valles; de dorada mies, las fértiles vegas; de topacio, las eminencias; de musgo y gris, las lejanías. Tierra privilegiada que promete vida y salud a futuras generaciones. Ante esta magnificencia y futuras posibilidades los discípulos de Malthus habrían inventado otra escala de progresión. Oro, plata, cobre, estaño, trigo, verdura, fruta, peces y todo viviente, eso significa el medio geográfico de Ancash. Sólo hay que vivir y dejar pasar el tiempo haciendo obras de bien.

———

XII

Los primeros misioneros en Ancash.— Un depósito de historia y tradición: Belén.— Convento de Huaraz.— Inauguración de su Iglesia.— Fragmentos de un discurso.— Olivas Escudero, pioner *franciscano.— Lo que se piensa del espíritu franciscano.— Fr. Esteban Pérez habla de Olivas.— La disciplina de este terciario.— Sus aficiones.— Funda la Comunidad Franciscana de Santa Rosa.— Inicia un asilo.*

Los misioneros de la Colonia se disputaron, como es sabido, por la conquista espiritual. Ancash fué evangelizado por domínicos, agustinos, franciscanos y betlemitas. Los domínicos se establecieron en Yungay donde construyeron un templo y organizaron la parroquia. Igual cosa hicieron en Huari. Los cronistas hablan largamente de las hazañas del P. Pedro Cano, destruyendo recuerdos paganos. Los agustinos tuvieron por campo de acción Conchucos del Norte o sea Pallasca e hicieron incursiones hasta Llamellín, donde implantaron el culto de la Inmaculada. Los franciscanos construyeron dos conventos: uno en Huaraz y otro en Pomabamba, y sirvieron mucho tiempo en dichos lugares. Los betlemistas, orden americana, fundada por José de Betancourt, vinieron a servir en el hospital de Huaraz. Hay una desgarbada imagen de madera en la sacristía de Belén muy parecida a la clásica figura de S. Jerónimo y todo el mundo cree que es de este santo; pero no lo es. La tradición conserva la identidad originaria. Un día al Sr. Obispo Farfán se le ocurrió bromear al venerable sacristán Dn. Manuel y le preguntó esperando que no sabría contestarle. Pero, el humilde y bueno Dn. Manuel dijo a plomo: «Es Betancourt,Iltmo. Sr.» Mas tarde, ya de Arzobispo el Sr. Farfán, andaba embebido en la lectura de la vida de Betancourt, sugestiva, por cierto, y llena de anécdotas sencillas y edificantes. Indudablemente, la Iglesia de Belén y su hospital constituyen para Huaraz uno de los mejores depósitos de su historia y tradición.

Desaparecida la acción misional con motivo de la dispersión de los sacerdotes españoles durante la guerra emancipadora, las parroquias estuvieron administradas por sacerdotes nacionales, reducidos en número. Pero, pasados los días álgidos de aquella guerra, volvieron los franciscanos, mejor dicho, descalzos, a reha-

cer su labor de espiritualización. Entonces, su radio de acción se ensanchó a todo el Departamento, a donde no regresaron los dominicos ni los agustinos. Salían del Convento de Lima grupos de misioneros descalzos de tiempo en tiempo para mantener el espíritu religioso en los pueblos de Ancash. Sólo a principios del siglo XX pudieron establecerse en Tingua donde levantaron un Convento y una Iglesia que ahora está en poder del Estado. De Tingua, por gestiones y eficaz apoyo del Sr. Obispo Farfán, se trasladaron a Huaraz. Al principio, se alojaron en una casa proporcionada por la Diócesis y que fue legada por un sacerdote para alojamiento de sacerdotes pobres. Y después de una tesonera labor, construyeron los descalzos uno de los conventos más hermosos del Perú y un templo; obras oportunas y providenciales, en cuyo recinto se ha velado, sobre todo, en momentos de crisis, la religiosidad de la capital ancashina. Dichas obras tienen el mérito de haberse levantado con el tributo del pueblo cristiano. Es uno de los mejores exponentes de su buena voluntad y de su fe. Lejos de recaudarse fondos, como se hace allí donde ha menguado el cristianismo, con kermeses, tómbolas y otras fiestas, en Huaraz, se reunió centavo sobre centavo como óbolo directo del pueblo para levantar una iglesia allí donde todo esfuerzo había fracasado para hacer obras similares. He aquí cómo se expresaba el orador cuando se inauguró y se bendijo el templo de Sn. Antonio de Huaraz.

«En esta amada ciudad —dijo entre otras cosas— corazón del departamento de Ancash, hubo una gran desgracia. La única iglesia de consideración por su arquitectura y dimensiones se había destruido por métodos mal empleados aun cuando hubiera en el fondo buenos intentos, para mejorarla y embellecerla. De mi parte, sin particularizar ni inculpar a nadie, sólo quiero recordar la gran desgracia que acabo de mencionar. Derribado, pues, dicho templo o sea la Catedral, oyóse sobre sus ruinas, no los trenos de Jeremías sino el gemido de enternecidos cristianos; y cuando las imágenes se dispersaron, polvorientas, a buscar una sombra en casas particulares, no faltó quien llorara como el noble anciano, padre del gran poeta Mistral al ver transportar a los revolucionarios las campanas de su pueblo natal... Entonces, fue la dispersión; las almas fervorosas, se refugiaron en las humildes iglesias que tocan los extramuros de la ciudad. Muerto el corazón del pueblo, es decir, el templo central, fueron muriendo poco a poco hasta las últimas palpitaciones del sentimiento católico. La fe, había desaparecido; era el silencio de las tumbas....

Cuentan los conocedores de nuestras Selvas que, cuando se produce un incendio en el «Verde Mar» o sea la Montaña, la hoguera dura días, semanas y hasta meses; después mengua el incendio y desaparece la luz; pero de repente fulge, otra vez, en el horizonte, la hoguera; el fuego no había muerto. Así también, en esta otra selva que es el alma popular, la centella de fe que se ocultaba a humanos ojos, no se había extinguido totalmente. Ne-

cesitaba solamente del soplo de la brisa, es decir, quien pudiera removerla en sus cenizas para que volviera la luz, la llamarada vivificante.

La avanzada de las milicias de Cristo, los vigilantes discípulos de San Francisco estaban allí; ellos han hecho revivir la fe entre nosotros.

¿Qué otra cosa nos dice esta monumental iglesia que hoy nos acoge plácida y amorosamente? Esta iglesia es de inmensa significación. En sus cimientos de granito, en sus entrelazadas paredes, en su recortada bóveda, en sus altares, en sus columnas y capiteles de sabor clásico y aspecto sobrio, veo no solamente el esfuerzo y constancia de abnegados misioneros, la concepción del artista y el valor del obrero, sino también veo brillar, entre la piedra y la argamasa, el generoso donativo de la clase pudiente, así como el humilde centavo del pobre. Contad esos centavos y habréis contado las pequeñas ofrendas de un pueblo creyente que ha llegado a levantar este monumento. Por eso, este templo simboliza la fuerza vital del cristianismo en los pueblos de Ancash. Y ahora me explico por qué los templos que se quieren construir con caracteres de una empresa, se derrumban cuando el dedo de Dios los toca. Dios no quiere que su casa se edifique sino con el óbolo voluntario del pueblo, vaciado de las arcas de su honda religiosidad. Sólo así hay un halo de luz y motivos de afecto en torno de esos monumentos que conmueven el corazón, expresan la soberanía de Dios, contienen cátedra de enseñanza y constituyen ejemplo de moralidad que arrastra.....»

El alma y propulsores sacrificados de esta obra, fueron, en primer lugar, el Guardián P. José M. de Echevarría y el arquitecto y escritor P. Alberto Gridilla. Con esta inauguración, reanudan los descalzos su apostolado residencial después de mucho tiempo en Huaraz, cuya historia ha sido exhumada por dicho P. Gridilla en su libro titulado «Huaraz».

Antes que los descalzos se establecieran en Tingua, el espíritu franciscano hallábase mantenido por el presbítero Fidel Olivas Escudero, quien era director de la Tercera Orden en Recuay, Huaraz, Carhuaz, Yungay y otros lugares. Los descalzos lo consideraban como a uno de los suyos y él estaba animado de un celo singular al respecto. Si pudiéramos detenernos en recoger datos y reconstruir la época de este franciscano envuelto en paño negro, tendríamos delante un capítulo muy sugestivo acerca del franciscanismo y Olivas Escudero. Quienes lo hayan conocido superficialmente y bajo las apariencias de la materia, se extrañarían de esta afirmación, pues franciscano y el carácter de Olivas Escudero parecerían dos extremos opuestos; pero, quien haya podido observar de cerca las intenciones de este gran hombre verá que, en efecto, fue genuinamente franciscano. Hablamos de las cosas del espíritu y para hacerlo, hay que prescindir de las exterioridades y tratar de columbrar allí donde reside el espíritu.

Franciscano puede ser aquel que se recoge en un claustro y

deja su pensamiento en el mundo; aquel que predica ardorosamente y se envanece; aquel que es casto y desprecia. Todavía más: puede ser y lo es, en efecto, aquel que camina, conforme y resignado, por la ruta trazada por su maestro; aquel que vive según las reglas y llega también a hacer milagros. Pero, el mundo ha dado otra acepción al vocablo. Para el hombre de mundo y que ama la belleza, franciscanismo es un estado ideal de perfección por la virtud y por el amor de las obras de Dios. Imagínase el mundo que el franciscanismo es el abandono del placer grosero, locura que desprecia el oro y los honores para subir por el monte Alvernia y encontrarse con el amado en una perfecta crucifixión de la carne y el triunfo del espíritu. La encarnación del ideal cristiano en la bienaventuranza de todos los dolores. La vuelta del monte y el reconocimiento del mundo en su prístino estado. El franciscano que vuelve del Tabor ya no es el que ve el mundo como a un enemigo despreciable sino que se llena de infinita compasión para transformarlo. Si es la adúltera la que ve delante, asediada de fariseos, sabe trazar letras en el polvo para conjurarla; si es Pedro, para convertirlo en fuente de lágrimas sobre los pecados cometidos; si es criado que lo hiere, para pedirle la razón de su conducta; si es mujer de secas fauces, para alcanzarle el agua de la vida eterna; si es amigo, para ofrecerle el generoso pecho donde se recline; si es enemigo para orar por su perdón. Si es ciudad ingrata para llorar su infortunio y ceguera. Si es collado, monte, nieve, río, nube o sol, para cantar himnos de alabanzas, con la humildad de la cigarra, con la omnipotencia del trueno y el arrojo de la cascada. El franciscano, en resumen, es el que ama a Dios y a su obra. Y por eso, oye armonías en todas partes y ve suavidades en todos los colores. Dícele «amigo» al tímido insecto y al lobo rapaz, y así al viento, al mar y a la misma muerte. ¡«Oh muerte, dulce amiga»! «¿Cómo pueden temerte los mortales?».... Y cuando ella se presenta con su guadaña, en la hora infalible, llama al más humilde de sus «hermanos»; pero gran artista, para escuchar las melodías que su diestra mano sabe arrancar a unas cuerdas y recibir amorosamente al «huésped», como no suele hacerlo el mundo....

El ideal propuesto por el Maestro de Galilea y los paisajes de Asís dieron al mundo un modelo, y éste es único. El corazón humano no acabará de admirarlo, ni agotarse en él las fuentes de belleza para los que viven la vida del espíritu....

El suelo de Ancash tiene infinitos escenarios para la perfección; y el culto de hombres que se transfiguraron como el «poverello de Asís», puede estimular corazones ennoblecidos por el ideal. Y de hecho, no faltaron en nuestro Departamento, fervientes seguidores del ideal fransiscano. Pero vivieron en el olvido. Quien sabe, si más tarde, podrá alguno penetrar en el dédalo de los archivos fransiscanos, de Lima, cerrados, actualmente, a piedra y lodo, para los profanos.

Pero, para ser franciscano, no es necesario cargar el tosco

sayal. Se puede ser en el espíritu. Y el apóstol por cuya senda vamos caminando, lo fue en realidad.

Fr. Esteban Pérez, uno de los religiosos representativos y autorizados de su Orden dijo de Olivas Escudero....Poseía «el secreto de hacer sentir hondamente lo que brota, más que de los labios, del tierno corazón del orador».

«Del amor a Dios, fluye necesariamente el amor al prójimo, y de ahí que Mons. Olivas Escudero se dedicara con tan noble empeño a las obras de caridad, alentando con el calor de su espíritu y la eficacia de su palabra, las Conferencias de San Vicente de Paul y cooperando al sostenimiento de los hospitales de Huaraz y Yungay»....«Predicó en Huaraz, Recuay, Carhuaz, Yungay, con felices resultados»....

Hemos dicho que antes del establecimiento de los descalzos en Tingua, la Tercera Orden estaba encomendada a la vigilancia de este sacerdote. Su celo, su laboriosidad y sus sanas intenciones, lo hacen, en efecto, un verdadero franciscano. Tienen razón los religiosos de admirarlo y considerarlo como uno de sus mejores cooperadores.

En su tiempo, las costumbres religiosas en el mundo secular eran estrictas. Al toque del Angelus todos recogían el espíritu y pensaban en la eternidad; había hora de queda para el recogimiento de las ciudades. Olivas Escudero, director espiritual, era verdadero intérprete de la disciplina católica y de la teología. Cuando se realizaban los retiros de la T. O. , las asociadas iban con el corazón debidamente preparado para recibir la Comunión, y veíanse no pocas conversiones. La obra social era fecunda y provechosa. Si alguien daba escándalo, no podía recibir la Hostia de manos de este apóstol. Sencillamente, dejaba de administrar el Sacramento, quien se fuese la autora del escándalo. Y este modo de proceder duro y violento, para muchos, no era rasgo de humildad ni de suavidad que debe caracterizar al discípulo de Francisco de Asis; pero no se repara que la fortaleza está tan recomendada como la dulzura para la perfección y equilibrio espiritual del hombre. Aun más: la mansedumbre es el complemento de la severidad. Es como la raíz y el robusto tallo de un árbol para producir la floración más brillante y la dulzura más delicada. No se puede dar cima a un edificio con pinturas de belleza genial sin antes echar cimientos fuertes de argamasa y piedras de granito. También, el Maestro que perdona a la adúltera y a Magdalena y se compadece de la hambrienta muchedumbre y del discípulo, débil y quebradizo, tomaba actitudes de rayo para fulminar y reprender la soberbia de los fariseos, sepulcros blanqueados y opresores injustos.

Olivas Escudero tenía ese equilibrio de cualidades en medio de sus manifestaciones nerviosas y violentas, las más de las veces, frente al farisaísmo y a la injusticia. Si usó de muchas reprensiones, quiere decir que hubo muchos aspectos de sepulcros blanqueados, condenables en todo momento. Pero, también tenía horas

de dulce calma para reconquistar su espíritu, recapacitar y rectificarse. Dicen que San Fransisco de Sales era de carácter iracundo y rebelde; pero hizo tanto para conseguir dominio sobre si mismo, que, al fin, tenía a raya sus bajas pasiones, y sobre su soguzgamiento edificó la obra personal, que el mundo pensante y escogido ha puesto como modelo de perfección en el orden de la suavidad y de la dulzura, y el cristianismo ha venido en llamarlo el *doctor Melífluo*. Admirador de este gran santo, Olivas Escudero ensayaba ese dominio perfecto sobre sí mismo. Nunca fallaba en su examen de conciencia todas las mañanas y todas las tardes ni dejaba de rezar su breviario. En las plácidas horas de la naturaleza, salía al campo; contemplaba el límpido cielo de Huaraz; era incansable en oír el murmullo del río que serpentea entre cactus y orquídeas, entre retamas y tornasoles, entre bosques y llanuras.....

Su afición era colectar flores y plantas para su jardín; aves, para sus jaulas. Los gansos traídos de Llanganuco eran su afán particular; admiraba sus costumbres y habilidades y se entretenía bulliciosamente con sus alumnos. Las bellezas de la naturaleza le atraían irresistiblemente. Hasta en sus obras de polémica y apologética tenían cabida su amor e inclinación por ellas.

«Las liras de Dante y de Petrarca -dice en un sermón- son más tiernas y poéticas cuando sus vibraciones son arrancadas por el suave murmullo de una fuente cristalina, por el cantar no aprendido de solitarias palomas, por la vista de un tierno niño envuelto en humildes pañales, que cuando lo son por el confuso murmullo de soberbios ríos, el fiero rugido del rey de los desiertos y los artísticos adornos de mundanal grandeza».....

«¡Cuántas veces —dice en otra parte, tomada al azar— habrán contemplado vuestros ojos la magnificencia del Cielo estrellado en la paz y soledad de una noche serena!» «¡Qué admiración, qué paz, qué delicias y arrobamientos producen en nuestra alma aquellos resplandecientes astros que trastornan las inmensidades del firmamento!».

«La inmovilidad de unos, los armoniosos movimientos de otros; los vivísimos centelleos de éstos; la tímida fosforescencia de los de más allá; ora se les contempla formando misteriosas figuras o constelaciones; ora en esplendente vialáctea, vaga e indefinida como tenue vapor o polvo de luz; ora destacándose como fulgorosas antorchas bajo el negro pabellón que cobija a toda la naturaleza!»....

En su elogio de San Francisco de Asís, habla de las semejanzas de este santo con Jesucristo; habla de su nacimiento en un pesebre y del peregrino que anuncia: ¡*Paz y felicidad*!, de la pobreza y del renunciamiento, del sacrificio y de la castidad, de la crucifixión y de la muerte y de la locura divina que lo hacía repetir a Francisco, recorriendo los páramos del mundo: «Hermanos, amémosle, amémosle». Es uno de los sermones que nos revela los anhelos íntimos de este sacerdote en medio de su reconocida tena-

cidad, de su actitud clásica, viril, y de luchador inquebrantable.

Un apóstol no sólo habla ni sólo hace para sí. Si es apóstol obra para otros. La palabra apóstol significa extensión de una personalidad selecta hacia el mundo que lo rodea para darse, difundirse; identificarse como el sol por medio de su luz y de su calor con las criaturas del Universo.

Olivas Escudero ha trabajado mucho por mejorar la vida cristiana de los demás. Agrupaba, con este fin, a hombres tocados del infinito, a mujeres sedientas de felicidad y vírgenes temerosas, en terceras ordenes, repartidas en los principales pueblos del Callejón de Huaylas. Ha hecho mucha violencia sobre su propio carácter para revestirse de mansedumbre y dulzura, cualidades necesarias para la conducción de voluntades libres. Quebrantó su espíritu naturalmente inflexible; de fuerzas ha hecho bondad; de índole iracunda ensayó mansedumbre, queriendo seguir paso a paso los senderos franciscanos para no descaminarse sobre las huellas del Maestro. Pero, su celo no se detuvo en la obra personal ni en la obra social de su tiempo; quiso sobrepasarlo con la fundación de una obra que había de perennizar su memoria. Nos referimos a «Casa Santa» de Huaraz. Allí sigue viviendo el apóstol. Pasan por allí, religiosas, aspirantes, profesoras, asiladas etc. sin reparar quizá mucho en el espíritu que les dió vida. No importa: el apóstol se ha identificado con la perennidad; vive la obra y vivirá con él, como viven los fundadores de comunidades en el fecundo y amplio seno de la iglesia. Además de «Casa Santa», hay un «Asilo de pobres», adosado a los muros de aquella, primer ensayo de hospicio en la ciudad de Huaraz y que ha sido ya objeto de atención en nuestros tiempos en que se habla mucho de filantropía; ha recibido generoso impulso en orden de nuevas construcciones; pero es necesario puntualizar que el progreso natural de las cosas no debe hacer olvidar su nacimiento humilde y la trayectoria trazada por su fundador.

———

XIII

Olivas Escudero se inicia en la política.— Hay algo en Ancash que es del primero que se apropia.— Olivas Escudero parlamentario.— Su primer proyecto.— Figura extraña.— Conceptos que debieran rumiar los pueblos.— Defensa del Poder Judicial.— Juntas Departamentales.— Elección de Obispos.— Lucha tradicional.— Representantes que no conocen la parcela geográfica que representan.— Postergación de genuinos y valiosos elementos regionales.

Mas el «franciscano» bueno y cultor de la humildad, cuya fisonomía acabamos de trazar brevemente y a rasgos de brocha gorda para verlo en perspectiva, y a lo lejos, presenta en su personalidad otro aspecto que sería el reverso de la medalla.

Preséntase ahora como un firme y valiente parlamentario. Ha pensado que la política puede ser un medio para moralizar a los hombres y la «aborda».

En su tiempo, bravío y romántico, liberal e idólatra de la libertad; quizá no hubo los refinamientos, las audacias ni las formas de legalidad que en el nuestro, se tiene traza y maña de dar, para consagrar situaciones que resultan a veces al margen de la voluntad popular. Pero el método político, con excepciones, era igual y todavía más: era continuación del método colonial. Antes de las elecciones, se hacían verdaderas reparticiones de provincias, así como se hacía en la Conquista y Colonia agraciando con reparticiones y encomiendas a los más audaces y a los más astutos, por lo general. Habíase pasado de la Colonia a la República; pero el método era invariable. Con el transcurso del tiempo, varió el nombre y llamáronse *ubicaciones*. Para nada se consultaba los motivos naturales por qué podía representar tal o cual personaje a tal o cual provincia; es decir, no era necesario tener vinculaciones entre representantes y representados. Según este procedimiento, las provincias de la serranía tenían el carácter de *res nullius,* podian ser del *primi capientis*. Tal fue la suerte de la provincia de Pomabamba, hasta que surgió la figura de Olivas Escudero. Posiblemente, la batalla de Sihuas, en la guerra civil del 95, hizo advertir en la existencia de una provincia viril y patriota, que sacrificó muchos de sus hijos en dicha batalla, por el

triunfo de la Coalición. Se la dejó libre para elegir su representante. Entonces, la provincia, quizá, por primera vez en su historia republicana, ejercitó su soberanía popular y envió a la Cámara de Diputados un representante, genuino y libre de toda consigna política.

Ingresado al Parlamento, lo primero que hizo fue presentar un proyecto de ley sobre elección de representantes a Cámaras. En el 1er. art. decía: «Para ser Diputado se requiere ser natural de la provincia que ha de representar o tener en ella tres años de residencia». Art. 2º.— «Para ser Senador se requiere ser natural del Departamento o tener en él los mismos años de residencia que para ser Diputado».

Fundamentó este proyecto con el calor y la libertad que él solía poner en sus actividades de sacerdote. Hombre sincero, amigo de la verdad, sin ambiciones políticas, hijo de la serranía, ajeno a los refinamientos y convencionalismo de las urbes, se produjo en la tribuna como un parlamentario raro, que prescindía del público que lo rodeaba y sólo veía la luz de la verdad y oía sólo la voz de su conciencia. Figura extraña, inconexa de los centros políticos, donde se acuerdan las consignas, surgió de improviso. En épocas de lucha por la libertad, habría sido un prócer y en horas de comuna, quizá uno de los abates de la Francia revolucionaria.

«Es la primera vez que voy a cambiar la Cátedra sagrada por la tribuna parlamentaria», empieza a decir. Habla «de la ciencia y virtud» para representar a la soberanía popular», a fin de «conservar la alta dignidad e independencia política». Dice que los pueblos a quienes representan no pedirán cuenta de haber hablado bellamente sino de haber realizado obras, «hechos tangibles», «leyes prácticas y saludables, referentes al bienestar moral y material de la Patria». Patrocina el sistema federal para una mejor democratización. «Mil veces —dice— hemos visto a los hijos de los departamentos interiores, venir aquí tranquilos, trayendo los atributos auténticos de una elección legal y canónica, y se han encontrado con actas forjadas escandalosamente por los que han hecho su patrimonio la representación nacional. Esta es, dígase la verdad, la triste historia de la mayor parte de las elecciones habidas en nuestra desventurada Patria».

«Ha bastado estar en gracia de los gobiernos o prosternarse ante los ídolos de la política predominante para ser ungidos con tal carácter»....«Sí; es cierto que no se encuentrarán quizá hombres de alta talla, por su ilustración, por su prestigio y sublime elocuencia; pero no faltarán Cincinatos que, limpiando el sudor de su frente, vengan a prestar sus servicios a la Patria amenazada por los mercenarios de la política, para después volver a tomar el arado en sus encallecidas manos. No faltarán Rómulos que prefieran los más graves tormentos, las más amargas decepciones antes de vender sus votos por un vil precio y la deshonra nacional».

Estas tajantes, rudas y espontáneas palabras produjeron en la Cámara mucha extrañeza, mucha sensación. La mayor parte de ella estaba compuesta por residentes y naturales de la capital, políticos de profesión. Hay que imaginarse lo que fue. Pero, el mismo orador atisba, entre el calor de su entusiasmo y de su buena fe, la suerte que correría su proyecto, y dice: «Aun cuando no llegara a obtener la sanción favorable de mis colegas, me acompañará la satisfacción íntima de haber puesto siquiera un grano de arena en la futura regeneración de la Patria».

Olivas Escudero era uno de esos hombres que creen en la acción y eficacia de las ideas. No importa que éstas no produzcan frutos inmediatos. La semilla necesita transformarse en el silencio y en el tiempo para que se levante en nueva y lozana germinación. Cree el orador que su proyecto es «un grano de arena para la futura regeneración de la Patria». De aquel tiempo, han pasado cincuenta años: muy poco. Los pueblos evolucionan despacio. La realidad peruana sigue siendo igual en el fondo. El problema de la representación nacional no ha sido aun resuelto. Ensayos y cambios de superficie, nada más.

La barra constituida del elemento popular generalmente, aplaudía con profunda simpatía al repersentante por Pomabamba. Y cuando replicaba a los oradores contrarios, volvía a tronar en éstas o semejantes palabras: «La regeneración nazca de las fuentes puras de la soberanía popular, y no de los inmundos charcos de la farsa, de las intrigas y bastardas aspiraciones». Uno de sus opositores, Valera, afirmaba:.... «llegará el caso de que algunas provincias no tuvieran una persona idónea a quien mandar de representante».... «estas provincias tendrían que mandar a personas que no estuvieran a la altura de las aspiraciones de sus comitentes»... Pero Olivas Escudero replicaba enérgicamente: «Es sensible —decía— que el Sr. Valera tenga una idea muy triste de las provincias y departamentos».... «Quizás faltarán grandes oradores, grandes filósofos, jurisconsultos de alta talla; pero no escasearán ciudadanos honrados, que concurran al Congreso con el corazón en la mano a manifestar las necesidades de sus pueblos»..

El proyecto tuvo el fin previsto. Sin embargo, al patriota y honrado parlamentario, le cupo el placer de haber satisfecho el imperativo de su conciencia. No era político, calculador, ni amigo del éxito obtenido con métodos maquiavélicos. Dijo su verdad y pudo estrellarse. Y así fue.

A poco tiempo, presentó un proyecto también sobre el nombramiento del Poder Judicial cuya independencia patrocinaba. Varios oradores de primer orden, entre ellos, Manzanilla, apoyaron el proyecto.

Su autor creía que la evidencia y su necesidad sentida eran suficientes para el triunfo de cualquier proyecto. Conocedor del mundo moral y sus sorpresas, parecía estar lejos de ese otro mundo y sus estrategias: la política.

«La independencia de los tres poderes del Estado, —se expre-

saba— el Legislativo, el Ejecutivo y el Judicial, es un principio fundamental de todas las legislaciones, reconocido explícitamente por nuestra Constitución. Cada uno de ellos tiene igual importancia en la esfera de sus respectivas atribuciones. El Poder Legislativo es el cerebro de la Nación que concibe y forma las leyes y el Poder Judicial es el corazón que, a impulsos de la conciencia legal, distribuye esa sabia intelectual por todas las arterias del cuerpo social; y el Poder Ejecutivo es el brazo ejecutor de aquellas leyes y sentencias judiciales». «Pero, desgraciadamente, en el hecho no vemos realizados estos principios, que son otros tantos axiomas del derecho»....

La respectiva comisión había dictaminado defendiendo la independencia del Poder Judicial y había introducido algunas variantes. El Sr. Solar hizo esta referencia: «A este respecto —dijo refiriéndose a la independencia del Poder Judicial— el H. diputado por Pomabamba expuso la verdadera doctrina, con tanta lucidez, que sus ideas pueden estimarse, como una lección de Derecho Constitucional». El Dr. Manzanilla decía: «Para cortar estos males, todos los congresos liberales del Perú establecieron disposiciones análogas a las que hoy propone el H. señor Olivas Escudero».

Después de tres días de discusión sobre el proyecto, se llamó al Ministro de Justicia. Presente él, Olivas Escudero volvió a hacer uso de la palabra y entre otras cosas decía:.... «En cuanto al Poder Judicial, que llamaremos el esclavo, porque está bajo la planta de los otros poderes y que necesita de libertad para su propia organización, como la necesitan todos los seres que constituyen la naturaleza, es una excepción injustificable, y en cierto modo hasta deshonrosa para aquel Poder, que cuenta en su seno con magistrados que honran a la República, y aun fuera de ella, y que, sin embargo, no pueden nombrar ni a los jueces de paz de los últimos distritos»....

El Ministro pidió el aplazamiento, y se aplazó. Otra vez, «la evidencia» y la «sentida necesidad», tuvieron su caída, frente al noble atleta que las defendía.

El Ejecutivo había remitido un proyecto sobre la supresión de las Juntas Departamentales. Naturalmente, el diputado por Pomabamba tenía que salir a la palestra y combatir con firmeza y resolución, como solía hacerlo en favor de las buenas causas, sin mirar las posibilidades del éxito. Abrióse el debate con su palabra. Aboga ampliamente por el sistema de la descentralización. «En la bandera del gran partido Demócrata —dice— está grabado con caracteres de oro el ideal de la Federación, que hoy es la síntesis de las aspiraciones de la Nación». Dando muerte a las Juntas Departamentales, vamos a sacrificar, como Jephté, a nuestra propia hija; vamos a devorar, como Saturno, al precioso fruto de nuestro cerebro y nuestro corazón».... «¿El Perú —pregunta— no está en condiciones de tener instituciones como las Juntas Departamentales?» «Su inmensa extensión, la suma variedad de su clima, cos-

tumbres e idiomas reclaman, exigen, no sólo la descentralización fiscal sino aún administrativa: ya no necesita de tutores y de amos; clama sin cesar por tener vida propia, independiente, ya que la pródiga mano de la Providencia ha derramado por doquiera inagotables tesoros».. «Nos oponemos al proyecto del Ejecutivo»..

Esta vez, la consigna política coincidió con el pensamiento de este diputado. De parte del partido Demócrata no era posible dar el primer escándalo ruidoso de proceder contra la Declaración de Principios, acabada de publicar. En ese documento estaba la tesis de la Federación. Como consecuencia política fue rechazada la supresión, por el momento, de las Juntas Departamentales.

Así como el problema de la independencia del Poder Judicial sigue en el Perú sin solución, así está el problema de la elección de obispos. A veces se dan leyes para que elija el Congreso, a veces para que designe directamente el Poder Ejecutivo. Ha habido Congresos en que ha predominado el elemento liberal o anticatólico. En este caso, la elección de obispos por el Congreso ha resultado paradójica e ilógica. El sentir del pueblo católico sería que el clero, representado por el Episcopado nacional, tuviera su participación. El interesado es el pueblo católico y el que puede mejor discernir sobre la aptitud de los episcopables es el Episcopado nacional. Olivas Escudero piensa así. «Los llamados —dice— a juzgar la idoneidad de los sacerdotes para la altísima dignidad del Episcopado, deben ser sus respectivos Prelados».....
Debe darse «al Episcopado, siquiera la participación de proponer lo que llamaremos la *materia prima* de la elección, que serían los nueve o doce sacerdotes escogidos por el Episcopado»....«¿quién conocerá mejor a esos eclesiásticos *dignos y aptos* para el Episcopado?»-«Una triste y amarga experiencia nos manifiesta que en la mayor parte de los casos esa dignificación se hará a impulsos de conveniencias políticas, prescindiendo de los intereses espirituales de las diócesis, que muy poco valen en las altas regiones de la diplomacia parlamentaria: con el proyecto que nos ocupa evitaremos esos abusos, haciendo un beneficio a la Iglesia y a la Patria»....«Dadnos buenos Obispos y habréis reformado el Clero, habréis transformado la faz de los pueblos».

El proyecto expresaba que el Episcopado pasaría una nómina de nueve sacerdotes al Poder Ejecutivo para que éste formara una terna y la presentase al Romano Pontífice. Despúes de algunos trámites y discusiones fue rechazado. Olivas Escudero lo defendió; pero no lo había suscrito.

En la misma legislatura del 95, se aprobó la administración de los bienes de los conventos y en la del 96, sobre bienes de cofradías y el matrimonio civil. En la discusión de estos proyectos batalló en forma oportuna y valiente. A su lado lucharon también representantes de valer como Fuentes Castro, Rodrigo Herrera, Osma y Pardo; pero tuvo opositores tenaces y apasionados como Bernardino Pérez y José S. Morán. Cuando Olivas Escudero defendía una causa o la combatía, a buen seguro, tenían que in-

surgir estos opositores. Las más de las veces, las sesiones consistían en discusiones y diálogos de estos parlamentarios.

A este respecto decía el honorable Olivas: «¡Cuán diversa es, por desgracia, la conducta del Sr. H. Pérez, que no desperdicia ocasión alguna para arrojar sus ponzoñas contra la Iglesia y sus instituciones, como si, sin esa salsa, no estuvieran bien condimentadas sus patéticas frases!»...Y cuando le preguntaba si era católico o no, para «ahorrarse interpelaciones que quizá resultarían innecesarias», permanecía en silencio el doctor Pérez, y entonces decía: «Con su silencio manifiesta mi H. colega que se le viene a la mente, en este acto, aquel momento sagrado en que, postrado en tierra, allí en presencia de V. E., poniendo las manos en el libro de los Evangelios y en presencia de esta augusta Asamblea, juró solemnemente en nombre de Dios y de los Evangelios, profesar y conservar la Religión Católica, Apóstolica y Romana y obrar en todo conforme a la Constitución del Estado»......«Una de dos: o el H. señor Pérez emitió ese juramento sin conocimiento y conciencia moral....-que es difícil suponer etc.-o falta de un modo punible y escandaloso a la obligación que contrajo en ese acto, y esto, en términos claros, se llama *perjurio*», que deploro se cometa en el mismo santuario de la ley»....

En cambio, el H. Pérez solía razonar en esta forma: «El H. señor Olivas Escudero, cuya ilustración reconozco y que siempre ha discurrido con tanto acierto, con tanta altura, cuando se ha tratado de materias profanas; ahora que se trata de materias religiosas o eclesiásticas, cierra los ojos al bien general para dirigir sus miradas únicamente a los intereses católicos».

En resumen, la actuación parlamentaria de Olivas Escudero fue breve y llena de azares. Hombre de principios definidos y obediente a los dictados de su conciencia, no podía caber en un ambiente donde, las más de las veces, se pensaba de una manera, y se hacía de otra, ambiente de falsía y refinamiento político, síntesis o exponente de un mundo cuyo empeño era la secularización de personas y cosas. «La secularización del derecho -decía Pérez- es uno de los ideales más hermosos que vienen persiguiendo y conquistando los pueblos modernos»....

En la renovación inmediata del tercio parlamentario, fué eliminado por la suerte nuestro ilustre parlamentario y, por consiguiente, cuando se volvió a discutir sobre el matrimonio civil, ya no estaba en la Cámara.

Así pasó por la representación nacional este gran ciudadano. Caballero andante y solitario en los caminos del mundo saturado de maña e intriga. Su actuación fue la de un hombre bueno que no quería otra cosa que el bien de la Patria y de la provincia que representara. Con su intervención en el orden administrativo había mejorado dicha provincia. La moralidad subió de índice. Pero su intransigencia disciplinaria y su rectitud, fueron otra valla para los hombres que disponían de otros hombres. Después de él,

Pomabamba no ha dejado de tener buenos representantes, es cierto. También al doctor Bernardino Pérez, le cupo en suerte nuestra provincia. Por ley de asociación de elementos contrarios, el opositor tradicional de Olivas Escudero, le había echado ojo. Catedrático de Literatura en la Universidad de San Marcos, parlamentario de profesión, el diputado por Jaén, pasó a representar a Pomabamba en forma inamovible hasta una nueva reacción de la provincia. A Pérez jamás se le había ocurrido que era necesario conocer personalmente a los pueblos que representaba. Para él, la tribuna era otra cátedra universitaria. Le bastaba consultar libros europeos y disertar ampliamente como sobre un motivo literario. Y de allí que, entre el elemento curioso, tenía oyentes para hacerle barra. Para la masa que representaba, el ruido de su oratoria era como si lloviera, y para sus capituleros, un regocijo y una vanidad. Ningún beneficio para Pomabamba; pero mucho mal para sus creencias y sentimientos, así como para todo el país. Era una época, sin embargo, en que brillaban, dentro de su radio, hombres de valer, que podían representar a la provincia dignamente, tales como Pedro Ignacio Cisneros, Ramón Roca, Justo Salas, Néstor Roca, Arturo Vidal, Benjamín Oliveros, Félix Porturas, Eduardo Escudero, Benjamín Vidal, Pedro Hernández, R. Villegas, Juan Ricardo González, Francisco González, Cipriano Vidal, Julio Escudero, Guillermo Navarro, etc., naturales o vinculados profundamente con Pomabamba.

Transcurridos breves años desde aquella renovación del tercio, el mismo Congreso, por singular acierto, eligió Obispo de Ayacucho a don Fidel Olivas Escudero.

XIV

Olivas Escudero, periodista.— Huaraz tiene diferentes épocas muy interesantes.— Aquélla en que actuó este periodista no lo es menos.— La gestación de un porvenir halagüeño.— La influencia del genio.— La disciplina del espíritu.— «La Aurora de los Andes».— «El Obrero de Ancash» y «La Justicia».— Los que pasan la raya de la mediocridad no permanecen ilesos.— Panorama de la zona de Recuay.— El carácter de los naturales.— Referencias históricas.— El sitio llamado «Arzobispo».— La tradición y Santo Toribio.— Don Manuel.— Lo dejan a Olivas Escudero por muerto unos malhechores.— Este personaje era muy grande para dejar de tener enemigos.— Epílogo en tierra ancashina.

La labor de Olivas Escudero en Ancash fue múltiple e intensa en cada aspecto; no sabríamos cuál admirar más. Hemos hecho referencia brevemente a su apostolado de la palabra y a su obra pedagógica a favor de ambos sexos, de su espíritu misional, de su mediación por las víctimas en los momentos trágicos de la revolución etc. De su actuación parlamentaria, acabamos de hablar en forma suscinta. La vida de este sacerdote es una fuente de observación y motivo de inmensa labor literaria o histórica. Nosotros no podemos hacer un estudio detenido ni siquiera bajo un aspecto; nuestro propósito fue seguir su luminosa senda como una recreación personal viendo pasar panoramas y hechos que saltan a la vista.

En nuestro rincón de trabajo, hay todavía muchos datos que quedan en el tintero y no podemos darles forma por ahora, por varias circunstancias, entre ellas, nuestra recargada labor cuotidiana. La vida moderna, el vértigo del movimiento y el complicado papel que le toca al más pequeño de los mortales en medio de una urbe como Lima, invadida por el progreso de nuestro siglo, todo ello, no nos deja mucho tiempo como a los que disponen de mayores medios y sustento asegurado en forma sobreabundante. Robar tiempo al merecido descanso en medio de una constante y larga brega como *pioner* en la colmena social, no es, por cierto, método durable ni aceptable. Si alguien le enfocara, como se dice ahora, a Olivas como a periodista, se encontraría con bolsonada

de oro para conocer, analizar y juntar cabos de historia y tradición pertenecientes a Ancash, en una época interesante de este Departamento. Nosotros mismos que habíamos resuelto poner punto final a nuestro propósito en el capítulo anterior, al hojear periódicos pasados, sentimos un soplo de optimismo para proseguir líneas más sobre nuestra marcha.

Es cierto que Huaraz, así como los demás pueblos de Ancash, tienen períodos sugestivos, ora se atisbe sobre las civilizaciones pretéritas cuyos restos se conservan, inexplorados aún, ora se sondee el suelo donde existen sedimentaciones de civilización autóctona, las de Chavín, las de Recuay, las de Huaylas, etc. Asimismo, el paso de los conquistadores hispanos, la reunión y los acuerdos del licenciado Vaca de Castro con el Capitán Pedro Alvarez Holguín y las singulares fiestas que tuvieron con su ejército para celebrar en Huaraz la recepción del nombramiento de Gobernador del Perú recaído en favor del primero; la presencia de la Gasca con el Obispo de la ciudad de los Reyes, Loayza, más tarde primer Arzobispo; la larga vida colonial, con todas sus pintorescas tradiciones que esperan un tradicionista; la marcha gloriosa de los libertadores, la llegada de Bolívar y su permanencia preparando la última gesta de la emancipación sudamericana, haciendo justicia a la honestidad de la familia huaracina y premiando a la ciudad que lo acogiera, con el título de «muy generosa ciudad de Huaraz»; los combates de Buín y Ancash, el golpe de gracia a la Gran Confederación, la huida de Santa Cruz, la campaña de la Breña... todo esto es un mundo que ha de inspirar a espíritus selectos en orden a la publicación de libros en lo futuro. Nosotros, en nuestro camino, hemos topado con un personaje cuya época no fue menos interesante, pues, vemos allí la gestación de espíritus que preparan un buen porvenir. Cuando el departamento de Ancash se destaque por el volumen de su riqueza para cuya explotación hay empeño nacional, entonces veráse claramente que el caudal de la continuidad histórica, al parecer humilde, no fue nada inútil. Aquella época es, por cierto, de intensa lucha a favor de la instrucción, en primer lugar. Se sostienen varios colegios de instrucción media, fuera del colegio nacional; aparece el periodismo en sus diversas formas; hay lucha de ideas, inquietud de progreso; la Junta Departamental abre caminos a la costa; Yungay y Pomabamba, por su propio esfuerzo, roturan la *barbacoa* de la naturaleza en Llanganuco; Caraz le da la mano por Santa Cruz a Pomabamba; Villón busca un camino por Ulta y se sacrifica en ese empeño, que más tarde la técnica moderna le da la razón; el centro minero de Ticapampa urge el avance del ferrocarril y la empresa de Tarica construye la primera carretera en el Perú e instala la primera planta eléctrica; sobre el Marañón, los pueblos tienden puentes. Hay un despertar y un interés colectivo por el progreso en Ancash; y no es extraño que se produjera este fenómeno. Raimondi lo había recorrido pueblo por pueblo y había escrito su obra inmortal «Ancash». Y a la influencia del genio, sur-

gen de humildes poblaciones hombres como Fitzcarrald y emulan aventureros como Henke. Hoy nos explicamos de la inquietud de aquella época al ver las obras del Cañón de Pato y Chimbote, centro de intensa actividad ahora, y, emporio de riqueza, mañana.

La grandeza material de Ancash adviene indudablemente del volumen que escribiera Raimondi. Las ideas son primero, y son la chispa que causa incendio en la maleza y luego irrumpen los obreros portando «sendas» herramientas. Pero la grandeza moral viene y sobrevendrá de los hombres que supieron mantener la disciplina de la fe, la disciplina del espíritu, la disciplina de la libertad, la disciplina del trabajo, en las generaciones que marchan hacia su destino final. Y de estos hombres, Fidel Olivas Escudero, fue uno.

El, como ninguno, difundió la doctrina cristiana y mantuvo la moral en las filas sociales, no sólo desde la tribuna, desde la cátedra y desde el púlpito. Fundó, además, y sostuvo periódicos que plasmaron diferentes aspectos de nuestra vida social, política y económica, que serán preciosos datos para reconstruir nuestro pasado. Dichos periódicos fueron: «La Aurora de los Andes», «El Obrero de Ancash» y «La Justicia», semanario este último que se dejó de publicar sólo cuando salió su autor de la ciudad de Huaraz para dirigirse a Ayacucho como prelado electo.

Su conducta nunca varió frente a la verdad. Siempre resuelto, siempre valeroso, siempre definido.

«Si la prensa —decía— es la cátedra de la verdad, el brillante faro suspendido sobre el grupo social para guiar sus pasos por el sendero del orden y la justicia, es deber nuestro hacer uso de ella en asuntos dignos de su altísima misión, debiendo tener preferencia aquellos que fueren de mayor trascendencia y aplicación inmediata».

En el artículo titulado El Concordato, decía con toda libertad: «Necesitamos de hombres probos, de ciudadanos patriotas, que sepan respetar la fe de los pueblos y gobernantes conforme a la constitución legada por nuestros padres»...

Analiza con rara crudeza los males de la sociedad y enjuicia a los hombres que los causan. «En el Estado Social de la República», afirma: «Así nos lo dice el tratado Bancout-Errazuris, nuevo guante arrojado al Perú para cubrir su frente de mayor baldón y hacerla expiar las locuras de su inaudita prodigalidad»... «Sobre los intereses del partido mismo están los de la nación: sobre la voz egoísta y turbulenta de las pasiones, está el criterio recto y severo de la razón».

Tendencias del Siglo —Sublimes doctrinas del Liberalismo— La Filantropía Volteriana—28 de julio— Nueva ley de imprenta —La defensa de la Tercera Orden — Misiones Católicas — El pasado y el presente del Perú — Polémicas con la Razón de Trujillo — La mujer y las Religiones — Viva la Patria — Educación de la Juventud— Libertad— Relaciones entre la Iglesia y el Estado — Los agentes de la Instrucción — La Sociedad — Las Mu-

nicipalidades — El Matrimonio Civil — El Juego — León XIII — Poderosa Influencia de la Mujer—.... son títulos de sus artículos más significativos y característicos que se han publicado en un volumen. Todos ellos contienen referencias interesantes para conocer el espíritu de su época. Tiene, además, un folleto intitulado «Nuevo Catecismo Religioso, Geográfico, e Histórico del Perú», también muy interesante.

Como una muestra más de su combatividad y resolución sin reservas para decir la verdad clara y sencillamente, copiamos estas palabras suyas: «Cuando el mal —dice— procede de los altos poderes de una nación es como un torrente que desciende de elevadas montañas, inunda con su mortífera lava los deliciosos valles, entonces es indispensable represar ese elemento destructor y levantar grandes diques que impidan su acción destructora»....

Temas interesantes nos ofrecería aún su inmensa labor en Ancash, tales como, por ejemplo, el patriótico papel que desempeñó en Huaraz colaborando empeñosamente en la formación del ejército del Norte en la época del Comandante Recavarren, oportunidad en que se afiliaron todos sus alumnos aptos en las filas militares; los atropellos de que fueron víctimas él y su colegio con motivo de la presencia del enemigo araucano que ocupó el local; su labor para organizar y sostener la cruz roja; su actuación significativa y previsora en favor de la clase proletaria exponiendo, en Ancash, antes que nadie, la magna doctrina de León XIII, sobre el problema social. Pero es forzoso terminar este capítulo, no sin consignar, sin embargo, la agresión que sufriera. Eso fue, sin duda, tributo necesario para destacar mejor su grandeza y rodearle de un pretigio inmortal. Los hombres que enarbolan el estandarte de la verdad y guerrean valientemente por defenderlo, removiendo los falsos cimientos del error y mentira y levantando polvareda en medio de las pasiones, no pueden permanecer mucho tiempo ilesos. La mediocridad rehuye o se rinde fácilmente, y no deja huella; pero a los que salen del camino trillado, el ideal que llevan en el pecho, los empuja hasta llegar a la cima de algún calvario. También, Olivas Escudero completó su personalidad en esta forma.

Era en Arzobispo, cerca de Recuay.

Quien conozca la configuración del distrito de Recuay, creerá fácilmente que aquello es asiento de una pretérita historia singular. Por de pronto, pensará que los primitivos habitantes fueron guerreros y valientes. Semejante a la meseta del Irán, alimentó otrora, hombres bravíos, señores de la abrupta y accidentada serranía, inclemente en los meses de hielo como en los de lluvia torrencial.

Concurren en Recuay las cordilleras Blanca y Negra en una conjunción de innumerables contrafuertes que parecen entrechocarse, bajo una visión panorámica, como las tumultuosas ondas de un mar removido por corrientes submarinas. Hacia el Sur parece serenarse la superficie terrestre y se extiende la Pampa de Lam-

pas donde rondan tradiciones y leyendas de heroísmo como las de los famosos morochucos en la legendaria Cangallo. Hacia el Norte se abren, como dos potentes brazos, las cadenas montañosas, Blanca y Negra, para ir a estrecharse en el Cañón de Pato a cuyos graníticos macizos ha tajado el agua, a través de siglos, de arriba abajo, haciendo profunda hendidura para dejar como en un libro abierto, la marca perdurable de los milenios y dando margen a la ciencia del siglo XX para que inventara una maravilla. Entre esos acariciantes y acogedores brazos háse acomodado muellemente un hermoso valle, por donde serpentea el Santa dejando a su paso riberas, cuajadas como perlas, de blancas ciudades y siembras abundosas de dorada mies. Allí, los moradores gozan de eterna ensoñación al dulce y leve balanceo del lecho que ofrece la pródiga y madre naturaleza. Pero allá, en la agreste y portentosa sierra, donde nace el Santa, como el Nilo más arriba de las cascadas, habita el hombre en constante y singular lucha por la vida.

Cuando el conquistador hispano, holló por primera vez la tierra baja, pensó en cierto trasunto de Babilonia; y era Huayllasmarca lo que veía. Pero, cuando llegó a Soco-Rocuay, se puso en «guarda», porque el pueblo era «grande» y presentía la «proximidad de Calcuchima con 50,000 hombres». Era el escenario guerrero, sin duda, el que producía tal estado síquico, porque los indómitos naturales ya no quedaban sino velando un pasado heroico.

A la altura de Recuay cruzan los caminos de todos los tiempos y que enlazaron las civilizaciones de Chavín con las de Chimú, Tiahuanacu, Cuzco, Pocras y tal vez con las de Mayas y Aztecas. Yanashallas es la puerta obligada para comunicar el Oriente con el Occidente por la zona de Huántar y poner en circulación la antigüedad peruana. Hoy día la ciencia y el comercio forcejean para recuperar antiguas decisiones en busca de mejores rutas para el Oriente.

Cristianizado el medio, los modernos habitantes conservan los extremos de su carácter. El término medio no armoniza con el temple de los naturales. O libres y altivos, audaces e inquebrantables; o suaves y hospitalarios; resignados y bondadosos.

El último cacique pone en juego sus refinamientos dignos de los Borgia para vengar el fin y el fracaso de su novela con una belleza. El Arzobispo Ocampo muere porque la astucia y la soberbia del cacique así lo han decretado. Pero el Arzobispo Toribio de Mogrovejo ha pasado cual otro Jesús de Galilea. Ni un incidente con motivo de su presencia; sin embargo, apóstol minucioso y experimentado, hace la estadística completa de las familias. Por el contrario, Recuay conviértese, por el momento, en sede de su Arquidiócesis para que el celoso Arzobispo lanzara sus temidas excomuniones contra el corregidor don Alonso de Alvarado sostenido por la Audiencia contra las acusaciones del Santo, quien lo conmina y castiga por retener dineros de iglesias y hospitales

de indígenas. Mas tarde, los misioneros encuentran en Recuay, un lugar de apacible descanso. El P. Lobato fue muy querido, y los indios lo idolatraban porque lo veían usar sus propias costumbres: sentábase con ellos sobre modestos bancos a comer en *mate* y con la mano, confesando humildemente ser indio como ellos. Tambíen el P. Chuecas vivió más de un año en Olleros, querido y respetado por los indios.....

Pero si él Arzobispo Ocampo quedó vinculado a Recuay en forma trágica, Santo Toribio dejó recuerdos de santidad y de taumaturgo.

Nos referimos a un rincón y una encrucijada que se denomina «Arzobispo». El nombre se le debe a él, según la tradición. Se dice que allí había un ojo de agua y una yerba que crecía en la humedad; el agua y la yerba eran venenosas. Todo ser viviente que bebiera y comiera de esa yerba moría sin remedio. Para los naturales era un peligro constante, pues esos elementos estaban cerca de sementeras y lugares de crianza. Cuando el santo Arzobispo hacía la visita pastoral iluminando su paso por los pueblos con la luz de su prestigio y la aureola de su santidad, las gentes sencillas de aquel lugar lo esperaron en el camino cubriendo el suelo de flores campestres, y levantando arcos de lo mismo. Llegó el Santo, conjuró el lugar y roció con el agua a las gentes, las que agradecidas le siguieron en bullicioso tropel hasta cierta distancia. Desde entonces, los rebaños pacen libremente: la yerba los alimenta y el agua sirve de refrigerio al cansado peregrino.

Pero, frente a la malicia del hombre, dicho lugar no ha perdido su aspecto estratégico. Es un recodo; y en el rincón cubierto de arbustos, cae el agua con extraño ruido. El camino real entra en ese rincón y luego sale y sigue trazando sinuosidades que parecen zarpas tendidas sobre la ribera del Santa. El lecho del río se interrumpe en conglomerados y residuos de agua mineral; una sorda resonancia llena la cuenca y amortigua cualquiera otra voz de la naturaleza. Los transeuntes se llenan de pavor y ven siniestras visiones cuando pasan en noche de luna; pero las gentes sencillas, en cualquier momento del día. Destácase una cruz desde un peñón y con sus brazos de madero acoge por igual a todas las víctimas que yacen allí. Hoy día, óyese a menudo el estridente *claxon* de un automóvil....

Don Fidel Olivas Escudero iba con frecuencia a Recuay a cumplir sus deberes religiosos. Los enemigos de la verdad y, por consiguiente, del apóstol de ella, tramaron una conjuración y lo esperaron en Arzobispo. Olivas Escudero iba sólo con un muchacho. A éste lo conocí en la sacristía de la Catedral. Del deán para abajo lo trataban con respeto y veneración y lo llamaban: «Don Manuel». Muchas veces quise asomarme al borde de su espíritu para ver lo insondable. Su noble ancianidad, lo revelaba. Como título de su prestancia alegaba el haber servido a hombres de otros tiempos. «Yo he servido a Villón, Olivas Escudero y a don Amadeo», decía. Pero cuando le preguntaba sobre el asunto

de «Arzobispo», como que se relajaban sus nervios y miraba cautelosamente a uno y otro lado como si alguien oyera. Y no decía otra cosa: «Fueron demonios en figura humana».—Pero al Sr. Olivas lo maltrataron y lo dejaron por muerto.—Cierto.— Unos viajeros lo recogieron.—Sí.— ¿Y qué hizo la justicia? —La de arriba—señaló el cielo— ya los ha castigado, y bien».— ¿Eran personas conocidas?. Otra vez, se puso a mirar a uno y otro lado, y pretextó que ya era «hora».

En efecto, unos samaritanos lo recogieron y lo encargaron en una choza; de allí lo llevaron a Huaraz. Cuando sanó, se levantó con un sello indeleble en la sien que le reducía levemente el ojo izquierdo. Nunca habló él de este incidente; pero conservaba y ocultaba dolor muy grande. A poco tiempo, su texto titulado «Geografía del Perú» apareció con una mancha negra de cinco a seis líneas. Posiblemente existen esos ejemplares. En la biblioteca del Seminario, había uno. La versión más general acerca del motivo de este ignominioso hecho es la que afirma que en dicha Geografía había reproducido sencillamente el sobrenombre de los pueblos del Callejón: «Huaraz, presunción»; «Caraz, dulzura», etc., y algunos de Recuay se ofendieron. Posible; pero pudo haber habido otros motivos menos infantiles, puesto que se trata de un hombre extraodinario que combatió fuertemente en el campo misional, periodístico y político. Enemigos los tendría. Si no los tuviera, sería en vano todo lo que estamos diciendo mucho de bueno en torno a su personalidad. Y todos los que admiran a Olivas Escudero, lo miden, sin duda, por lo que sufrió allí; y sufrió toda su vida dolor inconfesado. Por eso, al terminar su inmensa carrera de sacrificio, a más de otros sobreabundantes sufrimientos, fue recordado, particularmente, sobre sus despojos, aquel martirio en tierra ancashina, que culminara en Arzobispo. El doloroso recuerdo, lo hizo, en Ayacucho, el P. Elías de la Virgen del Carmen con estas palabras: «Siempre el buen sacerdote ancashino obró como un gran santo y un gran patriota. Sin embargo, tan negra fue la ingratitud y la conducta de los hombres para con él, que a pesar de tantos beneficios recibidos, no faltaron lenguas viperinas que lo calumniasen, manos alevosas que llegaran a ponerse sobre su sagrada persona, dejándole un signo indeleble de tantas crueldades que cometieron con él, en su rostro, señal inconfundible de su cruel martirio que lo acompañó hasta la sepultura; salvándose más de una vez, milagrosamente, de muerte segura que le tenían preparada espíritus malvados»......

Tal, el epílogo en tierras de Ancash.

XV

Elegido obispo, sale Olivas Escudero de Ancash.— Asunto de una pintoresca tradición.— En Ocopa.— La historia de Huamanga se desarrolla en la memoria de Olivas Escudero como una película cinemática.— Ayacucho es escenario de contiendas y violencias.— Asentóse la ciudad cristiana sobre degollamientos.— La perpetuidad de virtudes cristianas.— En la tierra de Bruno Terreros.— Hacia el país del ensueño.- Un ósculo a la sagrada tierra de Huamanga.— Similitudes de Ancash y Ayacucho.— Entrada triunfal.— Empieza la palabra que no había de fallar.— Una excursión por el pasado.— Reliquias históricas y artísticas.

Desde la colina de «Acuchimay».— Bello panorama.

Elegido por el Congreso en 21 de Setiembre de 1899 y preconizado por Roma en 18 de abril de 1900, fue consagrado en Lima en 15 de agosto del mismo año. Salió de Huaraz, el 5 de julio de 1900, despedido por la sociedad con expresiones de sentimiento como no se le ha tributado a personaje alguno, por su sinceridad y cariño. A su paso en Huacho, quiso areglar asuntos urgentes y desembarcó; pero la brevedad del tiempo no le permitió llegar a su conclusión, zarpó el vapor y lo dejó. Entonces, tomó un caballo y emprendió viaje a Lima y se refiere que llegó antes que el vapor al Callao. Después de las ceremonias de la consagración y hechas las diligencias necesarias para su obispado, emprendió viaje rumbo a Ayacucho. A su paso en Ocopa hizo tres días de retiro espiritual con el propósito de recapacitar en el momento de su vida que hacía época entre su pasado y su futuro. En sus largas y profundas meditaciones consideraría los nuevos y grandes deberes a los que estaba destinado por el cielo. Ponderó la seriedad del momento, pidió auxilios a Dios, consejos a los religiosos más ancianos y experimentados del Convento. Su nuevo campo de acción se dibujaba en lontananza entre brumas y siluetas imprecisas. Estaba rodeado, en la biblioteca, por espíritus que hablan constantemente a todos los hombres para que no se extravíen en el camino, máxime cuando reciben la misión de guiar a las multitudes. Dícele S. Pablo....«que si alguien aspira a ser obispo, desea una función excelente. Con todo, es preciso que el obispo sea irreprensible....... que sea sobrio, prudente, grave,

modesto, casto, amante de la hospitalidad, apto para enseñar; no dado al vino, ni violento, sino dulce, pacífico y desinteresado; que sepa gobernar su propia casa»....Los Santos Padres están en torno a él y le dicen uno después de otro: «El obispo es Pontífice»; «Príncipe y Legislador», «Juez de las conciencias y Enviado de Dios»; «Ungido del Señor y «puesto por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios»... Asimismo, la gran Asamblea o sea la Iglesia misma, levanta su voz y le dice: «Procura hacer conocer, ¡oh obispo! por medio de una vida inmaculada, tu dignidad y el puesto que ocupas, porque apareces entre los hombres como la figura o imagen del mismo Dios, presidiendo a todos los mortales: sacerdotes, reyes, príncipes, padres, hijos, doctores, a todos sin excepción, pues todos igualmente están sujetos a tí».......

Ante estas palabras que la historia confirma con el martirio para todo aquel que quiere cumplir fielmente con la consigna, sentía su espíritu como acribillado por punzantes dardos. Ni faltaba en el coro la voz del mundo y del demonio. Ayacucho es el país de los Pocras, nación aguerrida de otros tiempos; pero que sus hijos conservan el valor y la rebeldía. Y su imaginación iba lejos: Vamos a aquel escenario-se decía-. En la soberbiosa Lima se oye a menudo que la mitra de Ayacucho es sentencia de próxima muerte: 7 obispos fallecieron antes de cumplir dos años de residencia, con muerte violenta.........Es verdad,-reaccionaba, sin embargo-que las aguerridas huestes de Ancco-hualluc han emigrado, batidas por el ejército de Viracocha en las llanuras de Yahuarpampa; ya no cuelgan en Aya-huarcuna los cadáveres de sus enemigos para escarmiento de las generaciones; ni la venganza del Inca destruyendo a los Pocras en Aya-cucho, puede amenazar el nuevo espíritu que ha prevalecido en la sede cristiana donde se selló la libertad de las naciones.

Ayacucho, fundado por orden de Francisco Pizarro, para vigía de la frontera, es lugar donde Miguel Astete, convertido en hijodalgo, ha restituido la *mascaypacha* al cristiano Inca don Diego Sairitupacc, el que recibiera como gracia la hilacha del manto real que le pertenecía. Es ahora, «la muy noble y muy leal ciudad de San Juan de la Frontera», ayer «de la Victoria», hoy. Sobre el pasado guerrero y vengativo, ha surgido una nueva civilización, amasada con sangre y degollamientos. Ha penetrado, con el primer cura Francisco de Serrera, la suavidad del Evangelio. A impulsos de la nueva fe, se ha levantado una nueva ciudad, a base de hijodalgos y conquistadores; háse colgado en la casa del pueblo el nuevo blasón que ostenta un corderillo sobre el Evangelio con siete llaves y una banderola de asta crucífera. El cielo azul de Huamanga se entrecorta con una treintena de magníficas iglesias y conventos, que guardan bellezas únicas como la Catedral y Santo Domingo y monasterios de pintorescas y edificantes tradiciones; impregnados de aroma e incienso, están los seculares muros, y sus casas alineadas con su pórticos y pilares, sustentan cofres y arcadas. Ambiente de gloria y luz de triunfo.....eso

es Ayacucho, ahora, con su historia, con sus héroes, con sus santos, con su poesía, con sus cuadros, con su arquitectura, con sus tradiciones y sus leyendas. Allí vive una gran familia que hace culto de la nobleza y de las glorias de su pasado y quiere la perpetuidad de sus virtudes.

Bello será vivir rodeado de un ambiente de bondad que caracteriza a las gentes de Ayacucho, las de melifluo acento y suave conversar. Su religión debe ser profunda, firme, encendida y cordial. Tonificante será ver desfilar las sombras de los personajes de su historia desde Vasco de Guevara hasta Pedro García de Riestra y desde el Marquez de Lara hasta don José de Montenegro y desde la prisión de La Serna hasta los albores del siglo que empieza.

Fidel Olivas, hombre de nervios sentía el eco del clarín a través de su fantasía y el piafar de corceles en Junín y las arengas de Bolívar, Sucre, La Mar, Córdova y Lara. Soldado de Cristo, no puede ser ajeno a los ardores que inflamaron el corazón de otros, como él, ministros del Altísimo. No en vano estaba sobre el suelo donde se irguiera la figura del cura Bruno Terreros, de quien los defensores del Rey se preguntaban asombrados de sus hazañas: ¿«Fraile y Coronel? Dios me libre de él»; mártir más tarde, por causa de la Fe. Otro día estará en el ambiente donde dejaron su inmortal prestigio, los santos prelados, milagrosos como Francisco Verdugo; venerables y célebres como Ladrón de Guevara, Obispo, Virrey, Gobernador y Capitán General del Perú; ilustres, como Cristóbal Castilla y Zamora, fundador de pueblos y de la Universidad, protector de sabios y apoyo de los indios, vástago real, hijo de Felipe IV....

Estas y otras cosas le asaltaban en sus horas de profundo silencio, pasadas en el convento de Ocopa.

A ratos se desanimaba, a ratos anhelaba que amaneciera para proseguir la marcha al país del ensueño.

Otro día, pues, reanudó su viaje llevando de Ocopa dos padres misioneros para que lo asesoraran y le ayudaran en las misiones que daría a su paso. Hombre raro que no esperaba el cumplimiento de formalidades para hacer el bien en su carácter de obispo. A los misioneros, que desde luego conocían la región, les había prevenido para que le indicaran el límite de la diócesis de Ayacucho. Y cuando se lo indicaron, al tocar esa tierra sagrada para él, quiso postrarse, como los conductores de Israel al divisar la tierra prometida, e inclinar la frente hasta tocar el suelo. En la cumbre de Tayacassa, en efecto, se bajó de la cabalgadura, se despojó de la indumentaria con que viajaba y desplegando el hábito talar y recomponiéndose como para hacer algo sagrado, se postró en el suelo, hizo oración y besó la tierra. Luego, levantó los ojos humedecidos y lanzó un profundo suspiro. Caminó largo trecho pensativo y cabizbajo. Después, pasó la mirada en torno suyo: había bajado mucha pendiente y pensó ver paisaje extraño, elementos adversos, colores grises; pero vió en realidad, iguales

tintes, semejante fisonomía, hermosa variedad de panoramas, así como la que dejara en el bello Callejón de Huaylas: los mismos cirros en el cielo azul, la misma cascada, cristalina y fecundizante, la misma vegetación cargada de clorofila, la misma gallardía de montañas, el mismo jaspe en los desfiladeros, las mismas quebradas profundas, la misma armonía en los bosques, el mismo silbo de leve viento, la misma reverencia y la misma hospitalidad sobre todo entre las gentes sencillas. Ya varios de sus diocesanos, lo han rodeado. Y entre emociones y felices impresiones, avanza en su camino, dejando atrás pueblos y aldeas, arcos y flores; campiñas y pastores; cultivos y cabañas, como allá, en Ancash. Sólo grupos de alpacas, llamas y vicuñas y vivos colores de vestidos femeninos, decoran y matizan paisajes dándoles fisonomía peculiar; y el dulce cantar del lenguaje, denuncia la diversidad del lugar.

Hizo su entrada en la ciudad episcopal el 14 de setiembre. Sus habitantes lo recibieron con proverbial nobleza y entusiasmo. Aquellos que forman el exponente y la cultura y sobresalen para responder por ella, estuvieron cariñosos y comedidos. El Cabildo, las autoridades políticas, los personeros de la Comuna, el director de la Beneficencia, la Corte, los presidentes de las instituciones tanto profanas como religiosas, todos estuvieron en la cita para una recepción cual conviene a un nuevo prelado, jefe de la catolicidad en una diócesis. La voz de las campanas de las treinta y más iglesias y oratorios anunciaba, sin duda, en su lenguaje que sólo la historia y el tiempo descifran, la presencia de un adalid de la fe, de un restaurador del orden cristiano y de un espíritu digno de una vida heroica. Bajo palio de brocados de oro, entre sahumerios de plata y vestiduras, varias en color y forma, de capitulares, comunidades y monaguillos, entre el entusiasmo de un pueblo lleno de fe y cristianismo, cruzó la gran plaza de Ayacucho e ingresó a la histórica Catedral. Las campanas seguían hinchando los aires de broncíneo clamor, cuando subió las gradas del altar y se postró en el suelo para elevar su oración ferviente y expresiva al Altísimo por el momento histórico de que se había dignado hacerlo objeto. Besó de nuevo, humilde, la tierra, se levantó y avanzó hacia el pueblo, seguido de los capitulares, y, hecho el silencio, con acento conmovido, comenzó a hablar a sus diocesanos, inaugurando así una cátedra donde no fallaría su palabra para decir la verdad, condenar la injusticia, combatir el vicio, predicar el orden cristiano y evangelizar a los pobres, durante el largo período de su vida, frente a una de las diócesis más interesantes del Perú. Cantado el Te Deum y cumplido los preceptos del Ritual, el pueblo lo acompañó hasta su nueva residencia.

Al día siguiente, hizo la visita de cortesía al Cabildo, recorrió todos los compartimientos de la Catedral. Su memoria, asesorada por los canónigos, hizo larga excursión hacia el pasado cuya expresión eran los venerables y vetustos objetos que veía.

Transportado en alas de la imaginación, al siglo XVII, platica

el ilustre visitante con su comitiva. Dícenle que a petición del Rey Felipe III, Paulo V, expide la Bula de 20 de julio de 1609 fundando la Catedral y por cédula de 5 de junio de 1612 se ordena la creación, bajo la advocación de Nuestra Señora de las Nieves. El Virrey don Juan Mendoza y Luna, Marquez de Montesclaros, da cumplimiento a la orden real. El primer obispo Fray Agustín Carbajal hace la creación y pone la primera piedra don Francisco Verdugo, quien empieza una nueva construcción. Pero la construcción de la Catedral, ampliada en tres naves, pertenece íntegramente al celo y trabajo del señor Castilla y Zamora. Allí está la mitra con que asistió este prelado al Concilio Ecuménico del Vaticano. Aquí estuvo un anda en forma de una serpiente forrada de plata que los españoles desbarataron para hacer gastos de guerra, antes de la batalla de Junín. En 1881, se desplomó una columna y desquició una gran parte de la Catedral y Gerardo Saez dijo, hace poco, estas palabras en el periódico El Porvenir: «Triste y a la vez imponente, es el espectáculo que hoy presentan las ruinas de la Catedral, en cuyo vasto y solitario recinto parece que no se escucharán más que los dolientes sollozos de Jeremías».

Este es el Lignum Crucis y éstas, las reliquias de los santos. Aquí están las de San Francisco de Asís, San Antonio de Padua, etc. etc. El Patrón de la Catedral y de la ciudad es la Santísima Trinidad y la Titular, la Virgen de las Nieves.

Aquí están los cuadros de más mérito: El Patriarca San José, San Antonio, San Cristóbal, etc. Este que está en el altar del Señor de Burgos, es el Niño Llorón. El pueblo devoto lo llama así porque tiene una hermosa tradición, la del zapatero remendón, cuya autenticidad consta de expediente. Su imagen fué trasladada de la casa del zapatero a la Catedral con mucha pompa.

En resumen, esta Catedral es joya de arte, tradición e historia; pero necesita una seria refacción y decencia completa.

Y el prelado siguió visitando las demás Iglesias.

La primera Iglesia por su antigüedad es San Cristóbal, donde reposan los restos de algunos caudillos caídos en la batalla de Chupas, como el Corregidor Alvarez Holguín, compañero de Hernán Cortés y el que tomó prisionero a Guatimocín y Pedro de Candia, uno de los trece del Gallo y único heleno, partícipe de la Conquista.

La segunda Iglesia es San Francisco, la mejor después de la Catedral, con cuadros de importancia.

La tercera, Santo Domingo, la poseedora de lienzos. En su convento vivió el *Vidente* Villalobos.

La Cuarta es la Compañía: expulsados los jesuítas, fue cedido el local al Seminario. Tiene muchos cuadros.

La quinta es Santa Clara, célebre por el culto del Nazareno y por el Señor de la Sentencia, a quien presentan los devotos recursos a estilo de los que se hacen en los tribunales de justicia. Hace también célebre a esta Iglesia la *Mama Perca*; además, posee más de 100 cuadros.

Santa Ana, con muchos cuadros.

Bendita Magdalena, igualmente.

Todas estas iglesias son del siglo XVI. La de San Agustín, en cuyo recinto tuvo lugar la Asamblea Constituyente presidida por D. Nicolás de Piérola. La única que no tiene cuadros notables.

San Juan de Dios, con cuadros del siglo XVII, así como la anterior.

Por razón de su antigüedad, la Catedral ocupa el 10º lugar; púsose la primera piedra en 23 de noviembre de 1632.

La Merced, fundada en 1641. Santa Teresa, consagrada en 1703, por Ladrón de Guevara. San Francisco de Paula, de 1713. San Buenaventura, de 1741.

Hay otros templos de menor importancia.

Casi todos los templos necesitan refacción.

Por lo visto, la coleción de cuadros y lienzos, constituye una valiosa riqueza.

«No cabe, pues,-dice el obispo Olivas Escudero-que los templos son y han sido siempre los más ricos tesoros de Ayacucho y todos ellos son obra de la iglesia, de ese clero tan vilipendiado por la incredulidad.»

En la visita que hizo el prelado al día siguiente de su llegada figura el Seminario. Le informan que fue fundado por Don Cristóbal Castilla y Zamora en 1677 y trasladado en 1768 al convento de los jesuitas por el obispo Fr. José Luis Lila. En 1680, fue elevado a rango de Universidad, con privilegios y regalías iguales a los que tienen las universidades de Lima, Méjico, Salamanca y Valladolid. Ladrón de Guevara es considerado como el segundo fundador por las formalidades a que sometió. Hoy día su estado actual pide completa reorganización y adquisición de útiles de enseñanza. El local tiene condiciones. Es de saber que la Universidad funcionó sin interrupción hasta la guerra con Chile, motivo por qué cesó. Eran los primeros rectores, los mismos obispos.

Hay dos monasterios, el de Santa Clara y el de Santa Teresa. cofres de bellísimas tradiciones.

En Ayacucho fueron suprimidos por la República 7 conventos.

Existen actualmente el de San Francisco, construido en 1898, con 4,000 volúmenes de libros.

Para darse cuenta del estado espiritual y religioso de los establecimientos de enseñanza, el prelado los visita y quiere darse cuenta cabal de su historia.

Ramón Castilla había restablecido el antiguo colegio de la Victoria que fue creado en 1831 y dióle las rentas de los conventos supresos de San Agustín, Santo Domingo, San Francisco y San Juan. Desde entonces lleva el nombre de San Ramón. El primer director fue el canónigo Pedro Lucas Cueto. Las tropas chilenas destruyeron su archivo y útiles, haciendo cuartel. En 1876, fuéronle adjudicadas las rentas de la extingida Universidad.

Los primeros alumnos fueron becarios por orden de Castilla.

El colegio de Educandas de Nuestra Señora de las Mercedes, creado por Ramón Castilla en 1861. Tambíen dejó de funcionar los días de la guerra. Hoy cumple debidamente su nobilísima misión.

———

Cuando el día de su llegada, viera el panorama de Ayacucho parecía ver a lo lejos una piedra de topacio prendida en un manto de color esmeralda. Eran los tejados encendidos por el sol de Ayacucho en medio de una exhuberante vegetación. En torno a ello, se divisaban líneas sinuosas, que se entrelazaban como mallas de una red: eran los cercos de las sementeras. Las faldas del Condorcunca se extendían, subiendo cada vez más hasta topar con dedos de nieve el azul del cielo y trazaban líneas blanquecinas. Qué visión tan parecida a la que dejara en Ancash, por la amplitud, por los matices y por la nieve. Pero allá, hacia la derecha estaban las llanuras de Cangallo y más allá todavía, las evocadoras e históricas pampas de Chupas. Por aquel horizonte debieron haber desaparecido los pocras cuando la famosa retirada después de Yahuar-Pampa. Límpido el cielo, apenas alguna nube fugitiva; y los cerros envueltos, en leve y grisácea atmósfera, característica del mes de setiembre en la serranía.

Hoy estamos, después de una ligera visita a los interiores de la ciudad, sobre la cima de «Acuchimay». Ahora, el panorama es distinto: los pormenores del lejano lienzo, se distinguen claramente. Hay arboledas en abundancia, cada casa solariega tiene su huerto: hay limoneros, pacae, parra... y todo cuanto puede producir una tierra fértil bajo un sol, tibio y benéfico, en todo su recorrido por la órbita. Por entre las copas de los árboles saltan los tejados y hacia el centro se apiñan las casas, lo que a lo lejos parecía topacio. Aparecen las líneas rectas de las calles, las columnas blancas en los corredores, el clásico yeso empañando la vista. Las torres se alzan más arriba, son muchas y parecen sostener coloquios que el nuevo siglo ignora. La Catedral, de cal y piedra, ostenta su hermosura; así también las demás iglesias, los edificios públicos, la Universidad o sea el Seminario, el Palacio de Justicia, etc. Esa línea de portales, es la que circunda la plaza principal; sobre ella corren galerías a uno y otro lado. Vese también el mercado público: parecen gigantescos hongos; son las sombrillas de las vivanderas. Hormiguera de gente, es un mercado bien surtido; allí se encuentran todos los comestibles y por poco dinero. De la ciudad salen senderos y se retuercen por los cerros, son los caminos que van a las aldeas. Aquello es una alameda de sauces, sigue la dirección del riachuelo, ensombrece la vegetación y los huertos se suceden a lo largo. Eso es como la alameda de los Descalzos en Lima; lugar de cita y recreo. No tiene ruidos la ciudad, apenas se oyen algunos gritos humanos, de

muchachos que juegan, de gallos que cantan, el susurro de la fronda, con espirales de humo que denuncian cálido hogar.

Por el sendero que baja cerca de la comitiva prelaticia, pasan grupos de mujeres, niños y mancebos. Ellas visten de lana y vivos colores; les cubre el busto la clásica *lliclla* incaica, y las faldas amplias y superpuestas y orilladas de grecas. Relucen sortijas y zarcillos de filigrana, lujosos y estilizados. Verdaderos tipos de «*tipihueccan*». Entre estas gentes, hay bellezas que compiten con la aristocracia. Los hombres visten *huara* como en la capital ancashina. Saludan respetuosos.

El mundo indígena ofrece poca diferencia sicológica, al parecer, del que hay en Ancash.....

Ayacucho es una reliquia española, echada en las heredades de los hijos del Sol. Le ha cubierto el moho; pero se le reconoce fácilmente.

Cómo convida añorar sobre tantas cosas que debe encerrar esta reliquia. Sobre ella, se oyen voces de ayer, seres de otros tiempos. Esta ciudad ha sido el hospedaje de muchas generaciones. Aquí vivió el hijo de Felipe IV, aquí están los restos de Pedro de Candia, de Holguín.... Allí, vagan las sombras de Verdugo, de los héroes de la independencia, de heroínas que simbolizan el valor de la mujer peruana. Esos monasterios han sido teatros de cuántas tradiciones, piadosas costumbres y hasta de novelas como la de la joven doña Catalina de Erauso, que se disfrazara de hombre y obtuviera clase de abanderado, el mejor espadachín del Perú, deudora de varias vidas en lances de honor y que al fin fuera descubierta y reducida al convento de Santa Clara para ser después conducida a España. De donde partiera de nuevo para Méjico, con real permiso para usar traje masculino y ostentar el grado de oficial en la Guardia del Virrey.

Aquí nació José Santa Cruz que se hizo coronel en el Cuzco y pasó a la Paz, donde se casó con la hija del Cacique Calomana, de cuyo matrimonio naciera el Gran Protector de la Confederación Perú-Boliviana.

Cómo se distingue la vieja e histórica parra en el sitio del Palacio de Justicia, la primera planta que ofreció vino a los ayacuchanos para su primera libación por la dicha de vivir en esta hermosa tierra.

Es un ambiente de estética y de recuerdos y de cuántos motivos para la escultura, la pintura, la poesía y la música. Con razón, el espíritu artístico ayacuchano busca los caminos de la filigrana en la madeja, en el mármol y en la plata.

Sede de una dilatada diócesis, comprende los departamentos de Ayacucho, Huancavelica y parte de Apurímac y está asentada a 2 716 m. sobre el nivel del mar. Confina con la montaña. Pueden acomodarse en esta extensión territorial, algunos arzobispados de Europa. Su población alcanza a 600,000 según el censo antiguo. Quizá ninguno de los 29 obispos que ha tenido ha visitado todas las parroquias y poblaciones de la diócesis. El que más recorrió

fue el recordado Castilla y Zamora.

En estas y otras pláticas estuvieron entregados el nuevo obispo y sus acompañantes mientras transcurrían las horas plácidamente; y cuando descendieron del altillo, el prelado caminaba entusiasta y alegre manifestando, lleno de optimismo, sus proyectos y estímulos recibidos en esta excursión.

XVI

Primeras providencias.— El culto del esqueleto de la muerte, matrimonio por partes, etc.— Empieza el peregrinaje evangelizador.— Ejemplo ante la fatiga.— Renacían los pueblos.— Siguiendo una ilustre huella.—

———

Imprenta.— Asilo.— Teologal.— Organización educacional.— Una reforma a pesar de todo.— En Huanta.— Cuatro años de labor.— Frutos.

A las dos semanas de su llegada, empezó a expedir decretos de reforma y restauración. Ha declarado como el Apóstol de las Gentes: «*Instaurare omnia in Christo*».

En uno de los primeros decretos ordena la traslación de la parroquia del Sagrario del templo de la Compañía al de S. Agustín para «evitar inconvenientes que resultaban para la marcha regular del Seminario, establecimiento que funcionaba en el convento de dicha Compañía». Es, pues, el Seminario, el primer objetivo del nuevo prelado cuya primera pastoral trae estas palabras: «He aquí mi sueño dorado, que será el objeto especialísimo de mi atención». Quiero «colocar mi Seminario en el pie de un establecimiento que sea verdadero templo de las ciencias y santuario de la piedad». «Ojalá llegue a ser una verdadera realidad en mi diócesis esta promesa del Señor al pueblo de Israel: «Yo os daré pastores según mi corazón, conciencia y doctrina». «El Seminario será, pues, el corazón de vuestro Obispo».

El 14 de Setiembre, como hemos dicho, fue su entrada a la sede, y a los veinte días de esa fecha expide el Auto de Visita Pastoral, «deseoso -dice- de conocer el estado moral y religioso del clero y pueblo encomendados a su solicitud pastoral». En dicho auto constata que es uno de los deberes más importantes y sagrados que imponen los cánones para la mejor administración eclesiástica y para cautelar todo el bien que contienen».

Empezó la Visita por la ciudad episcopal, en compañía de los sacerdotes Manuel María Cano y José María Castillo, y continuó en las parroquias de la provincia del Cercado. Y concluida esta

visita, hace los ejercicios espirituales del clero de la Diócesis y dicta acertadas disposiciones mandando entre otras cosas: la enseñanza de la Doctrina Cristiana en las parroquias rurales en *idioma quechua.* En las ciudades, la explicación del Evangelio. Prohibe velas de *sebo en las misas y kerosene* para lámparas del Santísimo, y prescribe el uso del aceite de olivo. Proscribe *el culto del esqueleto* de la muerte y la *exhumación* de los restos mortales, bajo penas para los párrocos que los toleren y no denuncien. Prohibe, asimismo, el acompañamiento de *mojigangas,* danzantes en las procesiones. Establece la limosna para el Dinero de San Pedro, Propagación de la Fe y Obras Pías y que no se celebren ceremonias matrimoniales *por partes.* Establece los ejercicios espirituales del clero durante ocho días cada año en la casa Penitencial de Lourdes; asimismo, la recaudación de las rentas del Seminario y Cuartas Episcopales.

A los ejercitantes, reunidos en pleno, después de muchos años con el ánimo con que están, exhorta y les dice a imitación del Maestro: «Sois la luz del mundo».... «Ahora más que nunca estáis hechos el espectáculo del mundo, de los ángeles y de los hombres». «Que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos». «Exclamad: ¿Quién nos separará de la Caridad de Cristo?».... «Todo lo puedo en Aquél que me conforta»... «Id y enseñad a todas las gentes a guardar todas las cosas que os he mandado»....

En julio de 1901, continúa la Visita en las provincias de Huanta, La Mar y Cangallo; da normas precisas, previamente, a los párrocos sobre lo que debe versar la Visita: en primer lugar si se han cumplido las disposiciones de Nbre. de 1900. Le acompañan padres descalzos. Duró la Visita cerca de seis meses. En 1902 y años siguientes prosigue en sus correrías apostólicas. Se hace ayudar por Mons. Manuel Cano y por el Padre Eugenio Hengbarth y otros redentoristas. Y así, en el primer cuatrienio puede terminar la Visita de toda la Diócesis. En ese lapso, ha administrado más de 157 mil sacramentos. Se ha dado cuenta del estado de las provincias, ha tomado datos interesantísimos acerca de su geograïía, historia, tradiciones y costumbres. No ha cumplido con este primordial deber por curiosidad o animado de otro espíritu que no sea el de un verdadero apóstol. El tiene la idea fija en la restauración moral y religiosa del clero y pueblos. Por eso, prescinde de las distracciones de vanidad y orgullo cuando los pueblos a su paso le rinden el homenaje que no se rinde al común de los hombres. Llega a los pueblos, a veces después de una jornada de 10 a 15 leguas a caballo y por camino escabroso, se dirige a la iglesia, saluda y exhorta a los fieles a la reforma de la vida, ora con ellos y medita, preside todos los actos religiosos de la misión; si sus familiares se rinden al cansancio y al sueño, él permanece en actitud de hombre valeroso, quiere ser ejemplo en medio de su pueblo; y por eso, llama y anima a los mismos misioneros. Nunca se queja de las deficiencias en el aloja-

miento o de los menesteres de la vida; come de lo que le ponen delante; y, humilde y sufrido, se hace objeto de miradas edificantes y comentarios dignos de un discípulo del dulce Maestro de Galilea, que dejaba espigar para el sustento cuotidiano a falta de alimentos reconfortantes. Cuántas veces, sus acompañantes se declaraban vencidos por el trabajo: él continuaba rezando su breviario. Como cualquier misionero o catequista, enseñaba la doctrina a los niños y a los adultos, confesaba y repartía la comunión. Competía con los misioneros en el número de confesiones realizadas. Hombre de hierro y de actividad asombrosa, le alcanzaba el tiempo para cumplir con esas obligaciones, que se imponía, a más de las que son anejas a su cargo. Se preocupaba de la oveja descarriada, la buscaba, la aconsejaba, la amenazaba, y cuando podía regresar con ella, era su mayor dicha. «Hoy he tenido un premio», solía decir. Cuando él pasaba, parecía renacer el pueblo que visitaba: convalecían los espíritus enfermos, se desterraban enemistades añejas y se consolidaban amistades bajo la influencia divina después de una confesión de largos años o de la primera comunión hecha cerca del otoño o del invierno de la vida. Brisa que refresca, eran las misiones con Fidel Olivas Escudero. Sin duda, eso era para las almas que colaboran con la gracia. Hay otras que la resisten y se obstinan, entonces la visita del pastor era como la llegada del ladrón a media noche, como dice el Evangelio. Más de una escena hubo en que llegaba el prelado a un pueblo y el «custos» o centinela había huído dejando, como el mercenario, a sus ovejas. Y es en que en torno a la personalidad de Olivas Escudero se había hecho prestigio de jefe adusto e intransigente como la justicia; y la conciencia que no estaba preparada para echar méritos en la balanza, tenía que huir, como si eso fuera remedio. Pero, el que reconocía la ley y se sometía a ella, procurando las virtudes cristianas, aún en medio de flaquezas, veía la caridad que ennoblece y hace divinos a los que tienen en sus manos la autoridad, como este gran prelado, para quien, prestigiar, enaltecer y prodigar expresiones de afecto para el observante, era un deber fundamental y una noble estrategia.

En esta serie de la Visita tuvo, por cierto, muchas penalidades. Los caminos de la sierra ofrecen muchos peligros: desfiladeros en las quebradas, pisos falsos en las pendientes, pantanos, lluvias, distancias, enfermedades, accidentes, climas malignos, contagios, prevenciones y malas interpertaciones entre gentes ignaras, correcciones a hombres engreídos para quienes la ley es un mito y el Evangelio, lo desconocido. En una ocasión, lo hicieron volver al prelado a Ayacucho en camilla, de las pampas de Cangallo, pues había sufrido una caída grave. Pero restablecido de su dolencia, reanudó sus labores apostólicas.

Para llevar adelante la inmensa tarea de recorrer los pueblos moralizándolos, reconfortaba su espíritu por medio de la oración: oraba en el camino, oraba solo, oraba con sus acompañantes, oraba con los feligreses en los pueblos, nunca cesaba de orar y nunca

dejó caer de sus manos el breviario, según testimonio unánime de sus familiares y misioneros redentoristas y descalzos. Con este mismo fin, consideraba y seguía los pormenores cómo hacían la Visita sus antecesores heroicos a quienes admiraba. Y tenía su cuaderno de apuntes. De Castilla y Zamora se expresa en esta forma: «A este gran prelado lo vemos: haciendo su visita pastoral por dos veces sin dejar el rincón más retirado de esta vasta diócesis; atravesando las breñas por las más horrorosas, rodar precipicios por más de tres veces por sus pendientes, levantarse sereno y continuar con su santa misión».

«Lo vemos trepando hasta los picos más nevados de los Andes para descender luego a valles profundos, asido de cuerdas colgantes; navegando por el caudaloso Apurímac, luchar en débiles barcos en sus impetuosas corrientes, perderse en espesas selvas y aparecer en la cumbre del cerro de los Tigres, clavando el signo de la Redención al son de himnos sagrados, cuyos ecos repercutían por el seno de esas desconocidas y dilatadas regiones; lo vemos ponerse en contacto con las tribus salvajes, bautizarlas, reunirlas en sociedad y fundar un pueblo y retirarse, dejándoles un apóstol de la religión».

«También lo vemos en el interior de la tierra, caminando a la macilenta luz de hachas por los subterráneos de las minas de Huancavelica, hasta llegar a sus últimas fronteras, y salir de ahí a empadronar la provincia de Castrovirreyna».

«En Huanta, lo encontramos fundando un hospital; en Cocharcas, levantando un Santuario».....

Este breve, pero sincero homenaje a un antecesor que vivió hace siglos, demuestra el espíritu de que estaba animado. Hombre superior, enaltece verdaderos valores.

Durante su larga y continuada peregrinación por pueblos y villorios de su diócesis, trataba de llenar muchas lagunas dejadas por sus antecesores, inclusive por aquéllos a quienes admira.

Según los datos de su cuaderno, la provincia de Cangallo, aparece en la época de la Colonia con un intervalo de 41 años sin visita pastoral; y, durante la República, sólo cuenta con una visita, que es la de Juan José Polo; y la parroquia de Huancavelica, sin visita desde 1724. Varias otras parroquias no son visitadas en el transcurso de siglos.

En su recorrido el Sr. Olivas toca con la Montaña. No quedan más pueblos que visitar. La obra de la visita pastoral está cumplida. Pero, para consolidar, la fe promovida con su presencia, cree que es necesario fundar una parroquia en plena Montaña; y, proyecta de hecho la parroquia de Simariba y gestiona la fundación del Convento de Huanta.

———

También a los pocos días de haber tomado posesión de su sede, funda el «Estandarte Católico», periódico de información y defensa católica. Periodista de cepa, prevee su necesidad en el nuevo apostolado.

En 1901, crea el «Asilo de Pobres», que fuera a la vez, «Escuela Taller», donde niñas desheredadas de la fortuna, aprendan a ganar el pan del día. Formula el proyecto y congrega a los miembros de todas las instituciones, autoridades y personas notables; los exhorta y bendice la primera piedra. En su exhortación, repite las palabras del Apóstol de la caridad: «Hijitos míos, no amemos con sólo la palabra y lengua sino con obras y en verdad». Insiste en la ley de la caridad. «La plenitud de la ley, es el amor», dice con San Pablo. Dice que hay que imitar a los que personificaron a la caridad: a las Hermanas de la Providencia, Hermanas del Buen Pastor, Hermanas de la Caridad....en la crianza de los inocentes abandonados, en la consolación y rehabilitación de las magdalenas, en la asistencia de los desvalidos y de los moribundos... «Vamos a colocar -dice- la primera piedra de un Asilo, que será no sólo un Santuario de piedad sino un Taller del Trabajo y un pequeño plantel de instrucción»....

Se colocó la primera piedra y en seguida se empezó la construcción conforme a los planes del ingeniero Masías. Se reunen legados y limosnas. La obra crece y pronto están listas algunas celdas para recibir pobres.

———

«El Estandarte Católico» al dar cuenta de las obras del Seminario en 1901, dice lo siguiente:

«De orden del Iltmo. Sr. Obispo, se ha llevado a cabo importantes mejoras: especialmente en el 3er. patio se ha construido un ángulo más para los ordenandos, frente al refectorio».

«Las refecciones tienden a la mejor conservación del más importante de los edificios de su género en la República, tanto por su arquitectura y solidez, cuanto por la comodidad y ornato debidos en un establecimiento de tanta importancia».

Con fecha 28 de enero de 1902, decreta la construcción de un nuevo claustro en el local de la Casa de Ejercicios y se consigna una partida en el presupuesto del Obispado. También, se empieza, de hecho, la construcción. Se dicta el Reglamento de los Ejercicios y de las Conferencias.

———

Se crea la silla de la Canongía Teologal en el Coro, sobre bizantinas discusiones de parte del Prefecto y con intervención del Gobierno a favor de la doctrina sustentada por el Prelado.

———

Organizadas la Secretaría y la Administración diocesana, se empieza con la reorganización del Seminario.

Referente a este plantel, después de la primera providencia que hemos hecho mención, dióse decreto de reorganización en enero de 1901. Allí se acepta la renuncia del Rector y se pone esta clásula: «Quedan cancelados los nombramientos de todos los señores profesores y empleados, debiendo el Síndico presentarnos sus cuentas en la primera quincena del mes en curso para su examen por la Junta Económica Diocesana».

En virtud del decreto del 1º de febrero del mismo año, se crean tres secciones, se señalan pormenores de reorganización y se determinan sueldos. La pensión de los internos es de diez soles mensuales y la educación de externos es *gratuita*. Los becarios deben tener disposición intelectual, por lo menos, *mediana*. Se crean *20 becas* y *20 medias becas*. Se derogan disposiciones anteriores que se opongan. Pide idoneidad en los profesores y directores; y los nombramientos los da sólo para el año en curso. Para la vigilancia, establece una Comisión de Disciplina y Economía.

En 1903, se hacen cargo del Seminario los agustinos, venidos directamente de España.

En 1904, aprueba las cuentas de las refacciones hechas en la Catedral por iniciativa y disposición de él. Se ha hecho el estucado y pintura al óleo, algunas reparaciones y la traslación del Coro al Presbiterio.

Con este último motivo, el prefecto Alvarez Saez, se atemoriza en vista de movimientos populares iniciados para impedir dicha traslación, y, entre otras cosas, le dice en un oficio al prelado: «Tan noble y abnegado propósito de Us. Iltma. parece no haber tenido la suerte que aquella importante mejora requería y así lo comprueba elocuentemente el acta que acompaño a Us. Iltma. En esta emergencia, pues, y no siendo prudente tal vez insistir por hoy en hacer realidad el proyecto de Us. Iltma. que pudiera hasta comprometer el orden público, como los acontecimientos últimamente realizados en el departamento de Arequipa y que en su origen no fueron nada; en previsión, pues, de semejantes hechos, me permito suplicar a Us. Iltma., acuerde desistir de aquella reforma proyectada, ó por lo menos aplazarla temporalmente.

Dios guarde a US. Iltma.

J. Alvarez Saez (Firmado)

Pero, su Iltma. no era de los que se paran en pelillos. Ha emprendido una vigorosa reforma en las instituciones y debe llevarla adelante. La oposición es fuerte, sorda y traicionera. Se ha invocado la historia y la tradición seculares; no importa. La oración pública debe tener nueva forma para llenar sus fines de acuerdo con el pensamiento del prelado que no se inspira sino en la mejor manera de practicar el culto, promover su esplendor, cautelar su pureza y proscribir corruptelas. Se había, pues, desarmado, en consecuencia, aquel venerable Coro con enrejados de retorcidas columnas, tallados bruñidos por el tiempo, y santificado por el canto y oración ininterrumpida de más de tres siglos. Sonó el martillazo, y era el escándalo de los farisaicos. Un atentado contra el arte, dijeron los más. Pero, entre el ruido de los golpes de martillo, el polvo que dispersa a los canónigos, la murmuración de las subcapas sociales y el elogio de los buenos, aparece el Coro, al fin, en la otra extremidad de la Catedral, y el pueblo, a ojos vistas, en una gran fiesta, da su fallo y dice: «Allí está mejor». Los periódicos traen crónicas como ésta o semejantes:

«Felices sacrificios y penalidades, que terminan en santas alegrías y en mayor honra y gloria de Dios».

———

Como ya hemos hecho referencia, S. S. durante su Visita Pastoral vió la necesidad de fundar un convento en Huanta.

La obra evolucionó en esta forma: por decreto de 13 de febrero de 1902, se funda un Seminario menor en dicha ciudad, con el título de «S. Alfonso María de Ligorio» y en el local cedido gratuitamente por don Manuel Quisoruco y familia. Sus primeros rectores fueron el Dr. Emilio Ramírez y el Sr. Aurelio Flores. Después de dos años de funcionamiento, se instalaron los padres redentoristas en este local. El Seminario se convirtió en Escuela Parroquial. Según la relación del Superior de la Comunidad, P. Juan María Chuvene, los gastos de fundación y construcciones del Convento, sufragó en su mayor parte la sindicatura eclesiástica y con propios dineros del prelado.

Al inaugurar el Seminario, el prelado emite, entre otros, estos pensamientos:

«El trabajo es la ley suprema de nuestra existencia temporal». «*Comer el pan con el sudor de la frente*»......

«Con el trabajo constante, debemos buscar el *pan* de nuestra inteligencia, que es la *verdad*; el pan del corazón, que es la virtud; y el pan material para el sustento del cuerpo»....

Cita autores: «Jamás estar sin hacer algo»....

«La vida sin la ciencia es la muerte».

«La vida del hombre sobre la tierra es una lucha».

«Mostradme lo que hacéis y yo os mostraré lo que sois».

«Si el niño es, según la expresión del poeta, el padre del hombre, esto es, el origen, la base de las nuevas generaciones, educar a la juventud es cooperar de un modo inmediato y eficacísimo al progreso, a la felicidad de los pueblos».

«Deseoso, pues, de contribuir, de mi parte, en mi doble carácter de ciudadano y de Prelado, al progreso y bienandanza de esta populosa e importante ciudad, he creado este nuevo plantel con el carácter de Seminario Menor».

«Mi amor, mi cariño a la juventud me ha traído acá, a pesar de mis múltiples atenciones en la Sede Episcopal, para asistir a la inauguración de este plantel hoy semejante al grano de mostaza del Evangelio, y que mañana extenderá sus follajes y dará ópimos frutos en beneficio de esta provincia y del Departamento».

———

Estas y otras obras que no podríamos enumerar por su extensión, proyectó y realizó el señor Olivas en los cuatro primeros años de su episcopado. Su labor fué intensa y multiforme; lleno de vigor, optimista y encendido el espíritu en la fe, hombre sin-

cero y apasionado, quiso abarcar todas las actividades para transformar y moralizar, enseñar y llevar por el camino del progreso a la diócesis que se le ha encomendado. Respecto a este prelado de la Iglesia, ningún epíteto puede significar exageración. Los que de cerca lo conocieron comprenden que cualquier cronista se quedará corto frente a la magnitud de su corazón, de sus deseos, de sus ímpetus en orden al progreso y a la perfección. Los cuatro años dichos son el peldaño de su ascención por el camino del éxito y del sacrificio. Con el fruto cosechado en ellos, quiere formar dorada gavilla para presentarse en actitud de valiente obrero, luchador incansable, apóstol genuino, humilde y rendido, a los pies de su Jefe, cuando vaya a Roma.

En efecto, anuncia su *Visita ad Limina Apostolorum*; pero antes, da cuenta a sus feligreses del primer curso de la Visita Pastoral en una carta cuyos fragmentos son éstos:

«En el acto de nuestra consagración episcopal, al poner sobre nuestros débiles hombros el libro de los Santos Evangelios, nos dijo el prelado Consagrante: «*Accipe Evangelium et vade...*» Recibe el Evangelio y anda, predica al pueblo que se te ha confiado...» (Pontif. Rom.)

«Desde este momento, de eterno recuerdo para nuestro corazón, no hemos cesado, con el favor de Dios, ya en nuestra Catedral en los días prescritos en los Estatutos, ya en los retiros mensuales del Clero y en otras ocasiones requeridas por la piedad de los fieles».

«Pero no quedaban satisfechos los sagrados deberes de nuestro augusto ministerio ejercitándolo sólo en la Sede Episcopal: era preciso llevar a cabo el «*vade*» del mencionado mandato y el «*Euntes ergo docete omnes gentes*» del divino maestro.

«Habiéndonos colocado el Señor como Pastor de una numerosa grey ¿Cómo podría decir: «*Cognosco meas et cognoscunt me meae?*»....

Luego, hace referencia al comienzo de la Visita que fue el 11 de Octubre de 1900 y dice que completó la visita interrumpida de las provincias de Angaraes, Andahuaylas, La Mar, por accidente sufrido. Hace el cómputo de los sacramentos administrados y habla del fruto recogido.

«Es fruto de la V. Pastoral —dice— la restitución de los bienes mal habidos, del honor y la fama mancillados, la reconciliación de las enemistades más inveteradas, la paz y la armonía entre las familias, la extirpación de las más groseras supersticiones que manchan el esplendor del culto divino....»

«Es fruto de esa misión divina el espíritu de fraternidad entre los fieles, de armonía entre éstos y sus párrocos, así como el buen gobierno de la Diócesis, mediante el perfecto conocimiento de las condiciones morales y sociales del clero y de los pueblos».

«Es fruto de la Visita Pastoral la reparación de los templos, la mayor seguridad de los bienes parroquiales, la extirpación de los abusos y otros infinitos bienes en el orden espiritual y tempo-

ral que sería largo continuar especificando».

Puntualiza en seguida la pesada labor del cura, colocado cual centinela en medio de los embates, calumniado, perseguido, incomprendido, y dice paternalmente: «Tal es, V. párrocos, vuestro ministerio, que quizá es más eficaz, más meritorio y lleno de mayores penalidades que el de los Prelados superiores; pues, mientras éstos durante la Visita Pastoral sólo preparan el terreno, abren los surcos y derraman la semilla Evangélica, vosotros sois los que hacéis germinar esa semilla divina, los que cultiváis esos campos, los que arrancáis constantemente los abrojos y espinas y recogéis esos frutos en los graneros del Señor, enviando al cielo esas almas asistidas por vuestro celo hasta el último momento».

«Mientras ellos la mayor parte del año gozan de paz y de reposo, rodeados de las comodidades propias de su elevada dignidad, vosotros, durante todo el año estáis soportando todo el peso del día y del calor sin que os sea dado contar con una hora segura para el reposo: ni la noche con sus sombras, ni las lluvias, ni los torrentes, ni los caudalosos ríos y demás dificultades propias del rigor de las estaciones son capaces de deteneros al escuchar las llamadas de los que reclaman vuestro sagrado ministerio».

XVII

Rumbo a Roma.— La imagen de lo infinito.— En Loreto.— Frente a la ruta de los cruzados.— Las ánforas de Atica.— La isla de Candia y la histórica Ayacucho.— Acrópolis.- Areópago.— La voz de Smirna.— Joppe, el puerto más célebre.— ¡Jerosólima, la Sagrada!.— Viendo lo que vieron otros siglos.— Oración sobre ruinas.— En el espíritu del ilustre peregrino están presentes personas y cosas de su dilección.— Es condecorado.— Olivas Escudero, turista.— Monserrat.— En la roca de Massabielle.— Impresiones de Francia.— El fiero Clemenceau y una coincidencia.— En el país de la Libertad.— De nuevo en la amada Patria.

Rumbo a Roma, salió el 1º de abril de 1905, de la sede Episcopal. Llega a la ciudad Eterna el 26 de Mayo, la que deseaba conocer «como el ciervo sediento las fuentes de aguas cristalinas». «Deseaba conocer al Vicario de Cristo, al inmortal Pío X». Tuvo la dicha de ser recibido, al tercer día de su llegada; «entre los brazos del más cariñoso de los padres».... La impresión que recibió fue grande, no sabía cómo expresar la emoción de ese momento. Besóle los pies; las exhortaciones del Papa han de ser, de aquí en adelante «como ambrosía celestial que ha de dulcificar las amarguras de la vida».... Informóle el estado de la Diócesis, del Seminario, del clero y fieles. Obsequióle con curiosidades de filigrana y óbolo para el dinero de S. Pedro. El día de su partida a Jerusalén volvió a verlo y recibió gracias especiales e indulgencias para sus fieles, las que serían ejecutadas en extraordinaria solemnidad y después de 8 días de misiones.

Durante su permanencia en Roma asistió de pontifical al 16º Congreso Internacional Eucarístico. La magnificencia de las fiestas, le parecieron «el eco fiel de lo que pasa en la Jerusalén Celestial». Mucha verdad le pareció lo que dijera Madame Stäel: «El Papa es realmente la imagen de lo infinito». Oyóle hablar al Pontífice en la clausura de dicho congreso, y el fondo de su discurso había sido su propio lema: «*Instaurare omnia*......»

Su alojamiento fue en el Colegio Pío Latino-Americano; y entre los personajes con quienes frecuentó y conversó, fueron los

cardenales Vives y Gasparri....

En Roma visitó los principales monumentos y templos. Piensa que «Roma es la Ciudad de los Papas»; «no de los modernos Césares», «que están sobre hechos consumados contra el clamor de la justicia de su causa». El lado cristiano le parece un trasunto del cielo; pero el lado pagano le causa horror y disgusto.

Pero, le confortan y consuelan los santuarios de Asís y de Loreto. «Dos serafines de amor divino, dice, de San Francisco y de Santa Clara; «dos tipos sublimes de la más perfecta santidad». Ha tenido la felicidad de imprimir el ardoroso ósculo de fatigado peregrino en las venerandas reliquias de Francisco cuya figura admiraba desde su infancia.

Cuando llegó a Loreto y vió la Casa de Nazaret parecía reconocer lo que conocía desde antes y asombrábase cómo pudo haberse trasladado aquella casa. Su fe era ardiente y sencilla, infantil y madura a la vez; su espíritu pronto a desprenderse de la materia, manifestaba su pleno dominio y empezaba a narrar: Esta es la «casa donde tuvo lugar la Salutación Angélica, el Misterio de la Encarnación del Verbo Divino y el de la Inmaculada Concepción». «Aquí vivió la Sagrada Familia durante los 30 años de la vida privada de J. C.» «Aquí formó, por decirlo así, el plan divino de su vida pública y de la regeneración de la humanidad». «Aquí en fin, iba a descansar de sus fatigas evangélicas por las montañas de la Galilea y a orillas del Tiberíades, en el seno de su amantísima Madre». «Este lugar es santo»: «Casa de Dios», «Puerta del cielo». Las naciones católicas levantaron en torno a ella, esta gran Basílica para conservarla. «Precioso tesoro»: «Nos postramos de hinojos»: «besamos una y otra vez esas paredes benditas que sirvieron de abrigo al Hijo de Dios y a su Stma. Madre».

Esta es la piedra sobre la que S. Pedro celebró su primera misa. Esta, la imagen de la Virgen pintada por el Evangelista S. Lucas. Y pleno de felicidad tuvo la suerte de celebrar también sobre esa piedra, en medio de los Angeles que le envidiaban. Las delicias gozadas allí fueron-dice-premio de su sometimiento y tribulaciones. Los capuchinos, custodios del Santuario, intérpretes de su sensible y honda fe, le favorecieron con el Diploma y Medalla de *Capellán de Honor del Santuario.*

En Loreto, permaneció dos días; al tercer día, está en Bríndisi, puerto donde se embarcaron otrora los cruzados de la Edad Media. Rumbo a Palestina, también él, soledoso cruzado, dilatando sus emociones, toca aquellos tiempos de fe y renueva en su pecho los fervores de Pedro el Ermitaño y el misticismo de Francisco de Asís, cuyas reliquias le han sobresaltado con su misterioso contacto. Ahora va hacia la «Ciudad de David». La nave que lo conduce bordea las entrecortadas costas de Grecia. Cuando surca el mar Jónico, experimenta otras emociones. Admirador de las cosas de Grecia, bien quisiera dar rienda suelta a su imaginación y expresar libremente todo su entusiasmo por el país donde la razón humana, se elevó, por su propio esfuerzo, a las alturas más

inaccesibles. Pero, Grecia es una bella floración en el cenegal del paganismo. El mundo marcha ahora a impulso de una nueva filosofía; vaciadas las áticas ánforas de su contenido pagano, están llenas de una nueva doctrina. El cristianismo acepta y se aprovecha de la perfección de la forma; pero ha elaborado una cultura superior.

Con todo, ese mundo de ayer es bello. Allí, se dibujan los montes de Olimpo, las islas Jónicas descansan en el lecho espumoso del mar, ya se distingue Itaca. El genio de Fanelón sigue las estelas trazadas por la nave de Ulises a quien le busca Telémaco. El talento cristiano rastrea la huella que se adivina en pos de Homero.

Y mudo y pensativo, deja una tras otra islas, archipiélagos, golfos, cabos, puertos, ciudades, montes, valles, cielos,......que le recuerdan personajes, hechos, pensamientos, poesías, belleza, libros, lienzos, estatuas, que llenan los museos y bibliotecas de todos los tiempos y lugares, ofreciendo al hombre que piensa y ama la verdad y la belleza un inmenso campo para las actividades del espíritu.

La nave ha ingresado al mar de Candia. Allí está la célebre isla. Don Pedro de Candia, fue natural de esta isla. Feliz el Perú que cuenta entre sus conquistadores a un hijo de esta gran Hélade. El, nacido aquí, fué como los argonautas, en busca de Vellocino; acometió las empresas más temerarias y afrontó los peligros más serios, cruzó la raya del heroísmo en la isla de Gallo, ingresó al país del Vellocino, participó del reparto de Cajamarca, ni se conformó con ello; hijo de inmensa fantasía, siguió luchando, confundido en el espíritu con los soñadores hijos de Iberia, engendrando una nueva raza, lidiando nuevas lides, hasta caer en la batalla de Chupas, cerca de Ayacucho, la legendaria. Aquel héroe nacido aquí, se disparó sin rumbo por el mundo sin más Norte que el deseo de la grandeza ni más fuerza motriz que su inquieto corazón. Sus restos reposan en la Catedral de Ayacucho. Candia, país de la libertad. Ayacucho, sello de la libertad de cinco naciones. Dos nombres gloriosos para los que la aman.

Pireo; *las famosas murallas*; Atenas, capital de Atica.

Para el Sr. Olivas los sabios de Grecia son familiares. Sus escritos periodísticos, sus conferencias, sus discursos y sermones, están llenos de citas de Sócrates, Platón, Aristóteles, Plutarco, Solón etc. Por eso, recorre con particular interés y absorto los lugares que hicieron célebres aquellos sabios con su sistema, su academia, su filosofía, su literatura, su arte y todas las actividades que puede desarrollar el espíritu humano. Sube a la Acrópolis, adivina los Propileos, entra al Partenón, siente la presencia de Atena, torna la mirada hacia la Pinacoteca y al Erecteyon. Sale a respirar, luego, hondo, sobre la augusta roca y al divisar el horizonte, quiere abarcar con su mirada y con su emoción todo lo que fueron ayer, la cultura y civilización helénicas.

En Atenas, le llamó más la atención el famoso Areópago, tri-

bunal en otro tiempo, de la más severa justicia, donde estaba prohibido todo recurso oratorio sentimental para no desviar la rectitud de los jueces. Es un lugar de atracción de todo espíritu fuerte. San Pablo entró de lleno y empezó a hablar ante arcontes estupefactos de oír una nueva doctrina: «Ciudadanos atenienses, echo de ver que vosotros sois casi nimios en todas las cosas de religión»........

Al encontrar las imborrables huellas de un apóstol cristiano y de la calidad de Pablo, el prelado peregrino sentía como él «consumirse interiormente el espíritu», al ver la gentilidad sobre tanta grandeza.

Pero pensó en esas otras figuras que se llaman S. Basilio, autor de las Epístolas Sabias; Gregorio Nacianzeno, el de las homilías y poemas; Crisóstomo, el de los sermones.....

Zarpa de nuevo la nave, se alborotan las sirenas, pasa Eubea, la hermana mayor de Negroponto; allí está la tumba de Aristóteles, en Calcis. Aquello es Quío, tierra de aquel ciego que iluminó el mundo de la Epopeya: Homero. El archipiélago del mar Egeo al deslizarse rápidamente la nave, ofrece innumerables islas que hacen la ilusión de navegar como una gigantesca escuadra para acometer alguna legendaria empresa. Esmirna, al frente. En esta populosa ciudad, nuestro ilustre viajero se considera estar entre los suyos al oír la respuesta inmortal del obispo S. Policarpo al tirano que requiere su rendición: «Hace ochenta años que sirvo a Jesucristo; siempre me hizo bien; ¿Cómo queréis que le abandone?». El Coloso de Rodas, ahora. La isla de Patmos, lugar de destierro y visión del autor del Apocalipsis.

Particular cuidado tiene al desembarcar en Bairut para admirar a la célebre Universidad de los Jesuitas. Y después de su visita coincide con aquel que dijo: «Los institutos religiosos son los que llevan y mantienen la civilización allí donde no han llègado aún los que alardean de ella».

20 de Junio en Jafa o Joppe, puerto donde, según tradición, construyera Noé el Arca del Diluvio y después de esta catástrofe, reedificado dicho puerto por su hijo Gafet. El entusiasmo del Sr. Olivas sube de punto a medida que se adentra en las cosas del Oriente. «¡Joppe! Allí-dice-se embarcó el profeta Jonás para ir a Tarsis contra la orden del Señor que le mandaba predicar a los Ninivitas». «Allí el apóstol San Pedro tuvo la visión misteriosa del lienzo». «Allí el mismo Apóstol hizo el más grande de sus milagros, que fue la resurrección de la santa viuda llamada Tabitha».

«Allí los perversos judíos embarcaron en un casi deshecho bajel a S. Lázaro y a sus hermanas Marta y María, como para que perecieran en el mar, y que la mano de Dios los condujo al puerto de Marsella».

Allí, en fin, según piadosa tradición, se embarcó la V. Santísima para dirigirse a Efeso acompañada de su hijo adoptivo San Juan».

Estos recuerdos «le predisponen para otros de mayor trascencia». Cuatro horas de ferrocarril y....¡Jerusalén!, «lugar el más sagrado del mundo».

¡Jerusalén! este es el punto de la tierra al que las inscripciones asirias se refieren con el nombre *Salim*, la Paz: Sión. Y los israelitas llamaban, con ternura y unción, Jerosólima, Sagrada Sólima, La Santa. Se halla sentada sobre cadena de montañas que no llegan a un millar de metros de altura, y un cinturón de colinas la circundan. Al E. se domina el lecho accidentado del Cedrón, al frente el monte de los Olivos. Qué tibio es el clima: sano y benigno tanto en verano como en invierno. Y qué bella visión la que se tiene: colinas, ciudades, aldeas, ríos, senderos, huertos, mares, pozos, campos, espigas y todo lo que hay en este lugar, henchido de recuerdos y nostalgias de ayer, emociones de hoy y sueños de mañana. Cómo se divisa allá, en el horizonte, el Monte Nebo y la cumbre de Phasga, hasta donde arribara el gran caudillo de los desiertos para ver la tierra prometida que el Señor le mostró hasta los confines de Dan, toda la tierra de Juda hasta el «mar postrero» y la ciudad de las palmas hasta Segor, sin tener la dicha de entrar en ella porque el mismo Señor le había dicho: «La has visto con tus ojos, y no pasarás a ella». Al pie del monte Nebo, está el mar Muerto. «En una extensión de más de 60 millas de largo por 20 de ancho, se extienden las aguas de ese Mar hediondo, saturado de azufre y ceniza que al través de tantos siglos viene pregonando la justicia de Dios contra las nefandas ciudades de Pentápolis.»

Por entre esas montañas de arriba, vienen las aguas del Jordán formando el lago Meron y el de Genesaret. Betsaida, Cafarnaum, Mágdala, Tiberíades, lo circundan al segundo como orillas de perlas y tiene su broche por el lado sur en el Monte Tabor. Caná, Nazaret, Naim, forman medio círculo concéntrico al grupo de aquellas perlas. Corazaín y Betsaida, miran humildemente al grupo privilegiado.....Eso es Galilea. Samaría está más cerca: en ella están el Pozo de Jacob, Arimatea, Emaus, Rama, Jericó; Betania, aquí cerca; al Sur, Belén. Más abajo, Idumea. Hacia el mar el país de los Filisteos. Joppe, por donde hemos entrado; más arriba: Tiro y Sidón y aquel monte o sea el Carmelo......

Bella visión; nombres conocidos desde el regazo materno, objeto de nuestra memoria y de nuestro corazón. Bello país que sin ser visto las más de las veces, es querido por habitantes de remotas tierras.

Ahora no es la visión lejana; ahora podemos tocar el polvo con nuestros labios y nuestra ardorosa frente: el Cenáculo, el Santo Sepulcro, la Via Dolorosa, el Calvario, Monte Olivete, Valle de Josafat....«otros tantos focos luminosos que irradian sobre la mente torrentes de luz sobrenatural».....«He allí otros tantos libros»........

«He allí otros tantos imanes»..........

«¿Cómo podré daros una idea?»......

«Los labios enmudecen y el corazón acelera su ritmo y de la mente no se aparta la oración predilecta de Santa Teresa que nos ayuda a exclamar: «No me mueve, mi Dios para quererte, el cielo que me tienes prometido».....

...«Tú me mueves, Señor»....

Quince días de permanencia en ese «pedazo de cielo», «figura de la Jerusalén Celestial», que respira «piedad, ternura y sublimidad».

«Pero-dice-en medio de esas suavísimas emociones, el católico peregrino experimenta un profundo sentimiento».........

«Siente, porque entre las ruinas y escombros que cubren a la hermosa Sión, a la Perla del Oriente, se ve, se palpa la maldición de Dios».

«Se siente, porque en el semblante lívido y descarnado de los judíos y en la espantosa miseria, hediondez y confusión.....se nota la maldita herencia»......

....«La tristísima condición de esos santuarios, como son: el Cenáculo, el Monte Olivete, el Pretorio...convertidos unos en mezquitas y otros en cuarteles.....»

.....«La diversidad de sectas establecidas en la Gruta del Nacimiento, en el Calvario, en el Sepulcro de la V. Stma.» etc.

Los hijos de Focio no permiten ninguna modificación y denuncian ante el Pacchá.

Los trenos de Jeremías no dejan de repetirse sobre tanta ruina: «¡Oh vosotros que pasáis por este lugar, considerad y ved si hay un dolor semejante al mío»!

«¿Esta es, por ventura, la Ciudad llamada de perfecta belleza y del gozo de toda la tierra? Abrieron sobre tí su boca todos tus enemigos, te silbaron, rechinaron sus dientes y dijeron: Te devoraremos».........

Y sobre el pavés del templo de Salomón del que no ha quedado «piedra sobre piedra», la oración adolorida de aquel profeta, parece humear y oirse el interminable lamento, entre silbos de viento y polvareda de destrucción: «Acuérdate, oh Señor, de lo que nos ha sucedido: Mira y considera nuestra ignominia. Nuestra heredad ha pasado a manos extranjeras, en poder de extraños se hallan nuestras casas. Nos hemos quedado huérfanos, privados de su padre: están como viudas nuestras madres. A precio de dinero bebemos nuestra agua, y con dinero compramos nuestra leña. Atados del cuello nos conducen, no se da descanso a los fatigados...Pecaron nuestros padres, y ya no existen: y el castigo de sus iniquidades lo llevamos nosotros. Nuestros esclavos se han enseñoreado de nosotros, no hubo quien nos libertase de sus manos. Con peligro de nuestras vidas vamos a los lugares desiertos en busca de pan, temiendo siempre la espada. Quemada como un horno, ha puesto nuestra piel el hambre atroz. Deshonraban a las mujeres de Sión, a las vírgenes en las ciudades de Judá.

Extinguióse la alegría en nuestro corazón: convertido se han en luto nuestras danzas. Han caído de nuestras cabezas nuestras coronas: ¡Ay de nosotros que hemos pecado!......por esto, perdieron la luz nuestros ojos. Porque desolado está el Monte de Sión... nos has desechado como para siempre....»

Estas y otras impresiones había recibido nuestro ilustre peregrino en la Ciudad Santa. Las fibras de su sensible corazón conocieron todos los sentimientos. Su espíritu, recto y sincero, se manifiesta con la ingenuidad y sencillez de un niño y con la profundidad de un apóstol. Cuando contempla Belén y Nazaret, se empequeñece y se llena de ternura; cuando sube al Calvario, llora como un gran pecador. Se irrita ante la injusticia y la ingratitud de las naciones católicas que han abandonado aquellos santuarios; y al ver la irreverencia de los nuevos paganos, se agiganta y repite la amenaza reservada para los obstinados: «¡ay de vosotros!».....

El lector que le siguiera en sus pasos, no sabría decir cuál le ha interesado más: o el recorrido, viendo lugares y cosas o los distintos estados espirituales de este peregrino, siempre espontáneo y siempre pronto a reaccionar ante hechos y situaciones, ora condenando el mal ora elogiando el bien.

En los santos lugares vivió vida no conocida para él, nuevo modo de ser, nuevas emociones, nuevas ideas, nuevas resoluciones. Sus días fueron días de Cenáculo: aprendió mucho, pensó mucho y quiso salir de él con nuevo espíritu como los apóstoles; por eso, medita largamente, trae a su memoria su juventud, sus años de prelado, sus deberes, el recuerdo de sus feligreses, a los que los transporta, los acerca al fuego sagrado; no solo él quiere gozar y aprender, quiere estrecharlos y decirles: «Bueno es estarnos aquí»......y repite lo del Apóstol inspirado:....«Dios me es testigo de que sin intermisión he hecho recuerdo de vosotros. Siempre en mis oraciones os encomendamos».

Dispónese a salir de Jerusalén; pero antes, los custodios, los hijos de Asís, lo han reconocido, otra vez, y al ver su alma franciscana, lo condecoran, como en Loreto los capuchinos, esta vez, con la «Condecoración de los Santos Lugares», instituida por León XIII.

Vuelve a Italia, entra en el Santuario de Pompeya. Sus dedos pasan apresuradamente las cuentas de su rosario al pie de la Virgen. Pide gracias y se encomienda.

Quiere también contemplar el pasado y recorre, por eso, las ruinas de Pompeya y Herculano; pero «terror y espanto» le causa la vista de esas ruinas; «dos ciudades-dice-populosas sepultadas por las lavas candentes del Vesubio en justo castigo de sus abominables crímenes. Allí se ven todavía los lupanares y baños públicos en los que los vicios más abominables se ostentaban en toda su desnudez».

Y cuando ingresa a España, nuevamente se serena su espíritu y examina plácidamente las cosas de ella. Los santuarios le atraen, se admira de la multitud de peregrinos, «sedientos de santifi-

cación», buscando en los altares de María, «bálsamo para sus heridas» y «remedio para sus necesidades».

En Monserrate contempla maravillado la exuberante vegetación y graníticos macizos que le recuerdan la visión familiar de las cordilleras americanas. Paisajes que el paganismo hiciera mansión de sus dioses y que la intervención del cielo ha santificado poniendo en su lugar tradiciones y fuentes de milagro. Monserrate, *lucus* dedicado a Venus, es hoy santuario y palacio de la «Morenita». Hay graciosas ermitas esparcidas por las alturas de la portentosa naturaleza. Los benedictinos mantienen el *laus perennis* sobre esos bosques lleno de encantos, cuevas y fuentes y rocas y peñas personificadas. El «Camarín de la Morenita», taladro del cincel de la naturaleza y las «Peñas de las Flautas», junto con otros innumerables rincones y bellezas, hacen el misterio y la delicia de este centro de atracción para todo hombre sensible a la belleza y a la aspiración ultraterrena. Razón tienen los catalanes de considerar aquello como un símbolo de epopeya religiosa.

También, a las orillas del Ebro, visitó, en la heroica Zaragoza, a nuestra Señora del Pilar

Ni podía haber dejado de llegar a la roca de Massabielle, en las márgenes del Gave. Leyó una y otra vez, abismado la inscripción: «Je suis l' Inmaculée Conception». Admiró el lugar y el arte francés. Bebió a tragos el agua e hizo provisión de algunos litros del milagroso líquido, que más tarde le sirviera para curar enfermos y corregir desperfectos, acá en su patria.

Fuera de los santuarios, la impresión que recibía era desagradable, pues al lado de ellos, no dejaban de existir lugares no sólo profanos sino «abominables». Y expresa en seguida su desagrado.

«En ciertas naciones-dice-parece que se pretendiera parodiar o sobrepujar a aquellos desventurados pueblos, conduciéndolos a los mismos fines....».

«¿Qué otro objeto tienen, pues, tantas casas de tolerancia con autorización oficial; tantas estatuas y cuadros pornográficos exhibidos hasta en los paseos públicos; tantos libros impíos y novelas inmorales?».....

«Nuevos Baltazares, Sardanápalos, Calígulas y Epicuros, los Zola, Dumas, Balzac y otros mil maestros de la prostitución han hecho causa común para animalizar al hombre y borrar del alma la imagen de la divinidad».

Sobre la marcha del peregrinaje, expone las intenciones del darwinismo y materialismo, del panteísmo moderno y transformismo. Su claro talento campea sobre asuntos filosóficos que están en boga en el mundo heterodoxo por donde pasa, buscando el calor de la fe, el consuelo de la hermandad cristiana y la perfección de los santos.

«¿Dónde iremos a parar a este paso?» exclama en el corazón de Francia.

«¿No estará próximo aquel día-continúa-en que aparezca la

misteriosa mano que ha de escribir sobre el Vestíbulo de las nuevas Babilonias esta terrible sentencia: *Mane, Thecel, Phares?*»

Temeroso como quien anda sobre un pantano, va aligegerando el camino, irritado de las palabras escritas en el frontispicio de los monumentos y edificios públicos: «Libertad, Igualdad y Fraternidad»; allí, donde se persigue a la Iglesia católica y se despoja de sus bienes. Y así, sale apresuradamente del suelo francés, pensando en las glorias de la Francia de ayer.

Cuando echa la mirada hacia atrás, aparecen ante sus ojos estos jalones: Clodoveo, Francisco I, Revolución Francesa, Bonaparte y la Franc-Masonería. Clodoveo inaugura, con su bautizo, el Catolicismo; y conquistan los *Cristianísimos* reyes el título de *Gallia Ecclesiae Primogenita Filia.* Francisco I celebra el Concordato en 1516. La Revolución Francesa rompe con la Iglesia sus relaciones y entroniza a la diosa Razón en sus templos. El genio de Bonaparte pide de nuevo el prestigio católico para dar consistencia y forma a su empeño de grandeza para Francia. Y la Franc-Masonería, por último, separa al Estado de la Iglesia y despoja a ésta de sus bienes.

Lucha perenne entre el bien y el mal. Pero, si hondo es el abismo de donde sale el mal, muy alta es la cumbre a donde ha llegado el bien a impulsos del espíritu francés guiado por la fe. Si se pudieran suprimir de la historia francesa los nombres de S. Luis y Juana de Arco, el siglo de Racine y Bosuet, y otros, cuyo prestigio y esplendor siguen iluminando el camino de los que aman la luz, sería abrir tumbas en el corazón de Francia, a la que la religión llevó a las alturas más gloriosas.

Su capital, es llamada la Atenas de los tiempos modernos, y «cerebro del mundo». No porque la elaboración de la cultura sea exclusiva de ella, sino que todo sistema o doctrina para tener aceptación, pronta y profunda, necesita llevar el sello francés, o sea difundirse a través de la exposición clara, metódica y elegante de su idioma ágil y perfecto. De allí, que el mundo tuvo enorme vinculación con el pensamiento y «*savoir vivre*» de Francia. Su suerte, a veces, se identificó con la suerte de las demás naciones del orbe. La libertad de las Américas tuvo su gestación en los hechos de la Revolución Francesa. Y a pesar de la gran cultura hispánica, arraigada en el Nuevo Mundo y a pesar de las medidas tomadas en contra, la irradiación del espíritu francés fue decisiva y total. Ningún pueblo, ninguna clase social, escaparon de su influencia. Entre nosotros, en particular, los próceres de la Independencia, inclusive Luna Pizarro, Rodríguez de Mendoza, Bartolomé Herrera y otros eclesiásticos, estaban empapados en la parte sugestiva del pensamiento francés. Sin ir muy lejos, los contemporáneos del Sr. Olivas, Tovar, Roca y Boloña, Obín y Charún, Soto, Drinot y Piérola, eran de la escuela francesa. Y no lo era menos el propio Olivas: su biblioteca está nutrida de autores clásicos de Francia. Se complacía en leerlos y citarlos no sólo a los ortodoxos sino también a los contrarios a quienes combatía apa-

sionadamente. Su cariño era grande para esta nobilísima nación y su disgusto muy grande al considerar sus males presentes.

Por desgracia, coincidió su visita con la efervescencia levantada por las leyes antirreligiosas: primero, suprimiendo cerca de 20,000 establecimientos religiosos; y segundo, declarando, en febrero de 1905, la Cámara, «inevitable» la separación de la Iglesia del Estado y poniéndola en efectividad a fines del mismo año.

Y lo más curioso fue, que Jorge Clemenceau, antes de destacar su fiera figura de Presidente del Consejo, atacaba en esos días el Concordato y pedía la separación de la Iglesia en los periódicos fundados y sostenidos por él La Justice y L' Aurore, exactamente los mismos títulos de los periódicos del Sr. Olivas en los que patrocinara un concordato en el Perú. Pero el pueblo francés, maravilloso en todo momento, por más que sus gobiernos y sus revolucionarios quieran desfigurarlo, daba el espectáculo perenne de su fe manifiesta y desarraigable de su espíritu.

«¡Qué sublimes espectáculos-dice entusiasmado cuando torna la mirada a los santuarios-se presencian en aquella casas de oración, especialmente en Lourdes, durante los días de las grandes peregrinaciones».

«Hombres y mujeres, ancianos y niños, ricos y pobres, sabios e ignorantes; todos, todos, de diversas razas, naciones y lenguas, están animados allí de los mismos sentimientos religiosos elevados a su más alta potencia»......«En estas tierras benditas no hay *respetos humanos*»........

Todos oran, todos cantan, «*con un solo pensamiento y con un solo corazón* como los primitivos cristianos».

Nuevo Israel; le sirve de guía la Fe: de Maná, la Comunión; de refrigerio *de fuentes vivas,* la Predicación; de guía, María, la Abogada.....Se escucha la voz que dice: «Id y contad..... los ciegos ven»......

De vuelta de Europa, entró el Sr Olivas a la gran metrópoli, New York, «que lleva uncido a su carro triunfal el progreso del siglo».

«Allí, o mejor dicho en la nación Americana, la Libertad e Igualdad son ciertamente una bella realidad: bajo su benéfica sombra el Catolicismo hace gigantescos progresos, y sus ministros e instituciones religiosas gozan de todos los derechos y franquicias que la ley otorga a las demás corporaciones nacionales».

Bella confesión la de este romanista hasta los tuétanos. Qué paradojas las que ve en Francia donde se embarca y en E.E. U.U., donde, después de algunos días, desembarca. Allá, país católico con más de veinte millones de católicos prácticos y el resto confesional, se persigue a la Iglesia en nombre de la Libertad e Igualdad; acá, en un país, casi totalmente protestante e indiferente y una minoría católica, se concede iguales derechos y las mismas libertades. Allá, en el frontispicio de los edificios públicos está borroso, por el polvo y el moho, el gran lema libertario; acá, sobre el mar, a la entrada de la urbe más fantástica del mundo, se

levanta la estatua de la Libertad, regalo de la nación francesa. País joven que ve la vida a través del optimismo y de la esperanza, para quien el mundo es inmenso campo de actividad donde cada brazo tiene una herramienta y cada cerebro un laboratorio.

El Sr. Olivas ha comprobado con sus observaciones en el país del Norte que los protestantes propagandistas que irrumpen en Sudamérica, nada tienen que hacer con el gobierno, con las leyes y con el espíritu colectivo del pueblo americano. Ellos son emisarios de las sociedades bíblicas y salen como la escoria debido a la formidable taylorización industrial y social que los arroja fatalmente.

El catolicismo de Sudamérica no puede peligrar con la propaganda de tales invasores. Espíritus superficiales e ignorantes se alucinan al principio; pero el elemento consciente y conocedor del valor de la tradición y virtudes familiares, no puede caer en sus redes. Por el contrario, los mismos protestantes acabarán, si realmente buscan la verdad, por incorporarse en el espíritu tradicional que absorve como el mar a la gota de agua caída de fuera.

El Sr. Olivas investiga cómo están organizadas las parroquias y el culto en los pueblos de Norteamérica. Todo le parece extraordinario y razonable. Cómo le satisface la seriedad de los actos realizados por los concurrentes a las misas dominicales.

«Al principio del siglo pasado-dice-apenas contaba con un obispo, 50 ó 60 sacerdotes y cerca de 100,000 fieles: hoy tiene 85 diócesis con 15 arzobispados y un Cardenal y cerca de 14 millones de *fervorosos creyentes*»..........

Esto decía en 1905. Desde entonces, aquello ha seguido su marcha progresiva. Tiene hoy 4 Cardenales, signo evidente del volumen católico alcanzado.

Observa también en su viaje de regreso el método de progreso de las pequeñas naciones: «descristianizando a los pueblos». Se refiere a las naciones de Centro América y el Ecuador y al amago de «furiosas tempestades» en nuestra patria.

Reintegrado ya en la capital limeña, se apresura a enviar su carta pastoral a su amada diócesis con fecha 24 de Stbre. Relata sus impresiones y anuncia la publicación de una Encíclica acerca de la Doctrina Cristiana. Dispone perentoriamente la fundación de las Congregaciones a que se refiere dicho documento Papal, con orden de dar cuenta en los próximos ejercicios espirituales.

De esta manera da término a su visita *Ad Limina*.

A los pocos días, ingresa a su diócesis y el 14 de octubre la ciudad episcopal lo recibe con sentimiento de particular cariño y veneración.

———

XVIII

La nueva etapa.— Defectos de legislación.— Sistematización de leyes.— Dos siglos y medio sin sínodo.— Un programa y un reglamento.— Lo que piensa Olivas Escudero acerca del PIONER *parroquial.— Constituciones.— Caso reservado: la defraudación al jornalero, etc.*

———

La música.— Su evolución.— Su característica.— Su continuidad.— Su desnaturalización.— La marcha nupcial de Mendelssohn y otras piezas clásicas.— Reglamentación.

———

Restauración de un palacio y sus expoliaciones.

———

El senado en la Iglesia.— La quinta rueda.— Evolución de los cabildos.— La oración según un médico moderno.— Consultas al senado.— Consuetas.

———

«FLORES DE SANTIDAD».— *Fuente para historiadores y literatos.— El misticismo.—* «APUNTES PARA LA HISTORIA».— *Lo que contiene.— Elogio de hombres eminentes.— «La Monografía».— Una anécdota.— «Suplemento de Apuntes».— Segundo Sínodo.— No bastan leyes.*

———

Supresión de procesiones.— El significado.

———

«El peor mal es la ignorancia».— Gabinete y Laboratorio como en centros de «la culta Europa».— Casa de vacaciones.

Empieza la nueva etapa de su vida. Su espíritu está renovado. Su inteligencia traza mejores perspectivas y lleva más lejos las líneas de su horizonte. Su corazón está pleno de la caridad aprendida en Patmos, Efeso, Nazareth y el Calvario. Su valor y fortaleza se hallan templados en la contemplación de varones ejemplares como Pablo de Tarso y Atanasio de Alejandría, cuyas huellas

ha rastreado de cerca. Es preciso continuar.

Para estimular a sus fieles, les obsequia con las gracias alcanzadas del Santo Padre para ellos. En primer lugar: la Bendición Apostólica e Indulgencia Plenaria, para lo que hace preceder ocho días de misiones con asistencia del Cabildo, clero y fieles. En segundo lugar: establece el Jubileo Circular, reglamentándolo debidamente. Y al ver su éxito en la ciudad episcopal, lo extiende, más tarde, a todas las parroquias de su diócesis.

Para los miembros meritorios de su *enturage,* ha traído distinciones especiales: título de *Prelado Doméstico* para don Manuel María Cano y don José C. Falconí «como premio de sus importantes servicios prestados a la diócesis».

Y ha comprado un equipo de imprenta moderna para los talleres de «El Estandarte».

El primer pensamiento que le preocupa, cumplidas las providencias antedichas, es la celebración de un sínodo. La experiencia de su viaje, su contacto con prelados como Gasparri, el gran codificador del siglo XX, le han llevado a este convencimiento. No basta dar leyes y decretos, en efecto, por más que convenga darlos. Está bien prevenir y suplir las fallas humanas y contener pasiones por medio de disposiciones oportunas y necesarias. Pero, para el gobierno concienzudo de una grey y para su conducción por camino seguro, es preciso estructurar las leyes, sistematizarlas en su elaboración y en su aplicación, haciéndolas claras y razonables tanto para los de arriba como para los de abajo. Por algo es la ordenación de la mente para el bien común. Un sínodo cumplirá con esta finaliddad. Era ya tiempo de celebrarlo después de 234 años. En ese lapso, el pueblo ha visto promulgarse leyes a destajo y asimismo las ha visto caer en desuso, aun cuando subsistiera la razón de su existencia. Y es que no se ha hecho sino dictar leyes y amontonarlas haciendo un complejo difícil para las conciencias.

La legislación de varios siglos, en forma dispersa había mermado el prestigio de las mismas disposiciones eclesiásticas y cada fiel y cada grupo se creían en el derecho de ser intérpretes auténticos o acudir directamente a las fuentes de la misma ley natural con criterio, a veces errado. De allí que en materia religiosa todo el mundo se consideraba autorizado a discutir e imponer su criterio aun sobre el de los llamados para este objeto. En pueblos pequeños y menos preparados ¿cómo sería la confusión a este respecto, cuando en la propia Francia los fieles y prelados habían exclamando un día: *Obruimur legibus*?

El buen gobierno, pues, empieza por predisponer el ánimo de los súbditos a un cumplimiento consciente de las leyes como miembros de una organización, ejecutores de un bien común y responsables de la armonía general. En una palabra, crear una

conciencia colectiva frente a los deberes religiosos. Para esto, hay que poner delante de sus ojos, ante todo, un manual o un pequeño código, si se quiere.

Un sínodo puede llenar este propósito; y, por eso, el Sr. Olivas lo convoca y quiere darle la mayor importancia posible. Tiene mucho que hacer, no sólo desenmarañar leyes antiguas y costumbres que complican la vida religiosa en Ayacucho. Tiene que contemplar la disciplina actual de la Iglesia e interpretar su espíritu, analizar y concordar cosas complejas. Para ello tendrá que rodearse de sacerdotes mejor preparados y obligar la asistencia de todo el clero secular y regular.

En el edicto de convocatoria constata «que durante el largo período de los 234 años transcurridos desde aquella fecha (1672) las disposiciones contenidas en el mencionado Sínodo no son, ni pueden ser observadas, en su mayor parte ya por haber caído en desuso, ó por estar muchas de ellas en oposición a la actual disciplina de la Iglesia».

«Que es indispensable armonizar la legislación particular de cada Diócesis con las leyes generales del Concilio de Trento y las disposiciones especiales del Latino-Americano».

«Que la celebración del Sínodo Diocesano es el medio más adecuado y eficaz para restablecer la disciplina eclesiástica en el territorio de nuestra jurisdicción y gobernar con más acierto al Clero y fieles que nos han sido confiados por la misericordia divina».

Impone castigos severos a los inasistentes: pérdida de beneficio y suspensión *in totum* del ministerio sacerdotal. En la pastoral que acompaña exhorta y propone con S. Pablo: «Todo lo que es verdadero; todo lo que respira pureza; todo lo justo, todo lo que es santo; todo lo que os haga amables; todo lo que sirve al buen nombre; toda virtud, toda disciplina loable. Esto sea el objeto de vuestros estudios».

Hace referencia a los cinco años consecutivos de la visita pastoral en los que ha procurado «por todos los medios posibles el bien espiriutal de las almas, la mayor pureza de la fe, la extirpación de los abusos, el esplendor del culto divino, el reparo de los templos».... Asimísmo recuerda haber gozado los más delicados oasis cerca de «las *fuentes de agua viva*», en Roma, Lourdes, Moserrate y los Santos Lugares.

Quiere dar forma concreta y carácter permanente a las disposiciones dictadas en las visitas, por medio del sínodo. Para corroborar la importancia de él trae a cuento las clásicas citas de Pontífices y Doctores, desde los Apóstoles, que se reunieron en concilio antes de repartirse por el mundo para evangelizar, hasta los tiempos presentes en que, Santo Toribio, por ejemplo, presidió tres concilios y 3 sínodos durante su gobierno.

Que seguramente, motivos poderosos impidieron para que no se celebrara en Ayacucho desde 1672 en que el señor Cristóbal Castilla y Zamora había celebrado un sínodo.

Ordena, en seguida, que, para conseguir acierto, se reciten Letanías de todos los Santos, en todos los templos y casas religiosas de la Diócesis; que se cante la misa votiva *pro re gravi* del Espíritu Santo; que las vírgenes de los Monasterios permanezcan en continua oración; igualmente el pueblo católico, para el éxito del Santo Sínodo, a todos los cuales concede Indulgencia Plenaria, en las debidas condiciones. Encarece a los canónigos, a los vicarios foráneos y a los párrocos a la puntual asistencia a los santos ejercicios que precederán, durante ocho días, incurriendo en caso contrario, en las penas impuestas.

Hay un programa y un reglamento minucioso. Las sesiones privadas se celebrarán en el templo de Santo Domingo del 20 al 27 de noviembre de 1906. Las públicas, en la Catedral los días 25, 26, 27. Todas las sesiones serán presididas por el prelado, en traje prelaticio, las primeras; y, con paramentos pontificales, las segundas. Igualmente, los sacerdotes asistirán con uniforme ordenado según su jerarquía, desde la dignidad más alta hasta el tonsurado. Ocuparán los asientos señalados. Hay providencias especiales para las observaciones y para la dirección de las ceremonias. El día 24 se cantará las Vísperas; y a las 12, a las 2 y a las 6 de la tarde de ese día habrá repique general en todas las iglesias, durante media hora. El 25 se volverá a repicar a las 7 y 1/2 a. m. para indicar la apertura del Sínodo.

En efecto, el 25 por la mañana, a la hora indicada, se reunieron cabildo, clero, asociaciones y fieles en la Catedral y se dirigieron en procesión al Palacio Episcopal a sacar al Prelado. De allí vuelve la procesión hacia la Catedral; desfilan en este orden: ocho asociaciones con sus insignias y estandartes, el Colegio Seminario, dos Comunidades religiosas, Descalzos y Redentoristas, clérigos ordenados, sacerdotes simples, capellanes, párrocos, prelados domésticos, Cabildo, y, por último el señor Obispo, de Pontifical, rodeado de diáconos de altar y trono, gremiales y el Secretario.

La procesión recorre lentamente la plaza de Armas. Se cantan las Letanías alternando la comitiva con los fieles que acompañan en gran número.

En la Catedral, después de la misa Pontificada, se da lectura a la Bendición Apostólica y al decreto de apertura. En seguida, el Deán Sr. Mariano N. Alarcón, pronuncia, *Ex catedra,* el discurso de orden. Hace, luego, el Prelado, la profesión de fe y presta juramento, lo cual cumple también el clero, puesto de rodillas, y, se acercan, uno tras otro, a repetir, individualmente: *Ego... et juro.....*; y a besar el anillo pastoral, en señal de sumisión y obediencia; se da, finalmente, lectura al nombramiento de los jueces y examinadores sinodales. Termina la sesión pública del primer día. En las otras sesiones, se observa igual ceremonia; llevan la palabra de orden el Sr. Francisco Escarsena y Fr. Joaquín Díaz y se lee las Constituciones establecidas y las resoluciones sobre lo que han observado los párrocos.

Antes de la clausura habla el Prelado y dice entre otras cosas: «Carísimos hijos en el Señor:

En este momento va a terminar el acto más solemne y trascendental verificado en esta Ciudad episcopal después de 234 años».

«Hemos formado las nuevas Constituciones Sinodales, que han de regir la Diócesis desde el día verdaderamente memorable».......

«Esas Constituciones Sinodales son, pues, como un nuevo manantial de aguas vivas con que vais a regar la Viña del Señor; son nuevos faros de luz que van a guiar vuestros pasos en el cumplimiento de vuestros sagrados deberes; son nuevos centros de gravitación que han de atraer vuestros corazones sacerdotales hacia el Corazón amantísimo de Jesús; son las atalayas desde donde vais a visitar los campamentos del enemigo, cual centinelas avanzados de la Iglesia; son, en fin, como aquella torre misteriosa de David de la que pendían mil escudos para la defensa de Israel»............

«Tal es, amados párrocos, vuestro ministerio, el que, como os decía en otra ocasión, quizás es más eficaz, más meritorio y lleno de mayores penalidades que el de los Prelados superiores.

«Y por todos esos sacrificios ¿cuál es la recompensa que recibís?»

«¡Ah! las más veces, son las persecuciones, las burlas de la impiedad, las calumnias de la prensa incrédula.... Felices de vosotros si todo esto lo sufriéreis por amor de Dios, teniendo presente estas consoladoras palabras de nuestro Divino Maestro:»

«Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia.....»

El Estandarte Católico al dar cuenta de las apreciaciones de eminentes personalidades sobre la obra del Sínodo, la califica de «monumental». Entre los personajes que la aplaudieron están el Cardenal Merry del Vall y el Cardenal Vives.

Muy interesante sería el análisis de las Constituciones establecidas en dicho Sínodo para conocer la sicología del gran prelado, que llevó a buen éxito una empresa imposible para muchos prelados a pesar de su reconocido celo y preparación, durante dos siglos y medio; pero en gracia a la brevedad que nos hemos impuesto no entramos en pormenores. El volumen que contiene dichas Constituciones consta de 256 páginas, inclusive el apéndice. Hace la distribución de materias por «Constituciones», en lugar de Títulos.

La primera trata de los Clérigos; la 2ª, de los Párrocos; la 3ª, del Seminario; la 4ª, de Cosas Eclesiásticas; la 5ª, de los Preceptos de la Iglesia; y la 6ª, del Pueblo en la Iglesia de Dios.

Se legisla minuciosamente acerca de todas estas materias, matizando los artículos con dichos y sentencias de la Iglesia, de los Santos Padres, etc.

Desde luego, las disposiciones están acomodadas a las leyes generales de la Iglesia y de los Concilios.

En la 1ª Const. entre otras cosas prescribe: la confesión y comunión de los clérigos *in sacris* cada ocho días, y de los párrocos y demás sacerdotes, por lo menos cada mes. Ejercicios espirituales cada año y en caso de incumplimiento en dos años consecutivos, suspensión *ipso facto* y pérdida de beneficio por 6 meses. Los beneficiados que no rezan el breviario, quedan obligados a la restitución. Nulos son los matrimonios de los que osaren contraerlos con el impedimento del orden *in sacris*. Prohibe a los clérigos asistir a los «banquetes y comilonas provenientes de las fiestas, bautismos, matrimonios, etc.» «Queda el delincuente *ipso facto* suspenso *in totum*, sea cual fuere su condición y dignidad, en asuntos de castidad. Obliga a estudiar y tener biblioteca. Prohibe todo peinado aseglarado. Pierde el derecho de llevar hábito el que permanece suspenso después de tres años». «Se les prohibe el uso habitual del poncho, del rebozo o manto y demás adefecios tan ridículos». Prohibe trabajar de su cuenta, por si o por medio de otros, minas de oro, plata o de otros metales; asimismo prohibe el estudio de la medicina a los clérigos en las Universidades públicas y el ejercicio de esa profesión; ser abogado, tutor, llevar armas, entrar en fondas, jugar dados, asistir a corrida de toros, enseñar a mujeres música o letras, llevar ante tribunales laicos a otros clérigos, hacer *política personal*, suscribirse a periódicos contrarios a la fe, publicar periódicos, salir de la diócesis, etc.

En la 2ª Const. define: «El párroco, desempeñando las funciones de su ministerio, es la Religión misma personificada ..... «Es la religión clamando en medio de la sociedad».....

No son causas legítimas que excusan de la residencia al párroco: la rigidez del clima, corto número de habitantes, ni la edad senil, ni la peste. Impone multas pecuniarias por distintas faltas. Reglamenta el modo de predicar. Recomienda favorecer la instrucción del pueblo, principalmente de la clase indígena y establecer escuelas parroquiales.

Divide en Vicarías Foráneas la Diócesis para su mejor gobierno. Dispone la recaudación de las pensiones para distintos fines canónicos y piadosos.

Considera entre los casos reservados, *la defraudación del salario al jornalero*, en materia grave, hasta resarcir al damnificado.

Da instrucciones para confesar a los indígenas «tratándolos con suavidad y amor paternal, sin increparles», etc. El confesor debe saber el idioma del penitente. Para los indios no se cierran las velaciones, etc.

«Es sacrilegio y locura ordenarse sin vocación».

Condénase el uso de las flores y coronas en los entierros por estar poco conforme con el espíritu de la Iglesia. No se debe poner retratos en los túmulos.

Se niega la sepultura eclesiástica a los que en vida no cumplieron con el precepto pascual, excepto si manifiesta penitencia a la hora de la muerte.

En el arancel se asigna un sol para misa rezada; 2 soles para cantada, 0.50 centavos para diáconos.

Recomienda y organiza limosnas para Tierra Santa y Dinero de San Pedro.

Declara la santidad del hogar e insiste en la educación de los hijos.

He allí a vuelo de pájaro lo que hay en dicho Sínodo.

———

Según el decreto de 1903 dado por Pío X, la Iglesia tiene su música propia, y ella se caracteriza por su fondo de santidad, de universalidad y forma perfecta.

En los templos no debe tener cabida la música de sabor profano.

En efecto, la música sagrada, nacida en el corazón de la Humanidad por infinito deseo de Dios, cantada por el pueblo escogido desde los tiempos más remotos, enalteciendo sus glorias y consolando sus cautiverios, enriquecida por el recuerdo del desierto y por el dolor de Babilonia, influenciada por temperamentos y paisajes, tradiciones y hechos históricos, la música sagrada, decimos, tiene su formación única en el tiempo y en el espacio. Y cuando el Cristianismo recibiera la misión de continuar la historia y la tradición religiosas, desde el hecho sangriento del Gólgota, asumió también el deber de conservar el ritmo elaborado por los siglos y de darle perfección de acuerdo con la doctrina, fecunda y transformadora que debía predicar. Así, pues, en igual forma cómo se eslabona, por el proceso del perfeccionamiento, la Nueva Ley con la Antigua, así también la tradición de la música religiosa se eslabona con el pasado. Luego, sigue las vicisitudes de la historia eclesiástica. Entra en las Catacumbas con los primeros cristianos. Allí no se oye el canto, porque la crisálida pasa por la penosa gestación. Pero, cuando sale a la luz, gracias a la paz de un nuevo César, el Cristianismo entona himnos de triunfo y gratitud. Ejercita el canto y hace sus primeras anotaciones sobre letras ante rudos bárbaros a quienes trata de domar por medio de la melodía. San Ambrosio y San Gregorio han hermanado la religión con la música, y Guy de Arezzo inventa la gama. Es decir, la música sagrada va perfeccionándose para dar origen más tarde a la polifonía moderna. Y cuando los arquitectos lanzan la piedra arriba haciendo catedrales y torres, en su amplio seno, de piedra y frescos, se oyen cantos y música que embelesan a pueblos conquistados por la ley del amor. El bronce mismo suspira y llora, canta y habla, se alegra y se transporta, cuando el órgano se hizo instrumento de ejecución; y la melodía sube como la oración y se hace voz en el campanario. La salmodia llena los bosques de la vieja Europa, los cantos de Jerusalén se repiten en las márgenes de todos los ríos, en todos los templos y en todos los corazones. Es el momento en que los espíritus escogidos piensan: «Llegará un día en que todo cese, aun la fe, aun la esperanza, no quedará

más que el amor, y el amor no tendrá más que un lenguaje: la música».

La Iglesia, pues, tiene su canto. Su historia es larga; su perfección ilimitada; sus características, únicas. En primer lugar: la santidad. Es el objeto primordial de la Iglesia, la santificación. Si al canto y a la música llama a su auxilio es con ese fin. Ella que tiene la virtud de santificar los colores del arte, la piedra y el mármol, quiere también transformar con su contacto la voz y el sonido del bronce para enviar la oración de sus pueblos en un ambiente de pureza y fraternidad, elevando cada vez más a las almas por la vertical por donde suben las ansias infinitas de felicidad. Por eso, proscribe la música que recuerda la mundanidad y vano afecto del corazón. Pretende hacernos olvidar lo que hay en la rastrera región de la tierra y nos transporta por el flúido etéreo, vaporoso y transparente, hacia la mansión celestial. La santidad, es pues, fundamento y característica de la música sagrada. Pero ella, no sólo es, algo impersonal, sino universal como el murmullo de un río que viene del infinito y va cantando en cascadas y remolinos ritmos y melodías que no se quiebran ni se anidan en la posesión de ningún particular, sino que los mismos inventores y genios sacan su armonía del gran caudal para hacerla volver al mismo depósito después de haber deleitado cielos y tierra. El mérito del talento está en coincidir con el espíritu secular que canta y sabe interpretar el gran sentimiento de las multitudes hambrientas de falicidad.

Pero esta belleza inmortal, que penetra igualmente en el espíritu del genio como en el alma popular, corriendo los años, extraviándose los hombres, fue objeto de un lento apartamiento, igual que si las nubes se apartaran de los rayos solares para teñirse de mejores tintes.

Es que la mente humana, nostálgica de una Babilonia pasada y orgullosa de sus conquistas, está siempre en actitud de revuelta contra el orden y la belleza inmortal. Ya es el protestantismo que inaugura el libre examen, y por consiguiente, la anarquía del espíritu; ya es el racionalismo que exagera el poder del pensamiento y lo independiza de la fe; ya es el materialismo que desconoce el dominio de lo espiritual. Entonces, cada inteligencia, piensa por su cuenta, funda escuelas no sólo en el orden filosófico, sino en todo orden y aún en el orden de la estética. Hemos llegado al punto máximo del alejamiento de aquella corriente espiritual del Cristianismo que hiciera feliz al hombre en su tránsito por el mundo. Cada cual tiene su modo de concebir y expresar en el arte. Cada sistema, cada individuo, hace centro de toda actividad humana, en torno a su persona. Es el reinado de la confusión, de la pequeñez, de la personalidad, de lo particular y de lo mundano, bajo el imperio del materialismo. En esta gran catástrofe también el canto de los primeros siglos de la Iglesia se retira a los monasterios, desiertos y bosques. La música profana —que desde luego, en el lugar que le corresponde, es digna de admiración,

como producto del talento y del genio—, invade los templos y desorienta a las almas, bajo raquítica interpretación de los mediocres. La marcha nupcial de Mendelssohn, por ejemplo, se entroniza y se hace necesaria para romper la marcha de Himen y de tal manera, que sin ella, quedaría un vacío en el día más grande en que fundaron su esperanza dos corazones llenos de vida. Sin embargo, esa marcha está fuera de su lugar: es parte de «Sueño de una noche de verano», destinado para el placer mundano y, como tal, exista en la fantasía, goces que no se armonizan con la santidad del lugar. Igualmente, han entrado en los templos por la ventana las marchas de Lohengrin, Mayerbeer, etc. Honda sorpresa causaría en muchos espíritus si dijéramos que las Ave Marías de Gounod, de Schubert, de Verdi y de otros, tan arrobadoras y tan solicitadas, están prohibidas para ser tocadas o cantadas en los templos. Con todo, así es.

Hoy estamos cerca del cincuentenario de la fecha en que se diera el decreto pontificio sobre la reforma de la música sagrada, y estamos todavía lejos de proscribir las corruptelas impuestas por costumbres inveteradas. En el orden de la música y canto, sucedió lo que en la pintura y arquitectura. Después de la exaltación en la edad de oro, vino la decadencia y el abuso. El afán de originalidad por los mediocres, acabó por deformar e invadir.

Si esto pasaba en los grandes centros, donde se elaboran modelos de moda ¿que habría en los pueblos donde había menos cultura religiosa?

Cuando en 1903 publicó Pío X, su Motu Proprio, el mundo católico vió brillar una estrella. Los obispos reaccionaron a favor del canto gregoriano indicado por dicho Pontífice.

El Sr. Olivas, cumplidor de las leyes eclesiásticas, tomó a su cargo la obra de la reforma en un medio por su puesto difícil de adoptar medidas oportunas y eficaces, por falta de especialistas en el canto llano. En 1907, reglamenta este servicio. Desde entonces, hay una comisión especial que se encarga de vigilar la observancia de las disposiciones al respecto. En éstas, se contiene lo siguiente:

La música sagrada es para glorificar a Dios, promover la devoción y santificar a los fieles. De aquí que debe excluirse toda música de índole profana. El Santo Padre ordena la adopción del canto gregoriano. El Seminario se encargará de cultivarlo; habrá una *Schola Cantorum* allí. Esta agrupación solemnizará el culto en la Catedral en los días litúrgicos. Los libros deben ser los que usa la Iglesia sin alteración ni transposición. Se debe procurar estrictamente cantar las misas de *Tempore, Commune Sanctorum, In exsequiis,* etc. según la melodía y ritmo, ya prescritos en dichos libros. Quedan proscritos el canto y música que tengan aire profano, teatral y estrepitoso. Se prohiben también las repeticiones indebidas, la subordinación de la misa al canto o música, haciendo esperar al celebrante, intercalar cantos en lengua vulgar en la misa. Las mujeres no deben ser admitidas en el coro, etc.

Todas las disposiciones, desde luego, encontraron serias dificultades. Era necesario formar escuela, ante todo, y así se hizo. Después de algunos ensayos en el Seminario, ya se pudo cantar correctamente el canto llano en las funciones de la Catedral. Pudo llegar en poco tiempo al aprecio y sentimiento popular, por ejemplo, la misa de *Angelis*. El Sr. Olivas quería que no sólo aprendiesen los seminaristas el canto llano, sino también todos los seglares que estudiaban en el Seminario. Indudablemente, la orientación recibida en Ayacucho para la reforma de la música gregoriana fue un principio, que más tarde, con la presencia de sacerdotes salidos del Seminario Central de Lima, tuvo su cauce, su ambiente y su fruto. Ahora, se preocupan los sacerdotes, los conventos y colegios católicos por la música de la Iglesia. El alma popular no cambia fácilmente de hábitos; pero si va por el camino empezado, llegará un día al ideal propuesto por Pío X y secundado, con abnegación y cariño y sin reparar en deficiencias, por el gran prelado de Ayacucho.

En el Memorandum que tenemos a la vista, se lee respecto del Palacio Episcopal, lo siguiente:

«El primer local del Palacio Episcopal fue fabricado por el 9º. Obispo de la Diócesis, Iltmo.Sr.Cristóbal Castilla y Zamora, entre los años 1670 y 75, inmediato a la Catedral, así como el local de la antigua Universidad fundada por ese mismo Prelado.»

«Desgraciadamente esos hermosos edificios, así como otros muchísimos pertenecientes a los ochos Conventos de esta ciudad y cuatro de Huancavelica, cayeron sucesivamente en manos del Estado por la vandálica ley de las expoliaciones, y algunos de ellos continúan todavía en ruinas, pregonando la maldición que pesa sobre sus autores.»

«Hoy, mediante ahorros hechos en la Administración Diocesana, tienen los Príncipes de la Iglesia Ayacuchana siquiera una modesta casa, que lleva el nombre de Palacio Episcopal.»

En 1907, dictó la primera consueta para el V. Cabildo.

El gran público y también muchos instruidos desconocen lo que es el Cabildo; y cúantos, de uno y otro lado, se preguntan sin llegar a convencerse nunca de la respuesta ¿Qué es el Cabildo y qué hacen los Canónigos? Piensa la generalidad que esta respetable institución es como la quinta rueda........

El Cabildo es el antiguo Presbiterio. En los orígenes del Catolicismo, los sacerdotes, vivían juntos con su jefe y permanecían a su lado cumpliendo sus órdenes y colaborando en el discernimiento, en los trabajos y en los sufrimientos. Predicaban, oraban, sustentaban el culto y tenían cura de almas. Este grupo era el Presbiterio; el primer núcleo de la vida cristiana. De él se desprendían nuevos grupos según la extensión del Catolicismo y enviaban sacerdotes para atender otros centros que eran las parroquias. De manera que éstas vinieron a constituirse por extensión

de los Presbiterios. Con el tiempo, los Presbiterios tomaron el nombre de Cabildos por razón de su importancia, y los otros centros se denominaron parroquias. En los Cabildos quedaron los más calificados por su edad, virtud y ciencia. Se reglamentaron sus actividades, se limitaron sus obligaciones y se les rodeó de privilegios.

Hoy día, según la legislación vigente, sus deberes son: residencia, oración, Misa, asistencia al obispo y ciertos cargos en sede vacante. Todos ellos se reducen a dos funciones fundamentales: oración y ayuda al obispo.

Para la Iglesia, la oración es un factor de santidad; sin ella, nadie puede permanecer cerca de Dios. Los mismos profanos han comprendido así. En nuestros tiempos el que mejor ha definido la oración es el médico Carrel: «La oración —dice— es el esfuerzo que hace el ser humano para llegar hasta Dios. Para comulgar con un Ser Invisible. Creador de todas las cosas. Suprema Sabiduría. Verdad. Fuerza. Belleza. Padre y Salvador de todos». «Piensa en Dios tanto como respiras», dijo Epicteto. Hoy día dice Emerson: «Ningún hombre ha rezado sin aprovechar alguna cosa». «La influencia de la oración sobre el espíritu y el cuerpo-vuelve a decir Carrel-es tan demostrable como la secreción de las glándulas. Sus resultados son como un crecimiento de la energía física, del vigor intelectual, de la fuerza moral». Así piensan los espíritus selectos aun entre los profanos. Pero la Iglesia tiene su teología y profundas convicciones, formadas sobre la palabra de Aquel que dijo: «Pedid........»
Por eso, presta atención cuidadosa cuando escoge a sus delegados para la oración pública en el seno de sus catedrales, da reglamentos llenos de sabiduría y controla su ejecución, deseosa de mantener en perpetuo contacto la tierra con el cielo.

La segunda función del Cabildo es la ayuda que presta al Obispo, como senado suyo. Es un cuerpo que delibera sobre asuntos que consulta según prescripciones canónicas. Hay casos importantes en que el consentimiento o el consejo es necesario para la validez de los actos. De aquí se deduce la decidida influencia de los Cabildos en la dirección de las diócesis. También se comprende por ello, los peligros y aberraciones que puede haber allí donde se encarama la regalía o invade la política.

Entre los Obispos, de los que la Iglesia peruana se gloría de haberlos tenido sobresalientes por su espíritu de adhesión al genuino sentir del Catolicismo, resueltos defensores de su causa, está el obispo de Ayacucho Sr. Olivas Escudero. El no solamente se contentó con dictarles reglamentos de vida y disciplina a sus canónigos sino, que tuvo cuidado especial en procurar el prestigio del Cabildo creando sillas y repeliendo intervenciones regalistas como en el caso de la silla Teologal y nombrando, además, personalidades de mérito para canónigos honorarios. Vigila personalmente, juzga cuando se quebranta la disciplina y frecuentemente asiste y se incorpora al Coro para unir su oración a la del Cabil-

do. Convencido como el que más que el Cabildo significa cabeza —caput— de la grey, se afana *oportune e importune* dando decretos y renovando consultas y estatutos según las circunstancias. En 1909, 1919 y 1925, hizo las reformas más importantes al respecto. Nunca quiso olvidar de que el índice o indicador de la norma y disciplina del clero y de la grey era la baja o el alta de la moral del Cabildo. Tal Cabildo, tal grey. Y el Cabildo de Ayacucho que posee una brillante historia, supo corresponder en el período del Sr. Olivas, a tanto anhelo y empeño, colocando nombres ilustres al lado de los Ortiz de Espinoza, Cipriano de Santa Cruz, Llanos y Orcasita, Montaño y del celebérrimo huamanguino Luis Jerónimo de Oré. La historia ha de consignarlos, mañana, cuando emerja mejor la figura de Olivas Escudero, porque para apreciar eminencias, es preciso alejarse de sus cimientos, en la vertiginosa carrera del tiempo.

———

«*Flores de Santidad en el Ameno Jardín de la Diócesis de Huamanga*» es una obra que fue publicada en 1912. Su aparición llenó de entusiasmo a las almas selectas, amantes de su historia y tradiciones; de allí que en breve tiempo se agotó la primera edición. Consta de 162 páginas y contiene preciosos documentos para el conocimiento de la vida religiosa y social de la Huamanga colonial que ha inspirado bellas producciones literarias de propios y extraños. Los tradicionistas, los historiadores, los poetas, los místicos y los curiosos habrán de ir allí como a una fuente inapreciable y única, cuando los espíritus se hayan serenado y el ambiente se vea libre de la crisis bélica que hoy preocupa a todo el mundo; entonces, veráse en cada monasterio, en cada casa solariega, en cada calle, en cada rincón, motivos de belleza y fruición espiritual que hacen gozar, las cosas muertas para el hijo del siglo, grosero y materialista; pero vivas y elocuentes para el que sabe oír, pensar y gozar.

En este campo histórico y literario, aparece una nueva personalidad en Olivas Escudero: la del historiador y del tradicionista. No sólo quiso dedicar a Ayacucho todo el caudal de su servicio eclesiástico como cumplido y esforzado obispo escribiendo con su vida una página brillante para la historia y tradiciones futuras sino que llamó la atención de sus diocesanos sobre el sentido de la historia. «Maestra de la vida», era su frase familiar como para Cicerón. Y andaba preocupado en cosas de archivos y antigüedades queriendo sacar el instrumento con que forjar el nuevo espíritu de Ayacucho. Ningún ayacuchano puede vanagloriarse de haber superado a Olivas Escudero en el amor y en la eficiencia del amor por las cosas de Ayacucho. Verdadero historiador, sin alardes de resonancia o tendencias literarias, este prelado, deja en sus horas libres, el recato prelaticio y se pone a desempolvar papeles viejos y a exhumar momias, buscando datos concretos y documentos fehacientes. Posterga sus propios triunfos y saca a relucir méritos ajenos. No le importa quién debe presentarse relatando hechos

históricos, él u otros. Lo què le importa es la sustancia de la historia. Si hay alguien que deseara buscar formas literarias en sus relatos, tendría que poner la atención en el valor y elocuencia real de sus apuntes. La forma de este historiador es el esplendor de la verdad. Su objetivo primordial es la certeza. Filósofo, acostumbrado a las justas escolásticas, nada le convence sino aquello que fluye de premisas ciertas por consecuencia necesaria y natural. Pero al lado de la severidad del filósofo e historiador, hay una intención que le denuncia: su inquietud espiritual. El misticismo es elemento que explica el misterio de la vida. Sin el misticismo los monasterios y los templos serían cementerios. Por el misticismo viven las tradiciones; se ennoblecen y cobran espiritualidad los hombres. Por el misticismo, la misma muerte no es un vacío o la nada. Por el misticismo viven los que murieron. Vagan las sombras. Por él, Catalina de Erauso embellece la tradición y Sebastián Quimichi provoca a la piedad. Por él, el Señor Verdugo sigue edificando con sus virtudes y milagros. Por él, los Santuarios de Acoria y Copacabana son escenarios de almas hambrientas de eternidad........

La misión del historiador es descorrer el velo del misterio y la del tradicionista embellecer las cosas sin alejarlas de la verdad. No quería hacer otra cosa nuestro ilustre historiador en *Flores de Santidad en el Ameno Jardín de Huamanga*, nombre por cierto que revela la esencia contenida en cofre de oro.

Mas tarde, guiado por este mismo deseo de contribuir a la formación del espíritu ayacuchano y por consiguiente, del espíritu nacional, se entregó a acopiar documentos para una obra más amplia publicando «*Apuntes para la Historia de Huamanga o Ayacucho*. La divide en dos partes: la Primera trata de Ayacucho bajo el aspecto histórico; y la Segunda es una Monografía Eclesiástica. Cada Parte está subdividida en Epocas. La Primera, trata de los orígenes de los Pocras, Huancas y Chancas; y de los Incas. La Segunda Epoca, de la fundación española, de los 94 Corregidores y de los ocho Intendentes; de la Batalla de Ayacucho; de la Proclamación de la Independencia; del Clero en la Independencia; de la Religión y de la Patria; del Culto de María y la Patria; de la Oración Fúnebre a los valientes de Junín etc. La Tercera Epoca: de las autoridades políticas y sus actos importantes; del Departamento considerado desde diversos puntos de vista; de la Ciudad de Ayacucho; de las Tradiciones Huamanguinas; de la Universidad; de los Colegios; de las Tradiciones del Departamento, etc.

La Segunda Parte o sea la Monografía trata: de la Diócesis de Ayacucho y cronología de obispos; de la Catedral y su contenido; de las Iglesias; Seminario; Monasterios; Conventos; Sínodos; parroquias; visitas pastorales; datos geográficos; tradiciones provincianas; centros de peregrinación; Huancavelica; Apurímac, etc.

Es una obra de verdadero aliento si se considera el valor real y las circunstancias que acompañan. La intervención de autores

clásicos realza su mérito; y todo ello constituye un arsenal de preciosos datos y documentos donde encontrarán los estudiosos una fuente segura puesta a disposición tan a la mano. Y cualquier lector atento y de fina intuición descubrirá en sus páginas el ardiente amor patrio de que estaba animado el autor cuando hacía su labor de recopilación y de sanas reflexiones. El no ha perdido de vista, como lo declara él mismo, a las costumbres griegas en que «los actos más gloriosos de sus patricios referían los ancianos a los jóvenes y se esculpían en mármoles con el fin de que se grabasen en sus corazones los sentimientos más intensos y benéficos a la Patria». Hay un deber ineludible, según él, para toda generación con respecto a los que le siguen: trasmitir el patrimonio espiritual recibido acrecentándolo con el esfuerzo propio y animándolo con nuevos sentimientos de amor.

Si la historia es maestra de la vida, el deber de todo ciudadano es aprender lo bueno que hicieron nuestros antepasados. Poner a la vista de todos la grandeza de alma de nuestros próceres, es el mejor medio de educar a las masas. Así se descubre cómo también ellos, revestidos de las mismas miserias humanas, pudieron realizar actos que ennoblecen al espíritu. Así se aprende cómo la incomprensión y la ingratitud humanas no son suficientes para detener el vuelo de las almas grandes cuando quieren hacer el bien a sus semejantes. Arrostran peligros, se sobreponen en la flaqueza y dan la vida por la comunidad que se llama la Patria. Pedagogo toda su vida, quiso serlo siempre para su grey no sólo como apóstol cristiano sino también como escritor patriota.

Apuntes para la historia de Huamanga ha merecido elogio de grandes personalidades. Luis Denegri en nombre del Presidente de la República escribe al autor en estos términos: «Por especial encargo del señor Presidente me es grato expresar a Ud. la más viva complacencia que le ha producido la lectura de su libro, rotundo por su estructura, magnífico por el admirable ingenio que en él revela su autor».....

Luis F. Luna dice: «Esta obra de trascendental importancia, viene a llenar un inmenso vacío en la Historia Nacional, si se tiene en cuenta que hasta hoy no se ha escrito una obra completa que ella es deficiente singularmente en cuanto se refiere a la historia de los departamentos».

Manifiesta el mismo autor que las asambleas episcopales del Perú tenían prescrito en 1917 y 1921 la formación de monografías de todas las diócesis para una Historia Eclesiástica en proyecto.

Sábese que el primero en presentar la monografía de su diócesis a la asamblea fue este ilustre prelado.

Cuéntase con este motivo una anécdota.

En cierta asamblea no pudo ponerse de acuerdo con el sentir de la presidencia sobre el punto discutido. Se levantó sin más su señoría; manifestó que tenía mucho que hacer en su diócesis, no podía perder más tiempo discutiendo prescripciones que en su ma-

yor parte se quédaban en papel..... y luego, se marchó y no paró hasta Ayacucho.

Cuatro años después, convocado a una nueva asamblea, escribió manifestando que «por ser viejo» no podía concurrir y que lo excusaran.

Pero otros cuatro años más, con motivo de una nueva asamblea, se dirigió a la capital limeña, y se presentó a la asamblea con su paquete de libros o sea la Monografía pedida. Los señores asambleístas al verlo entrar en la sala de sesiones, gallardo y con paso firme, aplaudieron entusiastamente, exclamando a una voz: «¡Bravo! ahora está su señoría más joven que antes!»....

Sonriente y comedido el venerable prelado saludó, y repartió sus libros, diciendo: «Viejo y todo, señores, he hecho esto por la Religión y por la Patria».

La Monografía es obra única en su género. Según el breve sumario que hemos entresacado y consignado arriba, es verdaderamente de sumo interés. Nadie pudo haber escrito o recopilado mejor que él los datos para dicha obra. Por razón de su ministerio, impulsado por un ardiente celo y animado de un amor ferviente a la Iglesia y a la Patria, dedicó toda su decisión para ello, cuando visitaba los pueblos y revolvía los archivos tanto en la sede episcopal como en las parroquias más lejanas.... «Hemos imitado a las abejas —dice el mismo— que van extrayendo el néctar de las flores para formar su panal, debiendo tenerse presente que en esa selección hemos cuidado especialmente dar preferencia a los *Monumentos Incaicos y del Coloniaje*; pues, como dice el ilustre Chateaubrand: «la historia de la humanidad es la historia de sus monumentos»......

Finalmente, con motivo de la batalla de Ayacucho escribió «*Suplemento de Apuntes para la historia de Huamanga*». Le dió oportunidad de hacerlo el escritor venezolano Vicente Lecuna enviándole su obra sobre Bolívar y Sucre. «Suplemento» contiene, en 167 páginas, documentos de inestimable valor.

———

Estamos en 1912, su señoría celebra el segundo sínodo, como hace seis años, con igual celo, igual entusiasmo, igual tenacidad. Esta vez quiere pedir cuentas de cómo se han cumplido disposiciones anteriores. Rectifica su obra y concuerda con las prescripciones del Concilio Provincial habido en 1909 en Lima. En su exhortación dice: «Decidme, señores sacerdotes: ¿Basta la celebración de Asambleas o Concilios para renovar la disciplina del clero y reformar las costumbres de los pueblos?». «¡Ah! no: puede darse leyes muy sabias, quizá más sabias que las de Salomón, de Solón y Licurgo; pueden los legisladores estar animados de los más ardientes deseos al dictarlas y propender, por todos los medios posibles, a su fiel cumplimiento, y sin embargo no conseguir el fin deseado.»

«Poned la mano en el pecho, y decidme, venerables párrocos: ¿habéis contribuido eficazmente al estricto cumplimiento de las *Constituciones sinodales* durante los seis años trascurridos desde la celebración del anterior Sínodo?.»

«¿Hemos conseguido ya la completa reforma del clero, la extirpación de los abusos, el esplendor del culto divino y el mayor grado de ilustración religiosa de los fieles, que son los objetos principales de aquellas santas disposiciones?.»

«Temo mucho que algunos no puedan contestar satisfactoriamente a la voz de su conciencia, máxime si se tiene en cuenta que esa reforma debe comenzar de sí mismo, mediante el buen ejemplo que debemos dar; por esto dice san Pablo: «*Exemplum esto fidelium in verbo, in conversatione, in charitate.*» Sed el ejemplo de los fieles con vuestras palabras, con vuestras conversaciones, en la caridad, en la fe y en la castidad.»

«He ahí el sermón más elocuente y persuasivo para haceros respetar de vuestros feligreses, para convertir a los pecadores y dirigir con acierto a las almas que os están confiadas».

«*Integritas praesidentium salus est subditorum,* dice el *Tridentino.* La integridad de los superiores es la salud de los súbditos; y en otra parte agrega: «son los sacerdotes los espejos en los cuales todos se miran para tomar ejemplo e imitarlos». ¿Y qué sería si, olvidados de su altísima dignidad, llegaran a ser motivo de escándalo y de ruina de otras almas con sus malos ejemplos?»

«Quiera Dios, que no se aplique a vosotros estas tristes palabras con que el profeta Jeremías se lamentaba de los sacerdotes de Israel: «*Rebaño perdido fue mi pueblo*; *los pastores de ellos los engañaron.*»....

En el transcurso del mismo año suprime algunas procesiones nocturnas. Nada más oportuno, aun cuando tenga que luchar contra costumbres inveteradas. Poco a poco; pero con verdadera insistencia quiere llevar a cabo la reforma religiosa conforme al espíritu de la Iglesia. Según este espíritu las procesiones son actos demostrativos de la fuerza católica y de la fe del pueblo. En el orden político, cuando los ciudadanos se reunen para deliberar en asambleas o cuando un hecho trascendental sacude los nervios de las masas o cuando sus oradores las conducen por los senderos del ideal, irrumpen por plazas y calles llevando las divisas de la patria. Llámase esto manifestación cívica o patriótica. En el orden religioso ocurre cosa semejante. Pero este acto religioso debe hacerse con verdadero espíritu y se debe evitar actitudes y costumbres, que contradicen al prestigio y pureza de la religión católica. Un acto procesional, desde el punto de vista del individuo, puede ser meritorio para el cielo; pero también puede ser demeritorio por la causa y modo con que se le desnaturaliza. Mas,

como de acto colectivo, inútil sería hablar de perfección. La procesión es un río, a veces de aguas claras, a veces agitadas y turbias. Los ríos arrastran a su paso lodo, piedras, palos, ramas porque tocan con el suelo; abren cauces profundos y benéficos; sus aguas vienen de lejanías incomensurables, se agolpan en remolinos, se precipitan en torrentes, se cubren de espumas, se aquietan en remansos; cantan, gimen, murmuran, como seres humanos que marchan en masa por los caminos de su destino. Las procesiones también llevan en su lento caminar corazones compungidos, espíritus inquietos, actitudes alegres y victoriosas, almas cándidas e inocentes, genios protervos y llenos de malicia..... Marcha la procesión: óyese el canto de la muchedumbre, la música tradicional, voces estridentes; pero en el fondo siéntese cierta respetabilidad como del río que pasa, caudaloso, frente al que lo contempla. Es la marcha de los siglos, de los dolores, de las alegrías; la marcha de seres que se renuevan sin cesar como las aguas del río.

Pero, así como se puede poner un dique donde convenga para prevenir el desborde, se puede, también dictar normas para evitar inconvenientes de orden moral. El Sr. Olivas habría querido suprimir todas las procesiones nocturnas; pero eso habría sido poner valla en medio del río. En consecuencia, exceptuó sólo la del Viernes de Dolores, Miércoles Santo y Viernes Santo, en gracia, quizá a su particular matiz y encanto tradicional que hacen a la ciudad de Ayacucho, única en el mundo.

———

En 1913 y 1914 refecciona el Seminario e instala un valioso Gabinete y Laboratorio. Maestro desde su juventud vivía convencido y lo repetía siempre que «el peor mal es la ignorancia». Renovado su Seminario en el orden moral y económico, su mayor satisfacción fue también verlo renovado en el orden científico. Ha recibido, pues, el plantel una reforma integral. Veamos cómo se expresa en el día solemne de la inaguración: «En este momento mi corazón-dice-rebosa de alegría al ver cumplida una de mis más ardientes aspiraciones acariciadas desde años atrás, que era la de proveer a nuestro Seminario de un Gabinete de Física y de un pequeño Laboratorio de Química, que ahora los tenéis a la vista.

Sería, señores, ofender vuestra ilustración al pretender manifestaros la gran importancia de esas adquisiciones en orden al progreso científico del mencionado plantel; pues sabéis muy bien la inmensa distancia que hay entre los conocimientos puramente teóricos, que se adquieren en los textos de enseñanza con las simples figuras , trazadas sobre las pizarras y los obtenidos por intuición, palpando todo el mecanismo, el engranaje de las máquinas y demás instrumentos físicos y astronómicos con los que, por una parte, se admira las grandes maravillas de la Naturaleza.»......

El Rector Buenaaventura Hospital aprecia la importancia social y empieza su discurso así:

«Brillante y hermoso resurgir el que se nota en esta noble e hidalga ciudad de Ayacucho. La ciudad, que años atrás se hallaba postrada y abatida, como recordando con nostalgia la historia gloriosa de épocas anteriores, ha sacudido el marasmo y ya está dispuesta y en actitud de luchar por la tradición y por el progreso. Corrientes desbordantes de vida circulan por sus venas.»

«Señores, en ese terreno, es decir, en el camino del progreso, acaba de dar el Seminario un paso de gigante y ha conseguido un triunfo verdaderamente extraordinario.»

«Por eso es lo que nuestro Iltmo. Prelado, que tiene tanta fe y experiencia de lo que significa una buena educación y aprendizaje de las diferentes disciplinas, con especialidad las que reclama la moderna cultura, no ha omitido ningún sacrificio en fomentar la enseñanza en todos los planteles en los cuales puede influir más o menos directamente; pero de un modo especial aquí, en el Seminario, de cuya buena organización depende en lo porvenir la vida de la Diócesis.»

«La adqusición de un completo *Gabinete de Física* y un adecuado *Laboratorio de Química*, como los que hoy exhibe este Plantel, constituye en cualquier punto un sacrificio muy considerable.»

«Sólo una fé en la enseñanza y una constancia a toda prueba, como le distingue a nuestro dignísimo é Iltmo. Prelado, ha podido realizar el sueño dorado de dotar a este Seminario, perdido en las escabrosidades de la sierra, de un material de enseñanza tan completo y excelente, *como lo pueden ostentar los mejores centros de su clase en la culta Europa.*».....

Para vacaciones de los alumnos, compra el fundo de Ñahuinpuquio y casas, con los que asegura las rentas del plantel.

XIX

El mérito de Olivas Escudero está en el cumplimiento de las leyes.— 25º aniversario.— «Ayacuchano de corazón».— Reconocimiento de sus méritos.— Recuerda el festejado las palabras de Ricardo Palma: «la mitra de Ayacucho....sentencia de muerte»....— La clase obrera se hace presente.—

De nuevo al peregrinaje sin fin.— «El niño invencible».- El caballo en la Biblia.— En el canto árabe.— Su sicología.- La fisonomía andina.— Datos en la Monografía.— Olivas Escudero como Santo Toribio.— La vía dolorosa.— Renunció el obispado en más de dos oportunidades.— Roma ordenó siempre permanezca en el puesto.— Documentos.— Su amor al Pontificado, una de las características de su ortodoxia, pura y profunda.

Una novela vivida.— El robo del Sol de la Custodia.— Vértice alto de la moral de Olivas Escudero.— Roturación de campos.— La siembra.— Doradas mieses.— Alegría de los buenos.— Odio de los malos.— Fantasía popular.— Un medio hostil para el obispo.— Asalto.— El robo es descubierto.- Actitud del prelado.— Fechas.

El esplendor que quería Olivas Escudero.— La emoción del campanario.— En Llama, en Pomabamba, en Ayacucho.— Delicadeza de sentimientos.— Reparación de las fallas del ritmo.— Dios y Patria: dos ideales incontaminados.— «Esqueleto de la estatua de barro».— Doctrina acerca del patriotismo.— Actividades.

Colaboraciones en la Cancillería.— Frente a la fundación del Seminario Central.— El estorbo de una arenilla.— Otra arenilla en el organismo del Seminario de Ayacucho.— Pascal tenía razón.— El inconsciente histórico no insurgió.— Olivas Escudero «ya está viejo».— Lo que cuenta el ex-guardián Fr. José Antonio Serrano.— La voz oída como en Smirna.

A lo largo de su administración se ve que ha hecho mucho esfuerzo para renovar instituciones y darles seguridad de existencia y comodidades. No solamente enriquece su labor episcopal con decretos y reglamentos cual más ingenioso y lleno de buenos propósitos sino que sabe dar cabal cumplimiento en la práctica: he allí su mérito. La vida de este prelado es una mina para sacar relatos edificantes por su significado y por su fecundidad. No podríamos entrar ni siquiera a enumerar todo lo bueno que hizo y nos está resultando, además, este modesto trabajo ya fuera de nuestros fines y fuera de nuestra capacidad. Hacemos trazo de un gran paréntesis como un arco de triunfo, que toque una extremidad allí donde lo hemos visto volver de Roma y que la otra descanse en los días de agosto de 1925, fecha de sus bodas de plata episcopales, y dejemos hablar a los propios actores de la gran escena. Ellos nos dirán con mayor elocuencia la síntesis de las obras realizadas en el lapso indicado.

Estamos, pues, en 1925. Su Iltma. cumple el 15 de agosto 25º aniversario de su consagración. Esclavo del deber y amigo fiel del trabajo, como buen discípulo del Taller de Nazareth, quiere que ese día lo alcance con el martillo sobre el yunque. Quizá lo mejor que puede ofrecer al cielo por la gracia de ser sobresaliente obispo, es el sudor del trabajo y por eso se apresta a salir a la quinta serie de la Visita Pastoral; pero el Cabildo, el clero y sus feligreses lo han obligado a pasar aquella fecha en la sede. Hubo grandes fiestas para celebrarla. El programa fue espléndido y su desarrollo duró desde el día 9 de agosto hasta el 17 del mismo.

Isaac Soto, uno de los sacerdotes representativos, valioso elemento del clero, Rector del Seminario, hace, en este plantel, merecido y cumplido elogio del Prelado, a quien llama «ayacuchano de corazón» «fiel compañero de este pueblo en las horas de su dolor y en los ratos de su alegría»; «solícito hijo de esta tierra, hijo que busca su bienestar y grandeza en todo momento». El Sr. Augusto Gálvez, Deán del Cabildo, persona autorizada, habla en nombre de esta institución. He aquí algunos fragmentos de su discurso....... «la vida laboriosa é inmaculada de Mons. Escudero, su actuación genial, propia de su carácter firme y justiciero, están en la conciencia pública, apreciadas como el oro de superior quilate. El brillo de sus actos sobresale en la historia de nuestra iglesia, como sobresale el de un astro de primera magnitud en la

inmensidad de la bóveda estelaria, durante los 25 años no interrumpidos que gobierna su Diócesis».

«Toda la labor social, religiosa o educadora de Mons. Escudero; la mina inexhausta de su entusiasmo, de su acometividad triunfadora y fecundo optimismo, se encuentran sintetizados en estas tres palabras: ciencia, virtud y trabajo. Conocedor, como el que más, de las necesidades de su grey: en comprensión de que la reforma del pueblo depende, en gran parte del perfeccionamiento del clero, dicta, desde los primeros días de su gobierno, sabias providencias, establece prácticas especiales de piedad y torneos científicos como medios indispensables para robustecer la vida del cuerpo y del espíritu. Animado del deseo de proporcionar a los suyos el alimento de la santa doctrina; queriendo vivir como viven y sienten sus hijos en el Señor, emprende la Santa Visita Pastoral, año tras año, sin que en esta labor primordial y la más ardua de su sagrado ministerio sean capaces de detener su paso, dificultades ni peligros. Fiel discípulo del Divino Maestro lleva a la práctica sus sabios consejos; «El buen Pastor da la vida por sus ovejas», resuelto a sacrificar su propia existencia ante el altar del severo cumplimiento de su elevada misión».

«Cierto es que el Episcopado de Huamanga, desde su erección por S. S. Paulo V, a partir del primer obispo Iltmo. Fray Agustín de Carbajal, ha tenido el privilegio de contar entre sus ilustres prelados a varones de virtud acrisolada, como Fray Francisco Verdugo; personajes de carácter emprendedor y entusiasta como Cristóbal Castilla y Zamora; reformadores enérgicos como López Sánchez; de reputación mundial, como el inolvidable Moreira que se distinguió como orador y diplomático en el Concilio Vaticano. Todos han brillado como verdaderas antorchas y perfumado con su acrisolada virtud el horizonte de la Iglesia Huamanguina; pero, de Mons. Escudero sin ofender su natural modestia, cúmpleme pregonar que posee invívitas las dotes que han adornado a sus dignos predecesores por su celo evangélico, por su larga y proficua labor cualidades que le dan el legítimo derecho de exclamar: «Conozco a mis ovejas y mis ovejas me conocen».

«Por eso la merecida y justa apreciación de los actos públicos de Mons. Escudero, cuya presencia venerable contemplamos con gozo aquí, coronada con la aureola de una conciencia tranquila del deber cumplido, está entregada a la acción depuradora del tiempo, para que sirva como poderoso estímulo y ejemplo viviente de la posteridad».

«Mons. Escudero es joven en la misma senectud, conserva todavía el alma y el corazón floridos con todos los candores sonrientes, todas las esperanzas optimistas y todas las energías e ideales de la juvenil primavera. Y todos, aun tenemos derecho a esperar los ópimos frutos de su cerebro privilegiado y austeridad

de su espíritu sanas lecciones para aprender y frutos sabrosos que recoger, cual preciados dones de sus fatigas y no bien siempre apreciada labor, en cuyo curso no había de faltar la calumnia, ese sello con que Dios marca siempre a los hombres grandes».

Al contestar el Prelado dice: «El amor tiene sus condescencias, y a este fenómeno sicológico se debe el presente acto. Deseoso de pasar este día en una de las humildes parroquias de la Visita Pastoral, se publicó el itinerario»..... Ha cambiado de propósito porque su Senado y el clero «han hecho suya esta fiesta».

«Celebráis —dice— señores, un hecho único verificado durante los 314 años de existencia que tiene esta Diócesis de Ayacucho. Del examen comparativo de la relación cronológica de los 28 Obispos que me han precedido en el gobierno de la Diócesis, resulta que 12 la gobernaron por menos de cinco años; 8 de 5 a 10, y los otros 8, por el máximun de 10 a 17 años».

«Al referirse a ese hecho dice el insigne tradicionista Palma: «Curioso es que 7 de los Obispos de Huamanga hubieran fallecido antes de cumplir 2 años de residencia en la ciudad», y después de enumerar la clase de muerte de varios de ellos, concluye diciendo: «Como se ve, la mitra de Ayacucho llevaba en sí algún parecido a sentencia de muerte próxima».....

«Con el que habla va pasando lo contrario: parece que la muerte se ha olvidado de él; y por eso, a pesar de los 25 años de su Episcopado y 75 de vida, lo tenéis todavía en condiciones de poder continuar en el ejercicio de su sagrado ministerio.»

Luego hace referencia a sus visitas pastorales, a los Sínodos, al Seminario y al Cabildo. En este punto declara: «Mi mayor satisfacción es para mí haber conservado la más perfecta armonía con mi Senado, habiendo sido ellos (los canónigos) mi paño de lágrimas en todas las circunstancias más aciagas de mi vida episcopal y los principales cooperadores en las más importantes obras llavadas a cabo.»...

Finaliza su bello discurso con una emoción patriótica con el recuerdo de las cautivas: Tacna y Arica.

El elemento seglar no ha faltado en el homenaje. También el Prefecto hace cumplido elogio y dice entre otras cosas: «Y qué diré de la más bella virtud que adorna a nuestro Prelado-la caridad?-Con íntima satisfacción he escuchado, desde mi llegada a esta ciudad, a personas de todas las clases sociales frases de encomiásticos elogios que revelan los esfuerzos de este ilustre Prelado. La labor magnífica de Mons. Olivas Escudero ha dado ópimos frutos, con beneplácito del Supremo Gobierno y del país entero......»

La clase obrera se ha asociado asimismo y le ha obsequiado con una artística tarjeta de filigrana. El Sr. Sixto de la Barra, delegado suyo, hace esta declaración en su discurso: «Habéis recorrido, cual ninguno, vuestra extensa Diócesis, llevando el alimento espiritual a las almas necesitadas; habéis convertido el

clero en una institución digna de todo respeto y consideraciones; habeis empleado lo mejor de vuestras energías y conocimientos en la reorganización y brillo del Colegio Seminario de San Cristóbal, de donde han egresado sacerdotes y seglares de nombradía; habéis impulsado, diriguido y cimentado tantas instituciones de orden social, religioso y patriótico; habéis fustigado eternamente el crimen y alcanzado vuestra mano protectora al indígena y al necesitado; habéis sembrado por doquiera la fe y la caridad, ya con el ejemplo de vuestra vida edificante, ya con vuestras sabias palabras y ya también con vuestros libros, llenos de erudición y fervor.»

«El cuarto de siglo de vuestra vida episcopal, que hoy se cumple acusa, Iltmo. señor, en vuestro Haber, una labor inmensamente beneficiosa para la Diócesis e informada por un celo apostólico, por una actividad infatigable y por una alta y superior cultura».

«Debéis quedar satisfecho de vuestra obra, Iltmo. señor, obra bendita por Dios y admirada y aplaudida por los hombres.»

Todos estos, son testimonios fehacientes de lo que Olivas Escudero fue en el sentir de su pueblo.

———

Cumplido el programa de las fiestas, vedlo de nuevo, ahora, camino en una larga e interminable visita por los pueblos y aldeas de su diócesis, cargado de años y de sufrimientos. Allí va cabalgado en el «Niño Invencible», nombre que le ha dado al dócil e infatigable alazán que lo lleva de pueblo en pueblo, mudo, pero doliente testigo de los sufrimientos y trabajos de su amo.

¿Y porqué no hemos de hablar de la criatura a la que Dios le ha dado hermosas cualidades para que se asocie a las grandes empresas del hombre? Si hablamos con tanto afán de la piedra y lodo que se ponen uno sobre otro en las paredes de nuestras casas; si hablamos del aire, del agua, del leño, de la arena, del pedrisco y tantas otras cosas ¿porqué no recordar al ser viviente que sorprende con habilidades que hacen falta, a veces, a los que debían tenerlas?. En la historia del Varón justo de la tierra de Hus, el Cielo mismo se encarga de describir lo hermoso de la obra divina: «No conoce-dice-el miedo, ni se rinde a la espada. Oye sobre sí el ruido de la aljaba, el vibrar de la lanza, y el manejo del escudo; espumando y tascando el freno, quiere sorberse la tierra, ni aguarda el sonido de la trompeta. En oyendo el clarín, dice: ¡Ea! Huele de lejos la batalla, y la exhortación de los capitanes, y la gritería del ejército......»

Y la Tierra parece contestar por la voz del inmenso desierto. Canta el árabe: «¡Oh corcel mío: ya te veo dispuesto a lanzarte a la carrera, brillante como los rayos del sol. Las crenchas que flotan sobre tu frente son como los cabellos de seda de la joven agitados por la brisa oriental; tu crin es la nube hinchada del mediodía suspendida de los aires......Tu frente es un escudo hecho a cincel por hábil artista. Tus ojos son dos estrellas gemelas que brillan en negro cielo.....Tu galope es la nube arrebatada por la

tempestad; pasa por los collados retumbando como el trueno...... Ven corcel mío, delicias de Hommiáh....Y si yo muero, muere conmigo tú; juntos nos lanzaremos por los espacios celestes. «No digas -continúa el árabe entusiasmado- que este animal es mi caballo: di que es mi hijo ¡Corre más veloz que el viento del huracán, más veloz que la mirada que recorre la llanura. Es puro como el oro: su vista atraviesa las tinieblas. Da alcance a la gacela en la carrera. Al águila dice: «Allá voy como tú» Cuando oye los gritos alegres relincha de contento. Su corazón se estremece cuando oye silbar las balas....Qué le importa si el cielo está sereno o la tempestad levanta nubes de arena....atraviesa como la golondrina. ¡Ah, es un hijo verdadero de Adán!»

Es una imaginación oriental la que ha debido concebir este himno de amor en homenaje al más noble de los animales.

Todas las razas le han dedicado su admiración por sus hermosas cualidades y por su vasallaje en servicio de la humanidad. Los poetas de todos los tiempos han rivalizado en hacerlo. Entre nosotros. «Los caballos de los Conquistadores», por Chocano, es el mejor canto de los corceles que dejaron tras de si......«nube de gloria».......

Pero aquellos, que han prestado atención a su sicología, son los que mejor han ahondado su conocimiento. Dice el padre Van Tricht que «el caballo tiene cariño, es amoroso, aficiónase del dueño, conoce su voz y sus pasos, y se vuelve hacia él, como impaciente por verle; conoce su mano en las riendas, de modo que en el movimiento que hace al juntarlas, sabe si procede de manos extrañas».....«El caballo es fiel en sus afectos. Pasados diez años vuelve a reconocer al amo que lo tuvo». «No le asustan los peligros; pero lo desconocido le amedrenta». «Si ve algún objeto extraño, le olfatea; si lo reconoce, nada hay; si lo desconocido no se descubre, vuelve la cabeza bruscamente y se encabrita». «En las carreras le excita, sin duda alguna, la fusta y la espuela, pero más le aguijonea su amor propio». «También tiene en la vida momentos de mayor satisfacción y es al sentirse amado....».

La historia del caballo está llena de anécdotas que lo engrandecen. Por eso, no faltan quienes le hayan levantado monumentos y que hayan inmortalizado su nombre.

Indudablemente este animal es uno de los seres que más se ha sujetado al cumplimiento de una de las primeras leyes: «Dominad la tierra.....» En el esfuerzo que hace para domarlo y adiestrarlo, se ve la superioridad del hombre; y una vez cumplida la labor de formación, y ésta unida al instinto natural que tiene, se aprecia la utilidad inmensa que presta. Pero, en el trato que le da el hombre durante los años de su servicio, se descubre, sobre todo, los sentimientos que le animan al propio amo. Descúbrese ahí la presencia de un gran corazón. El animo esforzado del genio que no cesa de trabajar. Parece que la sicología superior del hombre se confundiera con la sicología animal. Jinetes pron-

tos al sacrificio, lo arrastran allí. Si multiplica sus fuerzas aquél, también éste saca de flaquezas valor. El carácter del amo se refleja en el modo de ser del caballo. Los hábitos e instintos tienen puntos de contacto. Un amo constante y trabajador le ha acostumbrado a no cansarse. Una palabra puede revelar mucho.

Respecto al «Niño Invencible» he aquí lo que dice en una carta el canónigo José Aiguadé de Ayacucho: «Hizo cinco visitas a esta diócesis que comprende los departamentos de Ayacucho, Huancavelica y la provincia de Andahuaylas, en su propio caballo, que no consentía otro jinete, y al cual S. Señoría llamaba el «Niño Invencible».

Estas breves, pero significativas palabras, nos hicieron traer a la memoria todo lo que hemos escrito arriba acerca del caballo.

«Niño Invencible» es un nombre impuesto por el amo que lo quería y apreciaba sus cualidades. Anónimo, en un principio, a pesar de su gallardía, conquistó, poco a poco, tal nombre. De joven era brioso, ágil, presto al galope; pero, después, con los años, fue transformándose en corcel constante, reposado y siempre valeroso. Las distancias recorridas en su vida, los caminos transitados, los calores soportados y los fríos vencidos lo hicieron más firme y metódico; pero lleno, en todo momento, de amor propio. No se dejaba ganar en la marcha, siempre adelante, siempre cumplidor y el último en cansarse.

Ayacucho es una región andina y como tal con mil arrugas en su fisonomía geográfica. De allí el cúmulo de dificultades para el viajero. Los aborígenes recorrían sus caminos con las llamas y las alpacas, únicos animales que pueden pasar ciertos senderos. Hoy día el esfuerzo humano y la maquinaria moderna se han abierto paso. El estridente *claxon* se oye en los cerros más elevados y en los valles más profundos. En la época en que el caballo escribía su historia de transición entre sus antecesores, los auquénidos y sus sucesores, los automóviles, se necesitaba valor y arrojo, tanto en él como en su jinete. Era la época en que nació la epopeya popular de los morochucos.

Cuando el Sr. Olivas hacía su visita pastoral le seguían los morochucos en la región de sus dominios; pero en una ocasión tuvieron que hacerlo volver en camilla, pues sufrió una caída.

En su Monografía, trae estos datos: de Ayacucho a Huanta hay 35 kilómetros-a San Miguel 65 km.- a Cangallo 70- a Puquio 297- a Coracora 387. Como se ve, es un itinerario entre la capital del Departamento y las provincias. De estas líneas hay que ramificar otras distancias para tocar los pueblos y villorrios diseminados en las anchurosas y accidentadas tierras de Ayacucho y prolongarlas por las de Huancavelica y Andahuaylas. Así podrá tenerse alguna idea de las distancias recorridas en cada serie de visitas.

En la citada carta dice Aiguadé: «El Visitante se detenía, por lo menos, ocho días en cada parroquia. Había un curso de misio-

nes y los indios se apretaban y empujaban por confesarse con él. En cada parroquia triunfaba la gracia divina en centenares y millares de corazones que se reconciliaban con Dios y legalizaban su estado.»

La fortaleza y actividad del Sr. Olivas eran verdaderamente asombrosas. Tenía invariable horario del día. Levantábase antes de las 6 a.m. Hacía meditación y lectura durante media hora. Celebraba misa, daba acción de gracias. Después de un desayuno frugal, rezaba Horas Menores. Hacía la visita a la Iglesia y archivos minuciosamente. Confesaba y confirmaba centenares de cristianos al día y a veces millares. Cumplía con los deberes de cortesía social: visitaba y daba audiencia a ricos y pobres. Recibía quejas y servía de mediador en muchas diferencias. Rezaba el oficio, y el rosario con el pueblo; predicaba, hacía su examen de conciencia y se recogía. Así era su vida cuotidiana en los pueblos; y pasaba de uno a otro, con igual horario, igual ánimo; incansable y constante.

Los penitentes se le agolpaban y era que su señoría tenía celo inagotable y paciencia de Job, a pesar de su temperamento nervioso e inquieto. A nadie dejó marchar, como el Divino Maestro, sin darle el pan de la vida que es la palabra que procede de Dios. Sólo una santidad verdadera pudo haberlo mantenido en esta actitud que recuerda a los grandes apóstoles. Sería necesario entrar otra vez en su espíritu para explicarnos de sus trabajos en los que no buscaba la gloria humana. Gloria humana ¡dónde! en medio de los pobres, de los humildes, lejos de los que pueden lisonjearlo, ajeno a la exhibición, en el silencio y en la humildad más ascendrada. Su espíritu, pues, era todo, y a su espíritu le embargaban preocupaciones y hechos heroicos. En su pastoral para celebrar el centenario de la muerte de Santo Toribio, hay una frase que revela tal estado. Elogia al Santo bajo todos sus aspectos y se entusiasma al ver sus virtudes y sus sacrificios; pero, cuando empieza a hablar de las correrías apostólicas del glorioso arzobispo, dice sencilla y elocuentemente: «Ya hemos llegado al momento sicológico de la vida de Toribio de Mogrovejo».

En efecto, este varón ilustre se santificó en el heroísmo de la evangelización de los pobres recorriendo su arquidiócesis de pueblo en pueblo.

Pero, veamos las propias palabras del Sr. Olivas: «Para comprender mejor la magnitud de los trabajos y sacrificios de esa lumbrera del Nuevo Mundo, de ese gran Apóstol de Caridad, es preciso tener en cuenta la gran extensión de su arquidiócesis y dificultades propias de esa época».... «Si el estado de los caminos en la mayor parte de los departamentos del interior es hoy mismo intransitable, más propios para los huanacos, que para ser transitados por hombres ¿qué serían entonces?..... esa visita no es simplemente como la exploración de los naturalistas.....ni como la de los geógrafos.... La visita de Iltmo. Toribio es la visita de un

pastor celosísimo.... Era la visita de un médico..... Era la visita de un Maestro..... Era, en fin, la visita del Padre.... para socorrerlos»..... «Para llevar a cabo.... no bastan los sentimientos de simple humanidad....» «Solo la caridad obra esas maravillas».

«Pasó haciendo el bien, especialmente a los indios que eran el objeto de su predilección».

He allí lo que piensa el Sr. Olivas de Sto. Toribio; y ese pensamiento revela el motivo y la siceridad de sus trabajos.

Si Toribio de Mogrovejo es admirable en sus visitas y en ellas se santificó, también es justo concluir que Olivas Escudero es admirable y santo en el cumplimiento de semejante obra.

En medio de su ímproba labor apostólica, así como también le sucediera a Sto. Toribio, tuvo días de desfallecimiento por las espinas de dolor y amargura que encontraba a su paso. El hombre más esforzado siente, a veces, el deseo de repetir la palabra del Varón de Dolores: «Transeat»......

Olivas Escudero, hombre de hierro, luchador incansable, deseoso de martirio por la causa de Dios, desfalleció más de una vez y dijo: «Transeat».

Fué en 1914. En la historia de la administración diocesana encontramos estas palabras del Canciller: «Ha habido épocas en que terribles tempestades han llovido sobre él (el prelado), ya del seno de las Cámaras legislativas, ya de la prensa de la Metrópoli y de la localidad, ya de un modo inmediato por sugestiones de algunos de sus desgraciados hijos, colmándole de las más groseras calumnias.....» «Esos hechos, ciertamente muy dolorosos, le han obligado en varias ocasiones a elevar su renuncia del Obispado ante la Santa Sede; pero en todas ellas no ha recibido sino palabras de aliento para continuar en el ejercicio de su augusto Ministerio». El Delegado Apostólico, Mons. Dolci, en su comunicación de 29 de abril de 1909, le decía entre otras cosas: «Si el inocentísimo Jesús no estuvo a cubierto de acusaciones y calumnias ¿porqué extrañarnos que ellos vengan sobre nosotros?»...... «Animo y adelante en las campañas del Señor»..... El 9 de agosto del mismo año, le vuelve a escribir y le dice: «Atentamente sigo el rumbo que US. Iltma. imprime al gobierno y administración de su importante Diócesis, y me es satisfactorio cumplir con el sagrado deber de felicitar a U. S. Iltma. por el santo celo de que está animado y por la pastoral prudencia que revelan sus diferentes determinaciones. En 22 de noviembre de 1914, el Nuncio Apostólico Mons. Scapardini le trascribe, con motivo de su última renuncia, la resolución de su Santidad. La Secretaría de Estado con fecha 30 de setiembre del mismo año le dice: «El Augusto Pontífice, examinada atentamente la cosa, juzga que las razones alegadas por Mons. obispo de Ayacucho, no tienen por ahora fuerza suficiente para eximirlo de la administración de su Diócesis, en vista particularmente de los malos tiempos presentes de la Iglesia, y por consecuencia le pide que continúe en llevar la cruz que

el Señor le ha proporcionado, confiando en las gracias que el mismo Dios no puede menos de concederle, a fin de que pueda cumplir convenientemente su difícil misión». De su parte agrega el Sr. Nuncio:..... «*Roma locuta* etc......, y yo me alegro mucho de esta contestación que ya tenía por segura y le felicito por ella». Hace referencia de sus «valiosos servicios» y actas recibidas de los ayacuchanos demostrando en forma magnífica su aprecio grande y verdadero para con su prelado.

Ante esta decisión del Vaticano, no hizo sino repetir las palabras del célebre obispo de Tours: «Señor, si todavía puedo ser útil a tu pueblo, no rehuso el trabajo; hágase tu voluntad». Su amor al Pontificado era una de las señales de su ortodoxia católica. La del Papa, era voz de Dios. La acató hasta el fin.

Con este motivo, el elemento consciente y valioso de Ayacucho, en sus instituciones más representativas, así como particulares, dió pruebas inequívocas de su sentir. «El Siglo», diario de la localidad y «La Era», semanario, hacen hermosa y elocuente relación de todas las manifestaciones de afecto que le tributaron sus diocesanos al Sr. Olivas.

El robo del Sol de la Custodia de la Catedral es asunto de una real novela o de un drama vivido si se consideran las circunstancias que le rodearon, la resonancia que tuvo y el dolor que padeció el Sr. Olivas. Tuvo muchos motivos de sufrimiento en su largo episcopado: la muerte de la monja loca, la traslación del Coro, la supresión de las procesiones, la defensa del patrimonio de la Iglesia, la incomprensión, las correcciones, las calumnias, las injusticias frecuentes, el asunto del crucifijo, el proceder del religioso que lo motivó, la notificación inconsulta de algunos capitulares sobre la excomunión que creían ver en la actitud del prelado, la mala prensa, la acusación de los diputados liberales, etc. etc. Pero ninguno como el que culminó cuando el robo del Sol de la Custodia. Seguramente, en la vida del Sr. Olivas, es el momento en que la injusticia llegó a los límites más extremos y la virtud brilló en el grado más alto de su proyección. Si alguien artista o literato quisiera reconstruir o interpretar este motivo, saldría de su noble intento en actitud victoriosa.

Olivas Escudero es el sembrador de una siembra fecunda. Había tomado la herramienta con robusta mano. Destroncó árboles, quemó malezas, quiso extirpar la mala yerba. Empuñó el arado, abrió surcos y sin volver la mirada atrás sembró la simiente evangélica en toda su pureza. Crujieron seculares raíces, chisporroteó el leño verde, sangraron el cardo y la espina. Al paso del arado se troncharon flores al parecer lozanas, se borraron quizá hitos de heredad fundada acaso en costumbres inveteradas. La resuelta actitud del buen sembrador y la disciplina implantada lastimaron

muchos intereses creados, chocaron contra el abuso, amainaron al libertinaje, fueron dique contra el vicio, cauce para la virtud austera y para el sacrificio, cual conviene en la ley de Cristo: todo eso, sin duda, como de una tierra mucho tiempo sin oxígeno, emanaron las pasiones. Eran la soberbia, la envidia, el rencor, la vanidad, la posesión del bien ajeno, altiveces, pretensiones, ambiciones, malos entendimientos, malicias, cobardías, asechanzas y todo lo que sale de una mala conciencia contrariada por la disciplina, el orden y la justicia; todo se había removido bajo la enérgica acción del buen sembrador. Las buenas gentes, aquellas que bonifican la heredad de un pueblo, aquellas en cuyos ojos no había nubes de proterva pasión ni en cuyo corazón se retorcía la sierpe de la maldad, limpias en la vida y deseosas del bien ajeno, ellas veían, con alborozo cómo el noble prelado encanecía; y cómo, gastando sus energías año tras año, bajo las inclemencias del sol y del frío, a campo abierto, sin amargas quejas ni resentimientos contra el cielo ni rencores contra el prójimo, iba cumpliendo su sagrada misión, en la dulce esperanza de ese mañana en que sus ojos verían doradas gavillas en las eras del Gran Padre de Familias. Ese espectáculo, hermoso y edificante para los buenos, era motivo de ira e intolerancia para los hijos de las tinieblas. Busquemos la paz decían éstos, no la que da la buena conciencia, sino la que viene de las regiones oscuras, la que procede del mundo, persiguiendo, odiando, eliminando.

Cuando se produjo el robo de la Custodia, vino la hora de las tinieblas. Crucifícale, crucifícale, era el eco de las malas conciencias contra el justo. La víctima es éste, dijo la malicia, y fue escuchada. La multitud inconsciente, se hizo cargo de ella.

Entonces, en torno a la víctima, se echó mucha leña, y la humareda fue grande. Los seudoentendidos de lo artístico y de lo histórico y de lo tradicional aguzaron el ingenio y encendieron la imaginación para ponderar el valor de la reliquia desaparecida. El pueblo, cantera inagotable de leyendas, habla asombrado como de las lámparas de Aladino. Era oro nativo sacado de las minas de Santa Bárbara. Tenía esmeraldas, verdes como el bosque, perlas traídas de ignotos mares; brillantes en cuya formación filtró el sol siglos de luz. Era lo maravilloso. En las suntuosas procesiones de antaño era el centro de las miradas de propios y extraños. «Reverberaba como el Sol». «A su lado sonaban campanillas de oro». Los monaguillos llevaban pebeteros de filigrana; las varillas del palio estaban chapeadas del mismo metal. Cuánto lujo que nosotros ni podemos imaginarnos: cirios de a 5 libras llevados por caballeros de capa, el desfile de cofrades, los cabildantes y empleados reales. Varios de los que en Cajamarca tuvieron parte en la repartición del tesoro del Inca, estaban allí..... Cuando descansaba la procesión ponían la Custodia sobre altares de plata, bajo dosel y brocados de oro. Los arcos estaban adornados de flores y joyas. Aquel lujo aguzaba el ingenio de los amigos de lo ajeno. Recuérdese la estrategia de Ccarmenca...... muchas alhajas desaparecieron como por ensalmo..... Era una custodia, tesoro de

este pueblo, lo único de valioso que tenía; su riqueza artística no tenía igual..... Y, de esta suerte corría la imaginación popular recordando riquezas fabulosas......

El robo ya era un escándalo, su noticia llenaba el Departamento, se sabía en Lima, se había denunciado en la misma Cámara de Diputados señalando al presunto autor y llegó a conocimiento del mundo entero. Las acusaciones vertidas en la Cámara y las publicaciones incontroladas en la prensa autorizaron a las masas para proceder por su cuenta. El año de 1916 era el año trágico y en el que llegó a su colmo, más que en ninguna época, el dolor del santo prelado. El medio le era ingrato, a pesar del consuelo de las buenas gentes; pero, a veces, se le hacía hostil. No podía salir sin vindicarse antes; el vulgo estaba convencido del crimen; los indiferentes dudaban por lo largo del tiempo en descubrirse; pocos podían rodearlo en un ambiente de sinceridad y de profunda simpatía, y aún de éstos, en las horas de rozamiento, cuán fáciles eran para cambiar de opinión y denostar a la víctima. El autor, nadie más que el mismo obispo. Su afán de riqueza, su codicia. En cuanto a él correspondía, había tomado sus medidas. Dió parte a las autoridades políticas y al juez de crimen. Pusieron en juego toda la ciencia de la investigación de aquel tiempo; pero sin resultado. En tal emergencia, podía ser víctima el Sr. Olivas en cualquier momento. Y lo fue. No sólo atacaron varias veces su residencia grupos maleantes sino que le acechaban queriendo sorprenderle y ponerlo a descubierto. Tal era la obcecación de algunos que vigilaban las cosas que se sacaban del palacio episcopal. Un año completo vivió cohibido, triste, sin libertad, sin poder siquiera continuar sus labores apostólicas. Y cuando, al fin, pudo salir, como de costumbre a la visita pastoral, que correspondía a aquel año, los malévolos esperaron en la encrucijada y asaltaron el menaje que solía llevar a sus visitas. Creían encontrar allí la Custodia, pues el obispo, con pretexto de visita, seguramente, proyectaba fugar camino a la Montaña. Pero en el equipaje no encontraron sino ornamentos de propio uso. Sin embargo, continuó la visita, llevando sobre la carga de aquel deber pesado, la inmensa cruz de tal vejamen. Recorrió una larga vía dolorosa por los pueblos que otrora pasara lleno de optimismo y alegría en la serenidad del trabajo. La pureza de su conciencia, empero, se reflejaba y le daba la gravedad de los grandes hombres puestos a prueba suprema. Ya no era el hombre nervioso y precipitado, a veces, para ganar tiempo en el desarrollo de su plan; era una gigantesca alma que rebasaba los contornos de la soma y parecía reflejar la aureola de la santidad frente al martirio. Nunca fue más magnánima aquella personalidad que cuando recorría dicha visita.....

Aun no la había promediado, cuando en Ayacucho se descubrió el misterio. Le dieron la noticia del hallazgo y de la prisión de los autores del robo. El pueblo de Ayacucho pidió y exigió la vuelta del Prelado para compartir la alegría y festejar el triunfo

de la inocencia. Pero el gran Prelado estaba sobre la marcha de su deber. Ni le sorprendió tal noticia. Para él era natural y lógico el proceso de los acontecimientos: había una Providencia. Siguió la Visita y cuando la terminó, volvió a la sede. Ayacucho lo recibió en masa, quisieron pasearlo en triunfo por las calles; mas él se dirigió a la Catedral, oró largos momentos delante de un pueblo impaciente de salir por las calles; y cuando, ya cansadas las gentes, se dispersaron, se levantó y fuése a su residencia. Ordenó no meter ruido. «Perdonadlos; no saben lo que hacen , dijo a los suyos. Lo que conviene es restaurar. He aquí por de pronto, mi pectoral y mi anillo. Formóse una Comisión presidida por Emilio C. Medina, y entregó estas prendas. El pectoral tenía seis amatistas rodeado de brillantes. En cuanto, al Sol de la Custodia no encontraron, en la carpeta de los autores, sino pedazos. Algunos, ya los habían vendido. Según el oficio del Deán Pedro C. de Pino, de fecha 18 de mayo de 1916, en el que denuncia el robo del Sol de la Custodia, tenía esta alhaja «de peso quince libras y media de oro, incrustada de varias clases de piedras preciosas y perlas finas de diferentes tamaños».

El mismo día 18 de mayo, el obispo había trascrito al Prefecto dicho oficio y el 19 del mismo dió cuenta al Cabildo en respuesta al Deán trascribiendo las gestiones de la autoridad política. El 20 se hizo reconocimiento de la fractura en la Catedral por orden del juez. Descubierto, después de un año de misterio y recuperados los restos del Sol de la Custodia, «El Estandarte Católico» señala esta coincidencia: El 19 de mayo de 1918 reune tres efemérides: 246º aniversario de la fundación de la Catedral; la reposición del Sol de la Custodia y la vigencia del Código de Derecho Canónico. Tres hechos notabilísimos en la vida religiosa y social de Ayacucho.

Veamos todavía uno de los afanes del Sr. Olivas por el bien integral de su diócesis.

El esplendor del culto le ha preocupado en todo momento. Allí ha dirigido todas sus providencias y actividades. Y no un esplendor como quiera, decadente o semipagano, cual vemos allí donde andan las cosas descaminadas. El esplendor para Olivas era la perfecta ejecución de la Liturgia Católica. Para él la Liturgia no sólo era una manifestación o tributo del culto debido a Dios en la forma ordenada y acostumbrada por la Iglesia sino que era la expresión de la grandeza de esta institución y la práctica del magisterio más eficiente para educar al hombre frente a sus destinos eternos.

La oración y el sacrificio, supremas y últimas manifestaciones del culto, adquieren potencialidad, de parte de la criatura, cuando se realizan según las leyes de la Iglesia. Por eso, la oración y el sacrificio han sido encauzados desde un principio. El Maestro enseñó la primera fórmula de la oración: El Padre Nuestro; y lo fundamental del sacrificio: la Consagración.

Esta breve oración del Maestro tenía que crecer como el grano de mostaza, y el Sacrificio, rodearse de solemnidades que requieren su grandeza. Es por eso que la sabiduría y prudencia de la Iglesia dan leyes de precisión y disciplina. La misa tiene normas universales. La Oración mantiene su sentido espiritual.

Quien ora y ofrece sacrificios en la comunidad cristiana, no se siente aislado sino que forma parte de la asamblea que abarca el tiempo y el espacio en toda su extensión.

En la Iglesia, las cosas y los actos, así como los simbolismos y objetos artísticos tienen su contenido. Su método es la enseñanza objetiva. De su fiel y cabal interpretación depende la suerte de la verdad en la mente de los asociados.

Todo esto necesita un maestro, una disciplina y una atención. El deber del prelado es asumir esta responsabilidad.

Así pensaba el ilustre obispo de Ayacucho con referencia a la Liturgia de la Iglesia. Y esto es la razón, por qué insistía en todos los pormenores de esta necesidad. Reglamentó el canto y la música sagrada. Trasladó el Coro para mejor esplendor del Culto y dió oportunas normas en orden al cumplimiento de las ceremonias. Dotó de valiosos ornamentos a la Catedral y lo necesario a varios templos. Visitó las iglesias y conventos. Fue intransigente cuando se trataba de imponer y mandar observar las leyes universales de la Iglesia. Igualmente, reglamentó la Predicación. Fomentó el uso del melodio y del órgano, postergados por instrumentos de otra clase. Exigió a las asociaciones el manejo de los libros aprobados. El espíritu de que estaba animado frente a las cosas litúrgicas, nos revelará particularmente su constante empeño de restaurar las campanas de las iglesias.

Ya sabemos que el siglo económico está perdiendo la emoción del campanario. En las grandes ciudades hay quienes se incomodan con sus sones que recuerdan la eternidad. En las aldeas y pueblos pequeños, todavía sigue alegrando corazones y poniendo una nota de espiritualidad en la vida.

Olivas Escudero tenía alma delicada y sensible a todo lo estético y piadoso. De su franciscanismo hemos hablado algo. Digamos todavía algunos rasgos de su fisonomía emotiva.

Todo niño es amigo de los campanarios. Los sones del bronce lo entusiasman. El día que ha llegado a tirar, con pulso tembloroso, la cuerda que arranca la melodiosa vóz de las campanas, ese día es uno de los mejores de su vida infantil. ¿Quién no recuerda su primera emoción cuando, encaramado en lo más alto de su pueblo, hizo aquella maravilla?.

En la nativa aldea de Olivas Escudero también hay una resquebrajada torre y de sus rústicos palos, cuelgan, aprisionadas con peludas reatas, vocingleras campanas. Levántase gallarda sobre campos cubiertos de dorada mies y sus campanas lanzan sus aires, que se unen a las armonías de las aves e himnos de la creación. Ellas hirieron por primera vez los tímpanos del que fuera, más tarde, grande hombre. En bullicioso afán de correr al cam-

panario y volver de él, ora para anunciar las horas campestres, ora para alegrar las fiestas, ora para alguna misa «por casualidad», viósele crecer al niño Fidel con nada comunes prerrogativas naturales. Y cuando las campanas de Piscobamba, en relativa proximidad, que un día anunciaron la llegada de Santo Toribio y la realización de su sínodo, enviaban su mensaje alado a todo viento y el niño oía pasar cual golondrinas en el espacio azul yendo hasta el infinito, extraña emoción sacudía su espíritu. Quería saber de dónde venían aquellos sones y a dónde iban. Horizontes que se ensanchaban en su interior. Después de algunos años, oyó en Pomabamba el solemne toque del Angelus, la tarde de su llegada. Al día siguiente, fue a contemplar las torres: qué altas le parecían y qué grandes las campanas. En esa ciudad, hay media docena de éstas: ya forman armonías que no había oído en Llama. Pero en cuanto a la dulzura, y a la sonoridad, no podían competir las de Pomabamba. Sobre todo, tenía motivos especiales el corazón: ¡su tierra!. Esas humildes campanas, después de una ausencia de muchos años, cuando volvió hecho Pontífice de la Iglesia, lo recibieron con las alegrías y el orgullo que ellas sólo podían poseer.

Su Iltma. nunca se olvidaba de estas escenas de su vida. Obispo de Ayacucho, ya tiene en el espíritu convicciones singulares y propias de hombre superior. Las campanas ocupan en la Iglesia Católica un lugar de preferencia. Los ascetas y sus discípulos ponen sobre el reglamento de sus toques estas letras: *Vox Dei*. Cuando el Cristianismo salió de las Catacumbas, tomó el bronce y le dió forma, voz y sonoridad. A veces dejaba a las reinas y mujeres de abolengo despojarse de sus joyas de oro y echarlas al bronce líquido para que adquiera el timbre del precioso metal. Compuso el ceremonial en la bendición con la solemnidad otorgada al propio hombre cuando se bautiza. Allí están las campanas relucientes como el oro, recién salidas del crisol. En torno, está congregado un pueblo. El Pontífice que las ha de bendecir está revestido de mitra, báculo y capa. Hay una gran expectación. Las campanas están cubiertas de guirnaldas y coronas. El público trata de leer las litúrgicas inscripciones. Los padrinos toman las cintas de seda que las entrelazan y las adornan. Solemnes y graves oraciones se rezan sobre los objetos hechos dignos de tales ceremonias. Los unge con el sagrado óleo como si fueran catacúmenos. Cumplida la oración de la Iglesia, entre la algazara y el entusiasmo del pueblo, se levantan a los campanarios de piedra, más arriba de las techumbres, en lo más alto de la ciudad. Y cuando se oye el primer toque, una sacudida entrañable recorre todos los nervios. Es la voz de Dios la que se ha insuflado en el bronce para llamar a los mortales en sus destinos eternos. Desde entonces, cada pueblo, cada individuo, se familiariza con aquella voz. Le cobra cariño, reconoce su voz como reconoce el hijo la voz de su madre. Son las campanas de mi pueblo, dice en los mejores momentos de su vida. Anuncian el nacimiento espiritual del hom-

bre, piden la postración cuando se consume el Sacrificio en los altares y se reparte el Pan de Vida; pregonan el desfile nupcial promisona de nuevos seres; lamentan la muerte de los cristianos. Acompañan y comparten la suerte de la comunidad: dan toques de alarma cuando se destruyen por el incendio hogares o cuando se cierne algún peligro sobre el pueblo. Acrecientan el regocijo popular; llaman al orden en el tumulto. No hay acto colectivo en que su poderosa voz no se una a las vicisitudes de la sociedad. Por eso, las almas nobles encuentran en ellas fuentes de inspiración. Los poetas componen himnos. Los músicos piden su sonoridad para inmortalizar sus sinfonías. Los creyentes, ven en ellas objetos sagrados, cuyo fin es primordial en la santificación de las almas.

Olivas Escudero, hombre de cultura superior no podía dejar de ver tal trascendencia y tal significado. En Ayacucho, él, más que nadie, notaba algunas fallas en su ritmo de conjunto. El conocía la voz de cada campanario y la reconocía y hasta estudiaba la sicología de cada comunidad religiosa por el toque de sus campanas. En consecuencia con la prolijidad de un artista y prodigalidad de un generoso restaurador, llevó adelante la refundición y compra de varias campanas para la Catedral, San Agustín, S. Fco. de Paula, Santa Teresa y otras iglesias, habiendo completado con esta medida el bello equipo de campanas de la ciudad de Ayacucho, cuya vida de ayer y de hoy, así como de mañana, está íntimamente unida a la historia de aquellas voces de metal que tuvieron la gloria de ser las primeras en publicar el fin de una esclavitud y el principio de una vida libre y soberana.

Todo lo que hizo el Sr. Olivas y todo lo que pensó durante su larga vida de ciudadano y de apóstol fue a la luz de estos dos ideales: Dios y Patria. Era un espíritu que no podía contaminarse con los errores de hoy si hubiera actuado aún en nuestros tiempos. Toda su grandeza espiritual emana del crisol de su doctrina y de sus virtudes. En el orden patriótico, ya hemos visto cómo en Ancash formó la cultura de las juventudes fundando colegios y sosteniéndolos, y uno de ellos toda su vida. En la guerra con Chile, fue uno de los primeros en el Perú en organizar las actividades de la Cruz Roja en la ciudad de Huaraz. En la formación del ejército del norte tomaron parte sus alumnos, y él entró en el servicio religioso. Cuando la revolución de Atusparia salvó a la ciudad de Huaraz de una masacre segura y amenguó el desorden en otros pueblos del Callejón. Quien trabaja en la estructuración social cimentando el bien, condenando el mal, defendiendo la justicia, alentando valores ciudadanos, dando ejemplo de civismo, predicando sanas doctrinas, restañando heridas, dando la mano al desvalido, en una palabra, cumpliendo el papel de una célula viviente en el organismo social, indudablemente obra en fa-

vor de la Patria, tanto y más que el soldado, cuya misión es defender lo que está estructurado. Y Olivas Escudero fue patriota en este sentido. El llevó la misma doctrina del patriotismo a las puras fuentes de donde pueden emanar sin taras, sin convencionalismo, sin disimulos, sin sombras de error o torcidas intenciones. Cuando coloca en 1901 la primera piedra para un templo conmemorativo de la Batalla de Ayacucho, en la Pampa de Quinua ha pedido «no sólo un monumento que inmortalice su memoria (la de los próceres) sino un Santuario» para encender la lámpara votiva del patriotismo que brille perpetuamente poniendo a la vista de las generaciones el sacrificio de los Padres de la Patria. Para llevar a cabo tan bella empresa, constituyó un comité, entregó su primera cuota y pidió la suya al clero y a los ciudadanos patriotas.

En 12 de mayo de 1910, con motivo del conflicto nacional con el Ecuador, escribe una carta pastoral que se reprodujo en los periódicos de la República, como ejemplo del sentimiento patriótico. Allí dispone la entrega de su óbolo y del clero mensualmente mientras dure el conflicto. En esa misma oportunidad, se constituye la «Asociación Departamental Pro-Marina», bajo la presidencia de S. S. y alienta en su carácter de presidente a los ayacuchanos diciendo: «No hay, señores, países pobres, cuando sus hijos son ricos de corazón, ricos por su espíritu de abnegación y de generosidad en pro de la Patria». «Un solo pensamiento, un solo corazón al ofrendar los óbolos en el altar de la Patria.....»

Tomó parte activa, como siempre, en la celebración del 95º Aniversario de la Batalla de Ayacucho. Están presentes el Ministro de Guerra, Coronel Alvarez, las autoridades del lugar, el Comité Pro Centenario de la Batalla de Ayacucho, las instituciones y el pueblo. Cuando se trata de dar lecciones de patriotismo no le importan las circunstancias: su Iltma. dice siempre la palabra de acuerdo con su sentir. Entonces pronunció uno de sus mejores discursos patrióticos tanto por su doctrina como por su calor en la expresión. ¡«Dios y Patria!» es la primera invocación. Hace brillante recorrido por la prehistoria de los valientes *Pocras y Huancas*, por la gesta de *Viracocha* en *Rincón de los muertos......* Alaba el interés que han desplegado el Presidente de la República, el Ministro y otras personalidades para solemnizar la fiesta que se realiza. Se refiere a la gratitud de las naciones para con sus héroes y a la magnitud de los monumentos levantados en su homenaje.... Y luego, dice: «Dirigid, con rubor, vuestra mirada y ved ese *esqueleto de Estatua de barro,* que para este acto apenas se ha podido pasarle un barniz de yeso.... para colocar las hermosas placas de bronce que el jefe de la Nación y del ejército han tenido la bondad de enviarnos con el fin de dar mayor realce a estas fiestas.....» «Para borrar ese baldón, juremos —exclama— hacer todo lo posible a fin de que el 1er. Centenario de esa Batalla brille esplendorosa sobre la frente de la *Gran Estatua Internacional,* que debe inmortalizar a los que nos dieron Patria y Libertad».

He allí un hombre para quien no hacer de veras, era motivo de rubor, ridículo y absurdo.

El Sr. Olivas, hemos dicho, había llevado la doctrina del patriotismo a sus fuentes puras. No podía concebirla de otra manera. Le ha interrogado al Maestro de la Humanidad y El le ha respondido con su inmortal conducta.

«¿Quién amó a la Patria más que Jesucristo? —pregunta en la *Capilla Votiva* de la Pampa de Quinua, el 9 de diciembre de 1924, Centenario de la Batalla de Ayacucho. «Vino a salvar a todos los hombres —contesta— y no obstante...... declara que había venido primeramente por las ovejas de la Casa de Israel».

«Cuando, en visión profética, contempló las trincheras con que Vespaciano y Tito habían de cercar a Jerusalén, lloró sobre ella.

«Derramó lágrimas sobre el Templo del cual no había de quedar piedra sobre piedra......»

«En el mismo momento en que se dirigía al lugar de sus cruentos sacrificios del Calvario, olvidándose de sus propios dolores, pide a las hijas de Sión que no lloren por El, sino por sus hijos desventurados.....»

«El que pudo distribuir sus enseñanzas y sus prodigios en los centros más populosos y afamados del mundo, dejó esa misión a los Apóstoles y reservó para sí el suelo de su Patria.»

«Cuando sus pérfidos compatriotas le condenaban a la muerte, no respondió como Escipión, el africano: ¡Patria ingrata, no poseerás mis huesos!. Por el contrario, alzó su cruz en medio de ellos y les dejó por herencia su sepulcro para que las generaciones todas volvieran hacia ella sus ojos y sus plegarias».

De este manantial límpido e inagotable la historia ha sacado como fecundizantes y refrigeradoras aguas, las ideas y sentimientos que constituyen su personalidad patriótica. En la bendición de la bandera de guerra los vierte a raudales pensamientos como éstos: La pureza de ideas da claridad en las acciones. La religión no acobarda: tranquiliza ante el peligro. El que vive convencido de su buena acción no teme la muerte. La conciencia libre y limpia fraterniza con el heroísmo. Un santo pelea a la vista de Dios: su valor es incomparable. El que defiende a la Patria honra a Dios que es su Autor. Moisés, Josué y David y los Macabeos fueron héroes del siglo y de la religión. El patriotismo se inicia luchando contra el mal en su propio corazón. En la batalla íntima y cuotidiana desde la infancia hasta la tumba, se conquistan las virtudes que sirven para los grandes triunfos. El verdadero soldado ve encarnadas en su bandera y en su espada a la Constitución y la honra de su Patria y de su Religión.

El pueblo de Ayacucho sentía las palpitaciones del corazón de su prelado. Sabía que su suerte se identificaba día tras día con la de él. El tiempo no hacía sino evidenciar el interés que tenía por el bien social. Un gran santo no es ajeno a nada que reporte bienestar general. De allí que ningún acto social, cívico, de importan-

cia podía realizarse sin la presencia e intervención del hombre cuya labor espiritual redundaba en la salud temporal del pueblo. Por eso, cuando la inauguración de la Plaza de Abastos, pidió que apadrinara el acto el Sr. Olivas, no sólo por haber aportado su «generoso y entusiasta concurso» el dignísimo Prelado-que se mostraba igualmente celoso del progreso de la Diócesis y del desarrollo del trabajo, según testimonios de Andrés Denegri, Presidente de la Sociedad que llevaba a cabo la obra de dicha Plaza-sino porque había motivos de mayor fuerza en el orden del espíritu y del corazón entre. ayacuchanos y el padrino».

En sus días postreros, con más de ochenta, ejercía la presidencia de la Junta Pro IV Centenario de la ciudad de Ayacucho.

En 1932, los revolucionarios al retirarse de la ciudad de Ayacucho, después de una dominación de algunos días, en el deseo de que no fuera teatro de una lamentable anarquía y desorden inevitables, pensaron en la única autoridad moral que el obispo de ayacucho había afirmado en la conciencia pública aún en el criterio de los revolucionarios de ideas y conciencias adversas al catolicismo. Vieron que el mejor medio de salvar a la ciudad, era entregar las llaves de ella al Venerable Obispo. Lo hicieron, en efecto, y el prelado tomó medidas oportunas para restablecer la paz y el equilibrio social.

Hemos de finalizar esta parte de nuestro escrito, dejando constancia del valor patriótico y cívico del obispo de Ayacucho que fue ejemplo y gestor eficiente en todo momento. El Estado ha de reconocerlo sin duda, en su oportunidad, y ha de levantarle el monumento que merece tan gran prelado como esclarecido patriota, cuyas virtudes cívicas están de manifiesto, en todo caso, en la singular Obra: «Apuntes para la Historia de Huamanga».

En el largo espacio de su vida episcopal, el Sr. Olivas tuvo varios cancilleres y secretarios privados que colaboraron en sus trabajos y compartieron de sus sufrimientos. Entre ellos, sacerdotes preparados como Horacio González, Olivas Ganvini, Gálvez, Carbajal y otros. Pulsó el Sr. Olivas todos los caracteres y el tiempo lo acomodó con José Aiguadé. Pudieron congeniar. El Sr. Olivas necesita un espíritu amplio unido a un carácter tenaz y ejecutor de sus determinaciones, a veces radicales y al parecer imprudente. El atavismo hispánico, fuente de heroicas gestas, sin duda, le dió ejecutoria al canciller que actuó en Ayacucho mucho tiempo.

El espíritu de orden en la administración y la disciplina moral impuestos con inquebrantable firmeza y el saneamiento del ambiente conseguido a fuerza de constancia y sacrificio, provocaron, es verdad, quejas, disgustos y convencimientos, injustos o nó, de que había en el organismo de la Iglesia ayacuchana un elemento ajeno a la sicología y al interés exclusivo de la nacionalidad. No entramos en analizar este fenómeno; pero sabemos que en semejantes casos, a pesar de las buenas intenciones, insurge una inquie-

tud que, si no fuera por la presencia de esos elementos, nadie echara de ver su necesidad. Nos referimos a la inquietud de tener clero nacional, eminente y actuante. Su señoría tuvo grandes disgustos en su larga administración. El sabía más que nadie.

Cuando en 1911 fue convocado a Lima para deliberar con los demás obispos, la centralización de los Seminarios del Perú, expuso sus puntos de vista y concluyó oponiéndose fuertemente a dicho proyecto; pero cuando el Representante Pontificio hizo notar o lo expuso que era obligación impuesta por Roma; entonces dijo: «Si es orden; hay que acatarla; pero, en este caso, no había por qué habernos llamado..... Nos hubieran trasmitido la orden y hubiéramos cumplido con la tradicional obediencia del episcopado peruano». Cesó de su parte toda opinión; y de regreso a Ayacucho, fue el primero en mandar a sus seminaristas, y en mayor número que los demás obispados. No había duda que su Seminario diocesano estaba bien organizado y bien representado. Entre dichos seminaristas se hallaban valores estudiantiles como Horacio González, Isaac Soto, Meneses y otros.

El Seminario Central ya marchaba por el camino del éxito. En su historia las aulas toribianas no tuvieron mayor prestancia. Había en el profesorado mentalidades ilustres como Aguilar, Vélez, Philipps, Sánchez Díaz, etc. Pero, así como en el organismo animal, basta una arenilla para que todo él se derrumbe; así hubo una pequeñez sicológica, al parecer; pero que malogró el porvenir de una gran reforma seminarística en el Perú. El encargado de la disciplina en cierto año fue un ayacuchano, noble y de intachable conducta. Su superior jerárquico había ordenado no cantar en el próximo 28 de julio el himno nacional por contener improperios contra la madre España. Los muchachos se miraron unos a otros y cuando llegó la noche del 27, sin comentarios ni razonamientos, tomaron la bandera bicolor y levantándola en alto el encargado de la disciplina, en medio de la muchachada, empezaron, sin más, a cantar el himno. Vino el superior que diera la prohibición. Estalló el conflicto. La prudencia admirable del P. Sesé, Rector, lo resolvió mansamente, empezando el propio P. Sesé también a cantar. Pero, el conflicto había demostrado una causa viva y poderosa: el sentimiento patriótico.

Había una arenilla, que estorbaba la triunfal marcha del Seminario Central organizado con tanto afán por el Episcopado Peruano.

En Ayacucho existía un Seminario reformado como hemos hecho referencia. Vinieron profesores especialistas. El Sr. Olivas estaba orgulloso de su obra. Pero, otra vez, la historia de la arenilla. Un Viernes Santo, pidió el Sr. Olivas el Santo Cristo del Seminario para el Sermón de Tres Horas que predicaba el Prelado. Un profesor o quienquiera que fuera no quiso entregarlo sin previa orden, que la del Prelado nada importaba en el Seminario. Otro conflicto. Después de algún tiempo, hubo nueva reforma. Con razón, a Pascal le llamó la atención lo de la arenilla. El la

sitúa en el organismo de Cromwell y dice que le estorbó el predominio de su familia, próximo a fundar una dinastía, y toda la gloria que esperaba para sí y para los suyos.

En la organización diocesana ¿había esta piedrecilla de tan fatales consecuencias? No la habría cuando no las tuvo.

Aquellos que *perciben* el *devenir* incesante del tiempo, saben evitar indudablemente tal tropiezo. Hay espíritus que se petrifican. Hay otros que no se petrifican. Para ello, basta tener conciencia, volvemos a decir, del cambio de las cosas humanas. Por ejemplo, antes de la batalla de Ayacucho, fue una época; y después de ella, otra. Aiguadé había actuado precisamente en el lugar donde se diera la batalla. La experiencia adquirida en medio del mundo, lo hacía hijo de su siglo. Su inteligencia, suplió lo demás. Lo inconsciente histórico no insurgió en él como dominador. Mas bien, la actuación de su psiquis, lo situó en el plano que le correspondía: de colaborador. Así, todo dominador por ley histórica y evolutiva de la humanidad, llega, un día sobre el camino del perfeccionamiento espiritual, a ser coartífice en la obra humana. Por eso, tanto los dominadores como los dominados de otrora, una vez a la máxima altura de la civilización y de la libertad, se acomodan como reconociéndose que fueron hechos para destinos comunes por la participación de la sangre y efectos de cultura.

De éstos eran el Sr. Olivas y su canciller Aiguadé. Por eso, a pesar del color de la luna con que quisieran ver su actuación en el organismo religioso de Ayacucho, Aiguadé tendrá que ser figura grata. Bastaría para serlo, por lo demás, el hecho de haber ordenado metódicamente los datos de la historia de la administración diocesana en una época brillante para Ayacucho, si no sobreabundaran otros motivos. El supo auscultar las necesidades que hay abajo y que no ven los de arriba; él hizo razonable la fuerza de la ley que dan los de arriba para el bien común y que no aprecian los de abajo. Puente entre dos extremos, por donde han pasado todos. El talento de Olivas Escudero lo consagró, y ha prestado servicios a la Diócesis. Nadie puede decir que el inspirador era el canciller. Inspirador legal e inteligente, bien; pero arbitrario, no. Olivas era una personalidad y una personalidad consistente. Las primeras batallas las sostuvo sin canciller. Bien dice el mismo Aiguadé cuando escribe en una carta: «Si alguna vez tuvo que defender los derechos de la Iglesia o de la Curia, Mons. Olivas se mostraba bravo como un león y firme como la roca granítica».

En los últimos años de su vida, ya octogenario el Sr. Olivas, muchos se imaginaban haber perdido la firmeza de carácter. El P. José Antonio Serrano, ex-guardián de los Descalzos de Ayacucho, dice que no; y cuenta lo siguiente: Se trata de obtener licencia para la celebración de un matrimonio burgués en casa particular. S. S. nunca había concedido esta clase de licencia a nadie. «La Iglesia, decía, es la casa común de ricos y pobres. Allí se realizan y se distribuyen los Sacramentos».

Pero, el matrimonio en proyecto es excepcional por lo linajudo y posición económica de los novios. La primera autoridad política y el guardián se encargarían de conseguir dicha licencia. El P. Serrano es paisano y discípulo, con quien «chochea» el Sr. Olivas. No se la puede negar. Es cierto que S. S. tiene fama de sujeción extricta a las leyes y no dispensa fácilmente; pero ahora, el tiempo lo ha vencido como a todo mortal, «está viejo», las invitaciones están repartidas y es una familia a quien estima el propio prelado. Razones, pues, sobran para adelantarse en los preparativos.

En su oportunidad, se presentó la primera autoridad. La licencia fue negada. Fue el guardián, el cual hizo alegato de todos los motivos posibles, como buen canonista y, por último, hizo presente que era sensible para los peticionarios se les niegue la gracia solicitada. Hasta resueltos estaban a efectuar sólo la ceremonia civil.......

El Sr. Olivas respondióle con estas palabras:

«Muy R. P. Guardián: Soy el primero en sentir. Pero estoy con más de 80 años encima y siempre he considerado que la ley es ley. Ahora que estoy con un pie en el sepulcro, no podría claudicar. Decidles que me perdonen».

Era la voz oída en Smirna, la del inmortal Obispo San Policarpo; y se repetía en tierra americana.

Terminemos.

La gloria de Olivas Escudero acoge en sus fulgores al hombre leal y esforzado que supo asociarse, en las funciones de la Cancillería, a tan grande como noble figura del Episcopado Nacional.

XX

Sentencias que repetía.— Su inquietud.— Sus actividades en la vejez como en la juventud.— Como el hijo de Sirac.— Murió DIVUS.— *Valjean moderno no entendió igual que el antiguo.— La fisonomía de un santo.— El elogio de un ilustre sucesor.— La Iglesia y la Patria tiene una deuda que pagar.*

«Lucha es la vida del hombre»..... «El servidor no puede ser más que el Amo». «No estar nunca sin hacer algo». «La ignorancia es el peór de los males»...... Estos y otros dichos si no los repite en sus escritos, los repetía en todos los momentos de su vida. Era como el recordatorio de los ascetas: «Morir habemos», para mantenerse de pie en la brecha. Los biógrafos del Sr. Olivas tendrían que clasificarlo sicológicamente entre los espíritus inquietos. Ningún santo dejó de serlo. Parece que la inquietud fuera la medida de la santidad para los selectos. «Inquieto está mi corazón...» —exclama S. Agustín. «Tú me mueves, Señor....» —dice Santa Teresa. «¿Qué quieres que haga».... —el derribado en el camino de Damasco.......

Y toda su vida fue de inquietud; pero no la del débil que suspira y no alcanza a ver lo que debe hacer, sino la del fuerte, del que considera el cuerpo como una prisión, del que anhela la divina libertad. Por eso, salen de sus labios todas las máximas que la expresan, múltiples y encendidas, como el fuego que consume su alma.

En ese estado de inmensa actividad, recorrió los años de su vida, larga por el número de ellos, breve por la necesidad de tener hombres de su condición para contar con algunos justos sobre la tierra como divinos pararrayos contra el castigo de la justicia.

Su celo, su fortaleza, su entusiasmo, su fe, suplieron en su ancianidad la natural decadencia del cuerpo. Tenía 74 años de edad cuando puso su nombre al final de sus «Apuntes para la Historia de Huamanga» y pide humildemente indulgencia por las faltas provenientes —dice— «unas de irregularidades en la impresión y otras resultado de los achaques de la *juventud*». A los 75

años celebró sus bodas episcopales y declara en un discurso que se ha olvidado de él la muerte tan pródiga con sus primeros antecesores: a pesar de los 25 años de Episcopado —dice— y 75 de vida, lo tenéis todavía (a vuestro obispo) en condiciones de poder continuar en el ejercicio de su sagrado ministerio».

«Sagrado ministerio», es fácil pronunciar estas palabras; pero hay que ver la actividad que entraña. En esa edad, el Sr. Olivas lo ejercía en toda su amplitud. Predicaba los domingos, publicaba pastorales, catequizaba, confirmaba, visitaba la Diócesis, acopiaba el «Suplemento» a su obra histórica, atendía el despacho y fomentaba obras de bien. Proverbial ha sido oír siempre esta respuesta cuando se preguntaba por el Sr. Olivas: «Todavía está a caballo visitando su Diócesis». Igual que en la juventud. Sólo que esta vez recorría sus siembras como el servidor fiel del Evangelio devolviendo al gran Padre de Familias las cosechas dobladas. Era el labrador, envejecido en el campo y el trabajo, contemplando, con el alma henchida de placer, las doradas gavillas preparadas para las eras del Señor. Muchos años de sol, de lluvias, de sinsabores, persecuciones, le daban el derecho de una vejez plácida a la vista de una grey agrupada según el Evangelio, dentro de la disciplina, en la actividad de la colmena, con los operarios ejercitados por él desde su infancia, respetado por sus enemigos hoy rendidos, querido entrañablemente por los feligreses, en la paz, en el orden, en la armonía, presagio de la serenidad que debe gozar cerca de Dios. Y en los labios del noble anciano, agradecido y humilde, parece renovarse la oración del hijo de Sirac: «Siendo todavía mozo, antes que anduviese errante, hice profesión de buscar la sabiduría con mis oraciones. Ella brotó como la uva temprana: Regocijóse con ella mi corazón: mis pies tomaron el camino recto: desde mi juventud iba yo en seguimiento de ella..... Resolvíme, pues, a ponerla en práctica: fui celoso del bien y no me avergonzaré. Por ella ha combatido mi alma, y manténgome constante en seguirla...... Mirad con vuestros ojos lo poco que me ha fatigado, y cómo he adquirido mucho descanso..... Haced lo que debéis hacer antes que el tiempo pase; y él os dará a su tiempo vuestra recompensa».

No murió de enfermedad. Su alma dejó su cuerpo como la llama que ya no encuentra materia para quemar. Desplazóse. Era el 11 de abril de 1935. Murió a los 85 años de edad, 59 de sacerdote y 35 de obispo.

El cadáver fue colocado en un modesto y severo catafalco. Lo cubría el escudo cuya leyenda era: «Justicia y Paz». Admirable compendio de lo que fue quien lo manejara en vida. Estaba a la vista de los feligreses agrupados para contemplarlo. Nadie faltó en esta última cita. Las almas buenas se encomendaban. Los más desfilaron silenciosos. No faltó «Juan Valjean», el que recibió los candelabros y no entendió la bondad del que los daba, hoy convertido en tipo representativo del siglo económico, que no en-

tiende lo del Sermón de la Montaña; también, dijo su elogio: «Murió dives».......

En efecto, murió rico. El pueblo estaba acostumbrado a verlo cómo gastaba el dinero. Su sueldo lo daba en limosnas en una gran parte. Sus familiares, no tenían a veces las comodidades que el vulgo suponía. Padre de los pobres, sostuvo becas, ejercitó las obras de misericordia como lo hacen los santos ignorando ellos mismos lo que hacen. Para la administración diocesana tenía Comisión de Temporalidades de sacerdotes honorables: por sus cuentas pasaron más de medio millón de soles en favor de las obras sociales y religiosas. Las gentes oyeron el sonido de ese caudal y suponían que había más. Está en la conciencia del clero que de él no se puede sospechar nada incorrecto. Sobre sus espolios acudió el Estado; no sé si algo sacaría del valor de sus muebles. Sus familiares se dispersaron pobres, entregados —como dice el autor de su oración fúnebre— «exclusivamente en las manos de la Providencia».... por haber hecho caridad con largueza a los pobres».....

Después de su muerte todos empezaron de nuevo para hacer frente a la vida. Unos por su profesión y esfuerzo personal. El venerable hermano político que le sirviera durante 35 años, hasta su muerte, pasó su ancianidad comiendo el pan ganado por sus hijos. La muerte y el tiempo convencieron a las gentes que no hubo riqueza temporal. Riqueza espiritual, si la hubo, y mucha. He allí por qué murió *dives*: rico. «Juan Valjean», del siglo pasado no comprendió la actitud del obispo Bienvenido; y el del siglo presente, más material y grosero, menos la comprende.

Sobre los restos mortales pronunció el P. Elías de la Virgen del Carmen cumplido elogio y testificó ante Dios y ante el pueblo diciendo..... «Somos testigos de la santidad de aquella alma que sentía verdaderas ansias de morir, para verse cuanto antes, en los brazos amorosos de su Padre Celestial; de la santidad excelsa de aquel espíritu bienaventurado, que no cesaba, en sus postreros momentos de exclamar: «Luz ¡más luz! Dios mío, ¿porqué tanta luz?», quedando así dormido en el sueño de los justos».....

El templo rebosante de gente de toda condición tenía un solo pensamiento al ver los venerandos despojos: un santo.

En efecto, es un santo quien en la vida supo personificar la virtud. Santo, porque respondió a los ideales más altos que se puede proponer a los mortales: la negación del yo para el bien ajeno. Su alma está en el lugar de los escogidos. Entró allí porque combatió en las lides del Señor durante toda su vida. Porque fue valiente en el peligro, sufrido en el dolor, constante en el valor, dócil en la disciplina, rebelde ante la injusticia, magnánimo en hacer el bien, compasivo como el Samaritano ante el prójimo tendido, bondadoso para con el pródigo que retorna, indulgente para la mujer perseguida por el farisaísmo, insinuante en el pozo de Jacob, alegre por la oveja recuperada, bello en la transfiguración por la práctica de la virtud, soberano en la agonía y lumino-

so en la muerte. A su paso por los senderos de la vida vió levantarse polvareda de pasiones, remolinos de turbias aguas, rostros amarillentos de envidia, siniestro fuego de cólera, cieno de bajeza, hipocresía, regalos de Epulón, cinismo de fariseo, acciones de dolo, círculos de ocio, mentiras, odios, rencores, pecados sin fin. Mas él caminó con la mirada puesta en la alta cima de donde emana la salvadora doctrina de Jesús, el Maestro.

Su fisonomía es la de un santo. Una decena de años han pasado ya de su muerte. En su tumba hay una luz que agiganta sus fulgores. Dije mal al principiar este trabajo que la figura de Olivas Escudero estaba en peligro de ser olvidada en Ancash. Me equivoqué: no la conocía. Al finalizar estas líneas veo que es todo lo contrario: ha empezado la glorificación.

Acabamos de leer la pastoral que el obispo de Ayacucho, Sr. Alvarez, dirige al clero y a sus fieles anunciando el centenario del nacimiento de su antecesor el Sr. Fidel Olivas Escudero. Proyecta en ella levantarle un monumento digno de él.

Muy bien. El Sr. Alvarez es espíritu selecto. Al que vive en las regiones altas de la espiritualidad no le estorban glorias de sus antecesores. El reconocimiento de valores es condición para no dislocar la continuidad histórica.

......«Dirigió con sabiduría y amor la diócesis de Ayacucho» —dice el Sr. Alvarez...— «La personalidad de Mons. Olivas Escudero es definida, como pocas...» «—En ningún momento de su vida se encuentra en él un término medio entre la verdad y el error, actitud que el respeto humano llama tolerancia y que, a veces, no es sino miedo». «Estaba hecho de médula de leones».— «Su recuerdo es un culto filial que vive en el corazón de cuantos lo conocieron y trataron».— «Es, además, guía y ejemplo»- «Su influjo y empuje lograron dar a esta Diócesis trascendentales rumbos y realizar decisivas transformaciones»..... «¿Se le han tributado los honores a que era acreedor por su apostolado de fe y sacrificio y por su brillante actuación ante la Iglesia y la Patria?»

«Brilla su cruz pectoral como el sol en el cielo sin nubes».—

«Despliega al viento su bandera».—

«Y a su paso triunfal por los pueblos y villorrios de su Diócesis, levántase una nube de polvo que semeja una nube de gloria».. «Ungido por la caridad de Cristo no vivió sino por el bien de las almas, sin cuidarse de si mismo, dedicándose por completo al cumplimiento de su misión»......

«Escribió hermosas obras de Historia».

«Sus páginas de oratoria sagrada revelan todo el fuego de su corazón fervoroso y un tesoro de erudición no común».—

«Pocas vidas ofrecen, seguramente, ejemplo semejante».—

«Fue la de Mons. Olivas Escudero tan múltiple como austera, y tan plena de excelencia que puede ser conceptuada como un verdadero paradigma de la virtud, de elevación moral y de santa e incansable ansiedad por sembrar las enseñanzas del bien y por realizar en todas partes obras de bondad, de nobleza, de altruis-

mo y de comprensión». «Así trabajó, como Angel de esta Diócesis, durante treinta y cinco años».

«En tiempos en que se ve a tantos cristianos avanzar con paso claudicante por el sendero de la virtud; en nuestra época, tímida y transigente con el error, conviene recordar la figura descollante de este campeón de Cristo, prelado enérgico, abnegado y virtuoso, que aromó con sus virtudes a sus contemporáneos..... Por eso le siguen sus obras, como cortejo de gloria. Por eso, *vivirá en el alma de sus diocesanos, como un símbolo y un recuerdo*».... «con el brillo de su heroísmo apostólico»..... «la glorificación de los hombres eminentes mientras viven pudiera atribuirse a interés o adulación. La glorificación después de su muerte no puede ser inspirada sino por el amor a la justicia».....

Así habla el Sr. Alvarez, digno sucesor del gran Prelado. Como él dice, el espacio de diez años que nos separa de su muerte, lo aleja a todo «interés o adulación». El amor a la justicia y la alteza de la personalidad de quien habla, ponen en sus frases, lacónicas y preñadas de pensamientos, acentos de elocuencia y grandeza. Nos hemos alegrado y nos ha sido grato copiar muchas de ellas, porque son conceptos de otro obispo colocado en el mismo sitial donde la mediocridad habría callado, por lo menos, para aparecer delante de los hombres elaborando su propio pedestal. Lejos de eso, quiere ver de frente la noble figura que aparece proyectando luz de inmarcesible gloria.

El proyecto del monumento al Sr. Olivas Escudero debe realizarse pronto. Es una deuda, y es la que la posteridad debe a sus próceres.

Y la Iglesia y la Patria están en la obligación de pagar a Fidel Olivas Escudero.

———

REFERENCIAS

OBRAS COMPLETAS DE OLIVAS ESCUDERO

DECRETOS Y SINODOS

ORIGINALES DE LA VISITA PASTORAL DE SANTO TORIBIO

INFORME ORTIGOZA

ARCHIVOS PARROQUIALES DE POMABAMBA Y SIHUAS

ORIGINAL DE FIDEL ANGELES

CARTAS

GARCILASO

RAIMONDI

CALANCHA, etc.

FOTOGRABADOS: cortesía Sessarego.

Indice

CAPITULO XIII

CAPITULO XIV

CAPITULO XV

CAPITULO XVI

CAPITULO XVII

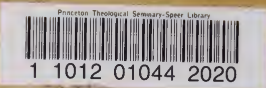
CAPITULO XVIII

CAPITULO XX

ERRATAS

Pág. 23, renglón 11 - debe decir: desmedrado.

,,	4	,,	8	,,	oyóse
,,	5	,,	10	,,	aquéllas
,,	11	,,	23	,,	de Zarathustra
,,	11	,,	28	,,	Aquéllos
,,	14	,,	34	,,	Existen
,,	15	,,	35	,,	tienen
,,	15	,,	44	,,	colores
,,	15	,,	45	,,	aquéllas
,,	17	,,	6	,,	constituida
,,	30	,,	17	,,	ni son envidiadas
,,	65	,,	39	,,	pidiéndoles
,,	127	,,	36	,,	"San Juan de la Frontera" ayer,
					137 numeración de la página
,,	146	,,	9	,,	Fenelón
,,	146	,,	33	,,	San Cristóbal de Ayacucho en lugar de Catedral
,,	156	,,	42	,,	exelamado
,,	195	,,	3	,,	*Murió* dives
,,	188	,,	3	,,	promisora
,,	194	,,	12	,,	fue negada. Fué el



GRAF.

Stylo

Loreto 125- Rimac